VERSÁTIL
romántica
Deja que entre el sol
Patricia A. Miller

Índice de contenido

Prólogo
1. Margot
2. JC
3. Margot
4. JC
5. Margot
6. JC
7. Margot
8. JC
9. Margot
10. JC
11. Margot
12. JC
13. Margot
14. JC
15. Margot
16. JC
17. Margot
18. JC
19. Margot
20. JC
21. Margot
22. JC
23. Margot
24. JC
25. Margot
26. JC
27. Margot
28. JC
29. Margot
30. JC
31. Margot
32. JC
33. Margot
34. JC
35. Margot
36. JC
37. Margot
38. JC
39. Margot
40. JC
41. Margot

42. JC
43. Margot
44. JC
45. Margot
46. JC
47. Margot
48. JC
49. Margot
50. JC
51. Margot
52. JC
53. Margot
54. JC
55. Margot
56. JC
57. Margot
58. JC
59. Margot
60. JC
61. Margot
62. JC
63. Margot
64. JC
65. Margot
66. JC
67. Margot
68. JC
69. Margot
70. JC
Epílogo: Margot
Agradecimientos

Título: *Deja que entre el sol*
© 2022 Patricia Rodríguez Huertas

Corrección: Xavier Beltrán
Diseño de cubierta y fotomontaje: Eva Olaya

1.ª edición: febrero 2022
Derechos exclusivos de edición en español reservados para todo el mundo:
© 2022: Ediciones Versátil S.L.
Av. Diagonal, 601 planta 8
08028 Barcelona
www.ed-versatil.com

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o fotocopia, sin autorización escrita de la editorial.

A mi madre.

Prólogo

Springfield, Illinois. 1963 Escuela Católica de Santa Agnes

—¡Póngase en pie, señorita Addams! Necesita que alguien le enseñe disciplina y parece que Dios ha dejado en mis manos esa laboriosa tarea.

No quiso arrastrar la silla, esa era la verdad, pero el chirrido resonó en el aula, y todas las niñas se estremecieron de terror. Era un sonido espantoso y la hermana Ethel lo odiaba.

—Eso le costará un castigo más, señorita Addams. ¡Fuera!

Ni una sola de sus doce compañeras presentes levantó la mirada del pupitre, no mientras ella estuviera allí; no mientras los ojos de la monja la miraran con el brillo de la autoridad.

«Su autoridad». Una que a ella le costaba reconocer.

Le temblaron las piernas y el miedo apenas le permitió dar un paso tras otro sin tambalearse. Le suplicó al crucifijo de la pared que cayera un rayo, que sonara la campana, que alguien viniera a salvarla. Pero su ruego silencioso solo enardeció más a la hermana. Estaba furiosa y la arrastró del brazo con tanta saña que el gemido reverberó en el pasillo.

«No llores, Margot». Si lloraba, estaba perdida.

¿Qué había de terrible en mirar por la ventana? A la hermana Francine no le importaba siempre que hubieran acabado la tarea. Fuera, la primavera se había engalanado de flores y mariposas, y Margot adoraba las mariposas, adoraba verlas revolotear por el jardín y se quedaba embobada imaginando que era una de ellas y que podía ir donde el viento la llevara.

Para la hermana Ethel su actitud constituía una falta muy grave, decía que esos bichos inmundos eran el mal de Lucifer y que Margot iría derechita al infierno por culpa de su atolondrado comportamiento.

—Una criatura de Dios se muestra sumisa y obediente —masculló —, pero a ti te dieron unos ojos demasiado grandes y una curiosidad que solo tienen los siervos del mal.

Para la hermana Ethel todo lo que no era de su agrado se consideraba pecado, y las niñas, cuya mente resultaba fácilmente impresionable, creían en su visión como si fuera una verdad absoluta. Pero ¿qué había de malo en mirar el vuelo de las mariposas? ¿Qué había de malo en ser como ella? Dios la había hecho así, con la

mirada despierta y la cara redonda, con ganas de cerrar los ojos al recibir los rayos del sol. Soñadora, parlanchina, enamorada de la vida…

Solo era una niña de siete años.

La segunda vez que la hermana Ethel la sorprendió mirando a través de los cristales del aula decidió imponerle un castigo ejemplar. Y con «ejemplar» quería decir que sería algo que no olvidaría jamás, ni Margot ni ninguna de las otras criaturas que se habían convertido en estatuas mientras abandonaban el aula.

Margot tropezó con los adoquines y se cayó de bruces, pero eso no detuvo a la hermana Ethel. La vara de madera, que era una prolongación natural de su mano, asomó entre los pliegues del hábito como una amenaza de lo que le esperaba si no se ponía de pie y continuaba andando. La madre Mary le había prohibido pegar a las alumnas, pero todas habían visto cómo lo hacía con las más pequeñas cuando no obedecían sus estúpidas normas de comportamiento.

—¿Necesita usted que la ayude a caminar, señorita Addams? —preguntó con una ceja levantada.

—No, hermana.

Margot se sacudió las magulladuras de las rodillas y se apresuró tras la monja. No se quejó al sentir el roce del calcetín sobre la herida que se había hecho, pero sí ahogó un gemido al ver el rumbo que tomaba la hermana Ethel.

«A la cueva de la capilla no, por favor. Allí no».

Había tantas historias acerca de lo que pasaba en las profundidades de aquel lugar que fue deteniéndose poco a poco, hasta que sus pies dejaron de obedecerle. No quería que la encerrasen tras las puertas del infierno.

La hermana mayor de Elizabeth White estuvo allí y no dejó de llorar durante días. Las chicas del último curso susurraban que allí se te comían el alma supuestamente corrompida y te condenaban a vagar para siempre por los fuegos del averno. Decían que una niña había muerto en aquel espacio sagrado y que sus huesos formaban parte de las paredes de piedra que había tras la puerta de hierro, detrás del altar.

«La puerta del infierno».

—No —musitó sin poder contener las lágrimas. Margot quería irse con su mamá.

—¿Ha dicho usted algo? —La hermana se detuvo y la desafió por encima del hombro—. ¡Muévase o será la vara la que la mueva!

—No. —Apretó las manitas a la altura de los labios—. No lo haré más. Por favor…

—Rogar y llorar no la va a librar del castigo, pequeño demonio. Si no se mueve por las buenas, será por las malas. Ya rezará cuando le llegue la hora.

Margot dio un paso atrás y luego otro. Si echaba a correr, no podría cogerla. Todas sabían que las hermanas no eran muy propensas al ejercicio físico, y la hermana Ethel, en concreto, lo único que movía a la perfección era la mandíbula cuando comía.

Pero también sabía que terminaría por encontrarla y, entonces, sería mucho peor. No solo la encerrarían, también llamarían a sus padres y ellos la castigarían. A su madre le gustaba ese colegio, ella estudió allí y fue una gran alumna, pero las hermanas decían que Margot no se parecía a ella, que era demasiado rebelde.

La mano de la hermana Ethel la agarró por la nuca y apretó fuerte para hacerla andar.

—Aprenderá lo que es el respeto, señorita Addams, y luego se someterá a la ira de Dios para que Él juzgue sus pecados.

—No —gimoteó al atravesar la puerta de la vieja capilla.

Si no hubiera estado tan aterrada, se habría dado cuenta de que no era un lugar tan espantoso. No era más que piedra sobre piedra. Olía a humedad, pero también a cirios y a flores frescas. Los colores de las dos únicas vidrieras eran más intensos a contraluz, y la imagen tallada de Santa Agnes tenía un gesto apacible y esperanzador.

Pero lo que había detrás del altar era otra historia.

La hermana se persignó y le dio un fuerte coscorrón para que ella también lo hiciera. Luego, extrajo una pesada llave del bolsillo del hábito y la encajó en la cerradura oxidada de aquella puerta que daba tanto miedo.

—Así aprenderá a prestar atención, a no distraerse, a ser mejor alumna y a poner un poco de orden en esa cabeza invadida por los malos pensamientos. Rece, señorita Addams, rece. Tal vez Él se apiade de usted y le salve el alma. O tal vez no.

Oyó el sonido de los goznes oxidados como si fueran gritos en el silencio. Se tapó las orejas y apretó los ojos. Las lágrimas le mojaron el cuello del uniforme y los labios le temblaron entre pucheros e hipidos.

—Por favor, hermana, no lo haré más, se lo prometo. No volveré a hacerlo.

—Seguro que no —sentenció la monja, y la empujó dentro de aquella oscuridad espesa y pegajosa.

Margot gritó. Gritó mientras se cerraba la puerta, gritó al oír la llave girar, al no ver nada alrededor, al no saber qué pisaban sus pies. Gritó y lloró y golpeó la puerta con los puños, pero la hermana Ethel no volvió.

No supo cuánto tiempo pasó de pie, con la espalda pegada a la pared. ¿Y si había alimañas? ¿Y si allí dormían las gárgolas de verdad? ¿Y si ella también moría en ese pedacito del infierno y sus huesos se quedaban en las paredes? Se apartó horrorizada por la idea, tropezó y cayó al suelo. Por mucho que abriera los ojos, no podía ver nada, sus manos estaban mojadas, pero era imposible identificar qué las había empapado. ¿Era humedad? Allí hacía frío. ¿Y si era sangre…?

La repugnancia que sintió la puso de pie de un salto. Solo se oía su respiración, sus sollozos y todo un mundo de ruidos aterradores, cortesía de una imaginación sobreexcitada.

Odiaba a la hermana Ethel.

Odiaba aquel colegio.

Odiaba la oscuridad.

No volvería a estar a oscuras nunca.

Nunca más.

Primera parte

«Dejaron de sentirse niños cuando, mirándose a los ojos, comprendieron que ese amor que los unía no tenía grabada la palabra *eternidad* en las pupilas».

Marta Salas, poeta

1. Margot

Springfield. Verano de 1971

Me escapé por la ventana de mi habitación mientras Richard Nixon anunciaba la cancelación unilateral de los acuerdos de Bretton Woods con las Naciones Unidas. Mis padres estaban embobados frente al televisor, como buenos republicanos, como siempre que el presidente aparecía en antena, y yo había quedado con mi amiga Dotty en el árbol junto a la parada del autobús, como cada sábado desde que ella y su familia se mudaron a la casa de enfrente, hacía ya cuatro años.

El verano aún no había llegado, pero sí el calor infernal. El fuego del asfalto me quemaba las plantas de los pies a través de la suela de las sandalias y el sudor me mojaba las axilas. Tampoco ayudaba que llevase pantalones a medio muslo, en vez de esos *shorts* que vestían las chicas de mi edad, y que mi madre no aprobaba. En realidad, mi madre no aprobaba nada de lo que yo hiciera.

—Tengo que volver dentro de diez minutos. —Bufé y me dejé caer junto a Dotty en el banco de piedra—. Si me llaman a comer y no estoy, no me dejarán salir hasta los veintiuno.

—¡Bah! Nixon está dando un discurso en la tele, tendremos treinta minutos de paz asegurados. Tu padre lo adora, no os sentaréis a comer hasta que haya acabado.

Tenía razón. Dotty siempre tenía razón.

Éramos las mejores amigas en la historia de las mejores amigas, pero tan diferentes como el agua y el aceite. Ella provenía de una familia de mente abierta, pintores y artesanos, almas libres que disfrutaban siendo libres, con sus extravagancias y sus disparates. Por eso Dotty era tan feliz, tan alocada, tan soñadora. Yo, en cambio, era una chica convencional sometida a las estrictas normas de mis padres. Una muchacha ejemplar por fuera, una mente inquieta por dentro.

—¿Has pensado ya qué harás cuando acabemos el curso? ¿Vendrás con nosotros?

Negué, apenada. Ni siquiera se lo había preguntado a mis padres. ¿Recorrer el país por carretera hasta San Francisco con un mercadillo ambulante? Eso solo era para *hippies*. Podía oír a mi madre disertar acerca de lo holgazana que era la gente como los Baker, lo mal que olían y la falta de moral que los caracterizaba. Pero los padres de Dotty no eran así, y mi madre lo sabía. No ponía reparos a visitar su

casa, incluso me dejaba pernoctar allí, pero ¿de vacaciones en una furgoneta? ¡Ni hablar!

A mí, por el contrario, me parecía toda una aventura; me fascinaban las historias que contaban los Baker: dormir al raso, quemar malvaviscos, danzar bajo la luna en medio de desconocidos. Adoraba su manera de disfrutar de la vida, sin límites ni barreras.

—Me quedaré aquí y moriré de aburrimiento —respondí después de dar una breve calada al cigarrillo que Dotty le había birlado a su padre.

—No morirás de aburrimiento, Margot. Saldrás con las chicas de tu clase, haréis hogueras a la orilla del lago y os bañaréis en la piscina. Eso te dará la oportunidad de conocer a muchos chicos. —Me dio un codazo y me atraganté con el humo. ¿Estar con chicos en la piscina? Antes tendría que aprobarlo mi madre, y era casi tan improbable como que me dejara ir de vacaciones con Dotty—. Venga, no será tan malo. Tendremos un montón de historias que contarnos, nos mandaremos cartas…

Un par de bocinazos resonaron por encima de las palabras de mi amiga. Un imponente camión de bomberos amonestó a unos niños que se habían cruzado en su camino y reemprendió la marcha muy despacio, tan despacio que tuve oportunidad de ver a los ocupantes.

De verlo a él.

Oh. Dios. Mío.

Mi corazón latió a un ritmo muy extraño. Me quedé muy quieta, con la boca abierta, con la mano suspendida en el aire, con el cigarrillo humeando entre los dedos… Recuerdo que parpadeé muchas veces, la lentitud del camión era algo casi irreal. Él me miraba fijamente, como si solo me viera a mí. Y luego vino aquel gesto, aquella media sonrisa, aquel guiño que me devolvió a la realidad. La vida retomó su ritmo habitual, el camión giró en la siguiente esquina y solté la colilla al notar la quemazón en los dedos.

—¿Has visto eso? —preguntó Dotty—. Te miraba a ti.

«Me miraba a mí», me dije. Dios mío, nadie me había mirado así jamás.

—Tiene que ser la nueva dotación de bomberos de la que hablaba mi padre —supuso Dotty—. Está en Chatham Road. ¿Vamos?

—¡No! —exclamé, horrorizada—. Tengo que volver a casa. Mi madre me matará.

—¡Venga, Margot, hagamos algo divertido! Es sábado, Nixon aún estará un buen rato hablando, y me aburro —se quejó con tono lastimero—. No te vayas, por favor. Mi madre quiere que hagamos atrapasueños, y me obligará a ir a por las plumas de las gallinas de la señora Blosom.

—En otra ocasión, te lo prometo. Además, ¿qué pensarán de nosotras si nos presentamos en el parque de bomberos? No es propio de…

—Bla, bla, bla, detesto cuando hablas como tu madre. Me gusta más la Margot atrevida. ¡Iremos mañana! —decidió—. Nos veremos aquí cuando vuelvas de la iglesia.

Lo pensé un segundo y asentí.

—Solo un paseo.

—Solo un paseo —aceptó Dotty con una pícara sonrisa—. Prometido.

2. JC

«Novato, novato, novato», estaba harto de esa palabra. Y también estaba harto de que el nombre de mi padre saliera en todas las conversaciones. No hacía falta que nadie me recordara que James Curtis Gallagher era un héroe. ¡Yo vivía con él!

Quise ser como él desde la primera vez que lo vi con uniforme. Pero nunca imaginé que ser hijo del bombero más cualificado de Springfield pudiera ser tan duro. No me medían con el mismo rasero que a los demás; a mí se me exigía el doble, porque era un Gallagher. Tampoco ayudaba que mi padrino fuera el jefe de distrito Traveller. John me apretaba demasiado, me había puesto bajo las órdenes de uno de los capitanes más tiranos del cuerpo porque, según él, se me tenía que curtir la piel. ¡Y un cuerno! Lo único que estaba consiguiendo era que regresara cabreado a casa después de cada servicio.

Di un portazo al llegar y subí las escaleras hasta mi cuarto. No tenía ganas de ver a nadie, no estaba de humor para sentarme a cenar. Mi padre me preguntaría cómo había ido el día y yo no podría ocultarle que había sido uno de los peores de mi vida.

Me habían humillado, se habían reído de mí porque era el maldito novato de la compañía, me habían gastado una broma que no tuvo gracia y terminé sentado delante del capitán balbuceando como un niño. ¡Si hasta había sentido el nudo en la garganta que precede a las lágrimas!

Apreté la cara contra la almohada y ahogué un grito de frustración. Descargar puñetazos contra el colchón no me alivió en absoluto, pero era mejor que hacerlo contra la pared o contra el rostro de Charlie Flint, el capullo que me había endosado aquellos maniquíes como si fueran víctimas. Creí que había hecho una heroicidad, pero solo fue una pérdida de tiempo y el motivo de las burlas de todos mis compañeros.

Mi madre llamó a la puerta de la habitación y puso fin a mi momento de autocompasión.

—Te he traído algo de cenar —musitó, insegura—. ¿Estás bien?

Encendí la luz de la mesilla y me conmovió su aspecto: había estado llorando. Los ojos hinchados y la nariz enrojecida la delataron.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está papá?

Un encogimiento de hombros fue la única respuesta que recibí. Se entretuvo unos segundos en ordenar la ropa que yo había dejado tirada de cualquier forma y le di el espacio que necesitaba. Era una mujer fuerte, decidida, valiente, salvo cuando tenía que enfrentarse al miedo de perdernos a papá o a mí.

No obstante, no podía haber pasado nada grave, o yo lo sabría.

—Tu padre ha ido a ver a un compañero de otra unidad. Nada importante.

—Y, entonces, ¿por qué estás así?

Volvió a encogerse de hombros y no la presioné. Formaba parte de su manera de protegerse, por si algún día era el teléfono de nuestra casa el que sonaba en el silencio de la noche. Por si los siguientes éramos nosotros.

Me levanté de la cama y la abracé con cariño. Ojalá hubiera podido prometerle que todo iba a ir bien, que no tenía que preocuparse. Pero no podía hacer eso, no podía mentirle. La nuestra era una profesión de riesgo, donde cualquier imprevisto podía alterar el curso normal de nuestras vidas para siempre. Mi padre y yo lo sabíamos y ella también, lo había aprendido a la fuerza.

La estreché más fuerte cuando la oí suspirar. Me dolía su congoja. Me sentía responsable de buena parte de su preocupación. Ella eligió amar a un bombero, fue su decisión, pero seguir los pasos de mi padre fue la mía, y le había causado una herida que no tenía alivio ni cura, que era para siempre.

—Creo que cenaré abajo contigo y después podemos ver el nuevo episodio de la familia esa que tanto te gusta. ¿Cómo se llaman?

—*La tribu de los Brady* —respondió más animada—. Me encanta la criada.

Y a mí me encantaba verla sonreír de nuevo.

3. Margot

—¿Has hecho *brownies* para los bomberos? —preguntó Dotty, sorprendida—. Vaya, chica, ayer solo querías dar un paseo y hoy pretendes meterte en la boca del lobo.

—Solo es un detalle. Somos chicas educadas.

Había escondido unos cuantos trozos de *brownie* en una servilleta para que mi madre no los viera. Por muy amable que fuera el gesto, a mamá se la hubieran llevado los demonios de haber sabido quién se los comería.

Caminamos cogidas del brazo hasta el 2502 de Chatham Road. Llevábamos vestidos de domingo, zapatos limpios y una amplia diadema que mantenía perfecto nuestro pelo enlacado. Dotty estaba preciosa, yo solo era una chica del montón. No podía competir con sus grandes ojos azules ni con el rubio natural de un ángel. Mi mirada oscura no era cautivadora, tenía la boca demasiado grande, una melena indomable y unas caderas de talla *extra large*. Mi mejor baza era mi ingenio, pero eso no sería suficiente para encandilar a nadie.

Además, me quedaba en blanco cuando me ponía nerviosa y solo decía tonterías. A los chicos guapos no les gustaban las tonterías.

—Es un lugar bonito, ¿no te parece? —comentó Dotty al llegar.

Arrugué la nariz y me salió una mueca de asco. Aunque fuera de nueva construcción, aquel sitio solo era una mole de ladrillos rojizos con unos cuantos árboles alrededor.

—Es horrible. Huele a combustible y a goma quemada.

—La belleza está en el interior, Margot.

«Literalmente», pensé. Si el muchacho del camión estaba allí, la frase habría dado en el clavo.

—¿Buscáis a alguien? —preguntó un afroamericano recién salido de ninguna parte—. ¿Necesitáis ayuda?

—Nosotras… No… Solo hemos…

—Hemos venido a daros la bienvenida al barrio —intervino Dotty. Se acercó a mí, me quitó el hatillo de *brownies* y se los ofreció al bombero—. Los ha hecho mi amiga. Están muy buenos.

El hombre nos miró un poco confundido, pero la sonrisa de Dotty lo conquistó y terminó por sonreír él también.

—Vaya, gracias. No teníais por qué hacerlo. —Se volvió hacia el interior del parque y silbó fuerte—. ¡Eh, muchachos! Tenemos visita.

Cinco hombres de diferentes edades acudieron a la llamada, pero ninguno era el chico que yo había visto. Dotty habló con ellos y les sacó algunas carcajadas, mientras yo, en segundo plano, me retorcía la tela de la falda, incómoda con la situación.

—¡Novato! Si no vienes, te quedas sin bizcocho —gritó uno de ellos.

El chico apareció y mi cuerpo reaccionó con un súbito bochorno.

Era tan perfecto…

Llevaba un mono de trabajo en el que no cabía ni una mancha de grasa más, se limpiaba las manos con un trapo negro como el carbón, iba despeinado y con la cara sucia, pero todo eso lo hacía aún más atractivo.

Solo tuve ojos para sus ojos. Eran de un azul intenso, limpio, como el del cielo de Springfield en verano. Le caía un mechón en la frente y me di cuenta de que no lo llevaba a la moda como sus compañeros. Nada de grandes patillas, nada de medias melenas, nada de rizos a lo afro, no. Él lo llevaba corto de los lados y más largo por arriba, como Jim Stark en *Rebelde sin causa*.

Suspiré, y debió de ser un suspiro enorme porque todos se rieron.

—Parece que a nuestro novato le ha salido una admiradora.

Me puse tan roja como la carrocería del camión. Él seguía sin inmutarse, continuaba limpiándose las manos y me miraba con el ceño fruncido, como si le molestara mi respiración.

Uno de sus compañeros le ofreció un trozo de *brownie*, pero él lo rechazó.

—No me va el dulce. Soy más de salado —pronunció con una voz tan profunda que se me erizó el vello de la nuca.

—No les hagas ese feo a las chicas, hombre. Los han hecho para nosotros.

—Los ha hecho Margot —insistió Dotty.

—Sí, eso, los ha hecho Margot —se burló un bombero que imitó el tono jovial de mi amiga.

A él se le dibujó una sonrisa en los labios y, sin apartar la mirada de la mía, alargó la mano, cogió un *brownie*, lo mordió y lo volvió a dejar.

Era de mala educación observar a la gente cuando comía, pero yo lo miré a placer mientras masticaba. Lento, muy lento, como todo lo que hacía.

—Demasiado dulce —murmuró—. Vuelvo dentro, chicos. Señoritas. —Inclinó la cabeza a modo de despedida y desapareció por donde había llegado.

Me quedé tan desolada que no presté atención a la charla de Dotty de regreso a casa. Para ella la visita había sido fascinante, para mí fue una humillación.

4. JC

¿Bizcocho de chocolate? ¿Niñas atolondradas en la puerta del parque? No pensaba caer en otra broma más. Lo último que me faltaba era que el capitán me pescara perdiendo el tiempo cuando me había ordenado que le sacara brillo a la carrocería del camión bomba.

—Así no conseguirás echar un polvo en la vida, novato —advirtió Charlie Flint—. Podrías haber sido un poco más amable con las chicas.

—Eran dos niñas —gruñí.

—¡Como tú! —exclamó O'Connors, y me palmeó la espalda tan fuerte que por poco doy con la frente en el camión—. Pero las niñas crecen y se hacen mujercitas. La rubia estará cañón dentro de un par de años.

—Demasiado espabilada para el novato —apuntó Ross—. Le iba más la morena. ¿Habéis visto cómo lo miraba? ¡Quería comerte!

—Si es verdad que ha hecho estos bizcochos, cásate con ella. —Bernard Campbell dio otro bocado al *brownie* que sostenía en la mano y gimió con teatralidad—. Si vuelve por aquí, dile que te dé la receta. Mi mujer tiene que aprender a preparar esta maravilla.

Esas dos chicas les dieron material para tocarme las narices un día más. Las imitaron hasta doblarse de la risa, me lanzaron besos, incluso me hicieron reír con sus payasadas. Cuando advirtieron que sus bromas ya no me molestaban tanto, se relajaron un poco.

—Y, entonces, ¿cómo es tu mujer ideal, novato? —quiso saber Ross mientras preparaba una nueva cafetera.

—No tengo una mujer ideal —respondí.

—Pero algún día querrás sentar la cabeza, ¿no?

—No.

No entraba en mis planes formar una familia, ni pronto ni tarde, y no entendí por qué aquella confesión les causó tanto impacto, no era tan extraño.

Me miraron como si hubiera jurado en vano y sacudieron la cabeza, en señal de desaprobación.

—¿No quieres casarte y tener hijos? —insistió Ross en nombre de todos.

—¿Y dejar viuda y huérfanos si me pasa algo? No, gracias.

—Vaya, chico, eso dice mucho de ti —dijo Campbell con el ceño fruncido.

—O muy poco —añadió O'Connors—. No llevas ni medio año en el cuerpo y ya dudas de tus posibilidades.

—No dudo de mis posibilidades, es solo que…

—¡A lo mejor le van los hombres! —exclamó Flint.

Me dieron ganas de estamparle el puño en la cara. Por suerte, los demás no le rieron la gracia.

—Dejad al chico en paz —intervino Joe Burnham desde su sillón frente al televisor. Era el mayor de la compañía y el único que nunca entraba en el juego de sus compañeros—. Cuando llegue la mujer adecuada, lo sabrá.

—Y, si no llega, su mamá seguirá limpiándole los calzones cuando se cague encima —voceó Flint.

Apreté los puños, dispuesto a partirle la nariz. Estaba harto. Pero un aviso de incendio lo libró de terminar sangrando como un cerdo. Y a mí me salvó de poner fin a mi carrera como bombero.

5. Margot

El despido de la señorita Carpenter, nuestra profesora de Educación Física, a una semana de terminar el curso, causó tal revuelo en el instituto que no se habló de otra cosa en toda la semana. Sus ideales no iban en consonancia con el colegio católico en el que yo estudiaba; había normas no escritas entre el profesorado, y ella se las había saltado todas por el simple hecho de hablar sin pelos en la lengua con las alumnas.

Fue una noticia terrible. Era la mejor persona que había conocido en mis dieciséis años.

—Se lo tiene merecido —dijo mi madre mientras disponía las láminas de lasaña en una bandeja—. Me han dicho que las niñas de primer curso la vieron en las duchas del vestuario ¡desnuda! ¡Qué vergüenza!

—¡Oh, sí, qué vergüenza! —ironicé. Picoteé unos trocitos de queso que había en un plato, pero mi madre lo apartó con un gruñido—. Debería ducharse vestida. ¡Qué desfachatez!

—¡Margot! Te prohíbo que me hables en ese tono. El sarcasmo no es propio de una señorita. —Emitió un suspiro de exasperación y se llevó la mano a la frente—. No sé por qué me esfuerzo en hacerte comprender. ¡Eres una niña!

—No soy una niña, madre. Y la señorita Carpenter era…

—¡Da igual! No quiero seguir hablando de esa mujer. El claustro ha hecho bien en cesarla. No era una buena influencia. —Quise protestar, pero no me dejó—. ¡No, Margot! Ni una palabra más. Me has provocado jaqueca. Prepara la comida, voy a echarme un rato.

Así terminaban todas las conversaciones con mi madre, con jaqueca, con censura, con prohibiciones que solo conseguían que me interesara más por los temas que ella evitaba. ¿Por qué no podía ser como la madre de Dotty? Con la señora Baker se podía hablar de todo, incluso de sexo.

También se podía hablar de todo con la señorita Carpenter. De hecho, era algo que algunas alumnas hacíamos con frecuencia.

—Tenéis que pelear por lo que deseáis en la vida, chicas. Sed persistentes —nos dijo—, sea cual sea el objetivo, no dejéis de perseguir vuestros sueños.

Su consejo me caló hondo. Pelear por lo que quería era mejor que

esperar sentada. Si no hacía algo, un día me levantaría de la cama y me habría convertido en mi madre.

Ese pensamiento me sobresaltó. Cualquier chica desearía ser como Margaret Addams. Era una mujer guapa, distinguida y se había casado con un hombre atractivo con un buen sueldo. Vivía en un barrio muy próspero y se jactaba de ser una buena esposa, una buena madre y una ciudadana comprometida con las necesidades de los más desfavorecidos. Era la forma elegante que tenía mamá de definirse a sí misma delante de sus amistades. Y sí, era buena esposa, tan buena como cabía esperar. Y sí, también era solidaria: donaba toda la ropa vieja a los pobres. Pero buena madre… Una buena madre no se arrepentía de haber tenido una hija avispada.

No, definitivamente, yo no sería nunca como ella.

Condimenté de más la lasaña perdida en mis aspiraciones de futuro. Quería ir a la universidad, estudiar Historia del Arte, trabajar en un museo, ser independiente, viajar, ver mundo… ¡Todo lo que horrorizaba a mi madre! Ella rezaba para que encontrara a un hombre de buena posición social que me metiera un poco de sensatez en la cabeza. Casarme, tener hijos, ser la esposa ideal… No era un mal plan, pero corrían tiempos de cambio. La década de los sesenta había impulsado muchos cambios en la sociedad, los setenta habían empezado con fuerza y yo ya me sentía parte de esa corriente de libertad que me arrastraba fuera del convencionalismo de mi familia.

Metí la lasaña en el horno y recogí la cocina mientras soñaba despierta, como pasaba la mayoría de las veces. Unos minutos después, el olor del queso fundido y del sofrito me despertaron el apetito y rebañé la sartén con un dedo para probar los restos de carne y tomate.

—Creo que me he pasado con la sal. —Volví a probarla y asentí de acuerdo conmigo misma.

Me acordé del bombero de inmediato. Al chico de los ojos del color del verano le gustaba lo salado. ¿Qué opinaría de mi comida?

«Ve a descubrirlo. Sé tú misma. Sé valiente. Sé libre, Margot».

Esperé a que la lasaña estuviera bien horneada y aproveché que mamá dormía para acercarme al parque con un buen trozo. No sabía qué iba a decir, Dotty era la que siempre llevaba la iniciativa en nuestras locuras, pero me sentí muy viva al aventurarme sola en aquella experiencia. Y muy asustada cuando me vi a las puertas del

parque de bomberos.

«Dar marcha atrás es de cobardes, Margot».

No había nadie a la vista cuando entré, y mi idea de llevarle la comida a un chico con el que no había intercambiado ni dos frases empezaba a parecerme una completa tontería. Sin embargo, la curiosidad me empujó hasta las imágenes expuestas en la entrada; me entretuve demasiado y, cuando quise salir de allí, ya era tarde. El camión atravesó el portón y me impidió la retirada.

—¡Mirad quién ha vuelto! —exclamó uno de los bomberos—. Es la chica de los bizcochitos de chocolate. ¿Qué nos has traído hoy, bonita?

Bromearon sobre mi atuendo de colegiala, pues no me había quitado el uniforme, y se rieron de mis trenzas y de mi sonrojo. Pero no se acercaron a mí, tenían que dejarlo todo preparado por si surgía otra emergencia, y eso me dio la oportunidad de observarlos. Eran grandes y fornidos, con maneras toscas y un sentido del humor que no entendí, pero me parecieron simpáticos.

Todos sonrieron al verme. Todos menos uno.

—¡JC, espabila! Hay cuatro mangueras para enrollar —le ordenaron de malas formas.

«Se llama JC», me dije. ¿Qué nombre esconderían esas iniciales?

A él no le sentó muy bien el toque de atención. Bajó del camión y dio un portazo tan fuerte que me tembló la lasaña en las manos.

—¿Qué haces tú aquí? ¿No deberías estar en el colegio?

—Te he traído algo de comer. Es salado.

—¿Qué? —preguntó sin comprender.

—Que te he traído la comida —dije un poco más alto—. Dijiste que te gustaba más lo salado, así que…

—¿Me has traído la comida?

—Sí, lasaña. La he hecho yo —declaré, orgullosa, y le tendí la fuente de cristal—. Hay para dos, por si quieres que te acompañe.

Las risas de sus compañeros lo pusieron de peor humor.

—Vete a jugar a las casitas a otro sitio, ¿quieres?

Se me borró la sonrisa, me ardieron las mejillas y bajé la mirada. Estaba muy avergonzada. Podría haber salido corriendo, pero mis pies decidieron quedarse allí plantados y aumentar la humillación. Apreté los labios para que no me temblara el mentón y respiré de manera entrecortada. Yo solo quería llevarle algo de comer…

—No te preocupes, bonita, si él no se lo come, lo haremos los demás —intervino el que parecía más viejo—. Trae aquí, veamos qué es lo que huele tan bien.

Alargó la mano para coger la lasaña, pero JC se le adelantó. Emitió un gruñido de advertencia hacia su compañero y me arrancó la fuente de las manos.

—Ahora, fuera de aquí.

¿Por qué me hablaba así después de aceptar mi comida? Era muy descortés. Le fruncí el ceño y le dediqué una de mis miradas airadas. No podía ser tan grosero.

—Decir «gracias» sería lo apropiado.

Abrió los ojos, sorprendido por mi reproche, y, a continuación, los entrecerró y se acercó mucho. Demasiado. El corazón empezó a latirme más y más fuerte, las manos me sudaban, las rodillas me temblaban… Se detuvo tan cerca que pude percibir el olor de su sudor mezclado con el aroma acre que llevaba impregnado en la camiseta.

—Me da igual lo que tú creas. Fuera. De. Aquí. Ya. —Señaló el portón con ímpetu—. Este no es lugar para una niña.

—No soy una niña.

—No es una niña, novato. ¡Es toda una mujercita! —voceó otro bombero con un tono de burla muy desconsiderado—. Y te ha traído la comida. Deberías recompensarla.

—Le compraré una piruleta la próxima vez que vaya a la feria —pronunció despacio sin apartar los ojos de los míos.

«¿Cómo? ¿Una piruleta?».

Sentí que me ponía aún más colorada al tiempo que me crecía una furia incontenible en el pecho. Se estaba burlando de mí, y su comentario había desatado las carcajadas del resto de los bomberos presentes.

Ese chico era un insolente y no se merecía ni mi lasaña ni un solo segundo más de mi tiempo. Apreté los dientes e intenté alcanzar el recipiente de cristal, pero fue más rápido que yo y esquivó mis intenciones con un movimiento ágil. Lo volví a intentar con más empeño, pero solo conseguí convertirme en el espectáculo del día.

Al final, me di por vencida y salí corriendo. Sus risas me acompañaron hasta cruzar la acera y más allá de la tienda de ultramarinos de la familia Odrey. Antes de doblar la calle, miré hacia atrás y lo vi. Permanecía de pie en la puerta del parque, muy quieto,

serio, con esos misteriosos ojos azules puestos en mí.

Pese a la distancia que nos separaba, nos mantuvimos la mirada unos segundos.

Después de cómo me había tratado, ¿qué hacía ahí plantado?

Me aparté una trenza del hombro con un ademán y enderecé la espalda.

«Dignidad, ante todo, Margot», me recordé, decidida.

Y luego… Luego le saqué la lengua.

Y él… Él sonrió.

6. JC

—¡No conseguirás nada si no te esfuerzas, JC! Cada día, cada noche, a cada segundo: trabajo, trabajo y trabajo. ¡Eres un Gallagher, maldita sea! Si querías relajarte y disfrutar de la vida, haberte hecho *hippie*.

—Me estoy esforzando, es solo que…

—¿Es solo que qué? —Los ojos de mi padre me advirtieron antes de responderle: no estaba de humor para provocaciones—. No quiero volver a oír nada más sobre ti. ¡Los Gallagher no cometemos errores! ¡Jamás!

—James… El chico acaba de empezar y…

—¡No, Hanna! —gritó—. Lleva sangre de bomberos por las venas. Lo que ha pasado hoy es inaceptable. ¡Inaceptable!

«Malditas mangueras del demonio», pensé una vez a solas.

Hice una mueca de dolor al quitarme la camiseta y me eché en la cama a rumiar mi propio cabreo. No había conseguido controlar la manguera cuando llegó la presión del agua y había vuelto a hacer el ridículo más espantoso delante de mis compañeros y del jefe de distrito, el maldito John Traveller, mi padrino. No había tardado ni una hora en llamar a mi padre para contarle lo ocurrido en los entrenamientos.

Cuatro meses en el cuerpo de bomberos y era la segunda vez que papá montaba en cólera por mis meteduras de pata. Él era el bombero que todos querían ser: valiente, audaz, de pensamiento rápido, tan compenetrado con el fuego como con el agua. Sus quemaduras hablaban por él. Era mi referente, la persona a la que más admiraba, y saber que lo había defraudado me dolía más que el golpe con la manguera.

—Solo está disgustado porque ha tenido un mal día —lo justificó mi madre cuando acudió a darme apoyo moral—, pero seguro que mañana se le ha pasado.

—Lo sé.

—No le ha gustado que John le hablara mal de ti otra vez. Sabe que serás un gran bombero, pero le falta paciencia, ya lo conoces. No se lo tengas en cuenta.

No lo haría, pero tampoco hubiera estado de más un poco de confianza y algún consejo que me sirviera para superar esos días en

los que estaba a punto de mandarlo todo a la mierda. Él sabía mejor que nadie lo que era estar sometido a presión y que las cosas no salieran como las había planeado.

Cuando anunció que se presentaba para jefe de distrito todos pensamos que le darían el puesto. Hubiera sido lo justo. Llevaba años preparándose para subir de rango, había dejado pasar la oportunidad en un par de ocasiones en beneficio de otros compañeros con más antigüedad, pero su momento había llegado. Sin embargo, le salió un competidor en el último instante y recibió una puñalada por la espalda. Eligieron a John Traveller, su mejor amigo. No era ni la mitad de bueno ni estaba tan comprometido con el cuerpo como mi padre, pero tenía algo que no encontrarían nunca en un Gallagher: paciencia.

—¡Eh! Cámbiate. Te espero fuera —exigió mi padre desde la puerta de mi habitación. Mi madre hizo una mueca y me animó a obedecer con la mirada—. Voy a enseñarte un par de cosas, muchacho.

Desapareció en su dormitorio y lo oí bajar las escaleras unos minutos después. Lo último que me apetecía era una demostración de sus habilidades profesionales. Por más que me esforzara, yo nunca sería como él.

Aun así, no estaba en disposición de ignorar a mi padre.

—Ve, anda. Os vendrá bien —medió mi madre—. Mientras, yo iré a preparar la cena. Estoy segura de que no has comido nada decente en todo el día.

Oculté la sonrisa mientras me deshacía de la camisa. Había comido lasaña, la mejor lasaña que había probado en mi vida.

La imagen de aquella chica se quedó conmigo mientras me cambiaba de ropa. Era una niña. ¡Si llevaba hasta el uniforme del colegio, por el amor de Dios! Pero tenía agallas y unos ojos marrones muy expresivos. Lo de ser cruel sin necesidad debía de ser otro de los dones de los hombres Gallagher. No se merecía lo que le dije, y me sentí muy culpable cuando la vi salir corriendo del parque. Pero ya era suficiente molesto ser el novato de la compañía como para tener que soportar las burlas del resto de los chicos por una cría que jugaba a las cocinitas.

Era mejor que no volviera a aparecer por allí. Había hecho lo correcto.

—¡JC! —bramó mi padre desde el jardín.

Me asomé por la ventana y lo vi de brazos cruzados en medio del camino.

—Pero ¿qué demonios…?

En una mano sujetaba un guante de béisbol; en la otra, la bola. Llevaba la gorra del revés y su camiseta de los White Sox.

No solo era mi héroe: era el mejor padre del mundo.

7. Margot

David Porter nunca me había caído bien. Era el típico chico rico, problemático, expulsado de un colegio privado por mal comportamiento y que había encontrado su feudo de idiotas en el instituto público donde estudiaba Dotty. Era un par de años mayor que nosotras, y se había graduado el curso anterior, toda una proeza; incluso había entrado en una buena universidad gracias a los donativos de sus padres. Era un completo capullo, pero había que reconocerle un logro: sus fiestas de bienvenida al verano eran memorables.

Dotty y yo nunca habíamos estado en una, pero lo que se contaba de ellas era tan increíble que nadie podía reprocharnos que quisiéramos asistir más que nada en el mundo. Si no ibas a las fiestas de David Porter, no existías.

Pero nuestra suerte había cambiado por una casualidad del destino. Su novia, Martha Sullivan, era una de las alumnas de último curso de mi colegio. Una chica popular, guapa e inteligente que se había dejado enamorar por la cara bonita de David y por su cuenta corriente. Sus delirios de grandeza acerca de lo rica que era la familia Porter y lo feliz que sería cuando acabara el instituto y se casara con David daban ganas de vomitar, pero, en el fondo, Martha me resultaba simpática. Y yo a ella también.

Una tarde, a la salida del colegio, me regaló una invitación para la fiesta de su novio y me animó a que llevara a alguien más.

—Venga, date prisa o no llegaremos a ver a los chicos del equipo de *rugby* —me apremió Dotty—. ¡Van a bañarse desnudos en la piscina!

Me ajusté el vestido al pecho y di un par de vueltas más delante del espejo. La señora Baker tenía un guardarropa repleto de vestidos maravillosos que confeccionaba ella misma, y le habíamos cogido prestados dos particularmente deslumbrantes para la ocasión. Los zapatos de tacón también eran suyos, y los pendientes, y las pulseras, hasta la cinta del pelo era de la madre de Dotty.

—No estoy segura de que esto sea una buena idea —dudé mientras veía cómo se pintaba los labios de rojo intenso—. Si tu madre viene a ver qué estamos haciendo y nos ve…

—No vendrá. Ya has visto que tienen invitados. En cuanto se

fumen dos canutos más, no podrán poner un pie delante del otro. —Me pasó el carmín y titubeé. Nunca había llevado un color tan llamativo—. Además, ¿qué más da? Mientras tus padres no se enteren, no habrá problema.

Si mis padres hubieran tenido la sospecha de que iba a una fiesta donde todo estaba permitido, me hubieran encerrado en mi habitación y hubieran tirado la llave en lo más profundo del lago Michigan.

Salvamos la ventana con cuidado de no dañar los vestidos e hicimos autoestop durante algunos minutos hasta que una camioneta se detuvo en el arcén. Era una locura, pero toda esa adrenalina que producía mi cuerpo ante lo desconocido funcionaba como una droga, y quería más. Quería experimentar, reír, bailar con los ojos cerrados y sentir las estrellas sobre mi cabeza.

Sabía que las consecuencias de mis actos podían ser fatales, pero estaba viviendo, estaba sonriéndole a la vida, y dejé de preocuparme.

Cinco horas después, estaba al borde de un ataque de pánico.

Dotty había desaparecido. No sabría decir en qué momento de la noche había ocurrido, pero me entretuve hablando con unas compañeras de mi instituto que también estaban allí y, al instante siguiente, ya no la tenía a mi lado. La casa era tan grande que al principio no le di importancia: podía estar en el cuarto de baño, charlando con alguien o bailando en alguna de las habitaciones donde la música estaba insoportablemente alta. Pero cuando la gente empezó a desvariar y la fiesta subió de tono, quise irme y empecé a buscarla.

Me recorrí cada una de las estancias y, menos a Dotty, encontré de todo: grupos que jugaban a beber todo lo que caía en sus manos, drogas que iban más allá de simples canutos y parejas a las que no les importaba que alguien como yo los sorprendiera en medio del acto sexual. Me horroricé, me agobié y me arrepentí de haber ido a la fiesta. No tenía ni idea de lo que podía ser, pero jamás imaginé las cosas que vi en aquella casa.

Dotty apareció tambaleante y con los zapatos en la mano cuando ya me había dado por vencida. El cielo empezaba a clarear, la música ya no sonaba tan fuerte y había más cuerpos dormidos que en movimiento. Estaba despeinada, tenía el maquillaje corrido y parecía a punto de perder el conocimiento, pero sonreía, y eso me tranquilizó.

—Me has dado un susto de muerte. Pensé que te habías ido sin mí —la regañé mientras cargaba con ella de camino a la puerta—.

Tenemos que volver a casa.

—¡No! ¡A casa no! ¡Que siga la fiesta! Aún es pronto.

—No es pronto, es temprano, Dotty. Está amaneciendo.

—¡Pues veamos salir el sol! —gritó. Levantó las manos, animada, y por poco se me cae al suelo—. El chico con el que he estado me ha dicho que él y sus amigos iban a ir…

—¿Has estado con un chico? —Asintió con un movimiento brusco de cabeza que la despeinó todavía más—. Y… ¿de qué habéis hablado? He estado más de una hora buscándote.

Se le escapó una risa ebria.

—Pues… hablar, hablar…

Volvió a reír y me imaginé a qué se debía. No era tan ingenua. Ya sabía lo que pasaba en ese tipo de fiestas.

—¿Has tomado drogas? ¿Eso es lo que has estado haciendo con ese chico?

Incluso bebida me puso los ojos en blanco y se golpeó la frente con la palma de la mano. Y, entonces, me di cuenta de que me estaba diciendo algo diferente. Sí, había tomado más combinados de la cuenta; sí, había consumido drogas; pero el motivo de su ausencia era otro.

—¿Has practicado sexo con…? —Asintió e hipó—. ¿Todo el rato?

—Tooodo el rato.

Enmudecí. No sabía qué decir. Por alguna extraña razón adolescente, siempre pensé que hablaríamos del momento antes de que pasara y que perderíamos la virginidad el mismo verano, pero era evidente que Dotty no pensaba igual que yo. Dotty siempre había tenido su particular forma de encarar la vida, pero esto había sido un golpe difícil de encajar.

Me sentí traicionada por mi mejor amiga.

—Tendremos que andar hasta la parada más cercana y volver a casa en autobús —gruñí mientras ella trataba de bailar—. Dame el bolso, vamos a necesitar dinero.

Busqué los veinte dólares que habíamos reunido entre las dos y empecé a sentirme mareada al no encontrar más que la barra de labios.

—¿Dónde está el dinero? ¿Qué has hecho con él?

—Ácido —balbució, y abrió mucho los ojos para mirarlo todo alrededor—. Alucinante.

—¡Dotty, mírame! —Le di un par de palmaditas en la mejilla para que me hiciera caso—. ¿Te has gastado todo nuestro dinero en LSD?

Su risita me revolvió las tripas. La dejé desmadejada en el bordillo y di un par de vueltas arriba y abajo para tranquilizarme. Tenía que pensar rápido, porque si la señora Baker entraba en la habitación y no nos veía allí pondría el vecindario patas arriba, mis padres se enterarían y me mandarían a un internado o algo peor.

Se me escaparon un par de lágrimas, pero me las limpié a manotazos. No era el momento de hacer un drama. Había más de seis millas hasta nuestra casa; necesitábamos una solución.

8. JC

La camarera del bar de Riverton me había dejado con una sonrisa en los labios después de una noche más para olvidar. La chica era atrevida, y que viviera en el apartamento de arriba de aquel tugurio me había ayudado a decidirme. Pero en cuanto habló de desayunar salí corriendo de la cama. Creí que lo había dejado claro antes de acompañarla: solo sería un revolcón o dos. Nada más.

Busqué una emisora con música animada para no quedarme dormido antes de llegar a casa, y cuando devolví la vista a la carretera me vi obligado a dar un volantazo. Había dos chicas en el arcén haciendo autoestop. Las conocía.

—¡Maldita sea! —Frené y di marcha atrás para comprobar que la falta de sueño no me estaba afectando.

Margot tiró de la mano de la rubia, que no parecía muy lúcida. Llevaban vestidos demasiado llamativos para dos niñas tan jóvenes, iban demasiado maquilladas y tenían aspecto de haber pasado la noche fuera.

—Gracias, gracias, gra… ¡Tú! —gritó Margot y dio un paso atrás.

—¿Se puede saber qué hacéis tan lejos de casa a estas horas? ¿Es que os habéis vuelto locas? —Ninguna respondió. Margot se miraba la punta de los zapatos, la rubia empezaba a palidecer—. Sé que me voy a arrepentir de esto, pero vamos, subid. No os puedo dejar aquí, en medio de ninguna parte.

El interior del Buick se llenó de la mezcla de sus colonias y del tufo a alcohol que desprendía la rubia. Margot se sentó a mi lado sin pronunciar ni una palabra, pero cuando me incorporé a la carretera la oí suspirar de alivio y yo también suspiré.

—¿Qué ha pasado?

—Dotty ha bebido mucho —murmuró.

—Sí, eso ya lo veo. —La aludida dormitaba en el asiento de atrás con la boca abierta—. ¿Y tú? ¿Has bebido?

—Solo un poco.

—Solo un poco, ¿eh? ¿Drogas? —Negó con la cabeza con demasiada efusividad. Ella tal vez no, pero su amiga iba hasta arriba. Lo noté nada más verla. Tenía las pupilas tan dilatadas que sus ojos parecían negros en vez de azules—. ¿Por qué no estáis en casa?

—Había una fiesta con chicos del instituto.

—¿Con alcohol y drogas? —me extrañé—. ¿Seguro que van al instituto?

Margot se encogió de hombros y echó un vistazo rápido a su amiga. Estaba asustada y no quería presionarla.

—¿Dónde os llevo?

—A casa de Dotty. —Memoricé las señas. Estaba muy cerca del parque de bomberos.

—¿Y vuestros padres saben que habéis ido a esa fiesta o esto es una de esas locuras de adolescentes? —Su forma de mirarme, cohibida, me dio la respuesta, pero en vez de enfadarme me reí—. Cuando te escapas para ir a sitios de mayores, debes estar segura de saber cómo regresar. Aunque lo mejor será que no volváis a repetirlo hasta que tengáis edad para salir de casa solas.

Mi reproche jocoso no le sentó bien. Se enderezó en el asiento y frunció el ceño.

—Lo teníamos todo planeado, no somos estúpidas. —Levanté una ceja ante la evidencia. Algo les había salido muy mal si estaban en una situación así—. Íbamos a coger el autobús, pero Dotty se gastó el dinero.

—Y pensaste que sería buena idea volver andando, ¿no?

—Alguien hubiera parado antes o después. No era tan descabellado, solo había que seguir la interestatal.

Solté un resoplido de consternación y negué en silencio. Eran dos inconscientes, les podría haber pasado cualquier cosa. Iba a insistir en ese hecho cuando la rubia se despertó pidiendo agua.

—Podrás beber toda la que quieras cuando llegues a tu casa, bonita.

Empezó a lloriquear y a balbucir incoherencias. Lo mismo se reía que se sorbía los mocos, igual miraba al frente con los ojos muy abiertos que dejaba caer la cabeza hacia delante en medio de una maraña de cabellos rubios. Tenía su gracia, no podía enfadarme con ellas. Yo también había vivido esa época de desafío constante a las normas.

—No hace falta que nos lleves hasta la puerta —dijo Margot, temerosa—. Puedes parar aquí.

—¿Tienes miedo de que os vean y se lo digan a vuestros padres? —Tragó con dificultad y miró hacia otro lado, pero le hice caso y detuve el coche—. Ya veo. ¿Tú también vives en este barrio?

—Ahí enfrente. —Señaló una bonita casa blanca con cuidados parterres y mariposas de papel colgadas de las ramas del viejo árbol del jardín. Era tan encantadora como ella—. Gracias por traernos. Estoy…, estamos en deuda contigo.

—Sí, gr-graciasss —murmuró Dotty.

A continuación, sufrió un espasmo y vomitó sobre el asiento trasero de mi precioso Buick GSX.

—¡Oh, no! —exclamó Margot. Se llevó la mano a la boca y abrió tanto los ojos que su expresión me recordó a un búho. Yo cerré los míos y pedí paciencia—. Lo limpiaremos.

—No hace falta —negué, resignado—. Ahora, salid del coche.

—No te enfades, por favor. Si me das algo con que limpiarlo, lo dejaremos todo como nuevo —insistió, mientras su amiga emitía pequeños ronquidos.

—No estoy enfadado, pero lo estaré si no os vais a casa ya.

—Es que no quiero que te quedes con una imagen así —se excusó, apenada, y me entraron ganas de decirle que estaba muy bonita cuando hundía los hombros y bajaba la mirada al regazo—. Haré lo que sea, JC, te lo prometo. Te compensaré, te daré lo que me pidas…

—Te compensará con su virginidad —balbució Dotty, de vuelta a la consciencia.

—¿Qué? ¡No! —gritó, y se sonrojó con intensidad.

Su inocencia era encantadora y su expresión de desconcierto me provocó una sonrisa que no pude disimular con nada. Apreté los labios para no reírme más mientras ella no atinaba con la manilla para escapar de semejante situación. No me miró mientras ayudaba a Dotty a salir del coche ni tampoco cuando cerró la puerta. Pero sí lo hizo antes de entrar en casa, y yo volví a sonreír.

No sé qué me pasaba con esa niña. Era inexplicable.

9. Margot

Una noticia terrible sacudió mi mundo y el de la música unos días después de aquella horrorosa fiesta en casa de David Porter: Jim Morrison acababa de sufrir un infarto en su apartamento de París. Su corazón se paró y para mí fue como perder un trozo de mi juventud.

—Es tan injusto. Primero Janice, luego Jimi y ahora nuestro querido Rey Lagarto —me lamenté con Dotty, que se había quedado al otro lado de mi ventana.

—Mis padres están muy afectados. Papá no ha dejado de mirar las fotos que se hicieron en el último concierto. Ya sabes cuánto lo admiraba.

Volví a poner *The end* en el tocadiscos y nos quedamos mirando el movimiento de las nubes durante un buen rato. No me podía imaginar un mundo sin él.

Dotty se encendió un cigarrillo al terminar la canción y se sacudió la pena con un par de profundas caladas. La noticia de la muerte de Morrison había sido el único motivo por el que le había abierto la ventana, pero después de compartir la tristeza y un par de canciones de nuestro ídolo, me parecía absurdo cerrarle la cortina como había hecho los días anteriores.

—Ya no estás enfadada conmigo, ¿verdad?

Sí que lo estaba, pero no tanto.

—Me dejaste sola, te acostaste con un chico, te gastaste nuestro dinero en ácido y le dijiste a JC que le compensaría con mi virginidad… Tengo motivos para estar cabreada un mes entero.

—Vale, vale, no me porté bien. Fui una irresponsable y te avergoncé. Lo siento, pero me perdonas. ¿A que sí? —Me dio un empujoncito que me hizo sonreír—. Además, te mueres por preguntarme cómo fue… eso.

—No es verdad —mentí. Quería saber hasta el último detalle de su primera vez—. Bueno, quizá un poco. Seguro que no fue para tanto.

—No, fue mucho mejor. —Me guiñó un ojo y se acomodó mejor en la ventana—. ¿Sabes ese lunar en forma de corazón que tengo aquí? —Se señaló bajo el pecho y yo asentí—. Pues lo volvió loco.

—Pero ¿loco mal? —pregunté, inocente.

—No, Margot. Loco bien.

El relato de su noche y de lo que experimentó en la habitación de

invitados de la mansión de David Porter me provocó un cosquilleo por todo el cuerpo. Dotty no escatimó en detalles, algunos demasiado explícitos, y me imaginé cómo sería vivirlo en primera persona. Me sonrojé al pensar en JC haciendo y diciendo todas esas cosas sucias y medio perversas, y me removí incómoda por las sensaciones que me burbujeaban en el vientre y un poco más abajo.

—¡Vamos a ver al bombero! —propuso de pronto. Dio un salto y apagó la colilla.

—¡No! ¿Por qué? —Las mejillas se me encendieron. Me daba vergüenza verlo después de lo que había pasado.

—Le debemos una disculpa.

—Tú le debes una disculpa: vomitaste en su coche. Yo no le debo nada.

—¡Eh! A ti también te trajo a casa —señaló.

No tenía defensa para eso, pero no quería volver a hacer el ridículo delante de él y de sus compañeros. La última vez que estuve en el parque me prometí que no volvería a cometer el mismo error, pero Dotty tenía razón. Era justo que fuéramos a disculparnos.

Mi madre irrumpió en la habitación con el ceño fruncido y los utensilios de limpieza bajo el brazo.

—¿Eso que huelo es tabaco? ¿Estáis fumando?

—No, señora Addams —murmuró Dotty mientras aplastaba la colilla en la hierba bajo la ventana.

—Bien. —Me tendió un par de bayetas y un espray para muebles —. Limpia esto, por el amor de Dios. Y tú deberías hacer lo mismo, Dorothy. —Dotty sonrió y extendió la mano para recibir otro paño—. En tu casa, querida. Limpia en tu casa. Margot no irá hoy a ninguna parte hasta que esta habitación quede reluciente como un espejo.

—¿Y luego? —insistió Dotty y me guiñó un ojo con complicidad—. Habíamos pensado en ir a comer un helado.

—Luego tampoco podrá ser. La mujer del párroco ha pedido nuestra ayuda para la colecta de ropa usada y debemos ir a la iglesia.

—Pero mamá…

—¡«Pero mamá» nada! Tenemos un compromiso con la sociedad más importante que andar por ahí haciendo quién sabe qué. —Le dio la espalda a Dotty para que no la oyera y susurró—: Dios sabe que pasar tanto tiempo en compañía de Dorothy Baker no es bueno para el alma de una chica como tú. Despídete de ella y ponte a limpiar.

Desde que conocí a JC, ir a la tienda de ultramarinos a hacer la compra me producía una agradable inquietud. Los grandes ventanales donde se alineaban las cajas registradoras ofrecían una maravillosa panorámica de la entrada al parque de bomberos y de la actividad de los chicos en el exterior.

No había vuelto a ver a JC desde que nos recogiera en la carretera y me quedé embobada mirándolo jugar a baloncesto con sus compañeros, como si jamás en mi vida hubiera visto a un hombre sudado sin camiseta.

«En realidad no lo has visto nunca», pensé con la boca seca.

—Oye, si no vas a pagar, lárgate —me regañó la dependienta después de repetirme tres veces el total de la compra.

Solté el puñado de billetes arrugados, esperé el cambio sin apartar la mirada de la cancha de básquet improvisada y cargué las dos bolsas de papel repletas hasta arriba.

No había dado ni dos pasos en la acera cuando sus ojos coincidieron con los míos y las bolsas se me cayeron al suelo de la impresión.

—Oh, no, no, por favor. ¡Maldita sea! —mascullé—. Que no me haya visto, que no me haya visto…

—Creo que esto es tuyo —oí a mi espalda, y contuve la respiración.

Miré por encima del hombro, abochornada. JC había recogido uno de los botes de tomate, que había caído rodando calle abajo, y me lo ofrecía junto a una sonrisa deslumbrante. Había tenido el detalle de ponerse la camisa del uniforme, pero las gotas de sudor aún le resbalaban por la frente, y me quedé absorta en ellas hasta que chasqueó los dedos delante de mí.

Cogí el bote sin mediar palabra y cargué de nuevo con las bolsas.

—Decir «gracias» sería lo apropiado. —Abrí mucho los ojos. ¡Esas habían sido mis palabras cuando le llevé la lasaña! ¿Me estaba parafraseando? ¿Se estaba burlando de mí? ¿Cómo se atrevía?

—No hay por qué darlas —respondí muy digna, y emprendí la marcha con piernas temblorosas.

A JC debió de parecerle muy cómica mi actitud, porque soltó una carcajada y me siguió de cerca.

Oírlo reír me aceleraba el corazón.

—«Gracias por llevarnos a casa, gracias por no contárselo a

nuestros padres, gracias por soportar que mi amiga te vomitara en el coche…».

Tenía razón, me estaba comportando como una tonta maleducada.

—Está bien. —Me detuve en seco y casi chocó contra mí—. Gracias por todo lo que hiciste. Y… lo siento.

—¿Qué es lo que sientes exactamente?

—Lo de tu coche. Fuiste muy amable al llevarnos, y nosotras… Bueno, Dotty…, ya sabes.

Le restó importancia con un gesto de la mano.

—No te preocupes por el coche: la mancha en la tapicería se quedará ahí para siempre, pero el olor se acabará yendo. —Si pretendía hacerme sentir mejor, no lo estaba consiguiendo—. Era mi deber ayudaros. De verdad que no pasa nada, Margot.

—Claro, tu deber…

—Es lo que hacemos los adultos responsables con niñas alocadas que no saben salir de los problemas en los que se meten.

Ya estábamos otra vez con lo mismo. Me ofusqué y, como era incapaz de contener mis reacciones, lo fulminé con una mirada entrecerrada. También levanté la nariz e hice ese gesto con la cabeza que hacía mi madre cuando se sentía ofendida.

—Adiós, JC.

—Venga, no te enfades. Deja que te ayude con eso. —Trató de cogerme las bolsas, pero me aparté y empecé a andar—. He acabado mi turno. Si esperas un minuto, puedo llevarte a casa.

—No, gracias. Sé caminar sola. Tengo casi diecisiete años, no soy estúpida.

—¿Tienes dieciséis años? —preguntó, pasmado, y retrocedió un paso. ¡Retrocedió!—. Eres… eres demasiado… pequeña.

¡Eso sí que me dolió!

—¡No soy pequeña! ¡Soy toda una mujer, por si no te has dado cuenta! Una niña no tendría unas tetas tan grandes y bonitas, ni un culo respingón como este, ni una piel tan suave. A los chicos de la fiesta les encantó mi piel —mentí. Utilicé lo que me había contado Dotty para defenderme. JC levantó las cejas—. Además, tú tampoco eres un hombre. Eres… eres… la mitad de un hombre. ¡Un mediohombre tonto!

Después de unos segundos de silencio en que solo se oyó mi respiración alterada, preguntó:

—¿La lasaña la hiciste tú de verdad?

—¿Qué? —Parpadeé varias veces sin entender.

—La lasaña. Dijiste que la habías hecho tú. ¿Es verdad?

—Sí, pero ¿eso qué…?

—Estaba muy buena —prosiguió. Sin previo aviso, me arrebató una de las bolsas y me animó a caminar—. ¿Qué más sabes cocinar?

Seguía desconcertada por el cambio de rumbo de la situación, pero JC parecía interesado y a mí se me olvidó por qué gritaba unos minutos antes. Me gustaba tanto la cocina… Me gustaba tanto él…

—Sé cocinar muchas cosas: guisos de verduras, estofados de carne, pasta italiana, pollo frito. Hoy haré costillas con miel y ensalada de col —presumí.

—Suena bien.

—¿Te gustaría probarlas? Mañana puedo llevarte un plato al parque. —Me sonrojé por el atrevimiento y porque sus ojos me miraron de una forma que me hizo sentir diferente—. Si no quieres, no pasa nada.

—No, es decir, sí, pero no creo que sea buena idea. —Era aún más guapo cuando parecía incómodo—. Tendrás que ir a clase, ¿no?

—No, ya estoy de vacaciones.

—Pues, en ese caso, tendrás cosas que hacer con tu amiga.

—¿Con Dotty? —Él asintió y yo respondí con un ademán—. Se va de viaje con sus padres y está ocupada con los preparativos.

—Vaya. ¿Se va mucho tiempo?

—Un par de meses. Van a viajar en furgoneta hasta San Francisco porque el padre de Dotty es artista y… —El interés de JC por mi amiga me hizo dudar—. ¿Por qué quieres saber si se va mucho tiempo? ¿Te interesa Dotty?

—Parece divertida, y es muy bonita. Me preguntaba si…

—Tiene la misma edad que yo. —En realidad, Dotty ya había cumplido los diecisiete, pero eso no tenía por qué decírselo—. ¿Ella no te parece una niña?

—Bueno, sí, supongo que sí, pero…

«Le gusta», resonó en mi cabeza y dejé de escuchar lo que JC estaba diciendo.

No podía reprocharle nada. Dotty era jovial, desbordaba simpatía y su belleza llamaba tanto la atención que cualquier otra chica desaparecía a su lado. Ella no le daba importancia a eso, ni siquiera se

daba cuenta de que los hombres la miraban, pero yo sí lo veía. Nunca me había molestado hasta ese momento.

Bufé y le arrebaté la bolsa de la compra.

—Casi hemos llegado. Ya puedo yo. Gracias por acompañarme. Y no te preocupes, no iré a molestarte al parque con mis platos. Me ha quedado claro.

Chasqueó la lengua y puso una mano en mi brazo. El contacto me provocó un estremecimiento y me temblaron las piernas.

—Oye, Margot, no pienses que soy un desagradecido, ¿vale? Me caes bien, eres una buena chica y me encantaría ver todo lo que sabes cocinar, pero soy nuevo en la compañía y estoy a prueba. No puedo permitirme distracciones en el parque, ¿entiendes?

—Entiendo —respondí, y bajé la mirada al contenido de las bolsas.

—No, no lo entiendes. —JC resopló y se llevó la mano a la nuca en un gesto de desesperación—. Yo… tengo que concentrarme en el trabajo y tú… tú me distraes.

—Eso ya lo has dicho. Te distraigo. Vale. Me ha quedado claro: no volveré al parque.

Iba a tener que hacer un registro de las miradas de JC. La que me lanzó en aquel instante estaba cargada de electricidad y de algo que me acarició muy adentro.

—Mira, ¿sabes qué? Quiero probar esas costillas con miel y la ensalada de col. Se me hace la boca agua solo de pensarlo.

—¿En serio? —Volví a experimentar el burbujeo en el estómago y noté el rubor que me teñía las mejillas.

—En serio. Pero si no estoy allí cuando llegues, no me esperes, ¿vale? Le dejas la comida a la secretaria del jefe y ella me la dará. ¿Te parece bien?

Lo estaba haciendo para contentarme, como cuando nuestros vecinos de al lado dejaban que su hijo pequeño manejara la máquina cortacésped después de una rabieta. Solo era una forma de no hacerme sentir mal.

—No tienes que hacer esto.

—¿El qué? ¿Asegurarme de tener una suculenta comida en la mesa?

—No sabes si será suculenta. Ni siquiera sabes si te gustará.

—Oh, cariño, ya lo creo que me gustará.

Se me tuvo que iluminar la cara después de ese «cariño», porque a

él le nació una enorme sonrisa y me guiñó un ojo para rematarlo.

No sabía cómo iba a explicarle a mi madre lo del exceso de comida, pero valdría la pena una mentira más.

Por él valdría la pena cualquier cosa.

10. JC

¿Qué iba a decirle? Esa chica tenía unos ojos tan expresivos que no había podido resistir su mirada decepcionada.

«Es un problema».

No quería perder el tiempo con ella, tenía cosas mejores en las que centrarme, pero cuando me dijo que tenía unas tetas bonitas dejé de respirar. Desde entonces, no había podido pensar en otra cosa. No eran tan grandes como presumía. Eran pequeñas pero firmes, y, a pesar del sujetador, se le marcaban unos pezoncitos de lo más apetecibles. Me los imaginé del color de las cerezas maduras y tan dulces como un baño de almíbar…

—¡Joder! ¡Tiene dieciséis años! —me reprendí a mí mismo en un susurro.

Pero recordar constantemente su edad no me impidió ponerme duro. Yo tenía veinte, no era un joven imberbe. ¡Ya sabía cómo eran unas tetas! Y sin embargo…

—Maldita sea…

Cambié de postura en el camastro del parque e intenté conciliar el sueño. Otra noche más de guardia.

—¿No puedes dormir, novato? —me preguntó Charlie desde la litera de arriba—. Ten, coge esto. Te entretendrá un poco.

Me tiró una revista y resoplé al ver de qué se trataba.

«Estupendo, lo que me faltaba».

En la portada había una chica con grandes pechos y unos labios muy sensuales en una posición muy sugerente. Llevaba un pequeño corsé de encaje que no dejaba nada a la imaginación y se mantenía sobre unos zapatos de tacón que desafiaban a la gravedad. Podría haber sido el remedio a mi frustración sexual, pero no hizo más que agravar el embrollo de pensamientos que me tenían despierto a aquellas horas de la noche. Porque donde había una modelo *sexy* yo veía a una jovencita pícara, donde había una boca sensual yo veía unos labios tiernos que nadie había besado, donde había maquillaje yo veía auténtico rubor en unas mejillas que aún no habían perdido la inocencia.

—¿A que te pone a cien, chico? —se interesó Charlie—. Eso sí es una mujer.

Le sonreí de medio lado para que me dejara en paz y fingí un

bostezo.

Si cerraba los ojos, podía ver a Margot mordiéndose el labio, ajena a lo que eso me provocaba. ¡Hasta le había preguntado por la lasaña con tal de que dejara de hacerlo! Lo malo era que oírla hablar de comida me excitaba, joder, me aceleraba el pulso de una manera muy absurda.

«Tiene dieciséis años, JC, es una mocosa. Céntrate».

Centrarme, eso era lo que debía hacer. Mi padre me estaba presionando, quería averiguar todos los detalles sobre mis progresos en el parque; tenía contacto directo con mi capitán y estaba al corriente de cada movimiento que hacía. Era asfixiante, pero lo hacía por mi bien. Si se enteraba de que perdía horas de sueño por pensar en una niña, me pondría a cargar mangueras cada segundo de mi tiempo libre.

Tenía que dejar de pensar en Margot, pero me moría por saber con qué plato me sorprendería al día siguiente y cómo de cortos serían sus pantalones.

11. Margot

—Pastel de pescado y flan de huevo con canela y limón —anuncié orgullosa mientras dejaba sobre la mesa los recipientes con la comida —. He traído un mantelito y una servilleta a juego.

Extendí el retal de lino delante de él y le guiñé un ojo, coqueta. Sus compañeros se reían a hurtadillas y no dejaban de hacer bromas a nuestra costa, pero yo sabía que se morían de envidia. Incluso salivaron cuando les llegó el delicioso aroma del postre.

—Esto no es necesario. Te lo dije ayer y anteayer, y cada uno de los malditos días que has venido al parque —gruñó—. Si quieres traerme la comida, perfecto, pero nada de manteles, nada de servilletas y nada de servirme como si fueras una maldita *geisha*. ¡Para ya!

Me apartó a un lado, cogió los platos y fue a sentarse a la mesa con el resto de sus compañeros. Algunos le palmearon el hombro, otros se mofaron de él.

Tal vez tuviera razón. Me había tomado demasiado en serio lo de prepararle todas aquellas exquisiteces, pero ¿se me estaba yendo la cabeza con tanta entrega?

La alarma del parque eligió ese preciso momento para resonar por los altavoces y todos, al unísono, arrastraron las sillas y se pusieron en pie. JC ni siquiera me miró. Me quedé en medio de aquella sala, con la servilleta retorcida entre los dedos, observando cómo desaparecían para cumplir con su deber. ¿Siempre sería así? ¿A cualquier hora? ¿En el momento más inesperado?

No podía ponerle nombre a lo que sentí. Fue una presión en el pecho, un nudo en la garganta, una sensación de pérdida, todo a la vez. Bajé la mirada a las manos porque se habían puesto a temblar sin que yo les hubiera dado permiso y, luego, me fijé en su plato, en la comida que con tanto esmero había cocinado para él. El pastel estaba desparramado en la mesa y alguien había destrozado la forma perfecta del flan al hincar un tenedor. El picor de las lágrimas me hizo parpadear para contenerlas.

«Es su trabajo, Margot —me dije—. Tendrás que acostumbrarte».

De pronto, JC entró corriendo en la sala y cogió un trozo del pastel de pescado con la mano. Sin detenerse siquiera, le dio un buen mordisco, lo saboreó con los ojos cerrados y me sonrió. A mí. Me

sonrió con la boca llena, y lo supe.

Era él.

Era el amor de mi vida.

12. JC

Volví al bar de las afueras de Springfield un par de días más para echar un polvo rápido con la camarera. Era una mujer de treinta años que no veía en mí más que un buen rato y unos cuantos orgasmos liberadores.

Una noche, mientras esperaba a que se fuera la clientela, un grupo de músicos, cargados con sus guitarras, entró en el bar seguido de unas cuantas *groupies*. Debían de ser habituales del lugar, pues el camarero los saludó con un corto abrazo, les sirvió unas cuantas cervezas y los invitó a chupitos de *whisky* barato.

No les presté más atención hasta que oí la risa de una de las chicas que acompañaban al grupo. Era Dotty.

La observé durante más de media hora: reía, bailaba, se mostraba completamente desinhibida con los tres tipos que la rodeaban. Debían de rondar la treintena. No le quitaban las manos de encima, y ella disfrutaba con las atenciones, pero entre ellos se miraban como si estuvieran tramando algo, y se me revolvió el estómago al pensar cómo acabaría la noche si no intervenía de inmediato.

—¡JC! —exclamó al verme—. ¿Qué haces tú por aquí?

—Eso mismo me preguntaba yo. —Se tambaleó sobre los tacones y se rio demasiado fuerte. Estaba algo más que achispada—. Deberías estar en casa con tus padres.

—Mis padres han ido a un concierto. Vendrán a recogerme cuando acabe —mintió—. Ahora estoy con mis amigos. Tienen un grupo que es lo más.

Uno de ellos levantó el mentón a modo de saludo, pero lo ignoré. Cuando vi que se acercaba a nosotros, tiré de Dotty hacia la salida.

—Vamos, te llevaré a casa.

—¡No! —Se soltó y retrocedió sonriente—. Entra a tomarte una copa conmigo. Tú invitas.

—No voy a invitarte a una copa ni vas a beber nada más. Apenas puedes mantenerte recta. —La sujeté cuando se inclinó hacia un lado y reposó la cabeza sobre mi pecho. El exceso de maquillaje mezclado con el sudor me dejó una colorida mancha en la camiseta—. Venga, es hora de irse.

—No quiero ir a casa —lloriqueó.

—Ya me lo imagino, pero es mejor que quedarte aquí.

—¿No tienes miedo de que te vomite en el coche otra vez?

—Me da más miedo lo que podría pasarte si te dejo con esa gente.

Dejó escapar una risilla y se aferró con las dos manos a mi antebrazo mientras íbamos de camino al aparcamiento.

—¿Y no temes lo que pueda pasar si dejo que me lleves? —preguntó, melosa.

Estaba flirteando conmigo. Tenía un tono de voz ronco muy seductor y unos labios rojos y atrayentes, como una fresa madura. Llevaba un vestido de figuras geométricas demasiado corto y escotado, y sus pechos, a diferencia de los de Margot, sí eran abundantes, como dos melones.

—No va a pasar nada. —Le abrí la puerta del Buick y le indiqué que subiera con un movimiento de cabeza—. Adentro.

Refregó su cuerpo con el mío y no le importó que el vestido se le subiera al sentarse. Dejó que viera el vértice entre sus piernas, cubierto de encaje amarillo, y se lamió los labios para recalcar la invitación.

Cerré los ojos y respiré hondo un par de veces antes de rodear el coche y ocupar mi sitio. Mi sentido de la responsabilidad se había convertido en un serio problema. Lo supe en cuanto vi cómo Dotty se acercaba hasta quedar pegada a mí.

—Nunca te di las gracias por llevarnos a casa el día de la fiesta —ronroneó, y su dedo trazó círculos sobre mi rodilla—. Tampoco te pedí disculpas por vomitar ahí detrás.

—Margot se encargó de los agradecimientos y las disculpas. No te preocupes. —Le aparté la mano y arranqué el coche—. Ponte el cinturón.

—A Margot le gustas, ¿sabes? —Continué con la vista al frente. Cada vez tenía el vestido más arriba y me estaba poniendo frenético —. Y a mí también me gustaste desde el primer momento.

—Me halagáis, pero creo que deberíais fijaros en los chicos de vuestra edad y hacer solo lo que se espera de las adolescentes.

Dotty emitió una risa cantarina y su mano se deslizó hasta mi entrepierna. Di un volantazo y me detuve en el arcén de la interestatal.

—Pero ¿qué estás…?

Su boca acalló mis protestas. Con un rápido movimiento, se subió a horcajadas sobre mí y presionó sus pechos contra mi cara. Deslizó los

tirantes del vestido y se aferró a mis manos para que la tocara. Juro por Dios que intenté recuperar el control, que le pedí que parara, que intenté quitármela de encima, pero no lo conseguí. Me rendí a ella por unos segundos, le devolví los besos con furia, mis dedos se aferraron a su culo y la oí gemir. Se retorció entre mis brazos, me mordió el labio inferior, me sujetó la mano sobre uno de sus pechos para que sintiese la excitación de sus pezones y se contoneó para que el deseo me poseyera. Una curiosa mancha de nacimiento bajo el pecho me llamó la atención. Tenía forma de corazón y era irresistiblemente apetecible.

—¿Quieres comprobar si es de verdad? —Su mano se aferró a mi nuca y me acercó la marca a los labios hasta que el pezón me rozó la nariz—. Bésala, JC. Te mueres por hacerlo.

Solo tardé un instante en reaccionar. La cogí de las axilas y la aparté hasta dejarla lo más alejada posible.

—¡No vuelvas a hacer eso! —la reprendí. Me pasé las manos por el pelo y la fulminé con la mirada al ver que se acercaba de nuevo—. Ni se te ocurra moverte de ahí. ¡Y cúbrete, por favor! Lo último que necesito es que pare alguien y te vea así. ¡Tienes dieciséis años, joder!

—Tengo diecisiete —me rectificó—. Y me deseas. Te has empalmado al besarme, te mueres por hacerme el amor, ¿cuál es el problema? Hagámoslo, disfrutemos. No soy tan inocente como Margot. Ella es dulce y buena, yo soy salvaje y no me asusta el sexo. Venga, JC, nadie lo sabrá. Solo tú y yo.

Era tentadora, y si hubiera sido otra clase de hombre me hubiese rendido a sus encantos. Pero, por mucho que mi cuerpo deseara poseer a esa jovencita rebelde, mi mente no podía consentir algo semejante.

Arranqué el coche y me incorporé a la carretera desierta con un chirriar de ruedas que dejaba clara mi postura. Dotty protestó y me pidió que la llevara de vuelta al bar con sus amigos, pero no iba a complacerla de ninguna manera.

—No sé por qué te pones así. El sexo solo es sexo y Margot no se enterará.

—Deja a Margot fuera de esto. No tiene nada que ver con ella.

—Yo creo que sí. Te gusta, ¿verdad? —Ignoré la pregunta y mantuve la vista al frente—. Claro que te gusta. No quieres hacerle daño. Es muy bonito por tu parte, pero ¿qué hay de lo que tú quieres? Ella no te lo va a dar. No está preparada.

—¿Y tú sí? —Bufé—. Eres igual de niña que ella.

—Yo ya sé lo que le gusta a un hombre y Margot no. Si me dejas que te lo enseñe…

Le aparté la mano una vez más.

—Pensé que era tu mejor amiga.

—¡Y lo es! Pero estamos en 1971, somos jóvenes, libres, el sexo es maravilloso. ¡La vida es maravillosa! ¡Hagamos el amor, JC! No tiene que enterarse de lo nuestro.

—No hay un «lo nuestro», Dotty. No existe, que te quede claro. —Detuve el coche a un par de casas de la suya—. Lo que ha pasado ha sido un error y no volverá a repetirse de ninguna forma.

Se quedó en silencio unos segundos en los que pensé que se bajaría del coche, pero nada más lejos de sus intenciones.

—Eres un soso —gruñó de una forma muy infantil—. Y un aburrido. Me pregunto qué diría Margot si le dijera que me has besado y te has vuelto loco manoseándome.

—¿Quieres hacerlo? ¡Bien! Hazlo. Ahora, baja del coche y vete a dormir.

Fui muy brusco, lo reconozco. Incluso la aplasté un poco al abrirle la puerta para que saliera cuanto antes. Pero tenía motivos para serlo. Esa pequeña arpía pretendía manipularme y me amenazaba con contarle a Margot lo que había pasado. ¡Como si a mí me importara lo que pudiera pensar Margot!

Recosté la cabeza en el asiento y suspiré. Hubiera dado cualquier cosa por retroceder en el tiempo y tomar el camino a mi casa en vez de ir a aquel bar.

—No voy a contárselo —susurró antes de salir—. No quiero hacerle daño. Ni a ti tampoco.

—Muy considerada —ironicé, y ella se rio.

—Sois tal para cual. —Salió del coche haciendo equilibrios sobre los zapatos, cerró la puerta con suavidad y se apoyó en la ventanilla —. Será perfecta para ti cuando se suelte un poco. Y tú serás perfecto para ella cuando dejes de mirarla como a una niña. Estoy convencida.

13. Margot

Dotty se marchó de vacaciones el 12 de julio, con la salida del sol.

Nos despedimos la noche anterior como si no fuéramos a volver a vernos, y volvimos a hacerlo por la mañana antes de que su padre hiciera sonar el claxon de la furgoneta con la que iban a cruzar el país.

Hubiera dado todo lo que tenía por ir con ella, por descubrir mundo, por acompañarla en las aventuras que la esperaban en la carretera, por salir de aquel barrio de Springfield que empezaba a quedárseme pequeño.

—Prométeme que me escribirás —le pedí sin dejar de llorar.

—Prométeme que te divertirás sin mí.

Juramos que seríamos fieles a nuestras promesas y sellamos el compromiso de amistad con lágrimas, aunque en realidad no sabía si podría cumplir mi palabra. ¿Qué iba a hacer yo todo el verano sin ella?

—Margot… Tengo que decirte una cosa. —Dotty bajó la mirada a sus manos y sentí su congoja muy dentro de mí—. Es sobre JC.

—¿Sobre JC? —Me dio un vuelco el estómago sin ningún motivo. Ella y yo hablábamos de JC a todas horas, no debería extrañarme. Y, sin embargo, me recorrió una sensación preocupante—. ¿Qué pasa con JC?

—¡Vamos, Dotty! ¡Tenemos que irnos! —gritó la señora Baker.

La prisa de su madre la hizo reaccionar y su rostro confuso se convirtió en sonriente.

—Es soso y aburrido, pero tú puedes cambiar eso.

—¿Cómo? Si no estás, yo no me atreveré…

—Sigue cocinando para él —me aconsejó en un susurro al oído—. Mi madre dice que a los hombres se les conquista con una buena comida, y mi padre siempre asiente y se ríe como un bobo cuando lo oye. Por algo será, ¿no?

—Es que tu madre cocina muy bien. Es normal.

—Tú también. Haz que se muera de ganas de ti y lánzate, Margot. Invítalo a que pruebe tu lado dulce y tus partes saladas.

Nos sonrojamos, reímos y lloramos al mismo tiempo. Nos abrazamos y nos besamos y volvimos a hacer promesas tontas con tal de alargar el instante unos segundos más.

—Solo serán dos meses, chicas. Volveréis a veros en septiembre —

nos recordó su padre.

Pero decir adiós no era fácil. Las despedidas tenían el mismo regusto amargo que una tarta de bergamota. Se pegaban al paladar y tardaban en desaparecer.

14. JC

A Margot le gustaba esperarme a la sombra del viejo roble que había a la entrada del parque. Siempre traía varias fiambreras repletas de deliciosas elaboraciones y se sentaba a leer hasta que llegaba la hora de comer o de cenar, según el turno.

Los chicos se habían acostumbrado a ella y habían dejado de gastarme bromas a su costa, menos cuando soltaba alguna de sus ocurrencias. Hasta el capitán tenía que contenerse para no estallar en carcajadas.

Yo me resistía a ella. Me sentaba a su lado, me comía sus platos en silencio y la escuchaba parlotear sin cesar hasta que llegaba el momento de continuar con mis tareas o de salir a atender alguna emergencia. Cada vez que la miraba, con esos ojos oscuros enormes, con esos labios tan apetecibles y esas blusas que se le pegaban a los pechos, me venía la imagen de Dotty en el coche y la sangre me hervía. Si hubiera sido Margot, no hubiese podido detenerme.

«Tiene dieciséis años, recuérdalo. Es una niña, tiene dieciséis años, JC».

Pero era complicado recordarlo. Ella no se daba cuenta del efecto que causaba en mí; se reía, se apartaba el pelo con la mano, se tocaba el cuello con descuido, y yo fingía que solo era una muchacha parlanchina que llenaba los minutos de historietas de adolescente. Fingir era una tortura, porque, en realidad, me moría por ser yo quien le apartara el pelo, quien le acariciara el cuello y quien la hiciera reír. Y eso, por extraño que pudiera parecer, me enfurecía.

La primera vez que la abracé, sentí algo muy extraño.

Había dispuesto el mantel sobre la pequeña parcela de hierba a espaldas del edificio y habíamos improvisado una merienda tipo pícnic. Estaba eufórica, había recibido la primera carta de Dotty y me leyó algunos fragmentos en los que le hablaba de los lugares tan curiosos que estaba visitando con su familia y de los *hippies* con los que iban. Se me detenía el corazón cuando se quedaba callada y leía en silencio. A veces fruncía el ceño y negaba con la cabeza, otras me miraba por encima de los papeles y se ruborizaba.

Estaba claro que había partes de aquella carta que hablaban de mí, y yo cruzaba los dedos mentalmente para que Dotty cumpliera con su palabra y no le contara a Margot lo que pasó.

—Hogueras bajo las estrellas, bailar con la luna, ver salir el sol por el horizonte… Ojalá hubiera podido ir con ella, ojalá mis padres fueran como los suyos.

—¿Qué tienen de malo tus padres?

—Son insoportables, no me dejan hacer nada.

—No me lo creo —discrepé—. Vienes aquí todos los días sola, sales con tus amigas, tienes dinero para comprarte discos y refrescos…

—Pero yo quiero viajar, descubrir el mundo, explorar… cosas nuevas. —Se le colorearon las mejillas y cogí aire poco a poco para calmarme—. En octubre cumpliré diecisiete, el año que viene me graduaré y solicitaré una plaza en la universidad de Nueva York. ¡No puedo llegar allí sin haber vivido! Quiero ser como Dotty: atrevida, seductora, traviesa…

—No tienes que ser como Dotty, Margot. Ella es como es y tú eres tú.

Bajó la mirada al trozo de servilleta que retorcía entre los dedos y su voz sonó triste.

—¿Y cómo soy?

Me acababa de meter en un lío.

—Eres divertida, inteligente, servicial. —Resopló y puso los ojos en blanco—. ¿Qué? Eres atenta y despierta y, a veces, no mides las palabras, pero eso te hace más graciosa.

—¿Qué quiere decir que no mido las palabras? —se ofuscó.

—Pues que dices lo primero que te viene a la cabeza. Como cuando le sugeriste a Charlie que fuera al médico para tratarse lo de las ladillas.

—¡Es que no dejaba de rascarse todo el rato!

—O cuando felicitaste al capitán por el embarazo de su mujer.

—¡Dios mío! Eso fue horrible. Pero es que su esposa tiene una barriga tan grande…

Reí de nuevo al recordarlo. Fue una metedura de pata desternillante.

—¿Lo ves? Eres una chica muy graciosa.

—Pero yo no quiero ser graciosa, quiero ser atractiva, seductora, peligrosa. Quiero que los chicos me miren como miran a Dotty. ¿Sabes cómo te digo?

Sí, tenía una ligera idea de lo que decía, y no me gustaba. Margot era demasiado inocente para parecerse a su amiga.

—A mí me gustas así, ¿eso no vale?

Puede que lo dijera por salir del compromiso o puede que fuera cierto, pero en cuanto las palabras salieron de mi boca me di cuenta de que no había sido una buena idea. A Margot se le iluminó la mirada y el rubor volvió a teñirle las mejillas. Se mordió el labio inferior y tomó impulso para abrazarme. Fue la primera vez que mantuvimos un contacto tan estrecho, la primera vez que la tuve entre los brazos, que le olí el pelo, que le rocé la piel de la cintura con los dedos. Fue la primera vez que sentí el deseo de tenerla, de desnudarla y de enseñarle lo que era el placer.

«Dieciséis, JC. Dieciséis».

Al final, resultó un abrazo incómodo, no solo por la postura forzada, sino por lo que desencadenó.

—Te has quedado muy callada. ¿Qué pasa? —le pregunté para disimular que a mí también me había afectado un contacto tan directo. Se encogió de hombros y jugueteó con las briznas de hierba que había bajo el árbol—. ¿Cuál es el problema?

—No hay ningún problema.

—¿Entonces? ¿A qué viene esa cara? —Picoteé del emparedado de carne que me había traído para merendar y bebí de mi refresco sin apartar la mirada de ella—. Cuéntamelo.

—Vale, pero no te rías, ¿de acuerdo? —Hice un gesto sobre el corazón en señal de promesa—. Graciosa, divertida, sin filtro, inocente, atenta, despierta, pero no has dicho ni una sola palabra de las que importan. ¿Te dejarías seducir por mí?

¡Joder! El bocado se me quedó atascado en la garganta y el acceso de tos por poco me mata. Margot me golpeó la espalda con suavidad, pero su contacto me quemó la piel por encima de la camisa del uniforme. En esos momentos, prefería tenerla lejos.

—¿Estás bien? —se preocupó—. No deberías comer tan rápido.

«Y tú no deberías preguntar esas cosas. ¡Eres una cría!», quise gritarle.

—¿Por qué…, por qué quieres saber si…?

—Por curiosidad. Mis amigas hablan de seducir a todas horas. Y hablan de sexo, de lo que hacen con los chicos, de lo que sienten, de cómo enloquecen…

—¿Con dieciséis años?

—Algunas ya tienen diecisiete. Me gustaría tanto ser como ellas…

—No tienes que ser como las demás. Tienes que ser tú misma.

—Sí, pero ellas ya han estado con chicos y a los chicos os gustan las chicas que ya han…, que ya han…, eso, ya sabes.

—También nos gustan las chicas dulces e inocentes como tú.

—¿Te acostarías con una chica dulce a inocente si te lo pidiera?

—Bueno, si me sintiera atraído por ella y se dieran las circunstancias…

Me di cuenta demasiado tarde de que aquello era una trampa y de que yo había caído en ella con todo el equipo.

—¿Te acostarías conmigo?

Me pasé las manos por el pelo, desesperado. Hubiera sido un alivio que la alarma del parque sonara en ese instante, pero no hubo suerte. Ella seguía esperando una respuesta. Tenía los ojos expectantes, y los labios hinchados de las veces que se los había mordido mientras se planteaba si hacer o no la pregunta.

¿Cómo era posible que me hubiera metido en semejante lío?

¿Cómo era posible que se me pasara por la mente la idea de decir que sí?

«Me acostaría contigo ahora mismo».

—No deberías ir por ahí haciendo esas preguntas, Margot. No es propio de una chica decente. —Me levanté con agilidad y me sacudí los pantalones—. Será mejor que vuelva a…

—A las chicas decentes también les gusta el sexo. Además, ya sé cómo es vuestra cosita.

—¿Nuestra cosita?

Señaló mi entrepierna y volví a toser.

—El padre de Dotty iba desnudo por su casa a veces y su madre nos contó qué pasaba entre un chico y una chica. No creas que soy una tonta.

—Sé que no lo eres.

Pero sí era inocente, y su falta de filtro podía meterla en serios problemas.

—¿Vosotros también sentís las cosquillas aquí?

Se llevó la mano a la parte baja del vientre y maldije. ¿Cosquillas? Lo que yo notaba no eran cosquillas, precisamente. Eran pisadas de elefante que me recorrían el cuerpo. El placer podía ser muy doloroso.

—Me niego a hablar de esto —murmuré—. Creo que será mejor que te vayas. Te estarán esperando en casa.

Se resignó con un pequeño suspiro que me incendió más por dentro. Estaba a punto de explotar, de hacer una locura, de buscarme la ruina. Estaba a punto de abalanzarme sobre ella y demostrarle lo que pasaba de verdad cuando un hombre le hacía el amor a una mujer.

—Mis padres se van mañana a un congreso de comerciales —comentó mientras recogía los restos de la merienda—. A lo mejor te gustaría venir cuando acabes tu turno.

«¿Qué?».

Me quedé mirándola como si no hubiera entendido nada de lo que había dicho, como un bobo. Margot me estaba invitando a pasar la tarde en su casa, con ella, a solas. «¡No, no, no!». Después de la conversación que acabábamos de tener, me vinieron a la mente un millón de imágenes de lo que podría suceder y no supe cómo reaccionar ni qué decir. Titubeé unos segundos, pero fueron suficientes para que ella lo entendiera.

—Está bien, no pasa nada.

¿Por qué siempre me sentía tan mal cuando adoptaba ese tono dócil y afligido? ¡Yo no había hecho nada malo! Al contrario, trataba de protegerla.

Me quedé muy quieto mientras ella se alejaba del parque con aquel contoneo de caderas que hacía volver la mirada a cualquiera.

—La tienes en el bote, novato. —Bernard Campbell, el cincuentón de la compañía, me rodeó con el brazo y silbó con admiración—. Ojalá mi mujer viniera a traerme la comida vestida así. ¿Qué digo? Ojalá mi mujer fuera así. Tienes suerte.

—Es una chiquilla —repetí, como tantas otras veces.

—Una chiquilla que te tiene loco. —Se rio muy fuerte y llamó la atención del resto, que no tardaron en acercarse—. El novato dice que la chica es una niña, pero tiene la polla más tiesa que un Halligan.[1].

—Ella es una niña, tú eres un niño… Podéis jugar a las casitas juntos, ya me entiendes.

Gavin Ross hizo un gesto obsceno con la mano al que siguieron muchas carcajadas.

—No es una niña, Gallagher, es una señorita —dijo Barry O'Connors—. Solo es cuatro años menor que tú. Invítala a salir, bésala y disfruta de la vida, chico.

—¡Sí, eso, bésala! —gritó Charlie.

—Cásate con ella, novato —me sugirió Campbell—. Una mujer que cocina así bien vale el sacrificio del matrimonio.

—Yo no me casaré nunca —sentencié, cabreado. Otra vez era el centro de atención.

—Bobadas, ya te darás cuenta de lo importante que es tener a alguien al lado, sobre todo si es capaz de levantarte el ánimo como esa chica.

—¡El ánimo y otras cosas! —voceó de nuevo Charlie.

Volví al interior del parque en cuanto comenzaron a hacer comentarios obscenos sobre las curvas de Margot. No quería oírlos. Por alguna razón, me afectaban demasiado.

Ella me afectaba demasiado, y la única forma de solucionarlo era poniendo fin a sus visitas al parque.

[1]. Herramienta especial usada por los bomberos y las fuerzas policiales. *(N. de la A.)*

15. Margot

Me dijo que no quería que le llevara más la comida, pero no me dio ninguna explicación. El miércoles cuando fui al parque no estaba, pero había dejado una nota para mí. ¡Una nota!

«No puedes venir más. Espero que lo entiendas».

¡Pues no! No lo entendía. ¿Había hecho algo mal? ¿Su reacción se debía a mi pregunta sobre seducirme? No, no podía ser eso. JC me miraba igual que se miraban los padres de Dotty antes de desaparecer entre risitas. Eso tenía que significar algo, ¿no?

—Margot, tus amigas están en el jardín esperando —anunció mi madre.

Después de cuatro días encerrada en casa dándole vueltas a la maldita nota de JC, había decidido salir a dar una vuelta con algunas chicas del instituto. Me las había encontrado en el súper y habían propuesto ir a la feria de Washington Park.

Las ferias eran los lugares más espectaculares y maravillosos del mundo. Los olores, los colores, las luces, el ambiente, todo era como un estallido de emoción que te impregnaba de ganas de vivir. Mirase donde mirase, se me llenaban los ojos de ilusiones, quería probarlo todo, montar en todo, participar en cada tómbola y llevarme a casa uno de esos osos de peluche que solo conseguían los muchachos que tenían mucha puntería.

—¿Por dónde empezamos? ¿La noria? —pregunté a las chicas.

—¿La noria? —repitió Bethany con estupor—. A la noria solo suben las parejas para meterse mano.

—¡Oh, vaya! —dudé, pero mi entusiasmo no decayó ni un poquito —. Pues vayamos a eso que sube y baja. Parece divertido.

Roxanne y Alison se rieron como si hubiera algo que yo no supiera.

—Las atracciones son para los niños, Margot —me explicó Tanya, la única que ya había cumplido los dieciocho—. No hemos venido a subir al carrusel ni a comer manzanas de caramelo.

—¿No? Entonces…

Roxanne y Bethany enlazaron los brazos con los míos y me arrastraron hasta la pista de los autos de choque, donde un grupo de chicos nos recibieron con amplias sonrisas. Los había visto en el aparcamiento del instituto de Dotty en alguna ocasión, eran un par de años mayores que nosotras. Eran de familias de clase alta, de las que

vivían en la zona de Ginger Creek, vestían a la última y se pasaban todo el verano fumando y bebiendo.

Antes de darme cuenta de lo que mis amigas se traían entre manos, ya me habían emparejado con uno de ellos. Se llamaba Eugene y le olía tanto el aliento a cebolla que retrocedí cuando se acercó para besarme en la mejilla.

—¿Quieres que subamos a la noria?

«A la noria solo suben las parejas para meterse mano».

—Tengo miedo a las alturas —mentí.

—¿Y al túnel del terror? —insistió—. Conmigo no tendrás miedo.

Bethany me animó a ir con él con un gesto de la cabeza mientras ella se abrazaba a la cintura del chico más alto del grupo.

—Es que luego tengo pesadillas —rehusé. No era mentira, tenía miedo a la oscuridad.

—Podemos ir a dar un paseo fuera de la feria.

Levantó las cejas, sugerente, y busqué una excusa rápida. Un paseo fuera de la feria era lo mismo que subir en la noria.

—Es que… yo…

Dudé demasiado y Eugene se dio cuenta de que mi problema no era el paseo sino él.

Me quedé sentada en el banco de los autos de choque mientras el chico se marchaba enfadado y las demás parejas se iban cada una por un lado. Los colores, los sonidos, los olores y las sensaciones de la feria me parecían ahora tan ridículos como absurdos. Quería irme a mi casa, pero tenía que esperar a que los padres de Alison vinieran a por nosotras para volver.

De repente, un coche de la atracción chocó frente a mí, muy cerca de mis pies.

—¡Eh, un poco de…!

No terminé la frase. JC me miraba desde un brillante cochecito rojo con una media sonrisa de esas que me aceleraban el pulso y los pensamientos. Llevaba una camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros, como la mayoría de los chicos, pero en él todo era mejor.

—Vamos, sube.

Palmeó el asiento a su lado y no me lo pensé. Ni siquiera me acordaba de los cuatro días tan tristes que había pasado en casa por su culpa.

—¿Qué haces aquí? —quise saber. No parecía el tipo de chico que

iba a la feria los domingos.

—Vivo cerca y me gusta el ambiente. Hoy ha sido un día duro en el parque y no quería irme a casa tan pronto. ¿Y tú? ¿Qué hacías ahí sola?

Chocamos una y otra vez contra todo lo que se nos acercaba. Era lo que ocurría cuando te dejaban al mando, pero no tenías ni idea de conducir.

—He venido con unas amigas, pero habían quedado con unos chicos y se han ido.

—¿Y tú no has quedado con nadie?

Puso las manos sobre las mías para mover el volante y gracias a eso no chocamos de frente contra el borde de la pista. El tacto cálido y el roce de sus dedos me provocó un estremecimiento que no había sentido nunca, algo eléctrico y muy placentero, algo que me cerró los ojos y me hizo contener el aire más tiempo del normal.

—Había un chico. Le olía el aliento y quería que me subiera con él a la noria. ¡Como si no supiera a qué suben las parejas a la noria! —alardeé, y él se rio con esa carcajada profunda que le nacía de muy dentro.

Dios mío, esa risa era una melodía de amor para mi pobre corazón.

Se nos acabaron las fichas de los coches de choque y me invadió una oleada de vergüenza en cuanto abandonamos la atracción. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Me iba a quedar sola de nuevo? ¿Se quedaría JC conmigo hasta que apareciera Alison?

—¿Quieres un algodón de azúcar? —me preguntó al pasar delante de un quiosco.

—Mejor una manzana de caramelo. Adoro las manzanas de caramelo.

Sonrió como si ya lo supiera, y yo sonreí como si estar allí con él fuera lo más normal del mundo.

—¡Consígale un premio a su novia, joven! —gritó un hombre desde el puesto del tiro al blanco—. ¡Vamos, esa sonrisa bien vale un par de dólares y un oso de peluche!

JC negó con la cabeza y cambió de rumbo. Yo me quedé un segundo de más mirando los muñecos de trapo con pena y él se compadeció de mí. Chasqueó la lengua con fastidio y retrocedió hasta el puesto ambulante.

—Un dólar, cinco disparos; si haces cinco dianas, la sonrisa de tu

novia lucirá en su carita durante toda la noche.

—No es mi novia —gruñó JC.

«Ojalá lo fuera», pensé, afligida.

—Pues entonces tienes una hermanita muy bonita.

—No soy su…

Sonó el primer disparo y no falló. No era la primera vez que disparaba, se notaba en la forma de cargar la escopeta contra el hombro. Tenía mucha seguridad en la mirada y no erró ni un solo tiro, ni siquiera cuando el vendedor fingió una repentina tos que hubiera despistado a cualquiera.

—¡Premio para el caballero, premio para la señorita! —anunció el feriante a voz en grito.

Varios curiosos se acercaron para ver el momento en que descolgaba el enorme oso de peluche. Era el que yo quería, el del lazo azul en el cuello. Era suave y blandito, y olía a caramelo.

—Gracias —susurré con los ojos cerrados, abrazada al muñeco.

—No me las des —gruñó de nuevo, y emprendió la marcha sin esperarme.

¿Estaba enfadado? ¿Por qué estaba enfadado?

Me apresuré para ponerme a su altura y hacerle el montón de preguntas que me venían a la mente, pero en el último segundo me detuve en medio del gentío y fruncí el ceño. ¿Por qué tenía que correr detrás de él? Yo no le había hecho nada. Si había alguien con motivos para estar molesta era yo.

La rabia salió a flote y recordé todo lo que había querido gritarle cuando vi la nota que me había dejado en el parque.

Cuando se dio cuenta de que no lo seguía, miró por encima del hombro y se detuvo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó con fastidio.

Era el colmo.

—¡Me dejaste una maldita nota! —le grité—. Si no querías que volviera al parque, deberías habérmelo dicho a la cara. ¡Una nota! ¡Eres un idiota!

Di media vuelta y me dirigí a la salida cargada con el oso de peluche. La gente me miraba con lástima, como si estuvieran presenciando una riña de enamorados y yo tuviera todas las de perder. Me daba igual. Lo único que quería era que JC no viera las lágrimas que me empañaban los ojos.

Apareció a mi lado con paso apresurado y anduvo de espaldas para poder mirarme a placer. Seguía ceñudo y un poco desconcertado por mi cambio de actitud, pero fuera lo que fuera lo que le había molestado se había esfumado. Traté de evitarlo y de mirar hacia otro lado, incluso sorteé a varias personas para poner distancia entre nosotros, pero mi actitud esquiva le resultó muy divertida.

—¿Crees que puedes escapar de mí llevando un oso gigantesco al brazo? Te vería desde la Luna, Margot.

—No estoy escapando de ti, estoy ignorándote, como tú pretendes hacer conmigo.

—¡Yo no te ignoro! Solo dije que no deberías seguir trayéndome la comida al parque. Es lo mejor, Margot.

—¿Lo mejor para quién? —Me planté de repente—. ¿Qué hay de malo en llevarte la comida? Creí… creí que te… gustaba.

—¡Y me gustas, maldita sea! —exclamó, y se aproximó hasta quedar muy cerca—. Pero no puedo distraerme. Sé que no lo entiendes, pero no sé cómo explicártelo.

«¿Le gusto?». Parpadeé varias veces, confundida.

Los sonidos de la feria desaparecieron y el corazón se me llenó de una calidez desbordante. Solo podía ver el azul de aquellos ojos brillantes, solo podía sentir que estaba a punto de flotar.

—¿Te gusto? —JC tragó saliva con dificultad—. Yo… yo me refería a la comida. Creí que te gustaba… mi comida. Pero tú has dicho que te gusto.

Le cambió la expresión al darse cuenta del error, pero ya no podía retractarse. ¡Lo había dicho! ¡Le gustaba! Hubiera dado saltos de felicidad de no ser porque él continuaba sin respirar. Lo mejor era hacer como si no hubiera tenido importancia, porque era evidente que JC no estaba habituado a decirle esas cosas a una chica y empezaba a ponerse nervioso de verdad.

—Margot, yo no…

—Has dicho que te gusto, no lo niegues. —Lo señalé con un dedo y entrecerré los ojos, desafiante.

—Pero ha sido una…

—¿… una forma muy poco romántica de admitirlo? ¡Desde luego! —Levanté el mentón con orgullo y fingí estar un poquito indignada. A continuación, le endosé el oso de peluche y le guiñé un ojo—. Tranquilo, quedará entre nosotros.

Él pareció aliviado y yo no supe identificar la presión que notaba en el pecho: ¿era ilusión o decepción?

—¿Quieres que te lleve a casa?

—¡No! —Pasé delante de él con gesto decidido y le señalé la atracción que teníamos al lado—. Vamos al carrusel. Y luego al sube y baja. ¡Me encanta el sube y baja!

Después de la tarde en la feria, volví al parque cada día a llevarle la comida. No podía impedírmelo y tampoco puso mucho más empeño en disuadirme.

—¿Cuál es tu nombre de verdad? —le pregunté un día a principios de agosto.

Estaba más callado de lo habitual y a mí me ponía nerviosa cuando tenía esos momentos tan silenciosos.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque no creo que tus padres decidieran llamarte JC sin más. Y porque me gustaría saber cómo te llamas.

Lo pensó entre bocado y bocado de pescado al horno. No era su comida favorita, no le gustaba quitar espinas, pero no podía pasarse la vida alimentándose de mi lasaña, por muy buena que estuviera.

—John Cameron.

—John Cameron —repetí. Era el nombre más bonito del mundo.

Apoyé la mejilla en la mano y me permití soñar unos minutos mientras él atacaba la tarta de queso. ¿Cómo serían nuestros hijos? Guapos, seguro. Y listos. ¿Y dónde viviríamos? Ni siquiera sabía cómo era su casa.

—¿Cómo son tus padres? —dije en voz alta.

A JC le sorprendió la pregunta. No se la esperaba. Nunca hablábamos de nuestras familias.

En realidad, él nunca hablaba de nada.

—¿Por qué me haces tantas preguntas hoy?

—Porque es lo lógico, no sé por qué frunces el ceño. —Me hice un poco la ofendida. Eso siempre funcionaba con él—. Solo intento tener una conversación contigo. Hoy estás muy raro.

—Estoy cansado, Margot —se justificó, pero a mí no podía engañarme.

Había oído a Charlie decir que el día estaba tranquilo y que solo habían tenido una intervención a primera hora.

—¿Y qué pasa si estás cansado? No te pido que corras ni que hagas

flexiones, solo te he preguntado por tus padres. Los míos se llaman Stuart y Margaret Addams. Mi padre es comercial de seguros y mi madre es ama de casa. ¿Ves? Es fácil. Te toca.

Estoy segura de que deseó que alguien lo llamara desde la cochera, porque echó un par de miradas antes de hundir los hombros y aceptar que iba a salirme con la mía.

—Mi padre se llama James, James Curtis Gallagher. Es bombero. —Las palabras le salieron entre dientes. Sin embargo, suavizó el gesto antes de hablar de su madre—. Mi madre se llama Hanna.

De su breve respuesta extraje más información de la que él hubiera deseado. Hanna Gallagher debía de ser una mujer extraordinaria. Una madre entregada, sufridora, porque no tenía que ser fácil tener un marido y un hijo bomberos. No me podía imaginar cómo sería cada minuto de esa mujer mientras los hombres de su familia estaban cumpliendo con su deber. ¿Se sobresaltaría al oír el teléfono? ¿Rezaría para que volvieran a casa sanos y salvos?

—Tu madre debe de ser una mujer muy valiente.

—Lo es.

—Y tú tienes pinta de ser un buen hijo.

—Hago lo que puedo. —La modestia y el sonrojo que le cubrió las mejillas le sentaban muy bien.

—¿Siempre quisiste ser bombero? —continué preguntando.

—Desde que tengo uso de razón. —Lo animé a seguir con un gesto y él se acomodó en la silla, resignado—. Soy la cuarta generación de bomberos Gallagher. Mi abuelo y mi bisabuelo fueron condecorados por su servicio a la comunidad, y estoy seguro de que mi padre también estará en el cuadro de honor del cuerpo de bomberos de Springfield. Solo es cuestión de tiempo.

—Y tú también lo conseguirás. Eres un novato muy aplicado —bromeé, y él me lanzó un trocito de pan para que dejara de reírme—. Serás un gran bombero, JC Gallagher.

—¿Eso crees?

—Por supuesto que sí. ¿Tú no?

Se encogió de hombros y, por primera vez, vi al chico inseguro y asustado que dormía muy dentro de él.

—A veces creo que no lo conseguiré —murmuró, y me estremeció el corazón—. Me piden demasiado y no paro de esforzarme, pero nunca es suficiente. Me da miedo no ser lo que esperan de mí.

—¿Y qué vas a hacer para solucionarlo? —Abrió mucho los ojos, sorprendido por la pregunta, y le regalé una sonrisa tímida—. Verás, a mí me da miedo la oscuridad, pero he descubierto que si dejo las persianas abiertas entra el resplandor de la farola que hay un poco más adelante. Así, aunque me despierte de madrugada, me aseguro de que haya claridad en la habitación.

—¿Te da miedo la oscuridad? ¿Por qué?

—Porque cuando era pequeña una monja me encerró en el sótano de una… ¡Ah, no! —exclamé—. Estamos hablando de ti. No me vas a engañar esta vez.

JC se rio de buena gana, pero unos segundos después se quedó callado y la situación se tornó incómoda para los dos.

—Si tienes miedo de no ser lo que se espera de ti, tienes que hacer algo —le sugerí—. No sé, puedes entrenar más en tu tiempo libre, o leer cosas que hayan hecho grandes bomberos y que puedan servirte. O puedes dejar de ser bombero y dedicarte a otra cosa. A ver, déjame que piense a qué podrías dedicarte… —Cerré un ojo y me di golpecitos con el dedo en el mentón. No podía imaginar a JC en ninguna otra profesión que no fuera la que desempeñaba—. ¡Podrías ser vendedor de seguros, como mi padre! Aunque, ahora que lo pienso, eres demasiado callado para eso.

—Sí, no me veo con traje, visitando casas cargado con un maletín.

—¿Y mecánico? Te he visto cubierto de grasa y tienes potencial.

Volvió a reír y me alegré de haberlo sacado de ese momento tan serio.

—¿Y tú? ¿Qué planes tienes para el futuro?

Intentaba por todos los medios desviar el tema de conversación, y decidí dejarlo estar. Hablaría de sus problemas cuando estuviera preparado. A mí me bastaba una simple pregunta para empezar a hablar y no callar.

—Cuando me gradúe el año que viene, iré a la Universidad Estatal de Nueva York y, cuando acabe el pregrado, me matricularé en el Instituto de Bellas Artes. Quiero estudiar Historia del Arte y trabajar en un gran museo. Seré una mujer muy importante, ¿sabes? —Enderecé la espalda y levanté el mentón en un gesto distinguido que divirtió a JC—. Y, un día, entrará un hombre muy apuesto por la puerta del museo y me pedirá que me case con él.

—¿Un desconocido? —Asentí—. ¿Y tú qué le dirás?

—Le diré que sí y, como será un hombre de buena posición, tendremos una boda de cuento de hadas. Será… ¡en febrero! En invierno, en medio de la nieve, y habrá cisnes de hielo, osos polares con patines y un trineo con mantas de pelo blanco. —Su carcajada me animó a seguir con aquella locura—. Si seguimos siendo amigos por entonces, te invitaré a la boda. ¡Prometido!

Me tendió la mano para sellar la promesa y sentí algo muy desconcertante cuando me la estrechó: calor, emoción, adrenalina, un intenso cosquilleo y ganas, muchas ganas de que siguiera tocándome, de que no me soltara nunca.

16. JC

—Creía que no ibas a salir esta noche —murmuró mamá al verme pasar de camino a la puerta.

—Es sábado. He cambiado de idea. —Y había sido una decisión de la que acabaría arrepintiéndome, pero…—. No volveré tarde.

—Es bonita, ¿verdad? —Mi madre no apartó la mirada del calcetín que estaba zurciendo junto a la ventana, pero su sonrisa fue dulce y pícara al mismo tiempo—. Podrías traerla a casa algún día.

—¿A quién? —pregunté con los ojos muy abiertos.

—¿A quién va a ser? A esa chica.

—¿A qué chica? No hay ninguna chica —gruñí.

—Oh, vamos, JC. No pasa nada. Papá no tiene por qué enterarse si no quieres, pero a mí puedes contármelo. Hace semanas que no te llevas la comida. ¿Crees que no me doy cuenta? Y, sin embargo, mírate. Estás cogiendo peso, estás más guapo. Eso solo lo puede conseguir una mujer, hijo.

Terminó de zurcir y cambió el calcetín por una de mis camisetas. Yo continuaba parado en el recibidor, con una mano en la manilla y una sensación de extraña irrealidad. No había chica, pero sí la había. No era más que una niña, pero no lo era. No quería tener nada que ver con ella, pero iba a volver a la feria porque sabía que la encontraría allí otra vez.

—¿Cómo se llama?

Parpadeé para salir del aturdimiento y vi a mi madre mirándome, expectante, ilusionada. Tenía ojeras y parecía más encorvada de lo habitual. Le gustaba sentarse junto a la ventana porque decía que tenía mejor luz, pero yo sabía que lo hacía para poder ver a mi padre volver sano y salvo del trabajo. Sentí una profunda lástima por ella, por verse relegada a sufrir por nosotros.

Yo no le haría eso a ninguna mujer. Con mi madre ya era suficiente.

—No hay ninguna chica, mamá —le respondí con suavidad y me acerqué a darle un beso en la frente—. Solo voy a tomar una cerveza con los chicos y volveré enseguida, ¿de acuerdo?

—Dile cosas lindas y sé bueno con ella. Sé siempre un caballero, cariño.

Me quedé sentado en el coche sin saber qué demonios estaba

haciendo en realidad. Margot había dicho que iba a una fiesta junto al recinto de la feria, que se quedaría a dormir en casa de una de sus amigas y que quería ver salir el sol. Le dije que no tenía edad para ir a esas fiestas y ella se rio de mí, hasta yo me habría reído de mí si no hubiera estado tan cabreado.

«¿Y por qué debería importarme lo que hace o deja de hacer Margot?», me pregunté con las manos en el volante, sin arrancar. Porque era una niña de dieciséis años, porque era vulnerable y yo había prometido velar por las vidas de los indefensos en el juramento de la academia de bomberos.

«¡Y una mierda!». ¿A quién pretendía engañar? Lo único que podía pensar era en tocarla, en besarla, en susurrarle todas esas cosas de las que hablaba mi madre y muchas otras que de lindas no tenían nada.

—¿Qué estoy haciendo?

Me froté la cara con las manos, con frustración, con rabia. Era un maldito idiota. No podía presentarme en esa fiesta sin más. Me gustaba Margot, sí, pero no iba a suceder nada. Me preocupaba que pudiera pasarle algo, pero ya era mayorcita para saber dónde se metía. Ya era mayorcita para…

—¡Joder! —Golpeé el volante y arranqué.

¡No era mayorcita para nada! Cualquiera podía aprovecharse de ella. ¡No conocía a los hombres! Margot solo era un apetitoso bocadito de nata en medio de una bandeja de pasteles, ¡y a los hombres les gustaba demasiado el dulce!

Incluso a mí había terminado por gustarme el dulce.

17. Margot

Antes de marcharse con aquel chico en el coche, Tanya nos confesó que había empezado a tomar la píldora anticonceptiva. ¡Era imposible! Solo las mujeres casadas podían tomarla.

—Me la da mi hermana. A ella se la recetó el médico después de su segundo hijo. Su marido no quiere una familia numerosa, pero mi hermana quiere una niña y no se la toma, así que lo hago yo.

Eso le permitía mantener relaciones con cualquiera sin miedo a las consecuencias.

El alcohol, la marihuana y la conversación sobre sexo libre sin riesgo de embarazo animó la noche. Los chicos, que hasta el momento se habían mantenido en un aparte, se acercaron a la hoguera, eligieron a sus presas y comenzó el cortejo. Hacía un calor sofocante y las más atrevidas empezaron a deshacerse de algunas prendas. Iban dispuestas a meterse en la laguna de Washington Park, con o sin ropa, pero acompañadas, desde luego.

Roxanne y Alison fueron las siguientes en desaparecer. Me quedé hablando con Bethany hasta que Marcus Saffor, el *quarterback* del equipo del instituto de Dotty, le metió la lengua hasta la garganta mientras me miraba a mí fijamente. A ella le hizo mucha gracia el manoseo por debajo del vestido, incluso permitió que él le sobara un pecho hasta dejarlo a la vista de los demás, pero a mí me pareció espantoso.

No había bebido mucho y tampoco había probado las galletas que circulaban de mano en mano. Llevaban algo que hacía reír a todo el que las probaba y yo ya estaba bastante aturdida con el humo de los canutos. Después de la experiencia de Dotty en casa de David Porter, había decidido ser yo la que controlara la situación y no al revés.

Pero el ambiente era excitante y ver a mis amigas besarse de esa forma me alteraba el pulso. Me escocía la piel en sitios muy concretos: los muslos, el cuello, los pechos…

—¡Cincuenta pavos a que no te follas a la virgen! —le gritó un chico a otro, los dos bastante borrachos.

—Tendrás que dejarme el coche. No creo que le guste que la miren. ¡Las llaves! —Le tendió la mano y el otro le puso el llavero en la palma—. Vuelvo dentro de una hora.

La virgen era yo. El chico, Eugene, «aliento de cebolla», que se

abalanzó sobre mí como si fuera su regalo de cumpleaños. Le di con la rodilla en todas sus partes en cuanto me puso las manos en los hombros para besarme.

—¡No seas así, Margot! —me gritó Bethany sin parar de reír—. ¡Es una fiesta!

Pero yo no me lo estaba pasando bien y quería irme. El problema era que iba a dormir a casa de Alison y ella estaba retozando a lo grande en la orilla de la laguna.

Recogí mis cosas y eché a andar hacia las luces de la feria. Las risas de mis amigas me hicieron daño en los oídos y lo último que oí fue algo así como que los perritos calientes no eran mi *snack* favorito.

Lloré de rabia y de frustración. ¿Por qué no podía ser como ellas? ¿Por qué no podía disfrutar del momento sin más? El sexo no era malo; la madre de Dotty siempre nos decía que nuestros cuerpos estaban hechos para el placer, para el sexo y para disfrutarlos, pero yo no me podía imaginar haciendo lo que hacían Roxanne, Alison o Bethany. Me daba tanta vergüenza…

Eché de menos a Dotty y lloré más. A pesar de las ideas liberales de sus padres, ella me entendía y no hubiera dejado que se rieran de mí. Tampoco me hubiera dejado marchar sola, me habría acompañado y las dos habríamos acabado la noche desternilladas de risa.

Pasé de largo la feria y decidí que llegaría a casa por mis propios medios: a pie. Solo eran un par de millas. Si andaba deprisa, aún podía llegar a una hora razonable y darles a mis padres una explicación creíble. Podría decirles que Alison se había puesto enferma y no era conveniente que me quedara en su casa. O a lo mejor llegaba demasiado tarde como para despertarlos, y no me quedaba más alternativa que colarme en casa de Dotty y esperar a que se hiciera de día para regresar a la mía. La ventana de su cuarto tenía el cierre roto.

—Será un paseo, Margot —me dije para infundirme ánimos.

En realidad, una vez que dejara atrás el jardín botánico, solo tendría que andar en línea recta por Chatham Road. El tramo del parque era el más oscuro y el que más miedo me daba, pero en cuanto llegara a la zona residencial me sentiría más segura.

De pronto, oí el frenazo de un coche muy cerca de mí y me encogí, preparada para el golpe. Un atropello sería el broche final para una noche horrible. Me lo merecía, me merecía todo lo malo que me

pudiera pasar. Le había mentido a mi madre, había bebido alcohol, había bailado alrededor de una hoguera a sabiendas de lo que pasaría antes o después. E iba sola, en mitad de la noche, por una carretera que ni siquiera tenía arcén. Me dolían los pies y Eugene me había roto el tirante del vestido, un vestido precioso que ahora estaba manchado por las lágrimas negras que me resbalaban por las mejillas.

—Pero… ¡¿es que pretendes matarme de un disgusto?! —me gritó una voz conocida y muy cabreada. Eso me hizo llorar más. Sobre todo, de alivio—. ¡Maldita sea, niña! ¡Para de andar!

Paré de andar, pero no de llorar. Ya me daba lo mismo si JC me veía así. Para él solo era eso, una niña, una niña tonta que se metía en líos. Daba igual las veces que cocinara para él, daba igual lo que sintiera mi corazón o lo que sintiera el suyo: lo único que él veía en mí era una mocosa de dieciséis años parlanchina que no terminaba de salir del cascarón.

—¿Qué te ha pasado? ¿Qué… qué haces aquí sola? ¿Estás bien? Margot, ¿te encuentras bien? ¿Qué ha pasado?

Me estremecí con un sollozo y me dejé abrazar por JC. ¡Me estaba abrazando! Me estrechó mientras yo me deshacía en lágrimas absurdas. Sus manos estaban muy calientes, todo él irradiaba un calor muy agradable que se me fue colando por debajo de la ropa hasta cubrirme el cuerpo de una fina película de sudor. Apenas había luz, apenas había tráfico y una suave balada de *rock* sonaba en el coche y llenaba el aire de promesas.

«¿Cómo sería besarlo en este instante?», pensé con los cinco sentidos clamando por él. Solo tenía que girar un poco la cabeza. JC había apoyado el mentón en mi hombro y su respiración pausada me hacía cosquillas en la oreja.

—¿Mejor? —susurró sin moverse. Noté el abrazo con más intensidad y asentí en respuesta—. ¿Vas a contarme por qué vas sola por la carretera y por qué lloras?

No, no iba a decírselo. ¿Para qué? ¿Qué sentido tenía revivir algo tan desagradable cuando estar entre sus brazos era un millón de veces mejor?

Se dio cuenta rápido de que no iba a responderle y me miró de frente.

—Está bien, no tienes que contármelo. —Deslizó los pulgares por mis mejillas para llevarse un par de lágrimas furtivas y me sonrió—.

Su chófer particular la llevará a casa, señorita Addams.

Se cuadró como un militar y fingió quitarse la gorra para cederme el paso.

Negué con un movimiento de cabeza y me aclaré la garganta.

—No puedo ir a casa. Mi madre cree que estoy en casa de Alison.

—¿Y dónde está Alison? Da igual, no quiero saberlo. Pero sí quiero saber dónde tenías pensado pasar la noche.

—Iba… Yo iba a colarme en casa de Dotty —dije avergonzada.

—Joder, Margot, no puedes entrar en las casas de los demás como si nada.

—Como si nada, no. Iba a colarme por la ventana.

—¡Claro! Eso es mucho mejor —ironizó—. ¿Y si te ven y avisan a la policía?

—Me da igual.

—Pero ¡a mí no! —Se alejó un par de pasos, como si necesitara espacio para poner en orden sus pensamientos. Después de un minuto eterno, regresó y sus dedos buscaron los míos. Se entrelazaron con naturalidad, como si estuvieran hechos para encajar los unos con los otros—. Ven, vamos al coche. No sé qué voy a hacer contigo.

18. JC

Tenía el don de pararme el corazón a sustos, de volverme loco con sus locuras, de cabrearme hasta lo imposible y de someterme a su voluntad con una sola de sus lágrimas.

No podía verla llorar. Era la chica más risueña y divertida que había conocido, y si la encontraba en medio de una carretera deshecha en llanto solo podía pensar en hacerla feliz, aunque no tuviera ni idea de cómo conseguirlo.

Aunque no tuviera ni idea de lo que eso iba a suponer.

No me preguntó dónde iba a llevarla. Se limitó a mirar la carretera sin dejar de sollozar bajito. Los mil colores de su vestido se ensombrecieron con el silencio y me reprendí por no tener las palabras que la hicieran sonreír. Tenía que intentarlo como fuera, tenía que hablarle y decir algo gracioso, algo que despertara a la Margot elocuente y marisabidilla que me gustaba tanto.

«Dile que parece un oso panda, o que le ha meado un arcoíris en el vestido, o que te ha puesto el coche perdido de arena y le costará una lasaña enorme en compensación —pensé un poco agobiado—. ¡Dile algo, hombre!».

—Esto… Yo… Creo que te…

No tuve que esforzarme más. Se había dormido entre suaves sollozos.

Detuve el coche en el arcén y la miré durante un rato largo. Dios mío, ¿cómo podía ser tan bonita?

Tenía los labios hinchados, perfectamente delineados. Tan dulces, tan inocentes, tan… apetecibles. Si la besaba en ese momento, nadie se enteraría. Solo un roce, solo percibir su calor y robarle un poco del brillo que los cubría.

La idea me provocó tal oleada de deseo que me obligué a poner las manos en el volante y a mantener la vista al frente hasta tranquilizarme. Pero los ojos se me iban hacia Margot, no podía evitar fijarme en el nacimiento de sus pechos, en la piel de sus hombros, en el pulso que le latía en el cuello.

—¡Por el amor de Dios! —mascullé, y salí del coche unos instantes para que la brisa de la noche me enfriara los pensamientos.

Aquello era una tortura, pero que me condenaran si no era la mejor tortura de mi vida.

19. Margot

Estaba tan cansada que me dormí en el coche de JC. Cuando abrí los ojos, una camiseta vieja de los bomberos me cubría el pecho y el cielo empezaba a clarear.

—¿Dónde estamos?

—En Calhoun Mountain.

Me enderecé en el asiento y miré alrededor con estupor. ¿Me había llevado a Calhoun Mountain? Calhoun Mountain era el lugar donde iban las parejas a… a ver las vistas.

A JC le hizo gracia mi reacción. Se le dibujó una sonrisa de medio lado y siguió con calma mis movimientos nerviosos dentro del coche.

—¿Qué hacemos aquí?

—Dijiste que querías ver salir el sol —respondió como si fuera obvio—. Este es el mejor lugar para hacerlo.

Las luces de la ciudad empezaban a apagarse, una brisa templada entraba por la ventanilla y me arrebujé en la camiseta, más por vergüenza que por otra cosa. Olía a él y a ese olor a caucho del parque al que ya me había acostumbrado.

El silencio fue incómodo y eso no era nada bueno, porque, cuando me sentía inquieta y no sabía qué decir, podía soltar cualquier cosa. *Hi-de-ho*, de Blood, Sweat & Tears, sonaba muy bajito en la radio con su ritmo cadencioso y no ayudaba a mis nervios. ¡Era la canción perfecta para un revolcón!

—¿Cómo te has roto el tirante del vestido? —preguntó de repente.

Estaba recostado contra el asiento, relajado, y había vuelto la cabeza hacia mí. Le brillaban los ojos tanto que hubiera sido capaz de iluminar Springfield con ellos.

—No lo sé. Debí engancharme con algo —mentí.

—¿Y este arañazo? —Me rozó el hombro con un dedo y volví a estremecerme, pero de placer, de un placer que no sabía que existía—. ¿Qué ha pasado esta noche?

En ese preciso instante me di cuenta de que no estaba tan tranquilo como quería demostrar. Su voz era suave y pausada, su rostro sereno, pero esa mirada brillante que esperaba mi respuesta estaba cargada de furia contenida. Aparté los ojos de él y me concentré en el hilo suelto de una costura de la camiseta. Volvieron las ganas de llorar y las mejillas se me colorearon con un molesto rubor que me delataba. No

quería que JC supiera de mi mojigatería, no quería darle más motivos para pensar que era una niña.

—Ha sido una tontería sin importancia.

—Margot…

—Es verdad, no ha pasado nada —insistí, y disfracé mis emociones con una amplia sonrisa que no lo convenció—. Yo quería ir a la feria, ellas querían bañarse en el lago y me fui sola. Fin del problema.

—Te olvidas de que te he encontrado llorando por la carretera. ¿Por qué?

—Porque… porque… ¡porque soy una niña y las niñas lloran! —estallé—. ¿Contento?

—No, no estoy nada contento. Y no creo que seas una niña.

Seguía mirándome con los ojos encendidos, pero ya no había furia en ellos. Era un brillo diferente.

—Pero tú siempre dices que soy… —JC puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua—. ¿Ya no lo crees?

—No.

—¿Y qué crees que soy?

Emitió un bufido que podría haber sido una risa. No contestó de inmediato. Se tomó su tiempo y me llevó al límite de la desesperación.

—Eres una chica preciosa.

Levantó una mano lentamente y me rozó la mejilla con los nudillos. Cerré los ojos para disfrutar de la caricia, pero fue tan efímera que bien podría haber sido producto de mi imaginación.

No lo era, no era un sueño. Estaba sucediendo. La yema de su dedo me perfiló los labios muy despacio y deseé abrirlos, y gemir.

«Dios mío. Dios mío».

Se deslizó por el mentón hasta el cuello y repasó el hueso de la clavícula con una delicadeza exquisita.

El palpitar que sentía entre las piernas se hizo insoportable. No quería moverme, no quería ni respirar. Si dejaba de tocarme, me moriría.

—Eres la chica más bonita que he visto en mi vida.

Una sensación líquida, espesa y muy caliente me recorrió por dentro y me empujó a mover las caderas contra el asiento para encontrar alivio. Era como la cadencia exasperante del chocolate derretido al brotar de un bollo relleno. Ni siquiera notaba ya la caricia que bajaba por el brazo. Lo único que deseaba era satisfacer la

necesidad de algo indeterminado que no me permitía abrir los ojos.

Estaba a punto de desfallecer, busqué aire con una bocanada repentina y arqueé la espalda de manera involuntaria. Incluso jadeé. ¡Jadeé delante de JC!

¿Qué me estaba pasando?

20. JC

¡No, no, no! Pero ¿qué demonios estaba haciendo? ¿En qué momento había perdido el control de la situación? Solo quería comprobar que la piel de su mejilla era tan suave como me la imaginaba, que sus labios estaban tan calientes como me los imaginaba… Incluso con el rímel ensuciándole la cara, era preciosa, y mis caricias inocentes solo querían demostrárselo.

«No son tan inocentes, Gallagher», me susurró la voz de mi conciencia, con razón.

Y entonces ella jadeó y se mordió el labio inferior con los ojos apretados. Su cuerpo se había encendido y tenía tan poca experiencia que ni siquiera sabía lo que le estaba ocurriendo. Cada vez que cogía aire y arqueaba la espalda, sus pechos se apretaban contra la tela del vestido y se le marcaban los pezones. Podía haber estirado la mano y haberla acariciado un poco más en ese punto, podía haberla besado para que dejara de tentarme con esos labios enrojecidos, podía haberle dado la satisfacción plena con solo deslizar mi mano entre sus muslos, pero elegí salir del coche y caminar hasta el borde de Calhoun Mountain.

—Mierda, mierda —mascullé, y pateé algunas piedras que se despeñaron ladera abajo.

No había pegado ojo en toda la noche. Me había dedicado a mirarla mientras dormía, a alimentar al monstruo que había en mi interior, ese que me gritaba que me lanzara a por ella sin pensar en las consecuencias.

«Ya no es una niña, es una mujer».

«Solo tiene cuatro años menos que tú».

Debería haberla llevado a su casa, pero me dejé embaucar por unos ojos oscuros y una cara de ángel que me perseguiría hasta el mismísimo infierno.

De pronto, el claxon de mi coche sonó un par de veces y vi a Margot cruzada de brazos con el ceño fruncido. «Hasta de malas pulgas es bonita». Sonreí sin querer y a ella le temblaron los labios en una sonrisa disimulada.

—¿Estás bien? —le pregunté de regreso al coche.

—¿Por qué te has ido?

—Estaba tomando un poco de aire. No me he alejado.

—Pero ¿y si te hubiera necesitado aquí? —«Me necesitabas, créeme, por eso me he ido», quise responderle—. ¿Qué me ha pasado? Me he sentido como si…, como si…

—Como si fueras a explotar.

—Sí, algo así. Pero ¿por qué?

«Porque hay una fiera dentro de ti que quiere salir».

No respondí a su pregunta. Prefería que contestara ella a las mías.

—¿Te ha gustado?

—Sí. —Se ruborizó y se mordió el labio con candidez. Esos gestos me provocaban tanto dolor que el roce de los calzoncillos me estaba matando—. Me ha gustado mucho. Ha sido muy… intenso. Y estoy como… como…

—¿Flotando?

—Sí, flotando. Y húmeda. ¿Es normal?

«¡Joder!».

¿Por qué me decía esas cosas? Yo no quería hablar de la humedad de sus bragas, tampoco quería iniciar una conversación sobre lo que le pasaba a una mujer cuando tenía un orgasmo. Me incomodaba. Mi función no era ser el mentor sexual de nadie, no iba a iniciar en el sexo a una adolescente que acababa de tener su primer clímax. Rotundamente, no.

Sin embargo, a mi lado salvaje le encantaba la idea de susurrarle palabras obscenas al oído y provocarle tantos orgasmos como fuera posible. Quería verla gritar mi nombre mientras yo me grababa el suyo bajo la piel.

«¡No, ya basta!».

—Te llevaré a casa. Es tarde y tengo que estar en el parque dentro de media hora.

—¿Hoy trabajas? —preguntó, sorprendida.

—Sí, señorita.

—Pero si es domingo y no has dormido.

—Sí he dormido —mentí. Margot levantó una ceja, suspicaz—. Vale, solo un poco, pero da igual. El deber es el deber, aunque sea domingo.

—¿Y si te quedas dormido en medio del rescate de un gatito atrapado en la copa de un árbol?

—Eso no va a pasar —repliqué. Casi no podía contener la risa, pero ella hablaba en serio y me aclaré la garganta para disimular—. Beberé

café al llegar. No me dormiré.

—¿Solo café? Tendrás que desayunar, ¿no?

—Comeré cualquier cosa en el parque.

—Como si hubiera algo en esa nevera con lo que alimentarte —murmuró, y tras unos segundos pensativa, añadió—: Te haré café, zumo y tostadas, y tal vez prepare bollos también. Te lo llevaré todo al parque dentro de un rato. Mis padres aún estarán dormidos. No se enterarán.

—¡Por Dios, Margot! ¿Intentas cebarme?

—No, intento que no puedas vivir sin mí.

21. Margot

Cada día me costaba más despedirme de él. Y a él le costaba despedirse de mí, aunque lo disimulara con esa actitud tan formal cuando estábamos en el parque.

A veces, el capitán me permitía quedarme en los entrenamientos —siempre que no abriera la boca— y lo veía poner tanto empeño en todo lo que hacía que me entraban ganas de arrojarme a sus brazos y decirle lo orgullosa que me sentía de él. JC no creía que estuviera avanzando, siempre sacaba a relucir sus defectos y olvidaba todas las virtudes que lo habían hecho crecer durante los meses de formación, pero yo escuchaba a sus compañeros cuando no se daban cuenta: comentaban que era un buen novato, que lo estaba haciendo bien y que sería un gran bombero.

Yo no lo dudé jamás.

Sin embargo, la sensación de que podía pasar cualquier cosa en cualquier momento no me dejaba en paz.

Los días que sonaba la sirena en medio de la comida y se tenía que ir, me pasaba la tarde nerviosa, pendiente del tráfico en la calle, por si, por casualidad, veía pasar el camión de vuelta.

Y una de esas tardes, a mediados del mes de agosto, mientras horneaba galletas de avena para llevárselas al parque, vi parar un camión en la puerta de enfrente, pero no el que yo esperaba ver.

—¿Mudanzas? ¿Cómo que mudanzas?

Un hombre vestido con un horrendo traje de chaqueta clavó un cartel de «se vende» en el jardín de Dotty y una cuadrilla de operarios invadió la casa como si de una legión de hormigas se tratase.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunté con los brazos en jarras al cruzar la calle—. Esta es la casa de los Baker.

—Sí, la familia Baker. Una lástima.

—¿Una lástima? No entiendo. Los Baker están de vacaciones.

Él chasqueó la lengua y se retiró el sudor de la frente. Terminó de clavar el cartel en el césped y me miró con pena. ¿Por qué me miraba así?

—¿Los conocías?

—Claro que los conozco. ¡Son mis vecinos!

Aquel tipo me ignoró y comenzó a dar órdenes mientras yo lo seguía de cerca como una mosca pesada. Pregunté lo mismo una y

otra vez: por qué estaban allí, dónde se llevaban los muebles, qué estaba pasando, pero él solo veía a una niña al borde de la histeria.

En un intento desesperado de llamar su atención, me lancé a arrancar el cartel que él mismo acababa de clavar. La casa de Dotty no podía estar en venta. Volverían al cabo de unos días, justo antes de empezar el último año de instituto. Tenía tantas cosas que contarle, y seguro que ella también había vivido todas esas aventuras de las que me había hablado en sus cartas. Solo me llegaron dos, pero no importaba. No era fácil encontrar servicio postal cuando se viajaba por carretera.

Íbamos a hacer una fiesta en la bolera para mi cumpleaños, queríamos ir al estreno de *La bruja novata*, nos íbamos a sacar el carné de conducir juntas… ¡No podía mudarse!

—Mira, jovencita, siento ser yo quien te diga esto, pero los Baker no van a volver.

—¡Quite ese cartel y diga a esos idiotas que dejen de tocar lo que no es suyo!

Mis gritos llamaron la atención de algunos vecinos. También de mis padres, que salieron al oírme.

—¡Margot! ¿Qué maneras de hablar son esas? —me regañó mi padre—. ¿Qué está pasando?

—Dice que los Baker no van a volver, pero solo están de vacaciones —lloriqueé—. ¡Díselo, papá!

—No sé de qué te extrañas, Margot —comentó mi madre—. Seguro que han encontrado una comuna *hippie* de esas y se han unido a ella. Yo sabía que eso pasaría. Eran tan… bohemios.

El agente inmobiliario se separó el cuello de la camisa con un dedo y negó.

—Pensé que ya lo sabrían, discúlpenme. —Dio un par de indicaciones a los operarios y golpeó la tablilla en un gesto nervioso. Estaba buscando las palabras adecuadas—. Yo solo sé lo que me dijo el dueño de la casa cuando me llamó. Los Baker… Bueno, tuvieron un fatal accidente en carretera.

—¿Qué quiere decir con eso? —le grité.

—Al parecer, no sobrevivió nadie. La furgoneta…, ya saben cómo son esos trastos…

Dejé de oír.

Ese día conocí el verdadero significado de la palabra «dolor». Fue

como caer al vacío, como dar vueltas a la velocidad de un huracán, como si una garra me estuviera apretando el corazón.

Como todo junto.

Me negué a creerlo. Insulté a ese hombre, que no tenía culpa de nada. Arremetí contra los trabajadores, que eligieron aquel momento para sacar la preciosa cómoda de cajones de colores de Dotty. Mi madre se puso a llorar, mi padre la abrazó y yo…

Yo no podía respirar, no podía pensar, no podía imaginar mi vida sin Dotty, sin los consejos de su madre, sin la sonrisa de su padre los domingos por la mañana después de un poco de té verde con pastel de arándanos.

Qué cruel fue la vida al arrebatármela. No tuve oportunidad de decirle cuánto la quería, porque jamás pensé que hiciera falta decirlo.

En nuestros planes no entraba perdernos la una a la otra, no entraba quedarnos solas. Queríamos ir a Europa, estudiar en la universidad, disfrutar de miles de primeras veces, ser vecinas para siempre, vernos crecer y vivir como si fuera nuestro último día.

Pero Dotty se había ido y yo me tenía que conformar con el abrazo que compartimos a través de la ventanilla de una Volkswagen de mil colores. Fue el último, nuestra última sonrisa, nuestra última mirada.

La primera vez que nos despedíamos y nuestro último adiós.

22. JC

Seis días sin saber de ella.

Cada vez que llegaba al parque después de un servicio, la buscaba con esperanza, pero Margot no había dado señales de vida y eso me ponía de mal humor. Había discutido con mi padre, había metido la pata media docena de veces, no podía concentrarme en el trabajo y, cuando cerraba los ojos para descansar, solo me venía a la mente lo que pasó en el coche en Calhoun Mountain.

Yo le provoqué su primer orgasmo, hubiera puesto la mano en el fuego, y, de no haber sido un caballero, la hubiera desflorado en el asiento de atrás de mi Buick. Pero todavía me quedaba un poco de cordura en la sesera y, por mi bien, más valía que dejara de pensar en Margot y me centrara en el trabajo.

Sin embargo, seis días sin saber de ella eran demasiados días.

A lo mejor estaba avergonzada por lo que dijo. Pretendía que no pudiera vivir sin ella. ¡Qué locura! Lo soltó con tanto convencimiento que no hubo réplica posible. Pero eso no iba a pasar por mucho que me cocinara. Debería habérselo dicho, no estaba siendo sincero con Margot.

Tampoco conmigo mismo.

Llevaba seis días esperando verla y tenía miedo de no parar de seguir contando las horas.

23. Margot

La furgoneta se salió de la carretera en el puente de Green River, Wyoming. Eso fue todo lo que pudo averiguar mi padre después de hablar con el dueño de la casa. Ni siquiera le dijeron dónde los habían enterrado.

Fueron días muy confusos y muy oscuros. Oía las palabras de consuelo de mis padres, vacías, como si estuvieran en la distancia, y me pasaba las horas tumbada, abrazada a la muñeca de trapo que Dotty y yo hicimos una tarde de invierno cualquiera. Escuché *Let the sunshine in* en bucle porque era nuestra canción preferida y estampé el tocadiscos contra la pared cuando, en un descuido, rayé el vinilo con la aguja.

No conseguía deshacerme de la presión en el pecho ni del nudo en la garganta. No conseguía mantener los ojos secos ni un segundo porque todo lo que había a mi alrededor me recordaba a ella.

—Ya está bien, señorita —irrumpió mi madre, sin piedad—. Deja que entre el sol.

Abrió las cortinas de un tirón y volví a romperme.

«Let the sunshine in», pensé, y me imaginé que era Dotty la que se movía por la habitación al ritmo del estribillo de The 5th Dimension.

—Te he hecho un sándwich de pavo con mostaza. Cómetelo. Apenas has comido nada desde… desde…

Sentí la caricia de mi madre en el pelo y deseé que se sentara junto a mí y me consolara con un abrazo. Lo necesitaba más que nada en el mundo, pero no ocurrió. De pronto, como si se le hubiera agotado la compasión, emitió un gruñido y volvió a ser la Margaret Addams que no soportaba las flaquezas de nadie.

—¡Has roto el tocadiscos! Lo pagarás con tus ahorros. Estas cosas son caras y no somos ricos. —Recogió algunas piezas y las dejó sobre la cama. A mí me dio igual—. Es un gesto muy desconsiderado. Tu padre se va a molestar mucho. Ya está enfadado por tu actitud. Llevas seis días sin sentarte a la mesa con nosotros y ya está bien, Margot. Se acabó lo de estar aquí encerrada. Eres tan de extremos, hija: o no entras en casa o no sales…

—¡Mi mejor amiga ha muerto! —grité con todas mis fuerzas—. ¿Es que no te importa cómo me siento?

—Me importa, y a tu padre también, pero estas cosas pasan. Tu

amiga no va a volver porque te pases el día aquí llorando. Cuanto antes lo asumas, antes pasarás página y volverás a tu vida.

—¿Mi vida? ¿Qué vida?

—Pues… a tu vida de chica adolescente, claro. —Ni ella misma sabía cómo era mi vida—. Aún quedan unas semanas hasta que empieces las clases. Sal con tus amigas, ve a la feria… La madre de Alison dice que os lleváis muy bien y que…

—La madre de Alison se puede ir al infierno. ¡Y tú también!

Salí corriendo de aquella habitación y de aquella casa en la que me ahogaba. Me ardían los pulmones, me cegaban las lágrimas, me dolía el corazón como si me lo estuvieran pisando. Yo quería ver a mi amiga, quería ver a Dotty, quería que todo fuera como siempre.

—¡Eh, eh! Margot, ¿qué pasa?

No sé cómo llegué al parque de bomberos, no recuerdo haber hecho el camino, pero, de pronto, los brazos de JC me sostuvieron y fue la primera vez en seis días que encontré algo de consuelo. Mi estado debía de ser lamentable, porque hasta el último de los chicos se acercó a ver qué ocurría.

—Llévala a la sala de descanso, Gallagher —dijo uno de ellos—. Esta muchacha no está bien.

Mis pies perdieron el contacto con el suelo y sentí que flotaba en medio de un mar de tristeza. Quería contarle lo de Dotty y decirle cuánto me dolía, pero no hacía más que balbucear y llorar, y me aferraba a su camisa como si fuera el último salvavidas de un naufragio. Me estaba hundiendo y en la garganta me quemaba un grito, pero abría la boca y no salía nada.

—Vale, vale, tranquila. Todo va a ir bien, ya lo verás. Cálmate —me susurró JC.

Su mano subía y bajaba por mi espalda con un ritmo lento y reconfortante, y sus dedos me peinaban los mechones húmedos que se me pegaban a las mejillas. No sé cuánto tiempo pasamos así, pero en algún momento dejé de llorar y empecé a darme cuenta de dónde estaba y con quién.

—¿Mejor? —Negué y me arrebujé más contra él. JC apoyó el mentón en mi cabeza y me estrechó aún más entre los brazos—. ¿Vas a contarme qué ha pasado?

Quería hacerlo, pero solo de pensarlo volví a llorar. Al final, entre hipidos y gemidos de lamento, conseguí soltarlo.

—Se ha ido y no va a volver. No va a volver nunca.

—Lo siento, pequeña. Lo siento mucho.

Agradecí el silencio que vino después. No hubiera soportado frases hechas para afrontar el duelo o condolencias absurdas. Me bastaba con el fuerte latido de su corazón, que resonaba en mi oreja como un bálsamo. Era todo lo que necesitaba.

Pero la sirena del parque no nos tuvo en consideración. JC tenía que irse y, por primera vez en mi vida, tuve miedo de perderlo a él también.

—Ten cuidado, por favor —le rogué—. Si te pasara algo, no podría soportarlo.

24. JC

«Si te pasara algo, no podría soportarlo».

Había oído a mi madre pronunciar esas mismas palabras tantas veces que cuando Margot me las dijo me dio un vuelco el estómago.

Cuando la vi llegar al parque deshecha en lágrimas, casi me volví loco. Algo muy grave debía de haber sucedido, y no me equivoqué: Dotty había muerto y se había llevado toda la alegría de mi niña preciosa.

La abracé como se abraza a quien se quiere proteger, con el cuerpo y con el alma. Si tenía que llorar, yo la sostendría; si tenía que hundirse, yo la sujetaría; si tenía que gritar, allí nadie nos pediría silencio, porque estábamos acostumbrados a sacar el dolor fuera de las entrañas. Y, cuando se calmó, la abracé más y me tocó el corazón.

Quería que me enamorara de ella y algo me decía que lo había conseguido.

Pero la maldita frase que acababa de pronunciar me golpeó una y otra vez mientras iba en el camión. No podía quererla, no podía hacerle eso. Margot se merecía ser feliz, vivir alocadamente, formar una familia, sentirse segura, ser amada con plenitud. Se merecía todo lo bonito del universo, no una vida de incertidumbre pegada al cristal de una ventana.

Por más que la quisiera, incluirla en mi mundo estaba descartado.

25. Margot

Me refugié en la cocina y en las palabras que me susurró Dotty antes de irse para no volver: «Es soso y aburrido, pero tú puedes cambiar eso. Sigue cocinando para él». Y es que, cuando estaba inmersa en los olores de un buen asado, en el chisporroteo de la mantequilla o en la blancura de la harina, no pensaba en nada más.

Pero, a pesar de los momentos de disfrute preparando platos deliciosos, no podía ocultar lo triste que me sentía. Cada vez que salía por la puerta de mi casa y miraba al otro lado de la acera, me entraban tantas ganas de llorar que no podía contener las lágrimas. Los discos, las velas, las tardes de sol y las mañanas de lluvia… Todo me recordaba a ella. Y dolía. Dolía mucho.

Los compañeros de JC empezaron a tratarme de manera diferente, incluso él había cambiado de actitud. Detestaba que me mirara con pena y me enfadaba conmigo misma por llegar al parque con los ojos rojos. Pero sus abrazos me aliviaban y se convirtieron en mi cura con el paso de los días. Me tocaba la mano, jugaba con mis dedos cuando me veía distraída y no dejaba de hablar mientras comía, daba igual el tema, hablaba para llenar el silencio que yo iba dejando a nuestro alrededor.

—¿Saldrás con tus amigas mañana? Una tarde de sábado a lo loco te vendría bien —me sugirió después de un buen plato de estofado de carne.

—No sería una compañía muy divertida.

—Ya, claro —murmuró, y se quedó pensativo unos segundos hasta que encontró otra propuesta—. Podrías ir a montar en bicicleta. Seguro que a alguna de tus…

—No sé montar en bicicleta.

—¡Venga ya! No puedo creer que una chica como tú no sepa…

—Para, por favor —le pedí con cariño—. Sé lo que intentas, pero déjalo. Estoy bien, solo necesito tiempo.

—Es que… Te comportas como si…

—¿Cómo si hubiera perdido las ganas de vivir? —JC asintió—. Ahora mismo no me siento con ganas de nada, te lo aseguro.

—Ay, Margot, no quiero que hables así, quiero a la Margot alegre que no mide lo que dice. Entiendo que estés triste, pero tienes que hacer un esfuerzo, ¿vale?

—Vale.

Bajé la mirada para que no viera las lágrimas, como hacía en casa delante de mis padres.

—Aún queda verano, deberías aprovecharlo. Dentro de nada volverás al instituto y tendrás que estudiar mucho. Necesitarás buenas notas para ir a la universidad.

No quería ir a la universidad sin Dotty. Era uno de nuestros planes de futuro y ya no tenía sentido sin ella.

—Habrá más veranos. Este ya se ha acabado para mí. Mañana me quedaré comiendo galletas mientras veo lo que sea en la tele y me iré a dormir pronto. Mis padres están de viaje y yo soy una chica responsable.

—Desde luego que lo eres. Responsable y preciosa.

Consiguió que me ruborizara y que se me calentara un poquito el corazón. Él no lo sabía, pero esas palabras que pronunciaba únicamente para robarme sonrisas me daban esperanzas y me hacían soñar. Y no estaba del todo convencida de que eso fuera bueno para los dos.

El sábado por la tarde, harta de estar encerrada, me senté en el escalón de la entrada con la mirada fija en la casa de enfrente. Seguía en venta, vacía, aunque si cerraba los ojos aún podía ver a los Baker moverse de un lado a otro con sus hierbas, sus manualidades y su olor a pintura acrílica impregnado en la ropa. Los añoraba tanto… Se me hizo de noche allí sentada y empezó a refrescar. Agosto tocaba a su fin y el clima estaba cambiando. Me froté los brazos al sentir un escalofrío y eché un último vistazo a la casa de Dotty.

«Ella no me dejaría estar así de triste mucho más tiempo». No, ella no lo permitiría. Se plantaría delante de mí con las manos en las caderas y me diría: «Si te da miedo la oscuridad, deja que entre el sol». Y luego cantaríamos *Let the sunshine in*, como tantas otras veces.

Con ese pensamiento me puse en pie y rememoré su rostro con una sonrisa triste. Me moría de pena cada vez que era consciente de que no volvería a verla, que no irrumpiría más en mi ventana, que no escucharía esa risa contagiosa que sonaba a campanillas. Pero me pondría bien, por ella.

Justo cuando estaba a punto de cerrar la puerta, vi a lo lejos el inconfundible color amarillo mostaza del coche de JC. Noté en el corazón otro tipo de pellizco, uno mucho más agradable. ¿Qué estaba

haciendo allí?

—Tenía la tarde libre. Me dejaste preocupado ayer, no estoy acostumbrado a verte tan decaída.

—Ya, todo el mundo se preocupa cuando la payasa llora.

—¡No! No he querido decir… Yo no…

Estaba para comérselo cuando no sabía qué decir. Se llevaba las manos a los bolsillos traseros del pantalón y pateaba las piedras del jardín. No se atrevía a levantar la mirada de la punta de sus zapatillas.

—Tranquilo, era una broma. ¿Quieres entrar? Mis padres no están y he hecho pollo frito.

Sus dudas hablaron por él. No iba a aceptar mi invitación. Entrar en casa era como sobrepasar la línea invisible que él había marcado en nuestra extraña relación, era como admitir que había algo más que una entrañable amistad.

—No creo que sea una buena idea, Margot.

—Ya, vale, está bien… En otra ocasión.

A pesar de que intenté disfrazar mi decepción con una sonrisa, a JC se le daba muy bien leer mis emociones. Era consciente de que no estaba atravesando un buen momento y de que, de alguna manera, la pérdida de Dotty me había cambiado. Quizá por eso se animó a dar un paso más, o quizá solo fue porque sentía lástima por una niña triste.

—¿Quieres probar el mejor pollo frito de la ciudad?

—El mejor pollo frito de la ciudad está esperándome en la cocina —dije, orgullosa.

—No has probado el pollo del que te hablo. Está tan bueno que no querrás comer otra cosa. —Levantó una ceja, suspicaz—. ¿O es que tienes miedo de comprobar que tu pollo no es tan especial?

Le puse los ojos en blanco y me dejé llevar por el cosquilleo que me provocaban esas conversaciones tan tentadoras.

Cuarenta minutos más tarde, hacíamos cola frente a un mostrador muy al estilo de los cincuenta. En el rótulo de la entrada leí: Kentucky Fried Chicken. Mis amigas me habían hablado de aquel lugar. Era una franquicia que había llegado a la ciudad a primeros de año y estaba causando furor. Tal vez fuera el pollo que, como decía JC, era el mejor, pero a mí me parecía que el éxito tenía mucho que ver con el lugar en el que estaba ubicado. Harvest Moon era el autocine más grande de Springfield.

—Y, ahora, lo mejor de la noche —anunció JC con un gesto de lo

más teatral, y señaló la entrada al recinto—. La película está a punto de empezar y hay que coger buen sitio.

—¿La película? ¿Vamos a ver una película… en tu coche?

Era una joven de dieciséis años, pero no era tonta. Todo el mundo sabía a lo que iban las parejas al autocine. Era algo así como lo de subir a la noria, pero a lo bestia.

«Era lo que querías, ¿no? Aprovéchalo», me susurró la voz de mi conciencia. Me recordó a Dotty y eso me dio el empujón que necesitaba. Vivir el momento, arriesgarse, enamorarse como si no hubiera un mañana.

«Y, si no hay un mañana, al menos sabré cómo es estar con él hoy».

JC tuvo la brillante idea de subir al capó del coche para no morir de calor en el interior. Pero con él a mi lado, sin nada que nos separara, era imposible concentrarse en algo que no fueran nuestras manos rozándose en el cubo de pollo frito.

—Los detalles se aprecian mucho mejor desde aquí, ¿no te parece?

¿Me lo estaba preguntando en serio o solo era su particular forma de hacerme sonrojar? El Ford rojo aparcado delante de nosotros tenía los cristales empañados y no había dejado de moverse desde el primer minuto de la peli. A nuestro lado, en una camioneta destartalada, una pareja se comía la boca como si fuera a acabarse el mundo. Sí, los detalles se apreciaban a la perfección.

Además, el ambiente era húmedo y pegajoso, los contrastes de luz de la pantalla me deslumbraban constantemente, y cuando los dedos de JC jugueteaban con los míos dentro del cubo de pollo frito me palpitaban zonas del cuerpo en las que me daba vergüenza pensar.

—¿Te gusta la película? —murmuró—. ¿Estás cómoda? Puedes recostarte contra mí si quieres.

Antes de que pudiera negarme, me rodeó con un brazo como si fuera lo más normal del mundo. Su camiseta olía a detergente y su cuerpo irradiaba un calor que el mío recibió con un suspiro.

—Estás helada. ¿Te encuentras bien?

Asentí y me esforcé en parecer normal. Pero no era fácil. El latido de su corazón marcaba el ritmo del mío, el ambiente estaba cargado de sensualidad y el tema de la película no ayudaba. ¿Un joven de catorce años que se enamora de una mujer mayor cuyo marido muere en la guerra? ¿Un romance entre la juventud y la madurez? ¿Una aventura en el verano del 42?

¿Era una coincidencia o JC intentaba decirme algo?

El final de la película me dejó tan acalorada que no me atreví ni a parpadear cuando los coches empezaron a moverse. Él tampoco tenía prisa. Su pecho subía y bajaba a un ritmo inusual, la mano que me acariciaba el hombro se había desplazado hasta la nuca y el simple roce de sus dedos era pura excitación. Empecé a sentir las mariposas en el estómago aún más fuertes y las hormiguitas que me trepaban por los muslos se me concentraron todas entre las piernas.

—Margot… Tenemos que irnos.

Me moví lentamente, pero él no apartó la mano. Parecía no querer soltarme y yo tampoco quería que lo hiciera. Sus ojos conectaron con los míos, estábamos muy cerca, tan cerca que podía ver la humedad de sus labios después de pasarse la lengua.

«Bésalo. Cierra los ojos y bésalo. ¿Qué puedes perder?».

Pero me daba vergüenza abalanzarme sobre él y que no fuera esa su intención. Había un brillo en su mirada que me decía que JC deseaba exactamente lo mismo que yo, que ese aliento que se le escapaba a golpes clamaba por mezclarse con el mío, pero ¿por qué no se movía?

—Me estás volviendo loco —musitó.

Había tanta contención en aquellas cuatro palabras que se me dibujó una sonrisa y me mordí el labio sin querer.

—No hagas eso, Margot. No me hagas esto, por el amor de Dios.

Apoyó la frente en la mía y me acarició las mejillas con los pulgares. Estábamos tan tan cerca…

Hay momentos especiales que están hechos para recordarlos toda la vida. Momentos únicos que se quedan contigo y que sobreviven al paso de los años. Aquel podría haber sido uno de ellos, podría haberles contado a nuestros hijos algo como: «Vuestro padre me besó por primera vez en un autocine». Pero no pasó.

El cielo rugió, un relámpago iluminó la oscuridad y empezó a llover como si se hubieran roto los muros de un dique.

Grité, sobresaltada, y JC maldijo, pero reímos a la vez y levantamos la cara para recibir la lluvia como una bendición. Me caló la ropa y me enfrió la vergüenza. En pocos minutos, el recinto se quedó desierto y, en un arranque de locura, bajé del capó del coche y empecé a dar vueltas sobre mí misma con los ojos cerrados. Me sentía… viva.

Era liberador y había algo espiritual en bailar bajo la lluvia, como si pudiera limpiarme toda la tristeza. A Dotty le hubiera encantado.

—¡Vámonos! —JC tiró de mi mano hacia el coche y me hizo girar antes de abrir la puerta—. Si cojo un resfriado, será por tu culpa. Pero al menos habrá valido la pena. Echaba de menos esa sonrisa.

La lluvia nos acompañó hasta la puerta de casa. El silencio pesaba y la distancia entre nosotros parecía eterna.

—Te veo mañana —me despedí, y él me dejó ir sin más.

No había llegado al escalón de mi casa cuando noté que me sujetaba del brazo. La lluvia caía fuerte y hacía frío, pero él estaba allí, delante de mí, empapado e inquieto. Tenía el pelo pegado a la frente, la camiseta tan mojada que parecía traslúcida, la respiración tan agitada que temí que fuera a sufrir un colapso.

Su nuez de Adán subió y bajó con cada intento de expresar lo que sentía y, al final, contuvo el aliento y lo soltó junto a las palabras.

—No quiero hacerte daño, Margot.

—Lo sé. ¿Por qué ibas a querer hacerme daño?

—No hay un porqué, pero… pero… te lo haré. Y no me lo perdonaré.

—No me lo harás. No se hace daño a quien se quiere, ¿verdad?

JC negó y me contempló confuso.

—No, no se hace daño a quien se quiere —repitió.

Pasamos unos segundos mirándonos, solo eso, hasta que se limpió el agua de los ojos y se rompió el instante.

—Ibas a besarme —afirmé—. Antes, en el cine, ibas a besarme.

—Margot…

—Y ahora también quieres besarme.

—Margot… No hagas eso…

—Puedes hacerlo. A mí me gustaría.

Me mordí el labio y sus pupilas se dilataron.

—Lo sé, pero… tengo que irme.

—No tiene que ser un beso de película —insistí—. Puede ser uno pequeño. Aquí.

Me señalé los labios y él los miró con hambre. Si supiera lo que eso me provocaba por dentro… Se me cerraron los ojos y levanté la cara, preparada para mi primer beso de verdad. Me acarició las mejillas con ambas manos, noté el calor de su cuerpo al acercarse al mío y temblé de expectación y de necesidad.

Y hubo beso, sí, pero no en los labios, no pasional, no lento ni delicioso. Me besó en la frente, como a una niña. Se quedó quieto unos segundos de más y luego se apartó, cabizbajo.

—Tengo que irme. Te veo mañana.

Y emprendió la huida.

No miró atrás, pero yo sabía que su corazón golpeaba contra el pecho tan fuerte como el mío. Aún podía notar su latido palpitando en la palma de mi mano.

26. JC

—¡Joder, joder, joder! Pero ¿qué coño estoy haciendo? ¡No, no, no!

Golpeé el volante tantas veces que temí haberlo sacado del sitio. Al dolor de huevos inaguantable tenía que sumarle el sentimiento de culpa y el vértigo que me producía todo lo relacionado con ella.

Y, aun así, sonreí como un gilipollas. Margot era increíble. No se daba cuenta de lo que hacía y esa inocencia era más poderosa que cualquier droga. Había estado a punto de besarla. ¡Claro que había estado a punto de besarla! ¡Oh, Dios! Soñaba con desvestirla. Y, una vez desnuda, la hubiera secado con la boca. Y una vez seca…

—¡No, maldita sea, no! No pienses en eso —me repetía una y otra vez.

Pero era imposible parar. La deseaba tanto que empezaba a perder el juicio. Quería tocarle los pechos, descubrir lo bien que se adaptaban a mis manos, y, con la ropa mojada, había sido casi imposible contenerme. ¿Es que no se daba cuenta de que me estaba torturando? Se ofrecía a mí como una virgen en sacrificio, y yo quería ser el fuego que la consumiera. La quería, quería a una muchachita de dieciséis años que acababa de descubrir qué era el amor.

Sin embargo, no podía ser mi cómplice. Mi vida de riesgo la destrozaría. No podía hacerle eso. Ella no estaba hecha para sufrir. Tenía que acabar con esto.

Cuando llegué a casa, mi madre estaba en la cocina con la mirada perdida en los azulejos de la pared. Reaccionó con una sonrisa tímida al verme, pero a mí no podía engañarme: estaba preocupada.

—¿Qué ha pasado?

—Bradley Morrison está en el hospital —respondió. Morrison era compañero de mi padre y su mujer, Sonya, una de las mejores amigas de mamá—. Tuvieron problemas y él… Bueno… Hemos ido a verlo esta tarde, pero no nos han dejado pasar. Sonya está tan afectada…

—¿Dónde está papá?

—Arriba, ha ido a acostarse en cuanto hemos llegado. Nunca lo he visto así. No saben si Bradley saldrá de esta.

Compuso una mueca de resignación y se puso en pie para recoger la cocina. Sabía lo que le estaba pasando por la cabeza en ese mismo instante: si hubiera sido mi padre, se habría vuelto loca.

La abracé y sentí cómo se le escapaba la calma.

—Se pondrá bien. Morrison es un cabezota muy fuerte. Se recuperará, ya lo verás.

—Eso espero. Me paso la vida sufriendo por ti y por tu padre, pero ellos también son nuestra familia y no puedo evitar preocuparme.

—Lo sé, mamá, pero no nos va a pasar nada. Somos los Gallagher, nos comemos los problemas para desayunar —bromeé. Ella simuló darme un cachete e intentó sonreír. Eso estaba mejor—. No te pongas en lo peor, ¿me oyes? No me gusta verte tan triste.

Cuando cerré la puerta de mi dormitorio, apoyé la frente en la pared y apreté los ojos para no llorar.

Hubiera hecho cualquier cosa por librar a mi madre de todo ese sufrimiento, pero ¿qué? Mi única alternativa era ser un bombero sobresaliente, extremar las precauciones y pensar con la mente fría, como hacía mi padre.

Ojalá pudiera sentarme a hablar con él de cómo se sentía. Pero mi padre no era un hombre de conversaciones. Él era un hombre de acción, sin gilipolleces ni sensibilidad alguna. Cuando se juntaba con sus compañeros en las fiestas de la unidad, todos se reían de ese tipo de conversaciones profundas, el tipo de conversaciones que luego tenían en privado con el capellán, porque alguien tenía que ponerles las tiritas en el alma.

Llamaron a la puerta y me di cuenta de que seguía con la frente apoyada en la pared y con la ropa mojada.

—¿Puedo pasar? —preguntó mi padre en tono sombrío—. Ya sabes lo de Morrison, ¿no?

—Sí. ¿Es grave?

—Bastante. —Se me erizó la piel de la nuca—. En el mejor de los casos, lo retirarán con honores y le darán una pensión. No volverá a la unidad.

—Joder… Pero ¿qué le pasó?

Mi padre negó con la cabeza. No debía insistir o se iría, y no quería que lo hiciera. Me gustaba que estuviera allí.

—Organizaré una colecta para la familia. Hablaré con los chicos —propuse, y él asintió.

—Tu madre irá a acompañar a Sonya mientras Bradley esté inconsciente. Yo me pasaré por allí mañana a ver si hay novedades.

—Está bien. Mantenme al corriente.

Tenía la fuerte impresión de que quería decirme algo más. Se lo vi

en los ojos y en la forma de observarlo todo a su alrededor. Estaba asustado, mi padre estaba asustado, y darme cuenta de ello me dio mucho miedo. Nunca lo había visto así, ni siquiera después de estar dos semanas en el hospital con unas quemaduras que podrían haberle causado la muerte.

Tras unos minutos en silencio, se aclaró la garganta y me palmeó el hombro a modo de despedida.

—Papá. —Se detuvo, expectante—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—Adelante.

—Cuando conociste a mamá, ¿tuviste dudas?

—¿Dudas sobre qué?

—Sobre si hacías bien casándote con ella.

Me miró tan fijamente que pensé que se molestaría por hacerle perder el tiempo con una pregunta tan estúpida en un momento tan doloroso para él, pero poco a poco su rostro pasó de ser de piedra a llenarse de arrugas de expresión, de tristeza, de indecisión, de mil emociones que yo aún no había conocido.

—Yo no sería nada sin tu madre, JC. Pero si pudiera volver atrás, si me dieran la oportunidad de elegir de nuevo, elegiría estar solo. Sé que piensas que a veces soy duro con ella, pero es mi manera de prepararla para lo peor. Se lo debo, porque cuando me eligió no le dije lo que tendría que soportar. No hay ni un solo día en que no dé gracias a Dios por tenerla, pero tampoco pasa un día sin que piense en lo egoísta que fui. Si puedes evitarlo, hazlo. Domina a tu corazón como dominas el fuego y no dejes que te queme, hijo.

27. Margot

Me faltaba solo un mes para cumplir los diecisiete y había llegado el momento de tomar decisiones acerca de mi futuro. El primer día de clase, en la entrevista con la orientadora, le confesé que ya no estaba tan segura de querer ir a la universidad, que la pérdida de Dotty me había hecho cambiar de opinión. Aquella mujer me miró por encima de sus gafas y me hizo sentir absurda ante semejante declaración. Puede que tuviera razón, que me estuviera precipitando, pero yo sentía cómo se me retorcían las tripas cuando me imaginaba viviendo un sueño que era de las dos.

—Tampoco es que la Historia del Arte me entusiasme tanto —confesé a algunas compañeras en un descanso entre clases.

—Pues estudia otra cosa —dijo Bethany mientras se miraba en un espejito de mano—. Ven con nosotras a Chicago. La cuestión es salir de casa, Margot. Vivir en una residencia de estudiantes sin el control de nuestros padres va a ser la bomba.

Chocó la mano con Alison y ambas corearon las siglas de una hermandad de chicas a la que habían echado el ojo.

—O búscate un marido con pasta, como Martha —sugirió Roxanne.

Martha dio unas palmaditas de entusiasmo y todas la imitaron

—Ya ves, Margot. O estudias o te casas con un rico —sentenció Martha.

—¡O trabajas! —exclamó Alison con repugnancia, como si trabajar fuera algo deshonesto.

Estuve el resto del día dando vueltas a las opciones que tenía. Para mis padres estaba decidido: iba a ir a la Universidad de Nueva York. No dejaban pasar la oportunidad de recordarme que llevaban media vida ahorrando para que fuera una chica de provecho. No estaban de acuerdo con mi elección, tenían la vana esperanza de que cambiara de opinión al acabar el pregrado y me decantara por algo más provechoso, como ser enfermera o estudiar Economía en vez de Historia del Arte, pero lo de ir a la universidad era algo indiscutible.

No tenía ni idea de cómo reaccionarían si les decía que no quería estudiar más.

¿Y qué pasaría con JC si me iba? Era el chico más exasperante del mundo, pero también el más cuidadoso, el más atento, el más maravilloso, y lo quería. Estaba enamorada de él. ¿Por qué no podía el

destino darme lo mismo que a Martha Sullivan?

¿Cómo iba a irme si lo amaba con todo mi corazón?

¿Cómo iba a renunciar a mis sueños de estudiar en una gran universidad?

—Dotty, mándame una señal. No sé qué hacer —recé.

Ella me daría un sermón acerca de la independencia femenina y de lo innecesario que era el matrimonio a una edad tan temprana. Pero también añadiría eso de «sigue a tu instinto», y mi instinto me decía que debía quedarme.

La señal que estaba esperando llegó de improviso una mañana en mi visita diaria al parque. JC y los chicos habían salido a realizar un servicio, pero yo ya estaba acostumbrada a esperar en el banco de madera que había junto al despacho del jefe.

Aquel día de primeros de septiembre, alguien llegó a las oficinas preguntando por uno de los bomberos. No presté atención hasta que vi la fuente de comida que sacó de una bolsa de papel. Era una mujer de mediana edad muy bonita, de rasgos finos y modales exquisitos.

—No sé cuánto tardarán en volver —le informó Mary Ann, la secretaria del jefe, con más amabilidad que a mí.

—Esperaré un poco, si no le importa.

Tomó asiento a mi lado y adoptó la misma postura que yo: espalda recta, mirada al frente y, sobre las manos, la fiambrera con comida. La situación me resultó muy cómica y me mordí el labio para no reír.

—Huele muy bien —dijo ella de pronto con las mejillas sonrojadas por el atrevimiento—. ¿Es sopa de verdura?

—No, es estofado Brunswick —respondí, orgullosa.

Era un plato delicioso que había aprendido de mi madre. La receta pasaba en mi familia de generación en generación desde principios de siglo.

—Vaya, qué sorpresa. ¿Lo has hecho tú? —Asentí con una gran sonrisa—. ¿Y qué carne has utilizado?

—Pechuga de pollo y cerdo asado. —Abrió mucho los ojos. No era habitual una mezcla así—. Mi madre es de Carolina del Norte, allí tienen su propia receta.

—Pues debe de estar deliciosa. Está muy bien que vengas a traerle la comida a tu padre. Eres una buena muchacha.

—¡Oh, no! —Me sonrojé—. Es para uno de los chicos.

—¿Tu novio?

—No… Bueno, sí… No, no lo sé. —Reí—. JC es… especial.

La mujer volvió a abrir los ojos con mucho más dramatismo. Incluso se atragantó y tuve que sujetarle la fiambrera para que pudiera taparse la boca al toser.

—¿Has dicho JC? ¿JC Gallagher?

Detecté algo en su tono de voz que me puso alerta. Su mirada me recorrió con interés y le brilló de una forma muy especial. No sabía si había dicho algo inadecuado y no quería ofenderla. Me transmitía una sensación de hogar y calma muy intensa.

—¿Cómo te llamas, jovencita?

—Margot, Margot Addams.

—¿Y cuántos años tienes, Margot Addams?

—Dieciséis. Dentro de unas semanas cumpliré diecisiete.

—Dieciséis años —repitió—. Eres una criatura adorable.

Me apartó un mechón de la frente y me acarició la mejilla como lo hubiera hecho cualquier madre menos la mía. Continuaba mirándome, pero se le había dibujado una sonrisa de bondad en los labios y hubiera jurado que estaba a punto de echarse a llorar.

—¿Hace mucho que conoces a ese muchacho?

—Desde principios de verano.

—Apenas tres meses. Qué maravilla… —susurró—. Y cocinas para él. Debes de quererlo mucho.

—Es el amor de mi vida —confesé a media voz.

Era raro hablar de mis sentimientos con una extraña, pero me sentí muy bien. Se me ensanchó el corazón al reconocerlo y ella tuvo que notarlo, porque me dio un apretón en la mano.

—Eso es muy bonito.

—Sí, bueno, será más bonito cuando yo también sea el amor de la suya, pero es que soy muy impaciente.

—¿Tú no eres el amor de la suya?

—¡No lo sé! —Mi exclamación la hizo reír de nuevo—. Yo creo que le gusto. ¡No! Sé que le gustó, eso sí. Pero nunca me ha dicho que me quiere y es muy confuso. ¡Ni siquiera me ha besado!

—¿No os habéis besado? —Estaba sorprendida.

—No, pero casi —dije, apenada, aunque recobré el optimismo pronto—. Si no lo hace, la próxima vez lo haré yo. ¿Cree que es buena idea? No me gustaría que tuviera una mala imagen de mí. Soy una chica muy decente y no voy por ahí besando a cualquiera. Aunque en

la fiesta de David Porter casi beso a un chico, pero solo fue porque me tropecé y él estaba ahí medio borracho… —Estaba parloteando. Me había ido por las ramas—. ¿Cree que a los chicos les gusta que una chica tome la iniciativa?

La mujer se encogió de hombros de una forma que me resultó muy familiar. Mi charla la estaba divirtiendo, sus ojos se achicaron por la risa y unas arruguitas le enmarcaron la mirada y la hicieron parecer un duendecillo travieso.

—Yo creo que una chica puede dar el primer paso —insistí—. Estamos en los setenta, ya no es como antes, ¿no le parece?

—Si él siente algo por ti, no creo que le importe, claro.

—Ya, claro —musité, pensativa—. ¿Y si no siente nada por mí?

Ese era el problema. Las señales de JC eran tan confusas y yo era tan inexperta que no sabía qué pensar. Él solo me había dicho que era bonita y que no quería hacerme daño, pero en el autocine casi nos besamos y en la puerta de mi casa casi casi volvió a pasar. ¿Qué debía interpretar?

—Los hombres son así, no te apenes. Les cuesta expresar lo que sienten. Y estos, en concreto, son muy valientes para enfrentarse al fuego, pero luego les falta valor para reconocer lo que hay en sus corazones. Créeme, lo sé. Mi marido también es bombero.

Por eso estaba allí, por supuesto. Me pregunté quién sería el afortunado de tener a esa mujer en su vida. ¿Sería Bernard Campbell?

Al final, mi curiosidad me empujó a preguntar.

—¿Quién es su marido? A lo mejor lo conozco. Suelo venir cada día y los chicos ya me tienen cariño.

—Estoy segura de eso, eres un ángel, Margot. —No creí que fuera para tanto, algunos de esos hombres no me soportaban demasiado, pero eso no tenía que saberlo—. Mi marido no trabaja aquí, es bombero en otra compañía.

—Oh, vaya. Entonces…

—Es mi hijo el que presta servicio en esta unidad.

Se me entrecortó la respiración y me tapé la boca con la mano.

«¡Es su madre!».

También podía ser la madre de Charlie, pero no, era ella, era la madre de JC. ¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¡Se parecían mucho!

—Me llamo Hanna.

—Hanna Gallagher —murmuré y ella me sonrió con cariño—. Yo… yo soy Margot.

No sé por qué volví a decirle mi nombre. De pronto, me sentí fuera de lugar, como si estuviera interpretando una farsa y me hubieran descubierto, y me levanté con intención de marcharme. Me ardían las mejillas y lo último que deseaba era que JC me encontrara allí junto a su madre. ¡Ay, Dios! Le había dicho que iba a besarlo. ¡A su madre!

«Es lo que les pasa a las charlatanas, Margot».

Había sido un error hablarle de él. ¿Qué me había creído? JC solo veía en mí a una niña.

—Se ha hecho tarde y te-tengo que volver a casa. ¿Podría… podría darle esto a JC? —Le tendí la fiambrera y ella la cogió con un asentimiento, pero, en el último segundo, la retiré—. ¡Qué tonta! Perdóneme. Usted ha traído comida. Seguro que a él le gusta que le haya traído comida. Tiene un apetito voraz y seguro que su… su…

—Ensalada de arroz.

—¡Ensalada de arroz, claro! Pues seguro que su ensalada de arroz está muy buena y le encanta —parloteé—. Es mejor que el estofado. Con este calor no apetece estofado, ¿verdad? Qué tonta he sido. Me voy ya. Gracias por…

La señora Gallagher dejó su fiambrera a un lado, se puso en pie y me abrazó. Me abrazó para que dejara de hablar o para despedirse, daba igual, pero fue como si alguien que me quisiera me consolara en silencio.

Aquellos brazos, aquel aroma y aquella calidez apretaron el nudo que se me había formado en la garganta y el retumbar de la sangre en los oídos se hizo más vivo. Las lágrimas no tardaron en llenarme los ojos y yo también la abracé a ella.

—No eres tonta, Margot. Eres lo mejor que le podía haber pasado a mi hijo. Gracias por cuidar de él.

Aquella fue la señal que había pedido, las palabras acertadas: mi misión en el mundo sería cuidar de JC Gallagher.

28. JC

—Os recuerdo que hoy es el cumpleaños de John y almorzaremos en su casa —anunció mi madre al tiempo que dejaba sobre la mesa un plato de bollos recién sacados del horno—. Ginger ha llamado hace un rato para confirmar que iremos. Los tres.

—No, mamá… —me quejé—. Es mi primer sábado libre desde…

—Pues por eso vas a venir. Es tu padrino, JC.

—Es un capullo.

—Chico, cuida esa lengua —me advirtió mi padre. Por muy dolido que estuviera con John Traveller, eran amigos y no iba a consentir una falta de respeto semejante—. El comisionado Harris estará en esa fiesta. Te irá bien conocerlo. Si le caes en gracia, puede que te asigne un buen destino cuando acabes la formación.

—Tú no le caes bien, no sé por qué crees que conmigo será diferente.

—Porque John hará que sea diferente, JC. Puede que sea un mal amigo y un rastrero, pero es tu familia, eres lo más parecido que tiene a un hijo y haría lo que fuera por ti. Tienes que aprender a valorar lo que te da la vida, muchacho, no lo deseches solo porque conmigo no haya sido todo lo que esperaba, ¿de acuerdo?

Fui a aquella fiesta y conocí al maldito comisionado Harris. Me pasé todo el día saludando a gente influyente y aceptando los cumplidos que John Traveller hacía sobre mi futuro como bombero. «Tenéis que ver al chico, es un fuera de serie». «Sangre viva como la suya es lo que necesita el cuerpo». «Nos superará a todos, es un chico listo» y mil halagos más a los que correspondí con una sonrisa tan amplia como falsa.

Al acabar la comida, me dolía la cara de tanta cortesía.

—¿Crees que he cumplido bastante por hoy o tengo que seguir aguantando las palmadas en la espalda del tío John? —le pregunté a mi padre en un susurro.

—¿Tienes un plan mejor?

—Tengo veinte años, papá. Claro que tengo un plan mejor.

En realidad, solo tenía en mente una cosa: pasar por casa de Margot. Con un poco de suerte estaría sentada en los escalones de la entrada viendo pasar las nubes.

Llevaba tres turnos comiendo platos improvisados en la cocina del

parque porque Margot no había aparecido a la hora del almuerzo. El día anterior, al quedar primero en uno de los entrenamientos cronometrados, me la imaginé allí, dando saltitos y celebrando que yo hubiera sido el más rápido. Era curioso cómo siempre terminaba pensando en ella, hiciera lo que hiciera.

Me despedí de los anfitriones y del resto de los invitados y fui en busca de Margot. Era absurdo, ni siquiera sabía si estaría allí, pero no perdía nada intentándolo. No tenía nada mejor que hacer.

Llegué a su casa justo en el momento en que ella bajaba del coche de sus padres. Iba muy guapa, llevaba una faldita de cuadros y una blusa de mangas anchas. Los calcetines altos y los zapatos de lazos le daban ese aire inocente que tanto me gustaba. Se había recogido el pelo a los lados con dos pasadores de mariposas y el rubor de sus mejillas era tan intenso que no parecía natural. Tampoco el brillo de sus labios.

Su madre la estaba regañando por algo y ella solo asentía y mantenía la cabeza baja. Pero antes de llegar a la puerta, miró por encima del hombro y sus ojos se encontraron con los míos. Sabía que estaba allí, me había visto.

«Diles que vas a pasear, diles que has quedado con tus amigas, diles cualquier cosa, pero ven conmigo», deseé mientras la veía entrar en su casa.

Se quedó la última a propósito para mirarme antes de seguir a sus padres. Permaneció muy quieta, como si estuviera leyéndome el pensamiento, como si supiera cuáles eran mis deseos. Y yo me mantuve allí, embelesado por su cara de ángel, con el latido del corazón como banda sonora de un momento que se estaba convirtiendo en una costumbre: mirarla podía ser peligroso, pero a mí me encantaba el riesgo.

Y a ella también.

Vigiló un segundo que sus padres no estuvieran cerca y corrió a través del jardín hasta donde yo la esperaba. Me hubiera gustado abrir los brazos y recibirla contra el pecho, escuchar su risa contra mi garganta y emborracharme con el olor de su champú. Me hubiera encantado capturar ese labio inferior, que debía de saber a fresa y a pecado, y demorarme en un beso con el que soñaba más de lo permitido. No obstante, Margot se detuvo a un par de pasos de mí y me devolvió a la realidad con un ceño fruncido de lo más divertido.

—¿Qué haces aquí? ¿Estás loco?

—Tengo el día libre y pensé que te gustaría hacer algo. Hace días que no te veo.

—Estoy castigada —susurró después de un rápido vistazo a la puerta, como si sus padres pudieran oírla a esa distancia.

—¿Has sido una chica mala?

—Le contesté a la directora y rompí los deberes delante de toda la clase. Me han expulsado del instituto hasta el martes —dijo, avergonzada—. Mi madre está furiosa aún.

—¿Y por qué hiciste eso? —Le aparté de la sien un mechón inexistente solo por el placer de tocarla y ella se estremeció con la caricia—. Tenía entendido que eras una estudiante ejemplar.

—Tengo que irme. Si me ven mis padres…

—¡Espera!

La cogí de la mano antes de que echara a correr y ambos nos quedamos mirando el entrelazado que formaron nuestros dedos al tocarse. No sabía qué decirle para retenerla unos segundos más. Ni yo mismo entendía por qué estaba allí y, de pronto, me sentí ridículo y la solté.

Se le aceleró la respiración y mis instintos más primarios dejaron a un lado la razón para atender al deseo. Di un paso hacia ella y la oí contener el aliento. Cualquier otro hombre la habría despedido con un tórrido beso, era lo que ambos queríamos, pero ¿qué pasaría después? ¿Qué esperaba ella de mí? ¿Qué pretendía yo de ella?

Así que dejé que se marchara sin decirle siquiera lo que me quemaba en la punta de la lengua: que era preciosa, que me moría por abrazarla, que no había dejado de pensar en ella ni un maldito segundo.

Que me gustaba demasiado.

Que estaba muerto de miedo.

29. Margot

Mi madre organizó una barbacoa por todo lo alto en el jardín para celebrar el Día del Trabajo, el primer lunes de septiembre. Aunque a mí me parecía que no era más que un almuerzo orquestado para que los jefes de papá y sus odiosas esposas vieran lo bien que vivíamos y cuánto nos merecíamos entrar en su círculo de amistades.

—Margot, date prisa con los aperitivos. La señora Miller me ha preguntado dos veces por tus famosos bocaditos de marisco —me apremió mi madre.

«La señora Miller se puede ir al cuerno», pensé de mal humor. Era humillante ver cómo mi padre les reía las gracias a aquellos hombres, pero lo era aún más comprobar que los esfuerzos de mamá por estar a la altura de esas señoras no daban ningún resultado. Nunca la considerarían una igual.

Salí al jardín con una bandeja de canapés que quedó vacía en un segundo. Olía a barbacoa y a carne quemada, y el humo era tan espeso que me hizo toser.

—Ve a jugar con los niños, Margot. Todavía queda un buen rato para que esté lista la comida —me sugirió mi padre al verme prestar atención a las conversaciones sobre política que estaban manteniendo sus jefes.

¿Un rato libre? ¡Estupendo! Estaba deseando acercarme al parque para llevarle a JC el estofado que no pude darle la última vez que estuve allí.

«Dios mío, le insinué a su madre que éramos novios», recordé, abochornada. Me pasé toda la noche imaginando qué diría y qué cara pondría cuando la señora Gallagher se lo contara, y me planteé seriamente dejar de ir a verlo. Hasta que JC se presentó en la puerta de mi casa. ¡Él vino a verme a mí! Y no solo vino verme, sino que quería invitarme a salir.

De camino al parque, descubrí una columna de humo negro que se desdibujaba no muy lejos de allí y empezaba a cubrir el cielo de tonos grises. El camión de bomberos no estaba en la cochera cuando llegué y Mary Ann levantó una mano para que me callara cuando intenté darle conversación. Llevaba puestos los cascos de la centralita y parecía atareada con la multitud de luces que parpadeaban en el panel de llamadas.

—Sí, señor. Doy parte a la central de inmediato —respondió a la orden de un superior. Era emocionante verla en acción, aunque no me gustaría estar en su lugar. Parecía muy agobiada—. Y dos ambulancias, entendido.

Arrastró la silla para llegar al listín telefónico que había al otro lado de la oficina y, sin querer, desconectó los auriculares. Los altavoces de la centralita comenzaron a emitir voces desordenadas, sonidos extraños, sirenas lejanas y un murmullo incesante que me aceleró los latidos del corazón.

—*¡Bombero herido, bombero herido!* —gritó una voz entrecortada al otro lado de la radio—. *¡Segundo piso! ¡Joder, mandad ayuda! ¡¿Dónde coño está la ayuda?!*

—*¡Capitán, esto se está poniendo feo!* —dijo otra voz. Era Charlie, lo reconocí de inmediato—. *¡No consigo llegar a él, no lo alcanzo! ¡El suelo es inestable, joder! ¡No puedo llegar a él!*

Me acerqué un poco más a la mesa de control. No podía dejar de mirar el altavoz por el que llegaban las noticias. Necesitaba oír a JC, saber que estaba bien, porque tenía un pálpito muy feo en el pecho y con cada segundo que transcurría se hacía más intenso.

—No deberías estar aquí. Vete a casa.

Fui a protestar justo cuando se produjo otro tumulto sonoro que me dio un susto de muerte.

—*¡¿Por qué no llega la ayuda?! ¡Necesito a dos tíos aquí ya!* —La voz atronadora de Gavin Ross me estremeció de pies a cabeza.

—¿Por qué no los ayudan? —le pregunté a Mary Ann.

—Están de camino.

—*¡Chicos, tenemos un problema!* —les advirtió el capitán—. *Hay un coche accidentado en el cruce de Chatham con Montana. El camión de la 12 no puede pasar.*

—*Cojonudo, capitán. Justo cuando más falta nos hacen.*

¡Era JC! ¡Era él! Solté el aire que había estado conteniendo y miré a Mary Ann con una sonrisa. Estaba bien, estaba a salvo. Quería saber quién era el bombero que estaba herido, estaba muy preocupada, pero que no fuera JC me dejó respirar.

Se oyó un nuevo estruendo a través de la radio y los gritos se multiplicaron.

—*¡El suelo se ha hundido! ¡El suelo se ha hundido! ¡Bombero herido, bombero herido! ¡Gallagher, joder, ha caído Gallagher! ¡¡JC!!*

Se me escurrió la fuente del estofado entre los dedos y se rompió en mil pedazos al tocar el suelo. Me quedé con las manos suspendidas en el aire. No oía nada, no veía nada, solo sentía un fuerte dolor que me atravesaba y unas inmensas ganas de gritar. Pero no podía, no podía hablar, tan solo era capaz de parpadear por si todo aquello no fuera más que un mal sueño.

No lo era.

Mary Ann movía los labios a una velocidad imposible, pero yo no la oía. Un molesto zumbido me resonaba en los oídos y lo ocupaba todo, lo silenciaba todo. Y, de pronto, un torrente de adrenalina, surgida de no sabía dónde, me empujó a correr muy rápido, sin pensar. Tenía que llegar hasta él como fuera.

Vi el coche accidentado en la esquina de Chatham Road y di gracias a Dios por que el camión de bomberos ya hubiera pasado. Doblé por Montana y enfilé la recta a una velocidad tan vertiginosa que los músculos empezaron a quemarme antes de llegar a la mitad del camino. Al fondo, el almacén de piensos se había convertido en una fachada negra que desprendía grandes columnas de humo aún más negro. Tenía que atravesar la zona acordonada como fuera, debía saber si JC estaba bien. ¡Tenía que estar bien!

«No permitas que le pase nada, Señor. No dejes que le pase nada», recé mientras buscaba un lugar despejado de policía por el que colarme.

Estaba llorando y ni siquiera me había dado cuenta. Y temblaba, temblaba tanto que me costó dos intentos pasar por encima de la cinta de seguridad. Di algunos pasos vacilantes sin saber muy bien hacia dónde dirigirme, pero mis dudas quedaron resueltas de inmediato. Un grupo de bomberos salió del almacén con el cuerpo de un hombre sobre una tabla y me lancé hacia ellos.

—¡¡JC!! —grité al llegar a su altura.

Debajo del casco no se veía más que un rostro ennegrecido.

—No es Gallagher, es O'Connors —me informó uno de ellos—. ¿Qué demonios haces tú aquí, niña? ¡Quita de en medio!

—Pero él…

—Está en aquella ambulancia de allí. —Señaló otro.

Y, de pronto, lo vi. Lo habían incorporado un poco y mantenía los ojos cerrados mientras le inmovilizaban el brazo. Me acerqué poco a poco, mordiéndome los labios para no llorar, y esperé a que

terminaran de atenderlo. Cuando los sanitarios se apartaron, me coloqué a su lado y le cogí la mano. Le transmití mi miedo y mi desesperación, y él abrió los ojos de golpe y me recorrió con la mirada como si estuviera viendo un fantasma.

—Pero ¿qué demonios haces tú…?

No lo dejé acabar. Antes de que pudiera terminar la pregunta, lo besé. Lo sujeté de la chaqueta y acerqué mis labios a los suyos con más torpeza que acierto. Pero una vez entraron en contacto todo dejó de importar, para mí y para él. Me rodeó la cintura con el brazo sano y su boca tomó el control de mi mundo. Había algo salvaje en su manera de besarme, había necesidad y desesperación. Yo quería aprender de él, devolverle pasión con pasión. Experimenté un fuerte golpe de deseo cuando su lengua pidió paso hasta encontrar la mía, y en ese roce húmedo con sabor a humo encontré el cielo. Nos quedamos sin aire, nos bebimos con ansia, nos tocamos como si no fuéramos reales y olvidamos que a nuestro alrededor la vida continuaba.

—No llores —murmuró contra mi boca, sin perder el contacto.

Estaba tan asustada y, al mismo tiempo, tan feliz que mis dedos se aferraron a los retazos de su uniforme y me quedé con el escudo de la unidad en la mano.

Había soñado infinitas veces con esos besos e infinitas veces me había hecho una idea equivocada. Había sido mucho mejor, e iban acompañados de una sensación punzante y, a la vez, deliciosa que no había experimentado más que en su compañía, cuando me miraba como si le doliera no tocarme.

—Margot… —Suspiró, y creí que volvería a besarme, pero no lo hizo. Estaba serio y distante—. ¿Qué haces aquí? No deberías estar aquí.

—Yo… estaba en el parque y os oí, lo oí todo, y, de pronto, tú… tú… He pasado tanto miedo… —No podía parar de llorar y, aun así, saqué fuerzas de donde no las tenía para golpearlo con los puños apretados—. ¡No puedo perderte! ¿Es que no lo entiendes? Te quiero, idiota, te quiero tanto que si te llega a pasar algo yo… yo no sé…

—Vete a casa, Margot.

¿A casa? ¡Ni hablar! No iba a ir a ningún sitio.

—No. Me quedo aquí contigo. No pienso separarme de ti.

—Esto es un incendio, no es lugar para ti. Además, tienen que

llevarme al hospital.

—Pues iremos juntos —insistí.

—¡No puedes venir conmigo, maldita sea! Vete a casa.

—Pero… he estado a punto de perderte. No quiero irme a casa, quiero quedarme contigo. Dios mío, en mi vida había sufrido tanto —le confesé—. No me podía imaginar que esto pudiera pasar y, ahora que lo sé, creo que no volveré a estar tranquila en la vida.

Se me escapó una risilla nerviosa. Aunque lo dije para distender el ambiente, la verdad era que no volvería a respirar mientras él estuviera de servicio.

—Joder, ¿qué crees que es todo esto? ¿Qué crees que estás haciendo?

—No estoy haciendo nada —musité con la mirada puesta en los bordes llenos de hollín de su chaqueta, que no había soltado—. Yo… no quiero dejarte. Te quiero…

—¡Deja de repetir eso! —exclamó—. Nosotros… nosotros no somos nada. Eres solo una cría, Margot. ¿Qué esperas que haga? Tienes dieciséis años, estás en el instituto. He sido agradable contigo porque… porque… eres graciosa y me daba pena que estuvieras tan triste, pero ya está. No va a haber más. A partir de ahora no habrá nada más, ¿me entiendes?

—Pero… me has besado. Tú…

—Acabo de salir de un maldito incendio, he tenido suerte de no quemarme vivo ahí dentro. Me hubiera dado igual quién me besara con tal de hacerme sentir vivo. ¿No te das cuenta? Ha sido una reacción instintiva, no ha tenido importancia.

Me llevé una mano al pecho, herida, y di un paso atrás. Negué una y otra vez, volvieron a caerme las lágrimas por las mejillas y el temblor de rodillas se hizo tan violento que pensé que me derrumbaría si movía de nuevo los pies.

—No te creo. Tú… tú me has besado, tú… tú me has besado también. Eso tiene que significar algo…

—No, Margot. No significa nada.

—¿Por qué?

—Eso da igual. Eres una cría, no lo entenderías.

—¡No es verdad! ¡No soy una cría! ¡Y no me has besado por pena! —Lo señalé con un dedo—. Lo deseabas tanto como yo, lo he sentido aquí. —Me llevé la mano al corazón y apreté para que dejara de doler

—. Puede que solo tenga dieciséis años, pero sé lo que quiero y sé a quién quiero.

—¿Y te has preguntado qué quiero yo? ¿Crees que me gusta ser el hazmerreír de la compañía por tu culpa? ¿Crees que me gusta andar jugando a las casitas con una niñita que cree que esto es un cuento de hadas? ¡Soy un hombre, Margot! Tengo veinte años. Lo que busco en una mujer es algo que tú no puedes darme.

—Sí puedo —afirmé, categórica.

—¿Sí? ¿Dejarías que te tocara sin más? ¿Te entregarías a mí solo por el puro placer del sexo, sin compromisos? ¿Me seducirías en mitad de la carretera, como hizo Dotty, sin importar nada más que el aquí y el ahora? Lo dudo.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté sin dar crédito a lo que decía.

—¡Hablo de sexo, Margot! De las necesidades de los hombres, de saber lo que quiero.

—Pero Dotty…

—Dotty no era como tú, eso ya lo sabes. Ella y yo…

—¡No! ¡Estás mintiendo! —Me llevé las manos a los labios para que dejaran de temblar—. No sé por qué te inventas algo tan horrible, pero para ya. Dotty no…

—Dotty sí, Margot. Ella sí era lo que necesitaba.

—¡Cállate! —grité—. ¡No es verdad!

—Puede que te cueste creerlo, pero en el fondo sabes que…

—¡Mientes!

—Margot… No hagas esto. Deberías…

—¡No! ¡Mientes, mientes! Eres un embustero. Tú y Dotty no…

—Tenía un lunar en forma de corazón bajo el pecho, lo vi, lo toqué, lo besé…

—¡No!

¡El lunar! ¿Cómo podía saber eso?

Me perdí en el brillo de unos ojos embravecidos y encontré la verdad con la que él pretendía alejarme de su lado. Yo no había significado nada para JC, solo había sido un monito de feria. Una tonta enamorada de un chico que era igual que el resto de los chicos de su edad. Me costaba creer que JC pudiera ser así, pero ¿cuántas pruebas más necesitaba para demostrarlo?

—Gallagher, ¿estás listo? —le preguntó un sanitario. Él asintió una

sola vez sin apartar los ojos de los míos.

—No puedo darte lo que quieres, Margot. Ojalá las cosas fueran de otra manera, pero no lo son.

—¿Tú y ella…?

—Olvídalo. Vete a casa y piensa en otra cosa. Eres muy joven y…

—¿Pensar en otra cosa? —Se me escapó un sollozo—. ¿Cómo quieres que piense en otra cosa? Dejaste que me enamorara de ti y no hiciste nada para impedirlo. ¡Al contrario! Has hecho que no pueda sacarte de la cabeza. Y, mientras, te revolcabas con mi amiga. ¡Mi mejor amiga! ¡Te odio! ¡Os odio a los dos!

Los sanitarios abrieron de par en par las puertas de la ambulancia y le quitaron el freno a la camilla. Algunos de los chicos de su compañía se acercaron para ver cómo estaba y él les dedicó sonrisas de calma. Chocó el puño con Charlie y dejó que Campbell le golpeara el hombro sano. Había alivio en las miradas de todos ellos, JC estaba bien y el estado de O'Connors no era tan grave como habían pensado en un primer momento. Ninguno me dirigió la palabra: ni una mirada, ni un guiño, nada. Los conocía a todos, pero me ignoraron. Rodearon a JC mientras lo subían a la ambulancia y bromearon acerca del tiempo que iba a tardar en recuperarse de unos pocos rasguños.

Me quedé allí en medio, parada, esperando… ¿qué? ¿Más palabras vacías? ¿Más respuestas sin sentido? ¿Más puñaladas por la espalda? Decía que no podía darme lo que quería, pero sí se lo dio a Dotty. ¿Por qué? ¿Por qué a ella sí y a mí no? ¿Por qué no podía ser como ella? ¿Por qué no podía mirarme como a ella?

—¿Por qué? —pronuncié en un susurró antes de que cerraran las puertas de la ambulancia.

—Vete a casa, Margot, y no vuelvas, por favor.

Segunda parte

«Llegará el momento en que el mundo
se quede en silencio y el único sonido
que se oirá será el de tu corazón».
Sarah Dessen, escritora

30. JC

Mirar a Margot mientras se alejaba la ambulancia fue más doloroso que caer desde el primer piso del almacén, porque cada lágrima que derramaba por mi culpa era como el golpe que me había sacado todo el aire de los pulmones, como el trozo de hierro que me había atravesado el traje, como el fuego que me había quemado la piel.

Decirle aquellas cosas, ver el sufrimiento en su mirada, obligarla a apartarse de mí eran heridas abiertas que se convertirían en cicatrices imposibles de curar.

Pero fue necesario.

Ella me besó y yo correspondí con deseo a ese beso. Sabía a vainilla y a canela, sabía a algo dulce, a eso que nunca me había gustado y que ahora me faltaba. Sus labios me habían hecho perder el juicio en medio de aquella catástrofe y la hubiera besado una y mil veces. Hacía tanto tiempo que deseaba hacerlo que el único pensamiento que tuve al derrumbarse el suelo bajo mis pies fue que me moría y mi vida no había tenido sentido porque ni siquiera había besado a esa niña.

«A mi niña».

Dios mío, casi estuve a punto de decirle que la amaba más que a nada…

Y, aun así, me habían bastado un puñado de palabras para darme cuenta de que había dejado que se involucrara completamente en mi mierda, algo que había tratado de evitar desde que me hice bombero. Iba a convertir a Margot en otra víctima, en la mujer tras la ventana, en el sufrimiento personificado. Y no me lo perdonaría jamás. No podía con la culpa de apagar el brillo de esos ojos preciosos y de su sonrisa, ni podía marchitar su corazón ni acabar con sus sueños. No estaba dispuesto a dejar que se hundiera si a mí me pasaba algo.

Fui cruel, déspota, despiadado y mentiroso a propósito. Nada me hubiera valido ante la fuerte determinación de Margot, nada a excepción de una cosa: Dotty. Me sentía muy sucio por haber jugado esa carta, un miserable, y, pese a eso, sé que hice bien. Ella hubiera vuelto al parque, no se habría dado por vencida después de haberla besado con toda el alma.

Había que apagar el fuego hasta las brasas para que no volviera a prender.

Iba a ser doloroso, pero, a la larga, sería lo más conveniente. El odio era mejor que el desamor, el odio la haría más fuerte. Y, con el tiempo, se olvidaría de mí y de este amor de verano. Estaba predestinada a hacer grandes cosas en la vida, a conocer a gente, a recorrer el mundo… Margot se merecía la felicidad absoluta y la encontraría más pronto que tarde.

«Y yo me alegraré de haberla dejado ir, aunque su recuerdo me persiga el resto de mi vida».

Cerré los ojos con fuerza y grité de dolor. Yo mismo me había partido por la mitad y la había destrozado a ella.

Ojalá no la hubiera conocido.

Ojalá no me hubiera enamorado.

Ojalá no la hubiera besado.

Ojalá me olvide.

«¡No! —me resistí—. Ojalá me recuerde».

Yo no iba a olvidarla nunca.

31. Margot

Dos años después. Diciembre de 1973

—No fue nada romántico ni *sexy*, te lo aseguro. Fuimos a comer una hamburguesa al sitio ese de Malone Street y estaba tan lleno que no nos pudimos sentar —le conté a Karen por teléfono mientras me fumaba un cigarrillo. Mi primera cita con Michael Bellow había sido un fracaso—. Y, después, ya sabes cómo es de correcto: todo tiene que hacerse siguiendo un orden, como en la fábrica.

—Vamos, que ni te besó.

—En la mejilla, pero ya está.

—Creo que tiene miedo a que tu padre lo eche de la fábrica si se entera. Le ha costado mucho que le dieran el ascenso.

—Puede ser, pero ¿tiene que ser tan aburrido? Solo hablamos del proceso de producción, de los ingresos que esperaban los dueños con la campaña de Navidad, de logística… ¡Es un auténtico plasta!

Karen soltó una carcajada tan fuerte que se le cayó el teléfono de las manos. Sus maldiciones sonaron igual de comedidas que ella, todo dulzura y serenidad, dos cualidades de las que yo carecía por completo.

Nos conocimos en la fábrica en la que trabajaba mi padre y en la que entré a trabajar yo poco después. Teníamos la misma edad, éramos las más jóvenes de la plantilla y nos hicimos amigas casi al instante. Era una chica muy responsable, la cuarta de una familia de siete hermanos, y a mis padres les caía bien. Confiaban en ella para que me metiera algo de cordura en la cabeza, pero el efecto estaba siendo el contrario. Karen tenía que soltarse un poco y yo había llegado a su vida para lograr que lo consiguiera.

Sujeté el teléfono con el hombro y apagué el cigarrillo. El vinilo que sonaba de fondo se terminó y puse otro de inmediato. *Mama Kin*, de Aerosmith, sonó en todo su esplendor y bailé al son de la música mientras el cable del teléfono se me enrollaba en las piernas.

Fuera estaba nevando y el cielo era de un color tan plomizo que no parecía mediodía. Si no paraba pronto, las carreteras estarían intransitables y me sería imposible llegar al trabajo. Recé por que así fuera, cualquier excusa era buena para no ir a aquella apestosa fábrica de carne envasada donde pasaba seis horas haciendo el tedioso trabajo de controlar la máquina plastificadora. En casa, al calor de la recién

arreglada caldera, se estaba mucho mejor.

Cantamos a pleno pulmón los últimos estribillos de la canción y, para cuando acabó el tema y empezó el siguiente, me dejé caer en la cama sin parar de reír.

—¿Qué haremos en Fin de Año? —preguntó Karen.

—¡El amor! —grité—. Un amigo de Michael va a dar una fiesta. Fue lo único divertido que mencionó en nuestra cita. Puede apuntarse quien quiera, así que puedes venir con Troy.

Troy Bukowski, el novio de Karen, era un chico gigantesco de veinticuatro años que la trataba como si fuera una princesita de cristal. La adoraba.

—Creo que Troy está pensando en coger una habitación en ese motel tan bonito de las afueras, el que tiene el neón morado, pero yo no estoy segura.

—¡Oh, Karen! ¡Será «la noche»! —Aplaudí, feliz por ella, pero no pude evitar sentirme un poquito celosa. Iba a perder la virginidad con su novio y eso era algo a lo que yo no podía optar. No mientras Michael Bellow fuera tan correcto—. ¡Será maravilloso!

—¿Tú crees? —dudó—. Jane Wentworth me contó que la primera vez le dolió mucho, y ya sabes que no aguanto el dolor.

—Pero tú estarás con Troy y él siempre te protege de todo. —Le resté importancia para no preocuparla y cambié de tema—. Por cierto, ¿te has enterado de lo que le ha pasado a la hija de Millie, la de control de calidad?

—¿Que se ha quedado embarazada? Sí, lo he oído. Su padre la arrastró hasta la casa del chico y no se movió de allí hasta que él le pidió matrimonio. Fue bochornoso. —Karen se quedó en silencio y suspiró—. Me da un poco de vergüenza decirle a Troy que compre condones. ¡Ni siquiera puedo pronunciar esa palabra sin sonrojarme!

Estuvimos media hora más al teléfono con la música tan alta que teníamos que gritar para entendernos. Mi padre no regresaría de la fábrica hasta la noche y mamá andaba metida en un club de señoras que preparaban comidas para las personas sin hogar.

Yo había dejado de cocinar. A veces, en fechas señaladas, ayudaba en la cocina, pero ya no sentía ilusión por preparar aquellos suculentos manjares que todo el mundo apreciaba.

De pronto, en un silencio entre canción y canción oí unos golpes en el pasillo y pensé que mi madre había vuelto antes de su hora. Sacudí

los brazos para no oler a tabaco y eché el ambientador de pachuli que me había regalado Karen.

La puerta de mi habitación se abrió antes de que pudiera alcanzarla y grité al ver la figura que se cernió sobre mí. Era un bombero.

—¡Hay una chica! —exclamó en dirección al pasillo y abrió la ventana de par en par—. Tranquila, señorita, vamos a sacarla de aquí.

—Pero ¿qué ha…?

Y, entonces, recordé que había dejado una sartén con aceite en el fuego cuando recibí la llamada de Karen. Recordé que iba a cocinarme un par de salchichas y algunas patatas fritas. Recordé que no era la primera vez que perdía la noción del tiempo por culpa del teléfono y que papá ya me había advertido del riesgo de distraerme en la cocina.

—¡Dios mío! —musité—. ¡No, no, no! Me van a matar. Solo he dejado la sartén un…

Hay momentos en la vida que deberían quedarse grabados en la mente para siempre, momentos en que el corazón se acelera, la sangre ruge, la piel arde y los ojos solo miran en una dirección. Hay momentos en que no sabes si reír o llorar, si desear que se pare el tiempo o rogar para que la tierra se abra y te trague. Hay momentos únicos que duran un pestañeo, pero tienen el poder de hacerte viajar en el tiempo.

Aquel fue la suma de todos.

Si la situación que estaba viviendo ya me parecía surrealista, cuando vi quién se escondía tras la visera me lo pareció mil veces más.

A él también debió de parecérselo, porque le costó dos intentos pronunciar mi nombre.

—¿Margot? ¿Margot Addams? —El bombero se quitó el casco y se pasó la mano por el pelo con el mismo gesto nervioso con el que había soñado los dos últimos años—. ¿Eres tú?

—Hola, JC.

Y aquel fue el momento. Nuestro momento.

El principio de todo.

32. JC

Dos años, dos meses y veintinueve días. Ese era el tiempo que llevaba sin saber nada de Margot. No es que me hubiera obsesionado con llevar la cuenta, nada más lejos, pero, a veces, cuando algo me recordaba a ella, solía echar la vista atrás con bastante facilidad.

Hacía un par de días que su nombre había salido en una conversación con mi madre. Ella y Margot se vieron una vez en el parque. Fue en la época en que empecé a ser consciente de los verdaderos encantos de una cría de dieciséis años. Margot le habló de un tipo de estofado y mi madre —dos años, dos meses y veintipocos días después— aún se acordaba de lo que ella le dijo.

—Pollo y cerdo asado, ese es el secreto. Aquella amiga tuya era encantadora, JC. ¿Qué fue de ella?

Que la eché de mi vida, eso pasó, y ahora volvía a mí de repente, un día cualquiera, en el maldito incendio de una cocina.

Su cocina.

Dios mío, cómo había cambiado. Sus formas se habían estilizado, ya no parecía una adolescente. Tenía el pelo muy largo y más oscuro de lo que recordaba. Podría jurar que había crecido o tal vez era esa altivez, que la hacía parecer más alta.

¿Qué se le dice a una chica a la que abandonaste con muy malas formas dos años, dos meses y veintinueve días atrás?

—Has dejado una sartén al fuego. ¿Te has vuelto loca? ¡Podrías haber quemado toda la casa! —le reproché en cuanto estuvo a salvo en el exterior.

—Podría, tú lo has dicho —me respondió alzando aún más el mentón—. Por suerte para todos, no ha sido para tanto.

—¿Que no ha sido para tanto? —Por muy cambiada que la notara, su manera de exasperarme era la misma—. ¡Has quemado la cocina!

—¡No me grites! Nos mira todo el mundo.

—¡Pues que miren! ¿Y dónde están tus padres? ¿Cómo es que estás tú sola? ¿Y por qué estabas encerrada en la habitación? ¡Por el amor de Dios, tenías una sartén en el fuego!

—Pero ¿tú quién te has creído que eres? —Me enfrentó con las manos en las caderas y no pude evitar fijarme en sus pantalones. Eran de pijama, bastante viejos, y tenían ovejas. Cien por cien Margot—. No tengo que darte explicaciones. Haz tu trabajo y lárgate.

—¡Gallagher, hemos acabado! Recogemos y al camión —ordenó mi teniente.

—Has acabado, Gallagher. Recoge y adiós —se burló Margot. Movió los dedos de una mano para despedirse y se le dibujó una sonrisa pícara que no le había visto nunca—. Cuidado con las mangueras, novato.

Me tropecé con una de ellas, sí, y di un traspié que le arrancó una carcajada. Valió la pena solo por verla reír de nuevo. Joder, estaba guapa. Muy guapa.

Ya no era un novato, pero no la saqué del error. Me había ganado mi puesto en la compañía 22 a base de trabajar duro y de superar obstáculos que otros no hubieran salvado. Pero no me pareció que estuviera interesada en lo que había sido mi vida desde que dejamos de vernos. En cambio, yo sí sentía una insana curiosidad por saber lo que había sido de la suya, por qué se habían mudado, por qué no estaba en la universidad de Nueva York como siempre quiso, a qué se dedicaba…

Ayudé a recoger los equipos sin perderla de vista. Estaba nerviosa, hablaba con los vecinos y aceptaba el consuelo que le daban, pero no dejaba de mirar a todas partes y supuse que no sería agradable enfrentarse a sus padres. Su relación con ellos nunca fue buena. ¿Habría mejorado con los años?

Antes de que el camión se pusiera en marcha, volví a acercarme a ella.

—El capitán dice que no es conveniente que paséis la noche aquí. La casa necesita ventilación y con este frío no creo que podáis dejar las ventanas abiertas si estáis dentro.

—Eso lo tendrán que decidir mis padres cuando lleguen. Lo más probable es que se vayan a un motel mientras yo me paso la noche limpiando. Sería lo justo.

—No te castigues así. Seguro que no es para tanto.

—Ya, seguro que no —murmuró sin apartar la mirada de la punta de sus zapatillas.

Me apenaba verla tan vencida.

—¿Has podido hablar con ellos?

—Una vecina ha llamado a mi padre al trabajo. Está de camino.

—¿Quieres que me quede a esperar contigo? Puedo explicarle la situación…

—¡Oh, claro! Puedo decirle: «Papá, este bombero tan amable se ha quedado conmigo para explicarte que la idiota de tu hija ha quemado la cocina». O no, no, mejor, puedo decirle: «Como soy una niñita tonta, el bombero Gallagher se ha ofrecido a acompañarme para que no me regañes demasiado». También puedo mencionarle que eres el tipo que le rompió el corazón a su hijita unos segundos después de meterle la lengua hasta el hígado. Eso seguro que le gusta más.

—Yo no te metí la… —Me detuve, tenía todas las de perder en aquella conversación—. Vale, ya lo capto.

—¿Sí? ¡Genial! Ahora, largo, JC. Ya has hecho tu trabajo.

Se dejó caer contra el tronco de un árbol y exhaló un suspiro. Había empleado todas las fuerzas que le quedaban en aquel arranque de sarcasmo y su expresión de derrota regresó con más fuerza.

La observé mientras ella fingía que yo ya no estaba allí. No me dolió su actitud, podía entender que me guardara resentimiento por lo que pasó, y podía entender aún más que la situación no fuera la más indicada para darle explicaciones. Pero llevaba almacenando recuerdos y remordimientos durante dos años, dos meses y veintinueve días, y ahora que la había encontrado de nuevo…

No iba a cometer el mismo error dos veces.

33. Margot

Iba a pagar con mi sueldo cada centavo de la reparación, en eso sí estuvieron de acuerdo mis padres. En el resto del castigo hubo diversidad de opiniones. Mi padre dictaminó que no volvería a salir de mi cuarto hasta el día del Juicio Final, pero mamá le hizo ver que no podría cumplirlo si tenía que ir a trabajar. También estaba el hecho de que tenía diecinueve años y de que ya era mayorcita para castigos infantiles, así que, además de pagar las reparaciones, me quitaron el teléfono de mi habitación.

Pero, en el fondo, quería que ellos estuvieran orgullosos de mí y de la mujer en que me había convertido. Y quería que vieran lo responsable que era al autoimponerme mi propio castigo.

—¿No vas a salir en todas las navidades? —preguntó Karen conmocionada. Su tez, ya de por sí clara, palideció aún más—. Pero ¿y tu cita con Michael? ¿Y la fiesta de Fin de Año?

—¡Lo sé! Pero quemé la cocina y me siento muy culpable —admití con pesar. Aún me dolía ver cómo mi madre miraba su precioso horno nuevo, totalmente carbonizado—. Habrá más citas y más fiestas. Ya me contarás cómo ha ido.

—¡No! Si tú no vas, yo tampoco.

—¡Oh, vamos, Karen! Irás con Troy, lo pasarás bien. Y, luego, él te llevará a ese motel a las afueras y…

—¡Calla! No lo digas.

Levanté las cejas, sugerente, al tiempo que me frotaba las manos para calentarlas. Hacía mucho frío para estar fuera, pero mi madre estaba en casa y seguía enfadada. Si nos encontraba fumando en la habitación, sería como echar combustible al fuego.

Me encendí un pitillo, hice un aro perfecto con el humo y… ¡y me atraganté al ver quién acababa de aparcar frente a la puerta de mi casa!

—¡¿Qué hace él aquí?! —Pegué la espalda a la pared para que no me viera, pero no pude resistir la tentación de asomar la cabeza para ver cómo se dirigía a los escalones de la entrada—. ¡No, no, no! No puede estar aquí.

—¿Quién? —se interesó Karen. Alargó el cuello y sus ojos dieron un par de vueltas al ver a JC—. ¿Quién es ese?

—Es… es un bombero, uno de los que vino a apagar el fuego el

otro día.

—Vaya, es guapo.

—No, no lo es —gruñí—. Es idiota.

Mi madre estaba contándole a JC lo difícil que había sido encontrar un horno de esas características y lo complicado que estaba siendo incluirlo en la póliza del seguro. Era tan nuevo que no habían tenido tiempo de revisar los papeles para que cubriera cualquier posible percance.

—¡Ah, aquí estás! —exclamó sin mucho entusiasmo al verme—. El bombero Gallagher ha venido a comprobar que no haya problemas derivados del incendio. Un formalismo para la compañía de seguros, dice.

—Un formalismo, ¿no? Qué amable —ironicé.

—Yo tengo que salir, pero le he dicho que tú le enseñarás la casa. Tienes sobras de pastel de carne en la nevera para comer. Y no pierdas el autobús de nuevo. Si llegas tarde al trabajo otra vez, tu padre se pondrá imposible.

JC ahogó una risilla y se ganó una mirada fulminante. Si era cierto que había ido para revisar posibles daños del incendio, íbamos a terminar pronto. Nuestra casa no era muy grande.

—¿Ahora trabajas? —preguntó en cuanto mi madre salió por la puerta.

—Sí.

Me siguió por el pasillo hasta el cuarto de baño, estaba claro que no le interesaban en absoluto los desperfectos que había causado el fuego en la cocina.

—¿Y Nueva York?

—No pudo ser.

—¿Por qué?

—Porque no pudo ser. Y punto.

Me cepillé el pelo con mucho brío y me apliqué un poco de crema en las manos para que el frío y los guantes de la fábrica no me las estropearan. Cualquiera diría que era mi ritual de acicalamiento antes de ir a trabajar, pero no era así. Lo único que pretendía era que la mirada penetrante de JC no me afectara.

Me siguió en silencio hasta el dormitorio. Él también tenía su estrategia y se dedicaba a anotar cosas en una pequeña libreta que sujetaba contra el pecho para que no viera lo que escribía. Me moría

de curiosidad por saber qué ponía, pero me resistí, porque no quería entablar una conversación con él.

—Si no te importa, tengo que cambiarme de ropa o llegaré tarde —anuncié al tiempo que le impedía el paso a mis dominios.

Su expresión cambió de indecisa a insolente en un solo segundo, el tiempo preciso para fijarse en el oso de peluche que había sobre la cama. Era el que ganó para mí aquella noche en la feria.

Como si mi intimidad no tuviera ningún valor para él, me apartó a un lado y se adentró en la habitación con una sonrisa de suficiencia. Abrió la boca para decir algo, pero su atención recayó en la foto que había sobre la mesilla: éramos Dotty y yo el verano que nos conocimos.

—No pasó nada entre nosotros —pronunció despacio mientras repasaba el contorno del marco con un dedo—. Es justo que lo sepas.

Tragué saliva con dificultad y apenas tuve tiempo de disimular mis emociones antes de que levantara la vista y me mirara con esos malditos ojos azules.

—Da igual, ya no tiene importancia.

—Sí la tiene —insistió—. Te mentí. Estuvo mal.

No dije nada al respecto. Ignoré sus palabras y me entretuve buscando algo que ponerme, como si su presencia no estuviera poniendo todo mi mundo patas arriba.

—¿Por qué os mudasteis? —preguntó.

—Porque sí.

—Porque sí no es una razón.

—Es toda la razón que necesitas saber.

—Venga, Margot, no puedes seguir enfadada conmigo después de tanto tiempo.

—¿Enfadada? ¡No! Es que me resultas indiferente.

Chasqueó la lengua y me miró por encima del hombro. Yo me crucé de brazos, a la defensiva.

—Fue lo mejor.

—¿Lo mejor para quién?

—Para los dos.

—Si pensar eso te hace sentir bien…

—Eras una cría, entiéndelo.

—Si lo entiendo. Yo era una cría y tú un capullo insensible. Lo nuestro estaba abocado al fracaso. Jugaste muy bien con Dotty y

conmigo.

—¡Yo no jugué con vosotras!

—¿Ah, no? Ahora no quiero verte, ahora voy a tu casa; ahora te invito al autocine, ahora no quiero hacerte daño; ahora te beso y te abrazo, ahora vete y no vuelvas —recité como si fuera una canción—. ¡Y la guinda del pastel! El golpe de gracia: me follé a tu amiga, que era más mujer que tú.

—Ya te he dicho que no pasó nada.

—Sí, eso has dicho. —Estaba más alterada de lo que podía controlar. Habían pasado dos años, ya no tenía sentido reprocharle algo que había quedado atrás—. ¿Sabes? Da igual. No importa, de verdad. Tenías tus motivos, yo me había imaginado cosas y, bueno, ahora no es más que un recuerdo. Sin rencor.

—Eras demasiado inocente y yo tenía que centrarme en el trabajo. —La excusa de siempre. Cómo me molestó.

—Está bien —dije con los dientes apretados—. Lo pasado pasado está.

—Eras tan niña…

—¡Vale! Lo he captado: era una niña, era inocente, bla, bla, bla.

—¿Sin resentimiento, entonces?

Me tendió la mano, amistoso, y la miré como si tuviera seis dedos. Prefería no tocarlo.

—Sin resentimiento. —Me hice una cruz sobre el corazón para asegurar mis palabras, pero no pude evitar añadir algo de mi cosecha —. Te entiendo, optaste por lo más efectivo: quitar la tirita de golpe. Al fin y al cabo, el tacto no era lo tuyo. Tú eras un hombre y yo solo una mocosa. Ahora lo pienso y me parece tan absurdo…

Si detectó o no mi ironía, no lo demostró. Siguió apuntando cosas en su libreta y mirándolo todo con tanto detalle que, después de varios minutos en silencio, empecé a resoplar.

—Sal de la habitación, tengo que cambiarme.

—No deberías encender velas tan cerca de las cortinas ni fumar en la habitación. —Señaló el cenicero manchado de ceniza que había en el suelo y se rio cuando lo escondí debajo de la cama con la punta del pie.

—No recuerdo haberte pedido opinión sobre eso. ¿Lo he hecho? — Fingí dudar de mí misma y él negó con una sonrisa—. Pues guárdate tus consejos y ve a inspeccionar la cocina. Aquí no se me ha quemado

nada.

—Mi madre habla de ti a veces —soltó sin venir a cuento—. Me dijo que te conoció. ¿Por qué nunca me lo dijiste?

—Porque no tuvo importancia. Solo nos vimos un momento.

«Un momento inolvidable», pensé.

—Ella te recuerda con cariño.

Me sobrecogió una impresión muy intensa al escucharlo. Yo también la recordaba a ella. Me hubiera encantado volver a ver a Hanna Gallagher, pero ya no tenía sentido pensarlo siquiera.

—Si ya has acabado… Voy a llegar tarde.

—Puedo llevarte, si quieres.

—No, no quiero.

—¿Por qué? He acabado mi turno y no tengo nada que hacer. Así no tendrás que coger el autobús.

Me apreté el puente de la nariz con dos dedos y solté el aire muy despacio. No quería ser desagradable, pero todo lo que tenía que ver con JC me despertaba sentimientos que prefería olvidar.

Seguía siendo el chico de los ojos del color del verano y seguía despidiendo esa seguridad y esa calma que obraban en mí el efecto contrario. Me parecía increíble que estuviera allí, en mi casa, en mi dormitorio, pero era más increíble aún que, después de tanto tiempo, fuera capaz de hacerme sentir tantas emociones.

—Podemos ir a comer algo y luego te acerco al trabajo. O también puedes invitarme a comer las sobras de ese pastel de carne del que hablaba tu madre, por las molestias, ya sabes. Seguro que si lo has cocinado tú está riquísimo.

—Yo ya no cocino.

—¿En serio? —Parecía sorprendido—. ¿Por qué? Se te daba muy bien.

—¿A qué has venido? —le pregunté, harta de escuchar tonterías—. No hace falta el informe de ningún bombero para la compañía de seguros. Mi padre trabajó en el sector de los seguros durante quince años, JC. Puedes engañar a mi madre, pero no a mí. Dime a qué has venido y vete.

—Quería ver cómo estabas. —Sonó sincero, pero hasta eso me molestó—. El otro día te preocupaba la reacción de tus padres y me preguntaba si habrían sido muy duros. ¿Lo han sido?

—Digamos que podría haber sido peor, dadas las circunstancias.

Ahora, por favor, márchate. No puedo llegar tarde.

—Está bien —aceptó sin mucho convencimiento—, pero me gustaría que nos viéramos alguna vez.

—No creo que sea buena idea.

—¿Ni siquiera una vez? ¿Por los viejos tiempos?

—Ni siquiera por los viejos tiempos. No me gusta mirar atrás.

—Ya, te entiendo. —Pensó unos segundos lo que iba a decir y pareció arrepentirse antes de soltarlo—. Me ha alegrado verte, de verdad. Estás muy guapa.

—Gracias —respondí sin mirarlo.

—Espero que te vaya todo bien, Margot.

—Yo también lo espero.

—Cuídate, ¿vale?

—Vale.

Lo acompañé a la puerta y sé que se quedó con ganas de decirme algo más. Di las gracias en silencio porque no lo hiciera, pero cuando ya pensaba que un «adiós» sería suficiente como despedida, me sorprendió con un torpe beso en la mejilla y un intencionado roce de sus dedos en los míos.

Y su olor… Dios mío, cómo odiaba ese olor. Cómo añoraba ese olor.

De regreso a mi habitación, me eché en la cama y ahogué un gruñido contra la almohada. Me reproché no haber sido más despiadada con él. También me reprendí por ser tan débil, por temblar por dentro, por no poder controlar los latidos de mi corazón. Y luego, cuando me repetí un millón de veces lo tonta que había sido, saqué la caja de hojalata de debajo de la cama y contemplé los *tickets* de la feria, la entrada al autocine, la foto borrosa que le hice una tarde con la vieja cámara de papá, el trozo de chaqueta con el escudo del parque… Cogí este último y acaricié los bordes deshilachados. Aquel trozo de loneta había sido testigo de tanto sufrimiento que, cuando tuve oportunidad de tirarlo, me resultó imposible. Formaba parte de mí, era la prueba de que cualquiera podía sobrevivir a un corazón roto.

34. JC

—Vaya turno de mierda. Qué ganas tenía de terminar por hoy —protestó Powell al entrar en el vestuario. Todos asentimos de acuerdo con él—. ¿Una birra para celebrarlo? ¿Nichols? ¿Gallagher?

—Cuenta con ello, hermano —se apuntó Nichols.

—Hoy no. Tengo planes —rehusé.

Los chicos silbaron y jalearon como adolescentes.

—¿Una cita, Gallagher? Qué calladito te lo tenías.

Me encogí de hombros mientras me ataba las zapatillas. No es que lo llevara en secreto, es que acababa de decidirlo.

—¡Nuestro pequeño va a mojar esta noche! —exclamó Wayne Blanchard, lo que despertó más vítores.

—¿Y quién es la afortunada? —quiso saber Powell. De pronto, se le borró la sonrisa y se puso muy serio—. ¡Espera! Dime que no es Penny. Sabes que eso no se puede repetir, colega.

Todos se quedaron en silencio, expectantes.

Penny Olsen era la viuda de un bombero de la 22 que falleció muy joven después de que, en una revisión, le detectaran un cáncer incurable. Sucedió antes de que yo llegara al parque, ni siquiera lo conocí, pero a ella sí. Era una muchacha dulce y muy agradable, que frecuentaba el parque con asiduidad. Esa era su particular forma de asumir el duelo y a nadie le extrañaba verla en la sala de descanso, acurrucada en el sillón en el que tantas horas pasó el hombre de su vida.

Fue muy amable conmigo cuando empecé y nos cogimos cariño. Una noche cometí el error de ser más simpático, de beber más cervezas y de ceder a sus miradas tímidas. La besé y ella aceptó que lo hiciera. Creí que sería algo aislado, me disculpé días después, pero Penny quiso más y yo se lo di. Las cosas entre nosotros se precipitaron, se complicaron, se volvieron demasiado… intensas. Supuse que Penny buscaba un poco del cariño que perdió y, al principio, me sentí en la obligación de continuar a su lado para no hacerle más daño. Pero su sufrimiento y su constante preocupación por mí me saturaron. Cuando quise poner distancia, no me lo permitió y acudía al parque cada día a rogarme que no la abandonara. No estaba bien, necesitaba ayuda y yo no podía dársela. El capitán Mitchell se encargó de poner fin al asunto y dejó de venir por un

tiempo.

Unos meses después, volvimos a vernos y la encontré mucho mejor. Me pidió disculpas, no tenía por qué hacerlo, pero insistió, y, desde entonces, habíamos quedado un par de veces para tomar un café y hablar de cómo le iba la vida, pero nada más.

—No, no es Penny, tranquilos. Es una amiga a la que no veo desde hace tiempo.

—¡Una amiga! Claro, eso cambia las cosas —ironizó Nichols, y su sarcasmo rompió el ambiente tenso que se había creado en el vestuario—. Con las amigas no se folla, ¡se hace el amor!

Stephen Nichols chocó la mano con varios de los chicos y se frotó contra mi pierna como un perro en celo. Era un idiota, pero era mi idiota preferido. Coincidimos un par de veces en la central de bomberos cuando acabé la instrucción. Aún no me habían asignado parque, John Traveller quería que me destinaran a algún sitio importante, pero Stephen me habló de la 22 y no tuve que pensarlo demasiado: mi padre se había formado allí durante media vida. Conecté con los compañeros a la primera, pero con él fue inmediato. Debajo de su fachada de tocapelotas, había un hombre de casi treinta años, tan dispuesto a darte un abrazo como a partirte la cara.

—Una amiga, ¿eh? ¿La chica del incendio tal vez? —El teniente Bullesky, recién salido de la ducha como Dios lo trajo al mundo, me sacudió con la toalla—. Me pareció que ya os conocíais. Era guapa.

—¿La pirómana? —preguntó Wayne con los ojos muy abiertos.

—No es una pirómana —la defendí—. Fue un descuido.

—Un descuido es olvidar los condones antes de una cita. —Fulminé a Stephen y él levantó las manos para defenderse de mi mirada. «Capullo»—. Vale, vale, nada de bromas. ¿Y dónde vas a llevar a Miss Quemasartenes? A lo mejor te apetece traerla al bar. Si solo es una amiga…

—¡Eso! Venid al *pub*. Será divertido.

¿Llevarla al *pub* con una panda de bomberos con ganas de tocarme las narices? Ni hablar. Los quería mucho, pero no tanto. Estaba convencido de que a Margot le hubiera encantado el ambiente y se los habría metido en el bolsillo con un simple chasquido de dedos, pero ni siquiera sabía si me abriría la puerta.

Llamé al timbre con decisión y esperé. Esperé y esperé y volví a llamar. Me estaba congelando y di unos cuantos saltitos para entrar en

calor. En el interior de la vivienda no había luz, me acerqué al ventanal y aparté la escarcha para ver mejor. Nada, ni rastro de vida.

«Es sábado por la noche, tiene diecinueve años, eres tonto si pensabas encontrarla aquí».

Justo cuando estaba a punto de darme por vencido, vi un leve resplandor en el lateral de la casa y una tela de color morado que ondeaba con violencia por culpa de la ventisca.

Era su dormitorio, era su ventana y era ella.

Estaba sentada en el suelo con la espalda apoyada en la cama y la cabeza recostada en el colchón. Llevaba el pijama más feo que había visto en mi vida y unos horrendos cascos de color verde con forma de manzanas. Cantaba en voz baja, lo hacía fatal, pero el susurro de su voz era hipnótico y di gracias a Dios por la locura que la había llevado a dejar la ventana medio abierta. Había discos desparramados por el suelo y un montón de velas encendidas demasiado cerca de las cortinas. Estaba fumando tan abstraída en su música que no se daba cuenta del riesgo que corría.

Golpeé el cristal con suavidad un par de veces, pero seguía sin oírme. Me dieron ganas de colarme en la habitación sin ser invitado y darle un susto de muerte, pero Margot me habría echado a patadas y hubiera perdido la oportunidad de verla. Así que esperé, me armé de paciencia y seguí golpeteando la ventana con los nudillos hasta que mi sonido se coló entre canciones.

—¡Aaah! ¡Joder! Pero ¿qué…? —Se puso en pie de un salto y desparramó por el suelo la ceniza y las colillas que había en el cenicero. Casi pisó una de las velas que tenía encendidas junto al tocadiscos—. ¿JC? Pero… pero… ¡está helando! ¿Te has vuelto loco?

Debía de ser eso, porque no había otra forma de explicar qué hacía yo allí mirándola, desde hacía más de un cuarto de hora, con los pies hundidos en un montón de nieve y soportando las repentinas ráfagas de viento. Se me habían metido copos por el cuello de la chaqueta y notaba la humedad cristalizándome en la nuca.

—He llamado a la puerta varias veces.

—¡Son casi las diez de la noche!

—Quería hablar contigo —dije, como si fuera lo más normal.

—¡¿A las diez de la noche?!

—No tardaré mucho. ¿Me dejas pasar? Aquí fuera hace frío.

—No, no te dejo pasar. —Se cruzó de brazos con mucha chulería y

se le marcaron los pezones contra la tela de la camiseta. Empezaba a sentir cierto agrado por aquel pijama feo—. Aún no has muerto de congelación, puedes hablar. Habla.

No podía dejar de mirarla. Era tan bonita que conseguía que me olvidara hasta de mi nombre.

«Has venido a disculparte», me recordé.

Le sonreí, tímido, y bajé la mirada al montón de colillas del suelo.

—No deberías fumar. No es bueno para la salud.

—Tampoco creo que lo sea estar a la intemperie una noche como hoy, y ahí estás tú.

—Déjame entrar, entonces.

—No quiero. Es mi casa, no tengo por qué dejarte entrar.

—Te comportas como una niña —la azucé. Y por su expresión maliciosa supe que había dado en el clavo. Odiaba que la llamara así —. Una niña tonta.

Me hizo una peineta y luego cerró la ventana y corrió las cortinas. A pesar de lo insólito de su reacción, solté una carcajada. Esta Margot no se parecía nada a la muchachita que conocí aquel verano. Esta era más impetuosa, más explosiva, más seductora.

—Vamos, abre la ventana, Margot —le pedí mientras golpeteaba el cristal—. Lo siento, ¿vale? No quería llamarte «niña», ya sé que no eres una niña. Es más que evidente —murmuré—. Abre la ventana, por favor.

Aguardé unos minutos. Estaba seguro de que volvería y me acribillaría con su lenguaje mordaz, pero el frío conseguía ralentizar el tiempo y, tras unos segundos más, temí que no fuera a volver.

—¡Eres un gilipollas, JC Gallagher! —oí a mi espalda.

Busqué a la dueña de aquel insulto en el preciso momento en que una gran bola de nieve sucia me impactaba contra la cara. ¡Joder! Se me llenó la boca de hielo.

—¡Gilipollas! ¿Me has oído?

Se había enfundado un abrigo acolchado, unas botas de agua con corazones y un gorro de lana con un gracioso pompón en lo alto. Estaba preciosa.

Preparó otra bola y se valió del viento a favor para lanzarla contra mí con todas sus fuerzas. Esa vez conseguí esquivarla y di un paso más para acercarme.

—¿No podemos hablar como las personas normales? —Intenté ser

conciliador y sonar serio, pero la situación me divertía tanto como parecía divertirla a ella, que seguía con los lanzamientos al más puro estilo de Stan Bahnsen[2]—. Hace frío, estoy congelado, y dentro de nada tú también lo estarás.

—¡Tú no eres una persona normal! ¡Eres un idiota! ¿Quieres hablar? ¡Perfecto! Empezaré yo. —Preparó otra bola de nieve compacta y la lanzó con fuerza—. ¡No soy una niña! No lo era hace dos años y no lo soy ahora. Pero tú sí eras un gilipollas entonces y no has dejado de serlo nunca.

No tenía defensa ante una verdad tan demoledora. Le hice mucho daño y me lo hice a mí mismo negándome a reconocer lo que sentía por ella. No quería hacerla sufrir, no me podía culpar por eso, pero no elegí el mejor método para cortar por lo sano. Usar lo que pasó con Dotty para abrirle los ojos fue muy rastrero, dejarla en medio de la calle después del susto que se había llevado y de mi golpe de gracia fue miserable. Todavía me pesaba la culpa cuando recordaba aquel momento.

—Tienes razón, no lo hice bien —reconocí, pero eso no la hizo sentir mejor.

—Me escupiste a la cara lo que habías hecho con Dotty para librarte de mí. ¡Te acostaste con mi mejor amiga, JC! ¡Con mi mejor amiga, a la que echaba de menos!

—No lo hice, no hicimos nada —me defendí—. Ella se abalanzó sobre mí y yo la rechacé. No. Pasó. Nada.

—No. Te. Creo —me imitó y recogió otro montón de nieve para lanzármelo—. Te presentas aquí después de dos años con una versión diferente a la que me habías hecho creer y pretendes que me lo trague sin más. Puede que tú no hayas cambiado desde entonces, pero yo sí, JC. Ya no soy aquella adolescente.

—La recogí en un bar, iba con unos tíos, músicos de un grupo, creo, y no me gustaron nada. Estaba un poco borracha y se me insinuó —me justifiqué deprisa para que no me interrumpiera—. Me besó y puede… puede que le devolviera el beso. ¡Solo un poco! Me enseñó el lunar bajo el pecho y ahí acabó todo. No hicimos nada, no se lo permití.

—¡Qué honorable! —Lanzó la bola directa a mis partes, pero solo me alcanzó en la pierna.

—Sí, sí que lo fui. Podría haber hecho lo que hubiera querido con

ella. ¡Y no lo hice! —exclamé—. Ella quería contártelo, ¿sabes? Pensó que así reaccionarías y seguirías sus pasos, pero no lo hizo. Supongo que, al fin y al cabo, no quiso hacerte daño.

—Pero tú sí me lo hiciste.

—Lo sé, y no me siento orgulloso de ello, créeme. Fui a buscarte algunos meses después para contarte la verdad, pero te habías ido.

Dejó de tirarme bolas. Parpadeó un par de veces, sin moverse, como si estuviera procesando la información que acababa de lanzarle con efecto.

Sí, fui a buscarla pasado un tiempo. Al principio no sé por qué lo hice; luego me di cuenta de que lo necesitaba: no podía vivir con esa mentira. Había ensuciado el recuerdo que Margot guardaba de Dotty y no era justo.

Pero no sirvió de nada. Los Addams ya no vivían en aquella casa.

—Fuiste a buscarme —repitió—. ¿Por qué?

—Porque fui un idiota, porque me sentía muy mal, porque te había mentido, porque… porque te echaba de menos…

—Demasiado tarde.

—Sí, lo sé.

Dejó caer los hombros y bajó las defensas.

—Yo también fui a buscarte para decirte que nos íbamos, pero no llegué a entrar en el parque. No tenía sentido —susurró.

Di un paso más hacia ella porque apenas la oía con el ulular del viento.

—¿Qué os pasó?

—Despidieron a papá. No podíamos continuar con el nivel de vida que llevábamos.

—¿Por qué lo despidieron?

Se encogió de hombros y disimuló la tristeza amontonando nieve con el pie.

—Recortes de personal, supongo.

—Lo siento.

Hizo un gesto con la mano para restarle importancia y se abrazó a sí misma.

—Unas semanas después, encontró empleo en una envasadora de carne, en Williamsville —continuó—. El sueldo no era gran cosa y el trabajo no se parecía a nada de lo que hubiera hecho nunca, pero era mejor que estar mirando al vacío. Pensé que no cambiaría nuestra

vida, pero ni siquiera pude acabar el último curso en mi instituto.

—Aquí no vivís mal. —Señalé con una mirada alrededor.

—No, aquí se está bien, pero primero pasamos una temporada cerca de Twin Lakes y no fue agradable.

Bajó la mirada como si se avergonzara de hablar de ello. Sentí unos irrefrenables deseos de salvar la poca distancia que nos separaba y abrazarla fuerte, tan fuerte que pudiera sentir cómo me latía el corazón.

—Luego, nombraron a papá capataz de la fábrica, yo terminé mis estudios y me uní a las filas de envasadoras.

—¿Y Nueva York? Era tu sueño.

—Los sueños no dan de comer —respondió con rudeza. Se esfumó la chica triste y regresó la luchadora.

—Entiendo. Pero ¿y ahora? Tal vez puedas…

—Ahora tengo un empleo, una responsabilidad y una vida diferente. Doy gracias cada noche por lo que he aprendido, por las oportunidades del destino, por tener la nevera llena y por conservar a mi familia. Tengo muchos motivos para estar feliz, JC. Nueva York no lo era todo.

[2]. Lanzador de los Chicago White Sox en la temporada de 1973. *(N. de la A.)*

35. Margot

Nueva York no lo era todo, y él tampoco. Quise decírselo, pero no tenía sentido intentar herirlo, porque él siempre se había mantenido ajeno a mis sentimientos y no creía que eso hubiera cambiado. JC me tenía el tipo de cariño que se siente por una hermana pequeña, me protegía, me soportaba, pero el interés que yo me había imaginado no fue más que la ilusión de una chiquilla elevada a la enésima potencia, amplificada hasta el extremo y transformada en una utopía.

Por suerte, eso había quedado atrás. Ahora era una nueva Margot.

—Michael te está mirando —susurró Karen, a mi lado en la cinta envasadora.

—No estoy de humor para ponerle ojitos. Hoy me quedaría bizca solo de intentarlo.

—¿Estás bien? Llevas unos días un poco rara.

Quizá sí, la visita de JC el sábado por la noche me había descolocado.

—El ambiente en casa, ya sabes. Mis padres siguen cabreados —mentí.

—Se les pasará, estoy segura. A tu padre se le ablanda el corazón en esta época. —Cabeceó en su dirección. Estaba atendiendo a las explicaciones que le daban los mecánicos que habían venido a inspeccionar una de las máquinas. Desplegó su deslumbrante sonrisa y palmeó la espalda de los dos hombres con los que hablaba—. El año pasado se puso un espumillón al cuello y nos regaló unos villancicos por la megafonía.

—¿Nos regaló? Más bien nos martirizó con ellos.

—A lo mejor si les compras algo bonito se ablandan un poco y te dejan ir a la fiesta de Fin de Año.

No me hacía falta algo bonito. No me pondrían impedimentos si decidía levantarme mi propio castigo. La cuestión era: ¿quería ir yo a esa fiesta? ¿Quería pasarme la noche esperando a que Michael me cogiera de la mano? ¿Quería ver las caras de las mismas personas que veía cada día en la fábrica? La respuesta era obvia: no, no quería. Hacía dos semanas mi opinión era diametralmente opuesta, pero el incendio lo había cambiado todo.

«El incendio no. Él».

Se me curvaron los labios al recordar cómo temblaba de frío el

sábado cuando se metió en el coche. Había que estar muy loco para presentarse así en medio de una tormenta de nieve, y yo debía de estar muy loca para abandonar el calor de mi habitación solo por el placer de golpearle con una bola de nieve. ¡Me ponía furiosa cuando me llamaba «niña»!

Una inesperada presencia detrás de mí me sacó de mis pensamientos. El contacto me produjo mucho rechazo, pero reconocí su olor y aguanté las ganas de apartarme.

—Tu padre tiene una reunión que durará hasta el mediodía —musitó Michael y me rozó los dedos con los suyos—. Si te apetece, podemos almorzar juntos.

«Aburrido», pensé.

—Ya tengo planes con Karen.

—Ah, vale. —Se apartó de inmediato y se tiró del bajo de la chaqueta para recuperar la compostura—. Quiero que sepas que le he dicho a tu padre que tengo buenas intenciones contigo y que espero formar parte de su familia algún día.

—¿Que has hecho qué?

Me di la vuelta de inmediato, sorprendida, cabreada. Furiosa.

—Bueno, a principios de semana le pregunté cómo iba la reforma de la cocina después del incendio y aproveché para decirle que me gustabas y que quería llevarte al cine algún día. Es lo que se espera de mí como hombre. Es lo correcto.

Cerré los ojos y me froté la frente con pesar. Sí, era lo correcto. Y sí, era lo que mi padre esperaría de alguien como él, pero la verdad era que Michael no me hacía sentir nada, que era imposible ignorar cómo me latía el corazón cuando pensaba en otro chico en concreto.

—Michael, yo… No creo que lo nuestro vaya a funcionar.

—Pero…

—Sí, ya sé lo que vas a decir y te entiendo, pero sé que no va a salir bien.

—Pero tú querías…

—Sí, quería que saliéramos, pero ya no. Soy así de volátil, es un gran defecto.

—¿Es por lo que le dije a Tommy sobre que no quería casarme? Porque no era verdad, Margot, te lo juro. Quiero casarme, tener hijos, formar una familia, y no me importará esperar al matrimonio para… para…, ya sabes.

¿Esperar al matrimonio para hacer el amor? ¿En qué mundo vivía este chico?

—No, no es por lo que le dijiste a Tommy. No es por ti. Tú eres un buen chico. Es por mí.

—Entonces, ¿no va a haber nada más? —Negué con la cabeza—. ¿Nunca más?

—Nunca más.

—Podemos ir despacio. No hay prisa. Te lo juro, Margot: yo puedo esperar lo que tú quieras.

Empecé a sentirme muy mal por haber aceptado salir con él. Era un chico muy sensible y educado, muy respetuoso y atento, y, a pesar de eso, no era para mí. No podía continuar fingiendo.

—Eres encantador, Michael, y estoy segura de que hay una chica perfecta para ti en algún lugar de este mundo. Pero yo no soy esa chica.

—Puedo cambiar, puedo ser como tú quieras.

—No, no puedes. Y no debes. —La mirada ceñuda de Loreta Cavendish desde el otro lado de la cinta envasadora me dio una idea. Si había alguien hecho a la medida de Michael, era ella—. ¿No te has fijado en cómo te miran algunas chicas de la fábrica? Les gustas tal y como eres.

—¿Qué chicas? —Miró alrededor, alarmado.

Me acerqué a él con una sonrisa pícara y le arreglé la pajarita. Cualquiera diría que estaba coqueteando, pero nada más lejos de mi intención.

—Tienes que espabilar, Michael. Loreta te come con los ojos. ¿Por qué no le pides que te acompañe a la fiesta de Fin de Año?

—Porque ya te lo pedí a ti.

—Sí, pero ya no vamos a ir juntos, así que nada te impide invitarla. Creo que le haría ilusión. Además, es una chica muy bonita.

La miró por encima del hombro y vi cómo se le encendían los ojos.

—Es muy bonita, ¿verdad? —Se quedó embobado unos segundos, aunque reaccionó de inmediato—. Pero ¡tú lo eres más, desde luego! Tú eres la chica más bonita de la fábrica.

Puse los ojos en blanco y me reí.

—Vale, casanova. Guarda tus galanteos para Loreta.

De camino a casa al finalizar el turno, me repetí muchas veces que había hecho lo correcto. Aunque se sintió muy afligido y me juró que

le había partido el corazón, lo vi a la salida de la fábrica hablando con Loreta Cavendish y no parecía que le hubiera afectado mucho. Era mejor así.

—¿Mamá? ¡Ya estoy en casa! —voceé con tono cansado—. Papá no vendrá a comer. Su reunión se ha alargado…

—Chist, estoy ocupada.

Eché un vistazo al salón y la vi concentrada en el televisor. La caja de adornos de Navidad continuaba en el mismo sitio y no parecía que a mi madre le incomodara demasiado. Estaba enganchada a *Kojak*, una nueva serie policíaca con un tipo calvo que resolvía crímenes. Le dije que iba a darme una ducha y solo hizo un gesto con la mano para que estuviera en silencio. Me molestó que ni siquiera levantara la mirada, ni un guiño, ni una sonrisa, así que me acerqué y la abracé para fastidiarla. Mi madre odiaba el olor a carne cruda que nos impregnaba la ropa, decía que olíamos a cadáver, y no le faltaba razón. Era repugnante.

—Por el amor de Dios, Margot, no vuelvas a hacer eso. Me produces náuseas.

«Yo también te quiero, madre», pensé, complacida y dolida al mismo tiempo.

Me prometí que nunca sería como ella, que cuando tuviera mis propios hijos me implicaría en sus vidas tanto como pudiera, que velaría por ellos, que los abrazaría, que los besaría, que los protegería con mi vida, si llegaba el caso. Me prometí que sería una buena madre; imperfecta, pero repleta de amor.

Después de la ducha y de una visita rápida a la cocina, me encerré en mi habitación con un emparedado de queso fundido y un vaso de leche. Estaba deseando ponerme los cascos y sumergirme en la voz rasgada de Springsteen el resto de la tarde. Sin embargo, antes de que los tristes acordes de *The angel* me transportaran a un bar cualquiera en una carretera perdida, vi algo en la ventana que casi hace que me atragante: un atrapasueños precioso se mecía con la brisa gélida.

Se me humedecieron los ojos al instante, los recuerdos de Dotty y de las tardes de recoger plumas en el patio trasero de la señora Blosom me llenaron de nostalgia.

La odié tanto y tan fuerte…, pero por poco tiempo. Dotty no estaba para defenderse y la ira que sentí se desvaneció con las lágrimas y con el dolor de su pérdida, que aún perduraba. ¿Era normal odiar y querer

al mismo tiempo? ¿Era normal añorar a una persona con todo tu ser y, al mismo tiempo, no querer volver a saber nada más de ella?

Me temblaron las manos al acariciar el cristal. Plumas blancas, conchas marinas y una diminuta mariposa de plástico que no armonizaba con nada, pero era el mejor detalle de todos.

¿Quién lo había puesto ahí? ¿Por qué?

Encontré la respuesta en la nota que había en el alféizar de la ventana.

«Para que no te olvides de atrapar nuevos sueños que te hagan sonreír».

Y sonreí sin remedio.

Hacía mucho tiempo que había dejado de soñar. Mis grandes expectativas resultaron un fiasco y el futuro tan maravilloso que imaginé una vez se había esfumado igual que la boyante economía de mis padres. Pero no me había olvidado de los planes que me habían hecho feliz. Todos aquellos sueños que me habían llenado el corazón en el pasado seguían ahí. Eran los más bonitos, los más intensos, los que aguardaban su momento, los que latían fuerte en algún lugar entre el pensamiento y el alma.

Los que empezaron a despertar cuando él volvió a mi vida.

36. JC

—Tú un día me dijiste que mamá era lo mejor que te había pasado, que no serías nada sin ella, pero que darías lo que fuera por volver atrás y alejarla de ti para ahorrarle todo el sufrimiento. Me dijiste muchas veces que no cometiera el error de atarme a una mujer, y te juro que estaba dispuesto a seguir tu consejo, pero… ¡Uf, papá! No me dijiste que fuera tan difícil.

Me reí de mí mismo y aparté la mirada para que él no pudiera leer en ella. Como si eso hubiera sido posible.

—He conocido a una chica. Bueno, en realidad, ya la conocía, pero antes era una niña y ahora es una mujer. Dios mío, esto es una locura, lo sé.

Me puse en pie dispuesto a irme, me sentía ridículo, pero en el último segundo volví a sentarme y me mordí el puño con rabia.

—Sé lo que me vas a decir, que soy joven, que mi profesión es lo primero… Lo sé, créeme, pero a veces me pregunto si no me estaré equivocando. ¿Tú… tú crees de verdad que te equivocaste al elegir a mamá? ¿No crees que hiciste la elección correcta?

Arranqué algunas briznas de hierba que asomaban entre la nieve y las hice pedazos mientras esperaba a que mi padre estallara como una tormenta. Sin embargo, aquel domingo, 16 de diciembre, brillaba el sol en el cementerio de Springfield.

—Esa chica de la que te hablaba… Creo que es una señal. Y me gusta. Es muy lista, es divertida, sarcástica, terca como una mula y Dios sabe que su manera de decir las cosas no es lo que se espera de una señorita, pero eso es lo mejor de ella. —Sonreí—. Y es fuerte, papá. Margot es fuerte, eso es importante. A lo mejor ella…, no sé… A lo mejor ya no quiero estar solo, papá.

No había podido ignorarla desde que la vi por primera vez, no pude sacármela de la cabeza cuando la aparté a un lado y tampoco iba a conseguirlo ahora, por mucho que ella me ignorase.

—Ríete si quieres, llámame tonto, pero sé que me entiendes. Tú siempre has ido muchos pasos por delante de mí, ¿verdad?

Me puse en pie de nuevo y me sacudí los pantalones. Se hacía tarde y tenía que entrar al turno. La semana había sido tranquila y eso a veces no era bueno. Cuanto más tiempo libre, más tiempo para pensar. Y cuanto más pensaba, más miedo tenía.

Mi padre no iba a ayudarme, pero confesarle mis sentimientos en voz alta era un bálsamo, era como uno de los abrazos que siempre quiso darme y nunca se atrevió.

«Los hombres de verdad no se rompen, no lloran, no se quejan…».

Lo había escuchado decir esas mismas palabras un millón de veces, pero también había oído sus sollozos en soledad cuando perdía a algún compañero, lo había oído maldecir a Dios, y eso convertía sus palabras en cenizas.

Hacía un año y medio que se había ido, un año y medio desde el trágico incendio en el que murió, y nunca me había sentido tan cerca de él como en esos momentos que compartíamos cada pocas semanas, frente a su lápida.

—Te sigo echando de menos, capitán. No hay ni un solo día que no lo haga. Y mamá aún te espera en la ventana cada tarde. Finge que está leyendo o peleándose con esos atrapasueños que hace, pero levanta la mirada cada vez que alguien pasa por delante de nuestra casa. Le veo la pena en las ojeras y oigo su tristeza en los suspiros con los que llena el dormitorio. Cada tanto, hace las patatas asadas que te gustaban, ¡y hasta plancha tus camisas cuando está sola!

Me reí con lágrimas, y me desesperé, como siempre. Tenía ganas de arrodillarme y llorar sin contención, pero también de emprenderla a patadas con todas las flores que aún dejaba mi madre para él.

Era demasiado joven para morir, solo tenía cincuenta y un años.

Lo despedimos con honores, hubo un desfile en su nombre, y el alcalde le entregó a mamá la medalla al mérito de la ciudad a título póstumo. A él esas cosas le traían sin cuidado, pero a mí se me hinchaba el pecho de orgullo cada vez que escuchaba a alguien hablar de sus hazañas en el cuerpo.

Fue mi héroe, el mejor.

Me cuadré ante su tumba y le hice el saludo de rigor con la mirada perdida en el horizonte. A él le hubiera gustado así.

«Se enfrentó al fuego con coraje, a la vida con valentía y al amor con corazón».

Capt. James Curtis Gallagher

1921-1972

37. Margot

Llevaba tres días enferma, tres días sin ir a trabajar, tres días en la cama con la sensación de que una manada de búfalos de las praderas había pasado por encima de mí.

Papá estaba que se subía por las paredes. A ocho días para Navidad, los pedidos en la fábrica se habían quintuplicado, los distribuidores no daban abasto y la gripe ya había mandado a casa a cuatro envasadoras.

Mi madre se vio obligada a ocupar mi puesto mientras yo estuviera enferma. No podíamos prescindir de un sueldo en esas fechas, todos queríamos pasar las navidades con comodidad, comprar regalos, una buena cena, algún dulce especial… Y eso no pasaría si mi salario semanal se quedaba suspendido.

Hubiera ido a cumplir con mis obligaciones si no fuera tan contagiosa. Era mejor eso que oír a mamá quejarse por todo en cuanto atravesaba la puerta de casa. Que si tenía las manos destrozadas, que si eran muchas horas de pie, que si la higiene personal de algunas mujeres brillaba por su ausencia…

«Bienvenida a mi mundo, madre. Ponte cómoda».

Al menos me dejaba en paz la mitad del día. A veces el día entero, si había que doblar.

Intenté incorporarme para tomar un sorbo de caldo de pollo que yo misma había hecho en un arranque por congraciarme con la cocina. No eran más de las seis de la tarde, pero la tenue luz del sol que se filtraba a través de las nubes se había extinguido hacía tiempo. Las temperaturas mínimas habían vuelto a marcar récords históricos y el parte meteorológico no era nada esperanzador. Más nieve, más ventisca, más heladas…

Encendí el pequeño árbol de Navidad que tenía sobre la mesilla para que las luces de colorines llenaran la habitación. Mamá no había puesto los adornos del jardín, tampoco se había esmerado demasiado en decorar el árbol del salón. Papá había escogido el abeto más feo del vivero y feo se quedaría todas las fiestas, a no ser que yo hiciera algo al respecto.

—¡Pues no lo voy a hacer! —gruñí debajo de las mantas.

Me encantaban las casas decoradas hasta el ridículo. Dotty y yo teníamos nuestra particular tradición en Nochebuena y visitábamos

cada jardín de nuestro barrio para puntuar la decoración como si fuéramos el séquito del concejal del distrito. A más extravagancia, mayor puntuación. Nos volvíamos locas cuando los vecinos nos ofrecían dulces y entonábamos villancicos en agradecimiento, pese a que ninguna de las dos cantaba demasiado bien.

Las dos últimas Nochebuenas las había pasado encerrada en mi cuarto escuchando música hasta que me dolieron las orejas. Me había negado a decorar la casa con mi madre, ¡estaba tan enfadada con Dotty por abandonarme! Y ella, ante mi falta de entusiasmo, dejó de hacerlo también. Margaret Addams era como un avestruz: prefería esconder la cabeza bajo tierra ante cualquier adversidad.

«El día que tenga mi propia casa, no escatimaré en adornos. Si es Navidad, es Navidad, y punto». Mientras, tendría que conformarme con mi pequeño arbolito de luces y el atrapasueños de JC, que colgaba sobre el cabezal de la cama.

De repente, oí un ruido muy cerca de la ventana, una maldición, unos extraños arañazos y un juramento que habría abochornado al más atrevido. Me incorporé en la cama con las mantas hasta el mentón, y entorné los ojos para ver a través de las cortinas de gasa. Mi pulso tomó carrerilla y sentí el latido del corazón en cada poro de la piel.

«Es él».

Yo, que nunca había sido una chica vanidosa, me peiné el pelo enredado como pude y me eché el aliento en la mano para ver si la situación era grave. Lo era. Además, estaba ojerosa y tenía la nariz tan colorada que Santa me hubiera confundido con Rudolf.

Fui sigilosa, aparté las mantas y caminé descalza hasta la pared. Aparté un poco la cortina para ver qué hacía y lo vi arrodillado intentando escribir algo con un bolígrafo que no quería colaborar.

Un acceso de tos delató mi presencia. Golpeó el cristal y me repasó de arriba abajo sin disimulo.

—Cada vez que te veo en pijama pienso: «No puede tener otro más feo que ese», y siempre me equivoco.

—No tiene gracia y no estoy de humor para soportarte.

—¿Qué haces en la cama tan temprano? ¿No deberías estar trabajando?

—Y a ti qué te importa. ¿No tienes nada mejor que hacer que venir a molestarme? Estoy ocupada.

No sé qué se imaginó, pero cuando miró por encima de mi hombro con el ceño fruncido me di cuenta de que estaba interpretando mal la situación.

—Tranquilo, mi amante ha salido a por condones.

Su expresión de desconcierto fue la mejor diversión de los últimos días.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —Se molestó—. Pues no lo eres. Y tienes un aspecto horrible.

Ya lo sabía, pero que él lo dijera me tocó un poco la vanidad. En respuesta, volví a toser con fuerza y tuve que sonarme los mocos bajo su atenta mirada.

—Lárgate. Estoy enferma.

—Ya veo. ¿Catarro?

—Gripe.

—Vaya. —Dio un paso adelante y me apartó a un lado para salvar la ventana y entrar en la habitación sin ser invitado—. Hay epidemia, sí.

Cerró con energía la hoja de cristal para que el aire frío no me perjudicara más y corrió las cortinas.

—¿Se puede saber qué haces? No puedes entrar.

—Ya estoy dentro. —Se encogió de hombros—. Métete en la cama, anda. Hace frío.

—Y tú métete en tus asuntos y no me digas lo que tengo que hacer.

—Margot, no seas…

—Piensa bien lo que vas a decir, JC Gallagher. Si vuelves a llamarme «niña», mi rodilla y tus pelotas tendrán un encuentro de lo más prometedor.

Se rio de mi amenaza y a mí me calentó por dentro oír aquel sonido tan embriagador, pero me mantuve con los brazos cruzados y no cedí a su sonrisa.

—Si no quieres que te llame «niña», no te comportes como una y métete en la cama de una vez.

Estiró las mantas con firmeza y lanzó a la papelera todos los pañuelos de papel que había sobre la mesilla. Cuando terminó de adecentar mi pequeño rincón, hizo un gesto con la cabeza para que obedeciera.

—Puedo hacerlo yo solita, no tienes que…

—Adentro, señorita.

—Te contagiaré.

—Podré soportarlo.

—No podrás ir a trabajar y te echarán del cuerpo de bomberos.

—Ya me ocuparé de eso cuando toque. —Me arropó hasta el cuello con delicadeza—. Eso es, buena chica.

—No soy una buena chica —gruñí.

—Lo que tú digas.

Sonó tan condescendiente que volví a gruñir, pero, antes de que pudiera decirle por dónde se podía meter su paternalismo, me apartó el pelo de la frente con tanta ternura que cerré los ojos, rendida.

—¿Por qué haces esto?

—Porque siento mucha pena por la gente moribunda.

—Eres idiota. —Volvió a reír y en esa ocasión me costó un poco más controlar el impulso de hacerlo yo también—. No estoy moribunda.

—Lo sé. Duerme.

—Mi madre llegará de un momento a otro y no le gustará encontrarte aquí. Te lo advierto, te obligará a casarte conmigo si te pilla.

—También me ocuparé de eso cuando llegue el momento.

Abrí un ojo para no perderme esa expresión de picardía que siempre le acompañaba en mis recuerdos y ¡pam! Algo volvió a explotarme en el pecho. Dolía mirarlo, dolía saber que sus atenciones solo respondían a un sentimiento de protección innato, que no había ninguna intención más allá de ser amable.

«No te vuelvas a enamorar de él, Margot. No te equivoques de nuevo».

Me concentré en el movimiento rítmico de su caricia y en el calor que emanaba de su cuerpo, sentado junto a mí. En algún momento entre notar su mano en el pelo y sentir sus labios en mi frente, debí de quedarme dormida. Cuando abrí los ojos, era noche cerrada.

«Está muy oscuro». Fue lo primero que pensé. Nunca había tanta oscuridad en mi habitación. La oscuridad no traía nada bueno.

Alargué la mano para encender la luz y mis dedos rozaron un papel junto a la lamparilla. Estaba arrugado y tenía un agujero en el centro, justo donde él había rayado con el bolígrafo hasta traspasarlo. Con una caligrafía bastante desordenada, había escrito: «Roncas como un angelito con gripe», y no pude más que reír como una tonta, como

una completa y absoluta tonta.

Saqué el viejo trozo de chaqueta descolorido, lo metí bajo la almohada y me abracé al oso de peluche que consiguió para mí. ¿Era ridícula por apretarlo contra el pecho para sentirlo más cerca? Lo era. ¿Y por acariciarme el pelo del mismo modo que lo había hecho él hasta quedarme dormida? También. ¿Era consciente de que JC volvería a hacerme daño si yo se lo permitía? Muy consciente.

«¿Se lo voy a permitir?». No.

Si quería evitar otro golpe contra la pared de la realidad, más me valía poner los pies en tierra firme y dejar de subir escaleras al cielo.

38. JC

Llamé a la puerta del despacho de mi capitán con contundencia y con los hombros firmes. Me iba a caer una buena, era de esperar, y me había prometido no replicar. Pero, joder, cualquiera hubiera hecho lo mismo que yo.

—¡Adelante! —La voz del capitán Mitchell cabreado era como el ladrido de un perro rabioso antes de atacar.

—Me han dicho que quería verme.

—Más que verte lo que quiero ahora mismo es estrangularte, Gallagher. ¿Me puedes explicar en qué demonios estabas pensando esta tarde?

—Verá, señor, yo podía llegar a la cuerda con facilidad. Blanchard estaba atendiendo a una de las víctimas y Powell tenía el fuego controlado. Nichols necesitaba ayuda y lo hice. No pensé…

—¡Exacto! —Dio un golpe sobre la mesa con la mano abierta—. ¡No pensaste, maldita sea! Saltaste, Gallagher, saltaste sin pensar.

—Pero había una cuerda que…

—¡Una cuerda que podría haber estado mal atada! —gritó—. Una cuerda que podría haber estado quemada, suelta, rota o vete tú a saber. ¿Sabes qué hubiera pasado en ese caso?

—Que me habría caído, señor.

—¡No! ¡Que habrías estampado tu cabeza contra el asfalto y ahora tendría que explicarle al jefe de zona y a todo el maldito cuerpo de bomberos de Springfield por qué tus sesos estaban esparcidos por 6th Street! ¿Quién coño piensas que eres? ¿El maldito Houdini?

—No, señor.

—¡No, claro que no! —Un nuevo golpe en la mesa. Estaba más cabreado de lo que me esperaba—. Lo de esta tarde te va a salir caro, muchacho. Dos días de suspensión.

—Pero, señor…

—¡Tres días! —Me desafió con los ojos inyectados de superioridad y tragué saliva—. ¿Algo que añadir?

—No, señor.

—Piensa en lo que has hecho y en cómo podrías haber ayudado a Nichols sin lanzarte al vacío desde un cuarto piso. Piensa en lo que hubiera pasado, piénsalo como si hubiera pasado de verdad. No hay sitio para los héroes en el cuerpo de bomberos, solo hay sitio para

hombres entrenados para cualquier situación, ¡hombres que piensan con la cabeza y no con el culo! Es todo, puedes irte.

Me mordí la lengua y le sostuve la mirada unos segundos de más. Me hubiera gustado decirle que alguien había comprobado el estado de la cuerda antes de que yo la utilizara como recurso y que mi idea descabellada respondía a un plan de emergencia inmediato para auxiliar a un compañero, pero no dije nada. En realidad, había sido una estupidez por mi parte y tenía razón.

Saqué pecho con orgullo y di media vuelta, pero antes de salir me detuvo con un puñado de palabras que me revolvieron por dentro.

—Eres digno hijo de tu padre, pero recuerda que no tienes que demostrar nada a nadie, JC. Eres mejor bombero vivo que muerto, que no se te olvide.

Pensé en ello lo que me quedaba de turno y, cuando llegó la hora de volver a casa, me quedé dentro del coche dándole vueltas a todo lo que me había gritado el capitán. «Piénsalo como si hubiera pasado de verdad». Lo hice y no pude soportar imaginar a mi madre recibiendo la noticia. ¿Qué hubiera sido de ella?

Golpeé el volante con los puños y solté un grito de angustia. Era un necio. Y lo peor de todo fue reconocer que no era la primera vez que me la jugaba sin pensar. Mi teniente ya me había advertido en varias ocasiones, pero me había hecho un favor no mencionándolo en los informes.

Conduje sin rumbo durante más de una hora y, cuando detuve el Buick, me di cuenta de que estaba en el único lugar en el que deseaba estar.

La ventana de Margot estaba a oscuras, pero sus padres seguían despiertos. Barajé la opción de dejarle una nota, pero no sería suficiente. Quería volver a verla, comprobar si había mejorado, saber si se rio con el mensaje que le dejé en la mesilla y si me había echado un poco de menos en los tres días que habían pasado. Ella diría que no, pero yo sabía que sí.

—Esto tiene que acabar —dijo al abrir la ventana. Si despierta era bonita, adormilada lo era aún más—. ¿Qué pasa?

—¿Estabas dormida? —Levantó una ceja y me eché a reír—. Sí, supongo que sí.

—Es medianoche, JC. Deberías estar en casa o trabajando.

—Pasaba por aquí.

—Mañana tengo que madrugar —protestó en voz baja.

Intenté sonreírle y decir algo gracioso, cualquier cosa que me quitara de la mente las palabras de mi capitán: «Piénsalo como si hubiera pasado de verdad». ¿Qué habría sentido Margot si me hubiese estampado contra el suelo?

Debió de notar que no estaba en mi mejor momento, porque se envolvió con una de las mantas, cogió otra para mí y se sentó en el alféizar de la ventana.

—¿Qué ha pasado?

La miré como un niño después de una travesura.

—Hoy he cometido una estupidez en el trabajo y podría haber acabado mal.

—¿Cómo de mal?

—No estaría aquí ahora —respondí, y la miré de reojo para ver su reacción. Me observaba fijamente, sin parpadear, sin dejarme ver lo que pensaba—. Di algo.

—¿Qué quieres que diga? Ya has reconocido que era una estupidez y que podría haber acabado mal. Si lo tienes claro, no lo volverás a hacer.

—Me han suspendido tres días.

—Tómatelo como unas vacaciones de Navidad.

—¿No quieres saber qué ha pasado?

—No, no quiero saberlo.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros y se entretuvo con una cajita que tenía a los pies. Sacó un par de palitos de regaliz y me ofreció uno.

—¿Tu padre le cuenta a tu madre los problemas que ha tenido en el trabajo cuando las cosas se complican?

—No, no se lo contaba. —Mordí el regaliz y me quedé en silencio. Ella lo entendió al instante. Contuvo la respiración con un jadeo y dejó caer el regaliz—. Fue en julio del año pasado.

—Dios mío. Lo siento. Lo siento tanto.

Buscó mi mano con la suya y la apretó fuerte. Luego fue mi cuerpo el que buscó su contacto y nuestros brazos los que se enredaron en un torpe abrazo de mantas y extremidades. No era una postura cómoda, pero me sentí inmensamente reconfortado.

—Su unidad llegó de apoyo a un incendio demasiado problemático. No debieron entrar, pero había compañeros dentro y él

no era de los que se quedaba esperando. Murió otro bombero más, un chico de mi edad.

—Qué horror. No me puedo imaginar por lo que habrás pasado. Y tu madre… ¡Por Dios, tu madre!

Se le escapó un sollozo y escondió la cara en mi pecho. Era una chica extremadamente empática y con una sensibilidad oculta que la hacía sentir demasiado cuando afloraba. La abracé más, tanto que una sola manta fue suficiente para cubrirnos a los dos. La acomodé sobre mis piernas y encajamos a la perfección en la bancada de la ventana. Hubiera sido mejor dejar el frío fuera y resguardarnos junto al radiador, pero ella lo quería así y a mí me sobraba.

—¿Cómo está?

—Triste y muy sola. Mi padre era todo su mundo.

—Es terrible perder a alguien a quien se quiere. Debió de sufrir mucho. Y no tuvo que ser fácil ser la esposa de un bombero. Hay que estar hecha de una pasta especial para soportarlo, ¿verdad? Yo no podría. Me moriría de desesperación.

Todo mi cuerpo se puso en tensión al escucharla y ella lo notó, pero lo asoció a lo incómodo que era el tema para mí y guardó silencio unos segundos. Cuando terminó el abrazo, el momento dramático perdió intensidad y se apartó de mi lado.

Volví a sentir frío de inmediato.

—Deberías dejar de hacer estupideces en el trabajo y pensar más en ella. Ahora eres todo lo que tiene.

—Lo sé —murmuré.

Ella, que en los últimos días se había convertido en el alivio para mis demonios, acababa de poner la guinda a una jornada de mierda. No quería sufrir, no elegiría una vida así, y tal vez tuviera razón, pero si la estatua de Lincoln me hubiera caído encima no me habría dolido tanto. Era tan contradictorio…

—Por eso no me van las relaciones ni las ataduras. El día que me muera no quiero que nadie pierda el tiempo llorando.

—Eso es una estupidez. Siempre habrá gente que sufra por ti. No eres invisible, ¿sabes? La gente te ve, te coge aprecio, se preocupa y llora si te echa de menos. No es perder el tiempo, es que todos dejamos una huella, y algunas son difíciles de borrar, como la que ha dejado tu padre en la vida de tu madre.

—Entonces, yo no dejaré huellas.

—Como si pudieras evitarlo. Deja de decir tonterías, ¿quieres? Creo que deberías irte a casa y descansar un poco.

—Sí, tienes razón.

La conversación había consumido todas mis energías, pero aún me quedó ánimo para hacer una pregunta más. Me la iba a jugar, y si no salía bien… Tampoco perdía nada si no salía bien, o eso pensaba.

—Margot, ¿tú me echarías de menos?

Bajó la mirada y tuve clara cuál sería su respuesta. Sin embargo, a esta nueva Margot se le daba muy bien salir airosa de las situaciones en las que se jugaba sus propias emociones, y vi cómo se tragaba el nudo que le oprimía la garganta para dejar paso a ese gesto de indiferencia que no era nada indiferente.

—¿Yo? No lo sé. A ver, déjame que piense. —Se golpeó los labios con un dedo en actitud pensativa y me abstuve de sonreír—. No más interrupciones por la ventana, no más regañinas paternalistas, no más «eres una niña»… No, creo que no te echaría de menos.

—¿Ni siquiera un poquito?

—Ni siquiera un poquito.

—¡Mentirosa!

La rodeé por la cintura y descubrí que tenía cosquillas. También descubrí que su risa sonaba diferente, como el tintineo del hielo en una copa antes de saciar la sed. Yo me la hubiera bebido toda, no habría dejado ni gota, porque mientras se retorcía entre mis brazos me di cuenta de que el sediento no descansa hasta encontrar un oasis, y yo había llegado al mío.

—Claro que te echaría de menos —declaró unos segundos después, más calmada y más seria—. ¿Cómo no iba a hacerlo?

Se humedeció los labios de manera involuntaria y fui incapaz de contenerme. Mi mano se alzó dispuesta a que mis dedos le acariciaran la humedad que se había dejado sobre el labio inferior.

—No quiero que lo hagas. No quiero que me eches de menos —susurré.

—Pues no me des motivos para ello.

Me desarmó por completo y me dejé caer de nuevo en la ventana, como si mis piernas hubieran perdido toda la fuerza. Quería acercarla más a mí y reposar la frente en su abdomen, quería besarle el vientre e iniciar un camino de besos sin importar el rumbo, norte o sur; me iba bien cualquiera de los dos.

—¿Margot? ¿Qué pasa ahí dentro? —se oyó al otro lado de la puerta.

Se rompió nuestra burbuja y ella reaccionó con más rapidez que yo.

—¡Mierda, mi madre!

Una milésima de segundo después me encontraba de espaldas en la nieve, completamente desconcertado. ¡Me había empujado por la ventana! La nevada amortiguó la caída, pero ¡joder! Me había echado sin contemplaciones. ¡Hasta corrió las cortinas!

Pero eso no tenía importancia. Sonreí como un bobo y me pasé la mano por la nuca para aliviar esa intensa sensación de plenitud que ella me provocaba, ese cosquilleo que me empujaba a querer más.

«Despacio, JC —me recordé—. Acabas de llegar a su vida».

Por el momento, me valía con el instante fugaz que habíamos compartido. Me valía con saber que había estado a punto de besarla.

39. Margot

—¿Lo echaste por la ventana? —preguntó Karen al día siguiente cuando le conté lo que había pasado.

—Mi madre iba a abrir la puerta, ¿qué podía hacer? —Saqué las dos pancartas de detrás del seto, junto a la salida trasera de la fábrica, y nos movimos rápido hasta el coche de Troy, que nos esperaba impaciente—. Además, no somos amigos, no sé qué pretende viniendo a mi casa, pero no quiero que lo haga.

No le dije a Karen que habíamos compartido un momento muy intenso. Tampoco le hablé de los motivos por los que JC me había apartado de su lado, ni de que esos mismos motivos seguían muy presentes en su idea de relacionarse. En realidad, no le conté nada a Karen, porque se me daba muy mal ocultar mis sentimientos y resultaba evidente lo que sentía cuando hablaba de él.

Por suerte, el tema JC quedó en un segundo plano en cuanto llegamos al coche y cargamos las pancartas en el maletero.

—¿Por qué protestamos hoy? —preguntó Troy después de besar a Karen en los labios.

—Nixon nos toma el pelo, cada vez es más evidente su implicación en el caso Watergate y hay que forzar la destitución como sea. Tictac, señor presidente —argumenté, molesta—. Cree que somos idiotas.

—Ha echado a ese sinvergüenza de Agnew. No lo ha hecho tan mal —lo defendió Troy.

—¿Que no lo ha hecho tan mal? ¡Por el amor de Dios, Bukowski! —exclamé—. Es un corrupto.

—Sustituir a Agnew por Gerald Ford en la vicepresidencia solo ha sido una estrategia. Ford cae bien y Nixon lo sabe —intervino Karen —. Pero su mano está detrás de lo que pasó en la sede del partido demócrata, y eso lo ve hasta un ciego.

Agradecí el apoyo de Karen a mi causa. Cada vez que Troy nos llevaba a alguna manifestación relacionada con la gestión de Nixon, terminábamos discutiendo. Él solo venía por si las cosas se ponían feas y teníamos que salir corriendo. Le importaba demasiado Karen como para dejarla en manos de una «loca inconformista», como me llamaba cariñosamente.

Los alrededores del Capitolio del Estado de Illinois, en Spring Street, estaban atestados de manifestantes y de policía. Era una

sentada pacífica, como todas a las que íbamos, pero los ánimos se encendían con facilidad y las autoridades tenían órdenes muy precisas de mantener el orden, aunque para ello tuvieran que usar la fuerza.

Adentrarme entre los manifestantes me provocó un torrente de adrenalina similar al que experimentaba en la montaña rusa. En mi pancarta ponía: «IMPEACH NIXON»; en la de Karen: «This has to end. Impeach!».

—Vamos a tener que movernos de sitio como esos sigan haciendo el tonto —dijo Karen. Señaló con el mentón al grupo de manifestantes que teníamos al lado y no pude más que estar de acuerdo con ella—. Van borrachos.

—Y llevan armas —añadió Troy—. Bienvenidas a una nueva protesta pacífica de mierda. Deberíamos irnos.

Volcaron el bidón que habían encendido para calentarse y empezaron a quemar todo lo que encontraron a su alrededor, hasta que la pira alcanzó unas dimensiones considerables. La columna de humo negro ascendió entre los árboles del parque y se perfiló contra el cielo azul de aquel sábado, 22 de diciembre, como un mal augurio.

Estábamos recogiendo nuestras cosas para apartarnos cuando llegó un equipo de antidisturbios. Aquello fue como echar combustible al fuego. La docena de chicos que había empezado el altercado se envalentonó y, antes de que pudiéramos darnos cuenta, la gente empezó a chillar y a correr a nuestro alrededor.

—¡Margot, vámonos! —me gritó Karen.

Me di la vuelta para seguir a Karen y a Troy, pero había mucha gente a mi alrededor, corrían en todas direcciones, y no vi hacia dónde habían ido mis amigos.

Intenté orientarme y caminé a contracorriente para salir del tumulto, pero terminé frente a otra protesta igual de tensa y caótica. De pronto, la situación ya no me parecía emocionante, la adrenalina había dejado paso al miedo y o salía de allí o me vería envuelta por el pánico colectivo.

Estaba en el ojo del huracán. La guardia montada apareció de la nada y empezó de dispensar golpes de porra sin distinciones. Había humo en el aire, un humo espeso que me engulló de repente y me provocó un fuerte acceso de tos. Me picaban los ojos, las lágrimas me caían sin permiso y, entre empujón y empujón, me pareció oír mi nombre.

—¡Margot!

Alguien me sujetó del brazo y miré por encima del hombro. Me desinflé por completo al ver a JC y, del alivio, me eché a llorar. Nunca me había alegrado tanto de ver a una persona.

—¡No me sueltes! —proferí entre sollozos. Me abracé a él como un koala y dejé que fueran sus piernas las que me sacaran del lío en el que me había metido.

Unos minutos después, volví a tocar el suelo. No sabía cómo se las había ingeniado para salir tan rápido del embrollo, pero donde se detuvo apenas había gente y podía volver a respirar.

—He perdido a Karen.

—¿A quién?

—A mi amiga Karen y a su novio. Los he perdido. Deben de estar muy…

—¡Al demonio tus amigos! ¡¿Se puede saber qué haces aquí?! —bramó—. ¿Es que te has vuelto loca? ¡Esto no es seguro! Por el amor de Dios, Margot, ¿es que no tienes un poco de sentido común?

—Sí tengo…

—¡No, no tienes! Porque si tuvieras yo no estaría a punto de retorcerte el cuello. —Lo miré con la respiración agitada sin saber qué decir—. Cuando te he visto he pensado: «No es posible, ella no estaría en un lugar así. Margot no se metería en medio de unos disturbios que van a terminar muy mal». ¡Y mira por dónde!

Me cogió de la mano y tiró de mí hasta que llegamos junto al camión de bomberos que había a espaldas del Capitolio.

—Siéntate ahí y no te muevas. —Señaló un saliente del camión y obedecí sin rechistar—. Te lo digo en serio, si vuelvo y no estás ahí, no habrá sitio en el…

—N-no me moveré, te lo prometo.

Debí sonarle muy patética porque, al instante, cambió de expresión y suspiró, agotado.

—¿Estás bien? ¿Te encuentras bien? —Asentí varias veces.

Abrió un compartimento sobre mi cabeza, sacó una manta y me cubrió con ella. Ni siquiera me había dado cuenta de que estaba temblando.

—Creí q-que estabas s-suspendido. —Me castañeaban los dientes.

—Y yo creí que estabas castigada. —Hice un encogimiento de hombros que le relajó la expresión—. Necesitaban a todo el personal

activo. El capitán me ha levantado la suspensión. Hemos venido a solucionar un par de problemas. Estábamos recogiendo cuando te he visto. ¿Y tú? ¿Qué haces aquí?

—Me cae mal Nixon.

Le hizo gracia mi declaración.

—Apoyo a la causa, ¿eh? —Volví a asentir—. Este no es sitio para muchachitas indefensas.

—No soy una muchachita indefensa —repliqué—. Soy muy capaz de todo.

—No lo parecías hace un momento.

—No me has pillado en mi mejor día.

—Eres imposible.

—Y tú un prepotente.

—¿Prepotente? ¿Yo?

Volvía a sentir calor, la manta y la conversación habían obrado su magia, o tal vez fuera que JC estaba demasiado cerca y el uniforme de bombero le sentaba de maravilla. Tenía una mancha negra en la frente y le hacía falta un buen afeitado, pero eso solo aumentaba su atractivo.

¿Por qué no podía ser feo? Eso simplificaría las cosas.

—Prepotente tú, sí. —Me puse en pie y le tendí la manta. Ya no me hacía falta—. Sigues pensando que tengo dieciséis años y que el único que ha madurado eres tú. Pues deja que te diga una cosa, JC Gallagher: los años te han sentado fatal. Si antes eras odioso, ahora lo eres más. ¡Me voy!

—No vas a irte sola.

—¿No? —Levanté una ceja y me crucé de brazos—. A ver si eres capaz de detenerme.

Eché a andar con paso firme, intentando que no se me notara el temblor de piernas. Todavía me duraba el susto en el cuerpo, pero después de nuestra pequeña batalla dialectal la sangre volvía a correr con fuerza por mis venas.

No había llegado a la esquina de Spring con Monroe cuando su voz me detuvo.

—¡Eh, Margot! ¿Nos vemos luego?

—¡En tus sueños, Gallagher! —le grité por encima del hombro.

«O en mi ventana —pensé—. Mejor en mi ventana».

40. JC

—¡Oye! ¿Quién era esa? —preguntó Stephen.

—Nadie.

—Pues, amigo, esa «nadie» tiene un culo de infarto.

Sí lo tenía, desde luego, pero era muy molesto que mi mejor amigo se percatara de ello y le gruñí en respuesta.

No podía detenerla, estaba trabajando y no podía marcharme sin más para acompañar a una chica a casa. Ella lo sabía, por eso me desafió.

—En serio, Gallagher, dime quién era. Está buenísima.

—En serio, Nichols, no me jodas. Estás avisado.

No fui a casa de Margot aquella tarde. Cuando regresamos al parque de bomberos, mi capitán me ordenó que me fuera a casa. Mi vecino, el señor Higgins, había intentado localizarme. Mi madre no estaba bien y ya sabía lo que eso significaba. No era la primera vez que le ocurría. Se despertaba como cualquier mañana, todo era perfectamente normal, y, de repente, lo más cotidiano podía provocarle aquellas terribles crisis de ansiedad. Yo echaba de menos a mi padre; a ella le faltaba la vida entera.

—Es demasiado pronto, es demasiado pronto —repetía una y otra vez cuando subí al piso de arriba.

La cama de matrimonio donde ya no dormía estaba repleta de camisas y pantalones de mi padre. Sus uniformes, que siempre habían estado colgados en perfecta armonía, se encontraban en un montón en el suelo, junto a los zapatos de gala que ella lustraba para él antes de los actos oficiales. Ya había atravesado crisis como esa en otras ocasiones, pero jamás tocaba los uniformes.

—No puedo hacerlo, es demasiado pronto.

—¿Qué ha pasado?

Me miró como si no me hubiera visto llegar y no me hubiese reconocido al sentarme en la cama. Luego, como si la hubiera sacado de una terrible pesadilla, observó el caos a su alrededor y se echó a llorar, desconsolada.

—Ya está, mamá, no llores. —La abracé con fuerza y fui más consciente de lo frágil que era—. Ya está. No tienes que hacerlo si no te sientes preparada.

—Pero ellas creen que sí.

—¿Ellas?

—Las de la asociación de viudas de bomberos. Accedí a verlas, vinieron con bizcochos y dulces, les preparé café y hablamos. Fueron muy amables y me dijeron que podía donar la ropa de tu padre, que ellas lo hicieron, que era necesario desprenderse de todo para continuar adelante.

—Eso son gilipolleces.

—Yo las creí. Me ofrecieron su ayuda y subieron a ver los armarios. Pero cuando sacaron los uniformes…

Un profundo sollozo le impidió continuar. No hacía falta decir más.

—Los guardaremos el tiempo que sea necesario. No hay prisa. No tienes que hacer nada que no quieras, ¿de acuerdo? —Ella asintió contra mi pecho—. Estoy seguro de que solo querían ayudarte, es bueno que te veas con esas mujeres, pero no tienes que hacer nada si no estás preparada. Lo entenderán.

Estaba mucho más calmada cuando empezamos a recoger la ropa y a colgarla de nuevo en el armario, pero le temblaban tanto las manos.

—Tranquila, mamá. No pasa nada. —Se la veía triste y abatida y la abracé de nuevo. «El dolor pasará», quise decirle, pero era la frase que me repetía yo mismo, y no me estaba funcionando. Con ella debía adoptar otra estrategia—. ¿Te he dicho ya que he vuelto a ver a Margot Addams?

Y así, con ese simple comentario, conseguí que volviera el color a sus mejillas.

Dos días después de la manifestación en la que encontré a Margot, aún no había decidido si volver a verla o dejarla en paz. Me gustaban nuestros enfrentamientos verbales y me gustaba más sentarme en su ventana y observarla rodeada de su caos perenne, pero las ganas de besarla me hervían en la sangre y hacerlo podría ser una mala decisión.

Si daba el primer paso, ya no podría detenerme. Ya no querría detenerme.

Pero, por otro lado, también quería dedicarle todo el tiempo libre a mi madre, ayudarla con la cena de Nochebuena, darle un motivo para sonreír con mis payasadas y estar a su lado cuando el recuerdo de mi padre se presentara de repente en cualquier momento de aquella triste Navidad.

Sin embargo, en cuanto puse un pie fuera de mi habitación aquella mañana, me di cuenta de que algo había cambiado en el ambiente de nuestra casa: había una guirnalda verde decorando el pasamanos de la escalera, pequeños adornos rojos y blancos colgaban del dintel de la puerta del salón y el aire olía a esas deliciosas galletas de jengibre que tanto me gustaban de pequeño.

Entré en la cocina un poco extrañado y me sorprendió ver a una de nuestras vecinas peinando a mamá como cuando la Navidad se celebraba por todo lo alto en nuestra familia. Me quedé tan pasmado que no me salió admirar lo guapa que la había dejado la señora Turner.

—¡Oh, vamos, JC! No me mires así. Cualquiera pensaría que Sue Helen me ha pintado el pelo de verde.

Sacudí la cabeza y sonreí al oír el tono jocoso de su voz. El peinado que le había hecho Sue Helen Turner le sentaba muy bien, pero la felicidad le sentaba mucho mejor.

—No me malinterpretes, estás preciosa, pero ¿a qué se debe este despliegue de belleza?

—¿No puede una madre estar guapa para su hijo?

—¡Por supuesto! —respondí, y saqué un par de billetes de mi bolsillo para pagar los servicios de la señora Turner. Invertiría todo mi sueldo en verla tan radiante siempre—. Tengo que ir al parque a hacer turno hasta mediodía. ¿Quieres que luego te ayude con la cena de esta noche?

—Tranquilo, he madrugado. La cena ya está en el horno.

—Pues con la de mañana. —Robé una galleta de la bandeja que estaba enfriándose sobre la encimera y le guiñé un ojo a nuestra vecina.

—Mañana cenaremos en casa de tu padrino —soltó muy rápido, antes de salir de la cocina para acompañar a Sue Helen.

—¿Qué? ¡No!

No me entusiasmaba compartir mesa con el jefe de distrito, era demasiado cabezota y me presionaba constantemente con conversaciones sobre mi futuro en el cuerpo, y mi madre lo sabía. Pero, en el fondo, entendía por qué lo había hecho. Formaban parte de nuestra familia y ella necesitaba estar rodeada de ese cariño incondicional.

Casi no me dio tiempo a ponerme el uniforme cuando llegué al

parque. Encadenamos un servicio tras otro a lo largo de la mañana y, cuando quise darme cuenta, había pasado mediodía.

—¡Gallagher, han dejado esto para ti! —me gritó la asistente del capitán en cuanto bajé del camión. Me estampó contra el pecho una bolsa de papel y me apuntó con un dedo—. No soy tu secretaria, ¿entendido?

—Entendido. Podrías decirme al menos quién…

Volvió a señalarme para advertirme de su mal humor y su poca disposición a colaborar, pero mi mirada de cachorrillo la desarmó.

—La chica tenía prisa. No dijo su nombre. Era guapa.

—¿Una chica? —se interesó Stephen—. ¿Penny Olsen tal vez?

—No era Penny. Era simpática —aclaró Tiffany.

—Guapa y simpática. Tío, ¿de dónde las sacas?

—Tiene un don natural —se burló mi teniente y me palmeó la espalda—. Y no le huele el aliento como a ti, Nichols.

Stephen gruñó disconforme y se dio la vuelta con la mano en la boca para comprobar si era cierto. Lo era.

Por un segundo, me vi de regreso en el parque 9, dos años atrás, cuando aún era un novato, y se me dibujó una sonrisa idiota en los labios. «No puede ser ella. Margot no sabe en qué parque estoy ni cuáles son mis turnos». Y sin embargo…

—¿Lasaña? —curioseó Stephen por encima de mi hombro—. ¿Te han traído lasaña? Joder, ¿además cocina? Dime cómo lo haces, colega.

—Gallagher es un casanova —dijo Wayne Blanchard desde el sofá de la sala de descanso—. Y tú, Nichols, eres un payaso.

Me había traído lasaña, estaba alucinando. No tenía la menor idea de cómo había sabido dónde encontrarme, pero lo había hecho.

Y sonreí aún más.

41. Margot

El pavo estaba seco, el puré poco cremoso y mi tío Archie no había parado de decir estupideces sobre la buena gestión de la política de Nixon. Mi padre, por supuesto, se había pasado la cena apoyando cada comentario con asentimientos de cabeza y criticando el uso que los medios de comunicación estaban dando de las declaraciones del presidente. Dijo que no era un ladrón delante de cuatrocientos periodistas de la Associated Press y hasta la Estatua de la Libertad puso los ojos en blanco.

Mientras tanto, la tía Kristen y mamá se dedicaron a destripar a cada una de las esposas de los grandes hombres de la sociedad de Illinois, sin excepción, y, cuando se quedaron sin víctimas, pusieron su punto de mira en mí y me amargaron la existencia. Nada nuevo.

«No sé qué haces que no te buscas un buen hombre, Margot».

«No entiendo cómo tu padre permite que trabajes en esa fábrica, Margot».

«Una chica como tú debería estar preparándose para ser una buena esposa, Margot».

Detestaba a mi tía Kristen. Pero detestaba aún más a mi madre cuando le seguía el juego a su cuñada.

«Pobre del que tenga que aguantar a mi Margot».

«A ver si en esa fábrica encuentra a un buen hombre que haga de ella una mujer decente».

«No se casará. La doy por perdida. Con esa actitud…».

¿Y qué había hecho yo? Morderme la lengua hasta notar el sabor de mi propia sangre; sonreír como una tonta y encogerme de hombros cada vez que uno de sus insultos me arañaba la piel; apretar los puños bajo el mantel y fingir que la humillación no era tanta, que no dolía, que no me estaba rompiendo. Para ellos nunca hacía suficiente, nunca aprendía suficiente, nunca era suficiente.

Cuando mis tíos se fueron y terminé de recoger la cocina, de lo único que tenía ganas era de llorar. Me encerré en mi habitación y me quité la rabia de dentro dando unas patadas a algunos cojines tirados en el suelo. Justo después decidí que ese día había acabado mi autocastigo. Ya había pagado con humillación lo del incendio en la cocina.

Cuando fui a cerrar las contraventanas, descubrí que había

empezado a nevar. Yo jamás me había podido resistir a un paseo bajo la nieve. El frío me templaría y pondría la nota navideña a un día para olvidar, así que salí por la ventana, como tantas otras veces.

No había llegado a la tercera casa hacia el norte de Somerton Road cuando el Buick de JC apareció a lo lejos. Me tembló todo el cuerpo al instante. No había sabido nada de él en los dos últimos días y aún no podía imaginar cuál habría sido su reacción al ver la lasaña que había cocinado para él.

«A lo mejor no le ha gustado —pensé más de una vez—. O a lo mejor ni siquiera se la dieron». De un modo u otro, esa había sido mi forma de disculparme por lo que ocurrió en la manifestación. Él me salvó y yo… yo me comporté como la niña tonta que era cuando estaba con él.

—¿Qué haces a estas horas por la calle? ¡Está nevando! Entra en el coche.

—Ven a dar un paseo conmigo.

—¿Pasear? ¿Estás loca?

Debía de ser eso.

—¿Y qué haces tú por aquí? —quise saber. Me acerqué a la ventanilla y me apoyé en ella con descaro—. ¿Me has traído un regalo de Navidad?

—Venía a darte las gracias por la lasaña —respondió con una mueca—. Y a desearte feliz Navidad. No he podido venir antes. Oye, ¿crees que podrías subir al coche? Hace frío y está empezando a caer…

—Quiero pasear. Ha sido una noche horrible y necesito aire.

Levanté la cara hacia el cielo oscuro y encapotado, y dejé que los diminutos copos de nieve se posaran en ella. No podía borrarme la tristeza de los ojos y él, que siempre había sabido mirar en ellos, debió de darse cuenta, porque paró el motor y se unió a mí en aquel paseo de locos.

—¿Por qué ha sido horrible? Cuéntamelo.

Su mano en la parte baja de la espalda me animó a continuar calle arriba a paso lento. Le hablé de la forma de ser de mi madre y de la cena con mis tíos, y él me contó que esa noche era la primera vez que había visto reír a la suya después de la muerte de su padre. Nos mirábamos de reojo de tanto en tanto y sus dedos rozaban los míos en un gesto casual, sin intención. Eran toquecitos tan chispeantes como

los fuegos artificiales del Cuatro de Julio.

—El perro de los Traveller estaba tan hambriento que se ha comido todo lo que había en el plato de John y el párroco Stanley por poco se atraganta.

—Yo hubiera pagado para que el perro de alguien se comiera la cena de mi madre. Es lo peor que he comido en mi vida.

—¿Y por qué no la has hecho tú?

—Yo ya no cocino, te lo dije.

—Me hiciste lasaña.

—Era precocinada.

—Mentirosa. Estaba demasiado buena. La hiciste para mí.

—Deberíamos volver ya —susurré, y di media vuelta.

—Primero respóndeme a una pregunta: ¿cómo supiste dónde estaba?

Parpadeé, confusa, hasta que me di cuenta de que se refería al parque de bomberos. ¡Por el amor de Dios, no era tan complicado!

—¿Lo dices en serio? —Levantó una ceja y yo bufé—. Vi el número de tu unidad en el uniforme, en el camión, en los cascos… ¡Estaba por todas partes! Solo había que mirar la guía de emergencias. ¿Eso es lo que querías preguntarme?

Se encogió de hombros y me sentí decepcionada. Pero no había dado más que un par de pasos para alejarme de él cuando volvió a hablar.

—¿Pensabas en mí cuando hiciste la lasaña?

—No —respondí, categórica. JC chasqueó la lengua y apartó la mirada—. Bueno, quizá un poco, pero…

Sonrió, y caí en su red.

—Sin peros. —Se acercó—. ¿Piensas en mí durante el día?

—No —mentí.

—¿Y por la noche? ¿Piensas en mí cuando no puedo ir a tu ventana?

—Menos aún.

Se acercó más. Los botones de mi impermeable rozaban su chaqueta.

—Sí, lo haces. Piensas en mí. Lo sé.

—No puedes saberlo, no eres tan listo.

—Piensas en mí tanto como yo en ti. Reconócelo.

Me acarició la mejilla con los nudillos y me miró la boca. Tenía el

pulso tan desenfrenado que ni siquiera notaba la nieve que me estaba empapando el pelo. Estábamos muy cerca, demasiado cerca, y había tanto silencio que me dio miedo que oyera cómo me latía el corazón. Porque latía por él. Solo por él.

—¿Tú piensas en mí? —pregunté muy despacio—. ¿Por qué?

Se le curvaron los labios en una de esas sonrisas que podían detener el tiempo. Apenas nos separaba un suspiro.

—Porque estás loca. —Fruncí el ceño. No era esa la respuesta que esperaba. Di un paso atrás, molesta, dispuesta a decirle que se buscara a otra loca con la que entretenerse, pero no me dejó hablar—. Y me gustas.

—¿Te gusto?

—Eso he dicho.

—Pero…

—No hay peros. Me gustas, Margot.

—¿Desde cuándo?

—¿Y qué más da desde cuándo? Tú me gustas, yo te gusto…

—¡Pues sí que da! No es lo mismo que te guste desde ahora que…

—Margot…

—Y yo no he dicho que tú me…

—Margot…

—¿Qué? Tú… tú has dicho: «Me gustas, Margot» —imité su voz—, pero yo no he…

—Margot…

Tiró de mí hasta que nuestros cuerpos volvieron a estar pegados y nuestras bocas se respiraron. Perdí el hilo de lo que iba a decir al ver cómo se humedecía el labio inferior y, en un gesto involuntario, lo imité.

—¿Vas a besarme? Porque, si vas a hacerlo, te advierto que…

Lo hizo. Me sedujo con la sonrisa y lo hizo. Me besó. Y no fue nada parecido a cualquier beso que me hubieran dado antes. Fue tierno y posesivo, fue dulce e intenso, fue exótico y embriagador. No recordaba lo agradable que era estar ahí, en sus labios, tan calientes. Era el mejor lugar del mundo.

La punta de su lengua me pidió permiso para reunirse con la mía y, cuando se tocaron, la calle se llenó con el eco de un gemido. No sé si fue él o fui yo, pero ya no importaba. Lo único que deseaba era que la mano que me rodeaba la cintura y los dedos que me presionaban la

nuca no me soltaran jamás.

De pronto, el recuerdo de nuestro primer beso se coló en mis pensamientos y me aparté.

—¿Ahora es cuando vas a decir que soy una niñata y que esto no puede ser? Porque esta vez has sido tú el que me ha besado y si se te ocurre…

Volvió a besarme para hacerme callar y me enseñó que había muchas maneras de usar la boca para comunicarse y que, en la mayoría, no hacían falta las palabras.

42. JC

Llevaba años caminando entre llamas, había crecido admirando el fuego, acercando la palma de la mano para que el calor me templara la piel, había apostado mil veces que sería el ganador de aquel estúpido juego de sostener la cerilla y las ampollas me habían surcado de recuerdos muchas partes del cuerpo.

Pero nunca había ardido como aquella noche.

Nunca.

Quería besarla más y más, con toda la necesidad que llevaba acumulando desde hacía días, semanas, meses, años… Sí, años, tantos como habían pasado desde que nos vimos por primera vez. Entonces yo no tenía ni idea de lo que quería, solo era un muchacho tonto, y ella una niña a punto de florecer, pero llevaba deseando besarla desde entonces. En ese momento lo supe.

Y daba igual el frío que hiciera o lo peligroso que fuera estar bajo la nevada, yo ardía y Margot también.

Ardía y temblaba.

Me aparté de ella un poco para observar su rostro. Tenía los labios inflamados, rojos y brillantes, las mejillas sofocadas, los ojos velados por un deseo que le nacía en el mismo centro que a mí: en las entrañas. Había metido las manos bajo mi chaqueta para buscar mi calor y, sin embargo, era ella la que me traspasaba la ropa con el suyo.

Volví a besarla y estuve a punto de morir abrasado.

—A no ser que quieras que mañana nos encuentren convertidos en estatuas de hielo, sugiero que nos metamos en el coche. —Me pareció que se ruborizaba, y sonreí—. Vamos, te llevaré a casa.

—No, llévame donde quieras, pero a casa no. Por favor.

En su determinación encontré una sombra de desconsuelo, y en su ruego, en ese «por favor» susurrado, descubrí que no sería capaz de despedirme de ella tan pronto.

—¿Adónde quieres ir?

—A cualquier lugar —respondió en un susurro—. Lejos de este barrio, de estas calles… A algún sitio donde haya magia.

—¿Magia? Es más de medianoche, está nevando, ¿dónde quieres que…?

—No lo sé. Este lugar es tan triste…

Se encogió de hombros, apenada, y barrió las casas de los

alrededores con un rictus amargo en los labios. Era cierto: el lugar, sin luces ni adornos, parecía lúgubre.

Ella me pedía algo que recordar y yo, como si fuera el Gran Houdini, iba a darle el mundo de ilusión que merecía.

Los chicos del turno de guardia estaban viendo un especial de Navidad en el diminuto televisor de la sala común cuando nos adentramos en el parque de bomberos. Evité que nos oyeran pasando de puntillas, con Margot de la mano, que apenas podía contener la risa.

—Si no dejas de reírte, nos pillarán —le advertí.

—Es que esto es muy emocionante. Y es precioso. ¡Mira qué árbol! —Señaló el gran abeto que habíamos instalado en la cochera y abrió la boca, maravillada—. ¡Es gigante!

Le pedí que guardara silencio, pero era imposible no contagiarse de su entusiasmo. El parque 22 se tomaba muy en serio la Navidad, competíamos con otros parques de Springfield por ver cuál de todos era el más admirado por los vecinos y el que más votos recibía se ganaba la gran estrella, la que lucía imponente en la fachada principal del edificio. Una reliquia. Era el segundo año que formaba parte de la decoración de la 22 y, por el empeño que habían puesto los chicos en convertir el lugar en la guarida de Santa, estábamos seguros de que permanecería allí un año más.

—Tenemos un par de compañeros muy hábiles. ¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? Es maravilloso.

—Pues esto no es nada.

Emitió un gritito de emoción y dio saltitos aferrada a mi chaqueta. Se le olvidó que estábamos empapados y que en la cochera la temperatura tampoco era demasiado agradable. Ella solo tenía ojos para los adornos. Y yo solo tenía ojos para ella.

—Ven, no hagas ruido. —La guie por un par de pasillos, rezando para no cruzarnos a nadie, y terminamos en el cuarto del material, de donde cogí prestadas dos toallas—. Tienes que secarte el pelo o cogerás una pulmonía. Y yo tengo que cambiarme, estoy empapado. Espérame aquí. No te muevas.

—Pero…

—Ahora vuelvo.

Le di un beso breve en los labios y fui a por algo de ropa seca. Tenía pantalones deportivos y sudaderas en la taquilla y, a no ser que

sonara la alarma de aviso, ninguno de los chicos se movería del calor de la sala.

Cuando regresé, Margot estaba sentada sobre una caja de herramientas y miraba los trajes colgados a un lado y a otro del almacén como si fueran temibles gigantes a punto de abalanzarse sobre ella. Se había desprendido del impermeable amarillo, su ropa parecía bastante seca, pero se abrazaba y temblaba como una criatura a la intemperie.

—Ponte esto, entrarás en calor enseguida.

Le di una de mis sudaderas y me quedé esperando a ver lo increíblemente irresistible que estaba con una prenda tan grande.

—¿Y tú? —señaló—. Estás helado.

«Estoy ardiendo, en realidad», pensé.

Salí del trance cuando Margot se acercó, preocupada. Con un movimiento rápido, me quité la chaqueta, el jersey de lana húmedo y la camiseta que llevaba debajo. Habría seguido con los pantalones de no ser por el jadeo que se le escapó. Me miraba con los ojos muy abiertos, con genuino interés, con pudor, y, al mismo tiempo, se mordía el labio inferior como el que ansía devorar un helado de chocolate. Si supiera lo que ese gesto me provocaba…

Mi cuerpo había cambiado en los dos últimos años. El ejercicio físico y el duro entrenamiento habían dado sus frutos, y que ella me contemplara desnudo de cintura para arriba con esos ojos cargados de intenciones era una maravillosa recompensa al esfuerzo realizado.

—Si te molesta, puedo cambiarme en…

—No… no pasa nada. Está bien.

—Sé que no es muy apropiado, pero…

—Oh, no, no te preocupes, es muy… apropiado. Mucho, de verdad. Yo… no miraré. —Hizo amago de volverse, pero, en el último segundo, añadió—: No eres el primer hombre que veo desnudo. No creas que me impresiona.

Eso me molestó y fruncí el ceño, aunque ella no lo vio. Era absurdo que me irritara el comentario de Margot: tenía diecinueve años, era atrevida, descarada, con una picardía a medio camino entre la inocencia y la grosería. Su cuerpo también había cambiado, era provocador, de belleza exuberante; hasta Stephen había admirado la belleza de Margot. Y ella no parecía tan inocente ya, ¿no? ¿Lo sería? ¿Sabría lo que era estar con un hombre? ¿Habría estado con alguien?

«¡Joder!».

¡No quería pensar en los malditos hombres que habían tocado a Margot! No quería que nadie más la tocara. Salvo yo.

—Estás gruñendo —advirtió—. A lo mejor no ha sido buena idea lo de venir aquí…

—No, no pasa nada. Y no estoy gruñendo. Es que se me había enganchado la bota en el pantalón y… —Estaba parloteando. Y sí, había gruñido un par de veces como un tonto. Le tendí la mano y ella dudó—. Ven, vamos. Querías magia, ¿no? Yo haré magia para ti.

43. Margot

—¿Es así en todos los parques? Me refiero a la decoración, a los detalles… Es tan acogedor, tan increíble.

—No. —Rio. Su risa me encandilaba—. La rivalidad es entre unos pocos. Los que estamos en los barrios más… difíciles.

—¿Por qué?

—No sobra la esperanza, y nos gusta pensar que estamos contribuyendo a la felicidad de las familias que más lo necesitan —me explicó—. Viene gente de toda la ciudad a ver qué locuras hemos hecho y traen juguetes para los niños. También mantas y alimentos que luego repartimos a las personas que no tienen hogar. Tendrías que haber visto cómo estaba el parque esta mañana, Margot. Ha sido… ¡Buf! Se ha llenado de vecinos, de villancicos, de niños con los ojos repletos de ilusión. El capitán Mitchell ha desplegado la escalera del camión y ha dejado que tocaran las estrellas.

—¿Las estrellas?

—Sí, las estrellas. —Señaló al techo, pero no lo entendí—. ¿Quieres ver las estrellas conmigo?

Quería ver las estrellas y el resto de su mundo, quería ver cualquier cosa que me quisiera enseñar siempre que se mantuviera a mi lado con esa sonrisa, con esa mirada, con ese deseo que se le escapaba cada vez que su mano buscaba la mía para ir a otro lugar de aquel parque mágico.

—Este es el bueno de Benni —anunció tras rodear el árbol. Golpeó la carrocería de un viejo camión de bomberos y acarició el capó con auténtica reverencia—. Solo lo ponemos en marcha para los desfiles, pero es uno más de la flota.

—Es bonito.

—Sí lo es, pero mi preferido es este otro —señaló detrás de mí—: el camión bomba.

Le brillaron los ojos cuando recorrió el perfil de aquel monstruoso vehículo. Amaba su trabajo y adoraba cada uno de los elementos que lo conformaban, era evidente.

«¿Algún día me mirará a mí de esa forma?», me pregunté. No era probable. Yo sabía que los besos que habían empezado esa noche solo eran una fantasía. Tenía muy presente la conversación que mantuvimos en mi ventana acerca del futuro y de las relaciones, del

amor y del matrimonio, y, aunque era mejor tenerlo así que no tener nada, no podía ocultar que estaba enamorada de él y su código de honor me hacía daño.

«Tú también le dijiste que no estabas hecha para el matrimonio, que no te interesaba», me recordó la voz de la conciencia. Y así había sido, pero había mentido. Quería protegerme a mí misma pese a ser demasiado tarde.

—Es un modelo nuevo, totalmente equipado y preparado para cualquier cosa —oí que decía con admiración—. Aquí puedes encontrar de todo.

—¿De todo? —Levanté una ceja, suspicaz.

—De todo lo que se necesita para apagar un fuego o hacer un rescate. Si buscas una hamburguesa con queso, no creo que la encuentres.

Me puso las manos en la cintura y me ayudó a subir a la cabina. Tenía como un millón de compartimentos en los que guardaban las herramientas y no me costó imaginarme a JC sentado allí, concentrado, mientras se dirigía a un aviso de emergencias.

—¿Dónde lleva esta escalerita de aquí? —Señalé la ventanilla por la que acababa de mirar y le gustó mi curiosidad.

—Esa «escalerita» lleva al techo del camión. Ven, te lo enseñaré.

Estaba en su elemento, no hubo más que ver la rapidez con la que ascendió mientras yo me sentía como un elefante sobre la cuerda floja. Se burló de mí por mi cara de espanto, pero fue todo un caballero al tenderme la mano en el último peldaño.

—Escaleras, camillas, herramientas pesadas, rampas…, todo está aquí —enumeró con los brazos abiertos en un gesto que abarcaba el camión—. Y ahora, señorita, si es tan amable de acompañarme a su acomodación…

Extrajo un montón de mantas grises de un compartimento y las desplegó en la zona más plana del techo. Se movía con una naturalidad que me seducía, que me impedía apartar los ojos de cada movimiento que realizaba. Y cuando estuvo satisfecho con su obra, se sentó, me tendió la mano y me invitó a hacer lo mismo.

—Una sugerencia —me susurró al oído—: mejor tumbada.

Él lo hizo, se estiró todo lo largo que era y obedecí sin rechistar, rígida como una tabla. Se produjo un silencio extraño entre nosotros cuando recosté la cabeza y nuestros ojos quedaron a la misma altura,

un silencio cargado de promesas, de placer, de magia… No sabía qué hacer ni qué iba a hacer él. Me miraba, sí, pero no se movía, y la respiración se me fue haciendo más y más pesada.

—Me pones…

—Te pongo…

—… nerviosa. Me pones nerviosa.

Acercó la cara hasta que sus labios se posaron en los míos. Un beso profundo, pero tan rápido que no me dio tiempo a saborearlo. Luego se puso en pie y se alejó de mí.

—Ahora vuelvo.

—¿Cómo que ahora vuelves? —pregunté, incrédula—. ¿Adónde vas? ¡JC!

—Voy a por tus estrellas.

Me dejó desconcertada, pero sonriente. El corazón me latía fuerte en el pecho y su bum-bum resonaba en mis oídos como una canción. Estaba asustada, sí, mucho, pero no tenía miedo por lo que fuera a pasar esa noche. Con él estaba segura.

Y, de pronto, sucedió. La cochera se iluminó con cientos de pequeñas estrellas blancas que brillaban tanto o más que las del firmamento en una noche oscura. El techo, las columnas, los marcos de las puertas…, todo brillaba con aquellas diminutas lucecitas que él había encendido para mí. Era la magia que tanto deseaba, indescriptible, tan maravillosa que me tapé la boca, emocionada, y parpadeé muchas veces para comprobar que no era mi imaginación la que había convertido el parque de bomberos en el sueño de una noche de verano.

—¿Verdad que es increíble? —preguntó JC al acostarse a mi lado de nuevo con los brazos bajo la nuca.

—Es más que increíble. Es… es…

—Sí, lo es. Esos chicos hacen que un poco de cable y unas cuantas bombillas se conviertan en una ilusión.

—Deberíais dejarlas encendidas siempre… Es tan bonito.

—No se puede. A no ser que queramos prenderle fuego al parque, entonces sí.

—¿Qué? ¿Por qué?

—¿Ves la cobertura en forma de estrella? —Señaló con el dedo una ristra de luces cercana y asentí—. Cuando la bombilla se calienta, se quema con facilidad.

—¡No! —Reí. ¿Me estaba tomando el pelo?

—La última vez que se quedaron encendidas más tiempo del aconsejable, se armó una buena.

—¿Cómo de buena?

—Digamos que hubo que echar mano de los extintores.

—¡No te creo! —exclamé sin dejar de reír.

Él también reía. Reía como un niño travieso, orgulloso de su fechoría, y miró al techo, al cielo, con emoción hasta que la risa se le fue apagando y solo perduró el brillo de sus ojos.

«Mi chico de los ojos colmados de estrellas».

—Gracias por esto, JC —pronuncié despacito, sin apartar la mirada de mi cielo particular—. Son preciosas.

—Tú sí que eres preciosa. —Volví la cara y lo encontré contemplándome como si yo fuera algo único—. Mi niña preciosa.

Poco a poco, muy lentamente, se acercó a mí y me acarició los labios con los suyos. Era su manera de pedir permiso, y le correspondí con un beso enloquecedor que abrió la puerta a todo lo demás: a mis manos debajo de su sudadera, a su boca besándome el cuello, a mi mente nublada de deseo, a sus caricias perfilando mis curvas…

Era un baile bajo las estrellas, un baile perfecto en el que nosotros componíamos la música con cada susurro y cada gemido.

Me deshice de su jersey porque necesitaba verlo y tocarlo sin barreras, y él hizo lo mismo con mis capas de ropa hasta que llegó al sujetador. Debieron de impresionarle mis pechos, pues se separó durante unos segundos para contemplarlos embobado.

—Ni en mis mejores sueños los hubiera imaginado tan preciosos —susurró mientras su dedo índice comenzaba a trazar los contornos del encaje hasta que se detuvo sobre el pezón—. Maravilloso.

Contuve el aliento al experimentar aquella caricia tan íntima. Los pechos se volvieron más densos, los pezones se endurecieron, la piel se me hizo sensible a él y se me escapó un ruego licencioso:

—Por favor…

JC acercó la boca a uno de ellos y lo besó con reverencia. Apartó el encaje que lo cubría y volvió a depositar suaves besos que se convirtieron en caricias con la lengua y en delicados mordiscos de sus dientes. No estaba preparada para aquel placer tan visceral y se me escapó un grito contenido.

—¿Te he hecho daño?

—No, no, es que… eso ha sido…

—¿Bueno? —Asentí, acalorada por el momento y por su forma de mirarme—. ¿Sigo?

—Por favor…

Repitió la hazaña con el otro pecho y el resultado fue devastador. Me arqueé contra su boca, incapaz de controlar mis gemidos, y le enredé los dedos en el pelo mojado para apartarlo o para evitar que se apartara él, no lo sabía bien.

Nos besamos con un nuevo ritmo más desesperado y, mientras nuestras lenguas se buscaban y se enredaban, las hábiles manos de JC se encargaron de desabrocharme los pantalones.

—Espera, para…

—¿Estás bien? —Se preocupó, y fue enternecedor.

—Sí, estoy muy bien. —Suspiré y me sonrojé de nuevo. Quería explicarle lo que me pasaba, pero me daba tanta vergüenza…—. Yo… yo no lo he hecho nunca.

—Vale, entiendo. Estoy yendo muy rápido, ¿verdad?

—¡No! No es eso. ¡Oh, Dios, no! Estás yendo bien, muy bien, sí; pero quería que supieras que cuando me…, que cuando me toco… ahí… yo…

Disimuló muy mal la sonrisa que le curvó los labios y le fruncí el ceño en respuesta.

—¿Qué pasa cuando te tocas… ahí? Dímelo, quiero oírlo.

—No puedo…, no puedo… aguantarlo. Yo no puedo…

—¿Te gusta?

Me ruboricé. ¿De verdad iba a contarle lo que le pasaba a mi cuerpo cuando me tocaba entre las piernas? Noté la caricia de su mano en el interior del muslo y cerré los ojos, rendida.

—Sí, me gusta, pero pasa todo muy rápido…

—¿Cómo de rápido? —susurró, y su mano se adentró bajo las bragas hasta abarcar mi monte de Venus. Uno de sus dedos se deslizó por mi humedad y cogí aire bruscamente—. A mí me parece que no pasa nada rápido. Es más, creo que va todo muy lento, ¿no te parece?

—Sí…

Me mordí los labios y moví las caderas para ofrecerle un mejor acceso. JC me lo agradeció con una sonrisa y con un nuevo beso en la boca. La imagen fue delirante, sus labios se movían al mismo ritmo que las caricias de su dedo, y cuando se centró en mi clítoris

hinchado, por poco pierdo el sentido.

—¿Te gusta así? —Solo jadeé y él volvió a sonreír—. Puedo ir más despacio, si quieres.

—No… Así… Bien… ¡Dios, Dios!

Respiré grandes bocanadas de aire al sentir su dedo dentro y fuera de mí, llenándome de necesidad. Los susurros de la ropa me embriagaban la mente, pero los de la piel… Los de la piel me despertaban algo indescriptible en las entrañas. Quería más, mi cuerpo lo buscaba y se apretaba contra esa mano que me hacía temblar de un placer imposible. El sabor de sus besos, el olor de mi sexo, el tacto de su dedo, el sonido de mi corazón y él, él mirándome, él tocándome, él entrando de nuevo en mi mundo… Él y yo.

—JC, por favor…

El orgasmo llegó furioso y arrasador, me pilló con su nombre en los labios y las manos aferradas con fuerza a los músculos de su brazo. Seguía moviendo el dedo a una velocidad desesperante, pero yo ya lo abrazaba y lo empapaba sin remedio mientras él conseguía que aquello fuera algo más que un hombre llevando al cielo a una mujer.

Me rodeó con los brazos hasta que dejé de estremecerme y me besó el hombro desnudo con aire distraído. Su corazón latía muy rápido y muy fuerte en mi oreja, su piel estaba cubierta por una fina película de transpiración, mi piel ardía tras el clímax, pero allí hacía frío y no dudó en tirar de una manta y cubrirnos a los dos.

—¿Te encuentras bien?

—Me encuentro muy bien. ¿Y tú? —Él no, lo podía notar en la tensión de su cuerpo y en la dureza que se apretaba contra mi cadera. Bajé la mano a su pantalón deportivo y le acaricié la erección—. ¿Puedo hacer algo por ti?

Fue mi turno de sonreír con picardía y de admirar su reacción a mis atenciones. Era el hombre más apuesto y atractivo que había conocido, pero cuando cerró los ojos para abandonarse a mis caricias, se convirtió en el único hombre de mi corazón.

—Dime cómo te gusta que lo haga. Enséñame.

—Si me tocas, me correré. —Me sujetó la mano—. No creo que pueda resistirlo.

—Pues no te resistas.

Mi respuesta debió de convencerlo, porque se lanzó a besarme como si lo hiciera por primera vez en toda su vida. Sin embargo, antes

de que pudiera deleitarme con el tacto de su sexo en mi mano, una luz roja se encendió en la pared frente a nosotros y la alarma comenzó a sonar.

—¡Mierda! ¡Vístete, deprisa! Tenemos que bajar del camión.

—¿Qué?

De repente, varios hombres se prepararon para salir volando del parque. Lo harían conmigo medio desnuda en el camión bomba si no bajaba de allí de inmediato.

Pero, por si las cosas no podían ponerse aún más feas, las estrellas de mi cielo particular emitieron algunos destellos extraños y ¡pluf!, se apagaron; la persiana de la cochera se quedó atascada por la mitad y, en medio de aquel desconcierto, alguien maldijo muy alto, alguien soltó una risotada, alguien tiró de mi mano y alguien gruñó un exabrupto:

—¡Me cago en la hostia, Gallagher! ¿Qué cojones has hecho?

44. JC

Iba a tener que dar muchas explicaciones a la mañana siguiente, pero no en ese momento. Nos escabullimos como dos delincuentes, cogidos de la mano, destilando adrenalina por los poros. La aventura me iba a salir cara, pero había valido la pena cada segundo que había pasado con Margot.

En el trayecto hasta su casa, nos mirábamos, nos sonreíamos, pero ninguno de los dos podía pronunciar una palabra.

—Mañana recuperaré tu impermeable. No creo que nadie lo vea en el almacén.

—Vale.

—Te lo llevaré a casa por la tarde, cuando termine el turno.

—Está bien, no te preocupes.

No estaba preocupado por eso, pero sí por la situación. Margot estaba demasiado ausente, no era propio de ella. Tal vez si le hablaba de cómo me había hecho sentir y de cuánto la deseaba…

—Oye, Margot, lo que ha pasado… Yo…

—Sí, lo sé, tampoco tienes que preocuparte por eso. No ha sido nada.

—¿No ha sido nada? —Frené de golpe en medio de la calle—. ¿Lo que ha pasado no ha sido nada para ti?

—No… Bueno, sí, claro que sí, pero me refiero a que eso no nos convierte en nada, solo nos hemos enrollado, no hay que darle mayor importancia.

¿No había que darle importancia? ¡Yo sí quería darle importancia!

Me apreté el puente de la nariz y respiré en profundidad para calmarme. Me estaba enfadando y ella no tenía la culpa. O tal vez sí, pero no quería que ese fuera el colofón de nuestra noche juntos.

—Gracias por el paseo —dijo al llegar a su casa, como si nos hubiéramos limitado a caminar bajo la nieve—. Ha sido… bonito.

—Margot… —Suspiré—. Me gustaría que pudiéramos hablar de lo que ha pasado…

—No hace falta, de verdad —me interrumpió—. Ya está todo hablado. Ha sido una noche maravillosa, muy excitante, como una aventura, y te lo agradezco mucho, era lo que necesitaba. Siento no haber… —Me señaló la entrepierna y se sonrojó—. Siento que tu…, que tu… bomberito no haya podido apagar el fuego, ya sabes.

—¿Mi bomberito? —Apreté los labios para no soltar una carcajada ante semejante invención—. Mi bomberito estará bien, descuida.

—¡Oh, vale! ¿Tú… harás algo para… solucionarlo?

¿Me estaba preguntando si pensaba masturbarme para aliviarme? Esta mujer era increíble.

—Algo se me ocurrirá —respondí con un guiño. Me acerqué, le sujeté las mejillas y la besé en los labios—. Buenas noches, Margot.

—Buenas noches, JC. Y feliz Navidad.

Los gritos del capitán Mitchell enmudecieron al parque. Me los merecía, no diré que no, pero no creí que, por lo ocurrido la noche anterior, mereciera que me cayese un expediente disciplinario. La persiana de la cochera, que tuvieron que abrir manualmente entre varios hombres, no sufrió daños y el servicio se pudo realizar sin demoras. Solucionar el problema de la iluminación navideña iba a costar dinero y estaba claro que el sitio no era el más indicado para seducir a una chica, pero ninguna de esas dos cosas eran motivos para poner en riesgo mi trayectoria en el cuerpo. ¿O sí?

A pesar de todo, asumí los gastos y pedí disculpas. No fue suficiente para aplacar la ira del capitán, por lo que, a falta de servirle mi cabeza en una bandeja de plata, puse a su disposición todas mis horas libres para llevar a cabo trabajo administrativo retrasado o cualquiera de las tareas de mantenimiento del parque que no quisiera hacer nadie.

Stephen me encontró en el vestuario guardando el impermeable de Margot.

—¿Te follaste a una tía en el techo del camión bomba? —Lo fulminé con la mirada y él levantó las manos para defenderse—. No mates al mensajero, colega. Es lo que han dicho los del turno de noche. Yo no me lo he inventado.

—Déjame en paz, Nichols. No estoy de humor para tonterías.

—Ya me imagino… Mitchell se ha pasado mucho. Todos lo hemos oído. Los chicos también piensan que es injusto. —Agradecí en silencio el apoyo—. Pero, en serio, dime: ¿te la follaste en el techo del camión?

—¡Oh, cállate, idiota!

—¡Lo hiciste! —afirmó, exaltado—. Oh, tío, lo hiciste. Eres un *crack*. ¿Quién era? ¿La conozco? No sería Penny, ¿verdad? Últimamente ha estado viniendo por aquí…

—No era Penny —dije, hastiado—. Ha estado viniendo por lo del acto de reconocimiento a los caídos. El capitán quiere que Ricardo Olsen figure en el nuevo memorial.

—Vale, vale. Está bien. ¿Entonces? ¿Quién era? Venga, cuéntamelo, tío. Hace semanas que no mojo.

Puse los ojos en blanco y salí del vestuario con Stephen pisándome los talones. Teníamos pruebas de entrenamiento y llegábamos tarde. Solo me faltaría que el teniente también la tomara conmigo por retrasarme.

—¡La tía de la manifestación! ¿Es esa? —insistió, pero esta vez dio en la diana—. Buenas tetas, un culo excelente, boca apetecible…

—Déjalo ya —le advertí, y cometí el error de ponerme demasiado serio.

—¡Oh, oh, oh! ¡Tocado y hundido! Qué cabrón, te la has tirado.

—No.

—¡Oh, sí! Lo veo en tus ojos, Gallagher.

—Déjalo estar. —Me estaba enfadando y no tenía humor para soportar tonterías.

—¡Ja! ¡Te la has tirado en el techo del camión bomba! ¡Eh, chicos, Gallagher se ha tirado a la tía de la manifestación!

Me revolví furioso y estampé el puño en el ojo de Stephen. No me gustaba que hablara de Margot en esos términos. Sabía que él era así, pero estaba demasiado susceptible para aguantarlo esa mañana.

—He dicho que lo dejes correr, ¿entendido? —mascullé. Luego, me arrepentí y me apoyé en la pared de enfrente con la respiración agitada mientras él se resentía del golpe—. Lo siento. Hoy no es un buen día, Stephen. No me lo jodas más.

—¡Vale, tío! Yo también lo siento. —Parpadeó para recuperar la sensibilidad del ojo, sonrió y negó con la cabeza—. No me había dado cuenta.

—¿De qué? ¿De que no tenía un buen día?

—No, de que andabas detrás de esa chica de verdad. Es la pirómana, ¿verdad? —Le gruñí para que no la llamara así—. Bueno, ya me entiendes, la chica a la que se le quemó la cocina. —Asentí—. Es guapa.

—Sí, es guapa.

—¿Y?

—¿Y qué?

—Que si te gusta, si vas en serio con ella. Pensé que querías ser un soltero empedernido.

Me pasé la mano por la cara para despejarme. Desde que Margot había vuelto a mi vida, cada vez estaba más cerca de convertirme en un idiota empedernido.

—Me gusta, sí.

—¿Y…? —Se exasperó—. Oye, tío, pon un poco de tu parte, va. Somos colegas, puedes contarme lo que quieras. Ya sé que eres de pocas palabras, pero no hagas que te las saque a tortas. Me has pegado, te debo una, pero te la perdono si me cuentas qué pasa con… con…

—Margot.

—Eso, cuéntame que pasa con Margot.

Ni yo sabía qué pasaba con Margot. Le había confesado que me gustaba y ella había demostrado con creces que sentía algo por mí. Sin embargo, después de lo que compartimos en el techo del camión, se comportó como si nada, como si no hubiera tenido mi mano metida en sus bragas, como si no se hubiera corrido para mí mientras rozaba las estrellas.

—No sé en qué estás pensando, pero creo que estás jodido, amigo.

—Bien jodido, sí.

—¡¡Nichols!! ¡¡Gallagher!! ¡No hagáis que salga a por vosotros! —tronó la voz del teniente desde el gimnasio.

Stephen me pasó el brazo por los hombros y me dio un puñetazo amistoso en el pecho.

—Vamos, casanova. Al menos si nos echan del cuerpo podré decir que mi amigo es una leyenda. —Levanté una ceja, sin entender—. Te tiraste a una tía en el techo del camión bomba, colega. Eso perdurará en los anales de la historia.

Solté una carcajada y dejé que siguiera soñando. Al fin y al cabo, casi pasó.

Casi.

45. Margot

Al salir de la fábrica, le dije a Karen que me iba a casa porque no me encontraba bien y terminé metida en el autobús 18, en dirección a Capitol Avenue. No sé por qué lo hice. Me había prometido que no iría al parque de bomberos, que respetaría el espacio de JC y le daría el tiempo que quisiera tomarse.

El hecho de llevar cuatro días sin saber de él después de nuestra aventura era un claro indicio de que estaba arrepentido. Al principio, lo entendí. No quería ataduras, no quería compromisos, no quería relaciones. Por eso le dejé clara mi postura la noche de Navidad: solo nos habíamos enrollado, nada más.

Pero, en el fondo, me dolía, porque yo no quería que se distanciara. Solo me estaba haciendo la dura para que no me rompiera el corazón otra vez. Dijo que vendría a traerme el impermeable y no lo había hecho, dijo que hablaríamos y seguía esperando.

A los dos días empecé a pensar que era un cobarde por no dar la cara. Y después de dos más, mi cabreo era tal que el calificativo de cobarde se le quedaba corto. No quería volver a verlo, era lo mejor, y pensaba decírselo esa misma tarde, si es que estaba en el parque.

—¿JC Gallagher? —le pregunté a un hombretón negro que arrastraba una pesada manguera delante de la salida de vehículos.

Señaló al fondo de la cochera y continuó con su tarea.

Se me encendieron las mejillas al ver el camión bomba, el viejo Benni, el abeto de Navidad, la decoración… Miré al techo esperando ver mis estrellas, pero solo me encontré vigas de hierro. Las habían quitado. Creo que habíamos tenido algo que ver con eso.

—¿Podría indicarme dónde encontrar a JC Gallagher, por favor? —pregunté con mucha educación a otro bombero—. Me han dicho que estaba aquí, pero no sé…

—¡Hola, hola, hola, belleza! ¡Eres tú! Eres… ¿Marjory? ¿Margaret?

—Margot.

—¡Margot, eso es! Te recuerdo, Margot. Yo estaba en la manifestación con JC. —Me sorprendió el recibimiento. No tenía la menor idea de quién era ese chico, pero parecía muy simpático—. Stephen Nichols, compañero, amigo y ángel de la guarda de JC.

Me tendió la mano y la acepté un poco cohibida. Era atractivo, de mirada inquieta y sonrisa fácil; parecía saber algo que yo ignoraba y

tenía pinta de haberse metido en algún lío, a juzgar por el ojo morado.

—Tú chico está castigado en el patio de atrás. Sígueme, te llevaré allí.

—No es mi chico —le aclaré—. ¿Y por qué está castigado? ¿Qué pasa? ¿Os castigan si no hacéis los deberes o algo así?

—No, preciosa, nos castigan cuando provocamos un apagón de madrugada en pleno aviso de emergencia. —«Touché», pensé, y mis mejillas se sonrojaron sin compasión—. Pero no te inquietes, tu chico es listo. Después de cuatro días entregado al cien por cien a las tareas que nadie quiere, el capitán no tardará en levantar la mano. No tienes que preocuparte.

—No estoy preocupada. Y no es mi chico —repetí.

Stephen Nichols soltó una risita y me guio hasta la puerta del patio trasero. Allí, en medio de un mar de cable y bombillas, estaba JC.

—Tienes visita, colega.

Cuando me vio, frunció el ceño por una milésima de segundo y se afanó más de la cuenta en limpiarse las manos con el trapo que sostenía.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, visiblemente molesto. Ni siquiera se acercó.

—¿Qué maneras son esas de recibir a una dama, tío? —protestó su amigo. Me rodeó los hombros con un brazo y fingió querer protegerme —. No se lo tengas en cuenta, nena. Tu chico está un poquito susceptible estos días.

—No la llames «nena» —gruñó JC.

—No es mi chico, ¿te lo digo otra vez?

—¡Vaya! Tal para cual —se mofó él sin perder la sonrisa.

—Largo, Stephen —le ordenó JC. Tiró el trapo sobre la caja de herramientas que había en el suelo y sorteó las largas tiras de bombillas hasta llegar a nosotros—. No sé qué haces aquí aún.

—Te estaba esperando por si te apetecían unas birras al terminar, pero ya veo que los planes acaban de cambiar.

—No lo dirás por mí —intervine—. Solo he venido a recoger lo que me dejé la otra noche.

«Y a preguntarle por qué no había venido a verme en los últimos días», pero eso estaba de más mencionarlo. Su actitud hablaba por él.

Stephen obedeció a la orden silenciosa que le dio JC y cerró la puerta al salir. «Fenomenal», pensé. Estábamos en un asqueroso patio

trasero, rodeados de trastos y suciedad, y con la sensación de que si pisaba una bombilla saltaría todo por los aires, como una mina antipersonas.

De pronto, su cercanía me resultó demasiado intimidante y su presencia me aceleró el corazón. Todas las cosas que quería decirle me parecieron absurdas e infantiles en ese momento. Llevaba un mono de trabajo sucio, estaba despeinado, la cara manchada y parecía agotado, pero en lo único que podía pensar era en tocarlo y en que me tocara, en que me envolviera con los brazos y me besara como si yo le importara, como si me hubiera echado de menos tanto como lo había añorado yo esos cuatro malditos días.

—Tu amigo es muy simpático —dije, incapaz de estar más tiempo en silencio.

Bufó en desacuerdo y se pasó la mano por el pelo en un gesto nervioso que me era familiar.

—¿Qué haces aquí?

—Ya te lo he dicho: he venido a por el impermeable.

—Te dije que te lo llevaría yo. No hacía falta que vinieras.

—Ya, pero eso fue hace cuatro días, y no he sabido nada de ti desde entonces —le recordé.

—No he tenido tiempo, Margot. He estado ocupado.

—Pues haberme llamado.

—¿Dónde? No tengo el número de tu casa.

—¡Pues haberlo mirado en la guía! —exclamé, enfadada—. Somos los únicos Addams de Somerton Road. Pero ¿sabes qué? No importa. Dame el impermeable y me iré. No te molestaré más.

—¡No me molestas, Margot, maldita sea! Llevo cuatro días encerrado aquí intentando saldar la deuda que tengo con el parque. Mi capitán está furioso por lo que pasó y ha amenazado con abrirme un expediente disciplinario. ¡No quiero un maldito expediente disciplinario en mi carrera! No puedo tenerlo, no puedo ensuciar así el nombre de mi padre, ¿entiendes? —Respiró hondo un par de veces y me entraron ganas de abrazarlo—. Quería ir a verte, juro por Dios que lo deseaba desde que te dejé en casa, pero no he podido. Apenas he pasado por la mía para a ver a mi madre, tengo mil cosas que hacer aquí, me han endosado algunos trabajos para el homenaje a los caídos, tengo que revisar papeleo por doquier, reparar las luces, volver a ponerlas en su sitio, y no puedo decir que no a nada. Stephen me echa

una mano cuando acabamos el turno, pero estoy… estoy exhausto, Margot, y no quiero discutir contigo.

Nunca le había oído pronunciar tantas palabras seguidas, y me mordí el labio para no reírme.

—¿Te divierte mi desgracia? —preguntó con una ceja levantada y ese tono jocoso que empleaba cuando fingía estar ofendido—. Puede que sea de mala educación lo que te voy a decir, pero estoy pagando esta deuda por los dos, así que agradecería un poco de…

—¡Esto es el colmo! Fuiste tú quien me trajo aquí.

—Fuiste tú la que quería ir a un lugar mágico.

—¡Porque estaba triste! Me hubiera conformado con un paseo bajo la nieve.

—Ya estábamos bajo la nieve y hacía frío —objetó.

—¡Yo no tenía frío!

—Eso es porque se me da muy bien calentarte.

Rodé los ojos y emití un bufido muy poco femenino. Esa fanfarronería era algo nuevo, y me gustó.

JC dio un paso hacia mí y yo retrocedí. Di con la espalda en la pared sin darme cuenta.

—Si te refieres a esa tontería de prestarme una sudadera…

—No, Margot, me refiero a esa tontería de besarte hasta hacerte gemir.

—No me haces gemir —protesté sin demasiado ímpetu. Dijera lo que dijera, él había ganado aquella batalla—. Te lo tienes muy creído.

—¿Quieres que te lo demuestre?

Estaba muy cerca, tanto que podía percibir su olor a sudor, a caucho, a ceniza… Mis dedos cobraron vida propia y le apartaron los mechones rebeldes que le caían sobre la frente. No se había afeitado y la barba de un par de días me cosquilleó en la palma cuando le acaricié la mejilla. Él cerró los ojos y buscó mi contacto con la cara, con el cuerpo, con los labios que besaron el pulso de mi muñeca.

—Te he echado de menos cada segundo del día —susurró—. No he podido pensar en otra cosa que no fuera tenerte.

—Me tienes.

—No, tenerte del todo. —Frotó la mejilla un poco más contra mi mano y abrió los ojos. Su intensidad me robó el aliento y me hizo desear estar en otro sitio, a solas con él—. Hasta el final.

—Hasta el final —repetí antes de que su boca encontrara la mía.

Sus manos se aferraron a mis caderas y dejaron un rastro de calor en un ascenso directo a mis pechos. Los acarició por encima del jersey hasta que los pezones se pusieron duros y, luego, continuó el recorrido con el objetivo de inclinarme la cabeza a su antojo para profundizar el beso. Lamió, mordió y succionó durante una eternidad, su sonrisa jugó con mis labios y sus ojos me recorrieron el rostro como si no me hubieran visto en décadas.

—Lo deseas tanto como yo, ¿verdad?

No necesité que me explicara de qué estaba hablando. Pero, por si la intención no estaba clara, dio una pequeña embestida con sus caderas contra mi pelvis y percibí su erección.

—Mis padres van mañana a una fiesta, no habrá nadie en casa —pronuncié, jadeante.

—¿Y tú no tienes planes para despedir el año? —quiso saber mientras me dejaba pequeños besos en el cuello.

—No, no tengo planes. ¿Y tú?

—Ahora sí.

46. JC

Me gustó cenar a solas con mi madre la última noche del año. Desde que se había metido en la asociación de viudas del cuerpo de bomberos estaba mucho más animada, y eso me hacía muy feliz. Se había involucrado mucho en el acto de homenaje a los caídos que se celebraba el primer sábado de enero y, durante la cena, me había puesto al día de las vidas de cada una de aquellas mujeres a las que admiraba por su entereza y su templanza.

—Penny Olsen me preguntó por ti —dijo con cierto tono de advertencia que no me pasó desapercibido—. No sabía que os conocíais.

—Ricardo Olsen era de la 22, murió de cáncer antes de que yo entrara en la compañía. Ella… frecuentaba mucho el parque, la conocí allí. El capitán Mitchell ha conseguido que incluyan a su marido en el homenaje.

—Lo sé. —Se quedó callada un instante—. Por ahí se dice que tú y ella…

—No hay nada, mamá. Puedes estar tranquila.

—No es que me moleste, no me malinterpretes. Es joven y bonita, pero esa chica no ha superado la pérdida. Necesita tiempo.

—No tienes que explicármelo, lo sé. Y ella también lo sabe. Estará bien.

Me apresuré a recoger la mesa antes de ir a cambiarme de ropa. No había quedado con Margot a una hora concreta, pero no quería desaprovechar el tiempo. Iba a darle la bienvenida a 1974 en sus brazos y cada segundo contaba.

—¿Vas a salir?

—Sí, he quedado con los chicos —mentí. Si le decía que el motivo de mi prisa era Margot Addams, la tendría revoloteando a mi alrededor hasta que le diera alguna información más. Era demasiado pronto—. No me esperes despierta. Llegaré tarde.

—Pero si no has parado de bostezar durante la cena. Deberías irte a la cama ya mismo.

«Eso voy a hacer, sin duda», pensé con media sonrisa.

Las luces del salón de casa de Margot estaban encendidas cuando llegué y, por miedo a que sus padres no se hubieran marchado, fui directo a la ventana de su dormitorio. Había empezado a caer una fina

lluvia que pronto se convertiría en nieve y me temí que, como era habitual, se hubiera dejado la ventana abierta. Pero Margot todavía tenía el poder de sorprenderme y no solo estaba cerrada, sino que había dejado una nota pegada al cristal: «Esta noche llama a la puerta».

Casi me pareció surrealista llamar al timbre, y cuando la puerta se abrió…

«Dios mío».

Llevaba un vestido blanco con margaritas bordadas y zapatos de tacón alto. Se había recogido un poco el pelo a los lados y lo sujetaba con unas mariposas de brillantes. El maquillaje la hacía parecer más mayor, la tela remarcaba sus curvas, el perfume la envolvía, y a mí con ella, y, por unos segundos, deseé que aquella fuera la imagen que me recibiera cada día al llegar del trabajo.

—¿Entras o te vas? —preguntó Margot con una ceja levantada.

Me sentí confuso, intimidado por su belleza. Estaba deslumbrante y yo solo había alcanzado a ponerme unos pantalones y una camisa cualquiera.

—Si hubiera sabido que íbamos a salir, me habría arreglado un poco más.

—¿Quién ha dicho que vayamos a salir? —Me cogió la chaqueta, como una buena anfitriona, y me indicó que pasara al salón—. Si lo dices por el vestido, solo es una tontería.

—No es una tontería. Es muy bonito.

—¿Sí? —Se le iluminó la cara y deslizó las manos por las caderas para alisar la tela—. Es un vestido especial para una noche… especial. Ya sabes, porque se acaba el año y eso, no es porque vaya a pasar nada especial. Yo no me habría puesto el…

—Margot —la interrumpí—, el vestido está bien y tú estás preciosa.

La besé en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios y ella se encogió de hombros, como siempre que quería quitarle importancia a los momentos incómodos. Señaló el sofá para que me sentara e hizo lo propio con una mueca de dolor. Le dolían los pies, no debía de ser fácil andar con esos zapatos, y mis sospechas se confirmaron cuando se descalzó y los escondió bajo un cojín. Frente a nosotros, en la televisión, la CBS había conectado en directo con Times Square y dos señoritas ligeras de ropa acompañaban al recién electo alcalde de

Nueva York, Abraham Beame, en la cuenta atrás para despedir 1973.

Todo parecía normal, pero nada lo era. El ambiente era extraño, forzado. No había espontaneidad en los gestos de Margot, parecía tenerlo todo pensado: el lugar donde sentarnos, la tele encendida, una licorera con dos vasos sobre la mesa, el vestido, los zapatos… El conjunto me desagradó, su mirada de soslayo era incómoda, el hecho de estar sentado al otro lado del sofá lo hacía todo más frío, y sabía que a ella también se lo parecía.

Y entonces lo vi claro. No sé si fue por su suspiro, por el temblor de su mano al servir el licor o por el trago de *whisky* que se bebió sin pestañear y que la hizo toser como nunca, pero me di cuenta de que no era así como quería que fuera. No era así como la quería.

Sin decir ni media palabra, apagué el televisor y fui a por nuestros abrigos.

—¿Qué haces?

—Improvisar —respondí.

—¿Por qué? Está a punto de terminar el año.

—Por eso mismo, voy a improvisar. —Tiré de ella hacia la puerta, pero se resistió y me vi obligado a darle una explicación que justificara mi decisión—. Me gusta que te hayas vestido así para mí y me parece un detalle muy bonito que hayas preparado todo esto para los dos, pero no es tu estilo. Me gusta más la Margot de siempre.

—Quería que fuera inolvidable.

—Será inolvidable porque eres tú. Pero si te conviertes en una señora aburrida de cuarenta años moriré de aburrimiento.

—Eres idiota. No me he convertido en nada.

—¿No? —La reté con la mirada—. Entonces, sígueme.

Frunció el ceño y me soltó la mano. Se puso el abrigo y me siguió hasta el pequeño jardín delantero. La lluvia había cesado, pero la temperatura había bajado algunos grados más y era cuestión de minutos que comenzara a nevar.

Iba contando los segundos mentalmente, apenas faltaba un minuto para el cambio de año, e iba a besarla en el momento justo.

—¿Y ahora qué? —preguntó parada delante de mí.

Levanté una mano para que esperara.

«Treinta y dos, treinta y tres…».

Abrió la boca para hablar de nuevo, pero le pedí con la mirada que aguardara un poco más.

«Cuarenta y ocho, cuarenta y nueve…».

Se cruzó de brazos, enfurruñada, y miró en dirección a la casa, pensando en volver a entrar y cerrarme la puerta en las narices. Era como si estuviera en su cabeza y pudiera saber lo que pensaba.

«Cincuenta y seis, cincuenta y siete…».

Y en ese instante preciso en el que la ciudad estalló en vítores, me acerqué a ella y la besé para dar la bienvenida a un año nuevo cargado de promesas. La abracé mientras mis labios se saciaban con los suyos y encontré a la chica a la que andaba buscando, a la descarada, a la que no dudaba en abrir la boca y buscar mi lengua con la suya, a la que gemía mientras mi mano se enredaba en el pelo de su nuca, a la que buscaba el calor que solo yo podía darle.

Esa era mi Margot.

Tal y como había augurado, la nieve empezó a flotar a nuestro alrededor y ambos levantamos la cara para dejar que los copos nos acariciaran como plumas caídas del cielo. Sonreímos al mismo tiempo, nos miramos al mismo tiempo, nos buscamos al mismo tiempo y quise parar eso mismo, el tiempo, porque si había un instante perfecto era ese.

—Creo… creo que me he olvidado de… los zapatos —dijo entre jadeante y avergonzada.

Le miré los pies, horrorizado, pero ella reía sin parar. Solo las medias la separaban de la tierra húmeda del jardín y, sin pensarlo, la cogí en volandas y ella llenó el ambiente de protestas fingidas y carcajadas.

—Estás loca —la reprendí de camino al interior de la casa. Volví a besarla mientras cerraba la puerta de una patada—. Estás loca y preciosa.

—Tú me has obligado a salir. No me ha dado tiempo a calzarme.

—Podrías haberlo dicho.

—Podrías haberte fijado. Puedes bajarme ya.

Podía, pero no lo hice. Llevarla en brazos era un placer recién descubierto. Una de mis manos le acariciaba el muslo por encima de la media, la otra había quedado muy cerca del pecho. El vestido se abría por el escote con cada respiración profunda y mostraba toda la piel que tenía intención de conquistar esa noche.

Le acaricié el cuello con la nariz y me premió con un ronroneo delicioso. Se entregaba a mis atenciones con total abandono,

jugueteaba con el pelo de mi nuca y me buscaba con los labios para que la besara.

—Vamos a mi cuarto —propuso en un susurro incendiario.

—¿Estás segura?

Se le escapó una risa ronca y asintió, convencida.

Nos besamos una y otra vez de camino al dormitorio. No había nada que deseara más que desnudarla y memorizar cada pulgada de su cuerpo. Me iba a tomar las cosas con calma, como ella merecía, porque sabía que iba a ser su primera vez y porque quería que el recuerdo de esa noche perdurara para siempre en su memoria. A pesar de mi excitación, a pesar de las ganas que me sacudían cada fibra, Margot era lo primero aquella noche.

Ella siempre sería lo primero.

47. Margot

—Llevas. Demasiada. Ropa.

No sé si las palabras las pronunció él o fui yo la que pensó en voz alta, pero fue lo primero que se oyó en la habitación nada más cerrar la puerta al mundo exterior. Las risas se mezclaron entre los besos y la prisa nos llevó a tirar de las prendas hasta que alguna costura crujió.

Caímos en la cama en ropa interior, ateridos, pero ardiendo por dentro, cubriendo de caricias la piel que alcanzaban nuestras manos, descubriendo lo que nos excitaba, lo que nos hacía jadear… Dedicamos infinitos minutos a reconocernos y, cuando la exploración fue insuficiente, JC se deshizo del sujetador y comenzó de nuevo. Con la boca.

«Dios mío. Dios mío».

La anticipación era una droga y una condena al mismo tiempo. El rastro de besos que comenzó en los labios se fue desplazando hasta el cuello, y luego por el hombro. Cuando llegara a los pechos se detendría, lo sabía, y me haría cosas que me excitaban solo de pensarlas. Pero se demoraba y mis latidos se desbocaban.

—Por favor…

—Chist, sé lo que quieres y voy a dártelo, pero primero…

Más besos húmedos por la clavícula, bajo la oreja, en la garganta, tan lentos y desesperantes como el ir y venir de su mano por la piel erizada de mi abdomen.

Ya estaba a punto de cogerle la cabeza con las manos y ponerlo a lamer en el lugar indicado cuando la punta de su lengua dio un pequeño toque sobre un pezón y grité su nombre sin poder contenerme.

Me devolvió una risa y una mirada pícara que me provocó un escalofrío.

—¿A qué hora has dicho que volvían tus padres? —preguntó. Su aliento endureció el pequeño guijarro sonrosado.

—Más tarde. No pares.

Continuó haciéndome sufrir y disfrutar con tanta exquisitez que empecé a retorcerme bajo su boca en busca de algo más. Él lo entendió bien y aquella mano perezosa que se paseaba alrededor del ombligo bajó y bajó hasta que cubrió la tela de las braguitas.

—Estás mojada —susurró con voz ronca—. Estás muy mojada.

¿Tenía que decir esas cosas con tanta lascivia? ¿No se daba cuenta de que me encendía más, que cada palabra iba directa al centro de mi placer y ya me encontraba muy cerca de caer en el abismo del orgasmo?

Abrí las piernas de forma involuntaria, como una invitación. Lo quería ahí mismo; sus caricias, sus dedos, sus maravillosas atenciones estaban tardando en llegar y, cuando entorné los ojos para ver qué pasaba, por qué su boca se había separado de mí y su mano no me tocaba, lo encontré mirándome como no me había mirado jamás.

—No puedes imaginar lo preciosa que estás ahora mismo. Haces que desee muchas cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas que no puedo dejar de soñar. —Me besó con intensidad, con un arrebato contagioso.

—Dímelas. Dime todas esas cosas —le rogué. Me costó reconocer el tono grave de mi voz y me sonrojé por la audacia que me ponía las palabras en los labios—. Quiero conocer todos tus sueños.

—Te los mostraré, si me dejas.

—Te dejo, te dejo, sí.

Volvimos a besarnos hasta que nos faltó el aire, y cuando no fue suficiente volvimos a usar las manos para tocarnos, arañarnos, excitarnos hasta que tampoco fue suficiente. Tenía los pechos tan sensibles que un solo soplido de JC me inflamaba. Me sentía húmeda entre las piernas y anhelante de algo que no sabía reconocer.

Se deslizó por mi cuerpo y se llevó con él las braguitas. Era absurdo sentir vergüenza en ese momento, pero la sentí, y mi primera reacción fue cerrar las piernas.

—No, no, cariño. Las necesito abiertas. —Acompañó las palabras con largas caricias por los muslos y besos, pequeños besos que fueron dejando un rastro demoledor hasta el mismo vértice de rizos oscuros. Gemí tan fuerte que me tembló el pecho—. Eso es… Eres tan increíble…

Me tocó con un dedo y fue como sentir una corriente de tres mil vatios recorriéndome el cuerpo, aunque lo mejor estaba por llegar. La verdadera descarga se produjo cuando la punta de su lengua me rozó el clítoris y jugó con él como si fuera el caramelo en la boca de un niño goloso. Intenté cerrar las piernas de nuevo, pero él me lo impidió. Era una sensación tan intensa, tan insoportable y, a la vez,

tan maravillosa…

Karen me había hablado de ese tipo de sexo y de que a algunos hombres les gustaba saborear los flujos de las mujeres en el momento de mayor excitación. Las chicas de la fábrica, las más mojigatas, cuchicheaban y decían que algunas se habían vuelto locas después de que algún pervertido les hubiera hecho «eso». Pero ¿no era acaso la cosa más extraordinaria y sórdida que un hombre podía hacerle a una mujer? ¿No era el momento más sucio y delicioso que había vivido en mi vida? Él sabía bien lo que se hacía; mis gritos incontrolables daban fe de ello. Y yo… Yo no podía resistirme. Quería apartarlo, pero también sentirlo más profundo. Quería mostrarme avergonzada y horrorizada, pero mi pelvis se alzaba hacia su boca para facilitarle la labor. Quería pedirle que parara, pero de mis labios solo salían palabras que lo alentaban más y más, palabras inconexas que reflejaban cuánto placer me estaba dando.

Y, cuando estallé, no se apartó. Y, cuando noté la lava que se desprendía de mis entrañas, continuó. Y, cuando mis manos le tiraron del pelo para detenerlo, fue él quien se apretó más hasta beberse la última gota del mejor orgasmo de mi vida.

Lloré, asustada por lo que había experimentado, y reí, maravillada por lo mismo. Y, cuando todo pasó, me besó en la boca y descubrí mi sabor en sus labios.

—¿Por qué has hecho eso? Ha sido…

—¿Bueno? —Sonrió, pagado de sí mismo.

—No, bueno, sí. Ha sido… No sé cómo ha sido. —Sonreí yo también al darme cuenta de que estaba balbuceando—. Ha sido… increíble.

—Me alegro de que pienses eso, porque aún queda lo mejor.

—¿Mejor que esto?

—Mucho mejor.

Se desprendió del calzoncillo y me quedé mirando fijamente el tamaño de su virilidad. Sin invitación previa, alargué la mano y deslicé un dedo por toda su longitud para comprobar que era tan suave como la había sentido en el parque de bomberos. Era aún más tersa y estaba coronada por unas cuantas gotitas viscosas que me causaron mucha curiosidad al tocarlas.

—Me estás matando, Margot.

—¿Por qué? ¿Qué sientes?

Me arrodillé en la cama para estar a la misma altura que él y dejé que mi mano se deslizara arriba y abajo. Sabía que eso les gustaba, me lo había dicho Karen, pero nunca imaginé que una caricia tan sencilla podría hacer maldecir a un hombre como JC.

—Voy a perder el control si no paras.

—¿Y qué hay de malo en perder el control?

—Margot… —Me sujetó de la muñeca y apretó la mandíbula—. Esta noche no. Esta noche es solo para ti.

Buscó entre la ropa tirada por el suelo hasta que dio con lo que llevaba en el bolsillo del pantalón y me lo mostró.

«Un preservativo, claro». Ni siquiera me había acordado de la protección. Me sentí muy tonta y avergonzada, tanto que aparté la vista de él y la fijé en la nota que le había dejado pegada en la ventana.

—¿Estás bien? ¿Quieres que paremos?

—No, bueno, sí, estoy bien. Y no, no quiero que paremos.

—¿Y qué quieres? —preguntó con mucha suavidad mientras recorría mi cuerpo desnudo con una mirada tan intensa que me erizó la piel—. Dime qué quieres que haga.

—Quiero… quiero que me beses y no te detengas.

—Tus deseos son órdenes, mi amor.

«Mi amor», repetí, embriagada de felicidad. «Mi amor» era lo que se decían las parejas que se querían. «Mi amor» era lo que el señor Baker le susurraba a la señora Baker cuando la abrazaba por la espalda. «Mi amor» era lo que le repetía Troy a Karen cuando ella lo miraba con ojos brillantes. «Mi amor» sonaba a algo más que a un rollo. Sonaba a relación.

Interrumpí el beso para pedirle que repitiera de nuevo esas maravillosas palabras, pero el sonido de dos voces que discutían se coló en la habitación y me tensé.

—¡Mis padres!

—¿Qué?

—Que han vuelto mis padres.

Me bloqueé, paralizada. Las manos de JC se quedaron inmóviles sobre mis caderas y ambos miramos a la puerta de la habitación sin pestañear. Si no daba señales de estar despierta, no entrarían. Mis padres no eran los típicos que se preocupaban por ver si su hija estaba dormida o se había escapado por la ventana. A ellos les daba igual.

Pero luego recordé que las luces de la casa estaban encendidas y que nada impediría que mi madre irrumpiera allí para echarme un sermón por malgastar electricidad.

—¡Vístete! —Me puse las bragas y una camiseta cualquiera—. O mejor no, no te muevas, no hagas ruido. Ahora vuelvo.

Apagué la luz del salón antes de que se abriera la puerta y esbocé una amplia sonrisa de bienvenida. Mi madre se sorprendió al verme, pero solo fue un instante.

—Qué casualidad, ya me iba a la cama cuando he oído el coche. ¿Qué tal la fiesta? Habéis vuelto pronto.

—Abominable, como todo lo que hace esa excéntrica —declaró mi madre muy ofendida. Encendió la luz que yo acababa de apagar, fue directa a la licorera que se me había olvidado recoger y se sirvió un dedo de *whisky*. El corazón volvió a latirme cuando continuó con sus quejas—. Alguien debería decirle a Loreta que es de muy mal gusto emborracharse en su propia fiesta y querer bailar con hombres que no son su marido.

—Era una fiesta, Margaret. No hay nada malo en bailar —se defendió mi padre. «Pobre papá»—. ¿De quién es el coche de ahí afuera? No lo había visto nunca.

Un rápido vistazo por la ventana me bastó. Era el Buick de JC. Lo había dejado aparcado delante de la casa.

—Será de alguno de los hijos de los Thomson —respondió mi madre con irritación, y apuró el contenido del vaso—. Esos idiotas no respetan nada.

—La calle es de todos, madre. Los Thomson pueden aparcar donde quieran.

—¡No los defiendas, Margot! No sé por qué siempre te empeñas en llevarme la contraria. ¡Me das dolor de cabeza!

—No me empeño en…

—¡Basta! ¿No te ibas a dormir? Pues buenas noches.

Miré a mi padre en busca de comprensión, pero él ya estaba delante del televisor, sonriendo por algo que habían dicho en el programa de Fin de Año. Les deseé buenas noches y me apresuré a regresar al dormitorio. JC no podría marcharse hasta que mis padres se fueran a la cama. Mi madre lo oiría si arrancaba el coche, y eso complicaría las cosas.

—Todo controlado —dije en susurros mientras cerraba la puerta

muy despacio—. No puedes irte aún, tendrás que esperar a que… ¿JC?

Estaba dormido, estaba tan dormido que, cuando me senté en la cama, ni se inmutó. Se había vestido, incluso se había calzado, y parecía haber caído muerto de un disparo. Estaba tan quieto que me acerqué a su pecho para comprobar que respiraba.

—¿JC? —Lo moví un poco, sin éxito—. Eh, JC, despierta.

No lo hizo, apenas se movió cuando le aparté el pelo de la frente.

«Mi amor», pensé. Lo era, porque no cabía duda de que estaba terriblemente enamorada de él. Por si aún me quedaban recelos al respecto, mi corazón se encargó de saltar en el pecho al reconocerlo.

«Es un tremendo error, un error guapísimo».

Me recosté en la almohada, frente a él, y me permití unos segundos de soñar despierta, de imaginarlo ahí cada noche, cada mañana al despertar, cubriéndome con los brazos para que nada ni nadie pudiera hacerme daño, ni siquiera la indiferencia de mis padres. No había habido felicitaciones por el año nuevo ni les interesó saber cómo había ido mi Nochevieja. No les importó que me quedara sola la última noche del año, no. Lo único que importaba eran ellos mismos.

«El día que tenga un hijo querré saberlo todo de cada instante de sus vidas. Prometido».

Y, entonces, lo miré a él, a JC, dormido, tranquilo, tan confiado en una cama extraña que bien podría haber sido la suya, y una imagen me llenó el corazón: él, yo, nuestros hijos…

¿Había una manera mejor de empezar 1974?

48. JC

Enero me trajo un buen saco de problemas a mi vida.

Para empezar, aunque el capitán no me abrió el expediente, fui la comidilla del cuerpo; los bomberos eran como un corrillo de viejas aburridas, allí no se podía mantener nada en secreto. Que el hijo del difunto James Curtis Gallagher hubiera fundido los plomos de la 22 por impresionar a una chica era un chisme muy jugoso para dejarlo pasar. El incidente llegó a oídos del jefe de distrito Traveller, y, cuando me convocó en su despacho de la central, supe que estaba jodido.

—¡No hay sitio para delincuentes en el cuerpo de bomberos, JC! ¡Ni para cretinos que quieren impresionar a chicas! —gritó John, furioso—. Lo que hiciste es algo por lo que tu padre se hubiera sentido agraviado. ¡Es inconcebible una actitud así en un Gallagher!

Estaba dispuesto a aguantar la tormenta, me la merecía, pero cada vez que mencionaba a mi padre apretaba los dientes con fuerza.

—No soy un cretino ni un delincuente, señor.

—¡No voy a permitir que eches tu carrera por la borda por un calentón, JC! Mantén la polla en los pantalones y aleja a tus conquistas del parque o te trasladaré a las oficinas y no volverás a hacer un servicio en los próximos veinte años, ¿entendido?

—Entendido, señor.

Me dio la espalda para mirar por la ventana y su silueta recortada contra el cristal me recordó tanto a mi padre que se me hizo un nudo en la garganta.

—Solo quiero lo mejor para ti, hijo —añadió en tono más conciliador—. Sé que eres joven y que echas en falta a un modelo masculino que seguir. Tu padre y yo éramos como familia y él desearía que te ayudara en todo lo que estuviera en mi mano.

—Gracias, señor.

—Haz que me sienta orgulloso de ti, JC. Haz que tu padre se sienta orgulloso.

Cuando salí del despacho, me encerré en el cuarto de baño y golpeé la pared con el puño. John Traveller era un hipócrita. Alardeaba de ser el mejor amigo de papá, pero no dudó en apuñalarlo por la espalda cuando vio en peligro su ascenso. Él jamás podría ser el modelo masculino en el que reflejarme.

Al llegar a casa me topé de frente con el siguiente problema: Penny Olsen.

El club de viudas se había reunido allí para ultimar los detalles del homenaje a los caídos, que tendría lugar al día siguiente. El acto se había convertido en la distracción de mi madre, ocupaba todo su tiempo y eso era bueno, pero encontrar allí a Penny me incomodó.

—Me alegro de verte —musitó, y sus dedos juguetearon con los botones de mi camisa—. No hemos coincidido mucho en el parque en estos últimos días. ¿Qué tal te va? Tu madre no para de presumir de ti.

—Me va bien, no puedo quejarme. —Tenía prisa. Había quedado en recoger a Margot a la salida de la fábrica y aún tenía que darme una ducha y llegar hasta Williamsville. Intenté ser cortés—. ¿Qué tal tú?

—Bien. —Sonrió, pero bajó la mirada. Cuando volvió a levantarla, le brillaban los ojos por las lágrimas—. Te echo de menos.

«Mierda».

No me esperaba que fuera tan directa ni creí que pudiera venirme con algo así, después del tiempo que habíamos estado sin vernos. Debería echar de menos a su marido.

—Penny, no puede ser —dije con toda la delicadeza que se merecía un momento así—. Ya lo hablamos, quedó claro.

—Sí, sí, lo sé. —Se sacó un pañuelito de la manga de su jersey y se secó un par de lágrimas solitarias—. Pero tú me entendías, hacías que me olvidara de todo. Sé que no me querías, pero tal vez con el tiempo hubieras…

—No, Penny. Con el tiempo hubiera sido peor. Yo no puedo ocupar el lugar de tu marido.

—No quiero que ocupes el lugar de Ric, quiero que ocupes tu lugar. Te haré feliz, JC, te lo prometo.

—No puede ser. No quiero hacerte daño, Penny.

—Pero ¡me lo haces al rechazarme! —exclamó.

No había mejorado, seguía siendo la misma mujer nerviosa que se valía de su desgracia para tratar de manipular a los demás, y no estaba dispuesto a volver al punto de partida con ella.

Me aparté cuando me echó los brazos al cuello y se pegó a mí; fui empático, pero contundente.

—Estoy con alguien, Penny. Lo siento.

Una hora más tarde era mi madre la que me esperaba al pie de las

escaleras y no parecía de buen humor.

—Ya sé lo que vas a decir y no tengo tiempo, mamá. Tengo que salir.

—Se ha encerrado a llorar en el baño de abajo. —Bufé—. Y cuando ha salido les ha dicho a todas que era porque echaba de menos a su hombre y se ha ido. A ellas puede ser que las engañe, pero yo he oído lo que habéis hablado.

—¿Ahora andas escuchando a hurtadillas? Eso no es propio de ti.

—¿Y qué querías que hiciera? Ha salido a recibirte como si fuera tu esposa en cuanto te ha oído entrar. No está bien, JC.

—Lo sé, mamá. No te preocupes.

—Sí me preocupo. Esta situación es… complicada. Está enamorada de ti.

Cerré los ojos y suspiré con fuerza.

—También lo sé, pero se le pasará. Ya le he dicho que…

—… que hay otra mujer, lo he oído, pero esa mentira no la podrás sostener durante mucho tiempo.

—No es una mentira. Hay otra chica —confesé muy a mi pesar—. No llevamos demasiado tiempo viéndonos, pero me gusta.

—Oh, vale.

Hubo un destello de comprensión en los ojos de mi madre y también algo así como un atisbo de… ¿esperanza? ¿Ilusión? Apreté los labios para no reírme y ella hizo lo mismo para no desatar su curiosidad. Al final, ni yo pude contener la sonrisa ni ella las preguntas.

—¿Cuándo la voy a conocer?

—Algún día.

—¿La traerás mañana al homenaje? Sería un gesto muy bonito.

—¿Bonito para quién?

—Para ella —respondió, digna, pero después me acarició la mejilla y chasqueó la lengua—. Y para mí. Me encantaría conocerla.

—Es demasiado pronto, mamá. Y no creo que un acto de homenaje a los bomberos caídos sea el lugar más indicado para que la conozcas.

—Ya, claro —susurró, decepcionada—. Bueno, en otra ocasión, ¿no?

—Sí, será mejor. —El reloj del salón marcó las seis y maldije por lo bajo. La besé en la frente para despedirme—. No me esperes para cenar. Llegaré tarde.

Oí la risa de Margot antes de verla salir. Iba parloteando con otra chica y ambas reían a carcajadas. Debajo del abrigo llevaba una minifalda muy corta y un suéter de cuello de cisne que le delineaba los pechos a la perfección. Mi imaginación se disparó. Cada vez que la miraba me sucedía lo mismo: tenía tantas ganas de terminar lo que empezamos en Fin de Año, y disponíamos de tan poco tiempo, que mi cuerpo reaccionaba con violencia al estímulo que ella suponía.

—Esta es Karen —anunció nada más llegar a mi lado. Se sentó en el capó del coche con total naturalidad y cruzó las piernas—. Y este es JC.

Karen me sonrió con picardía y se mordió el labio al repasarme de arriba abajo. Le tendí la mano con educación, pero ella prefirió invadir mi espacio personal y darme un par de besos en las mejillas, al estilo europeo.

—Troy y yo vamos a ir al cine esta noche. Si os apetece venir…

Hice una mueca involuntaria y miré a Margot para ver qué le apetecía a ella.

—Mejor otro día, ¿no? —respondió sin apartar los ojos de los míos.

Había tanta intensidad en ellos, y me quedé tan embobado, que tardé en darme cuenta de que buscaba mi confirmación.

—Eeeh, sí, vale. Mejor otro día.

Me sentí raro, fuera de mi elemento. Nunca había mantenido una relación duradera con una chica, no sabía lo que era conocer a sus amigos, ir a eventos familiares, salir en grupo, y con Margot tenía la sensación de que todo iba a la velocidad del rayo. Era solo una percepción, no teníamos nada formal, pero después de Fin de Año nos habíamos visto casi a diario y ninguno de los dos se había atrevido a sacar el tema.

—Hola, dormilón —susurró al quedarnos solos en el aparcamiento.

—No me llames así, no me gusta.

Cuando abrí los ojos la madrugada de Año Nuevo, quise que la tierra me tragase. Ella estaba acurrucada a mi lado, mi pecho y mis brazos la envolvían por la espalda, su culo presionaba mi erección y su pelo me hacía cosquillas en la nariz. ¡Me había dormido! Le había ofrecido el mejor sexo oral de su vida, íbamos a hacerlo por fin, y unos minutos después estaba roncando. Ni siquiera recordaba el momento en que volvió a la habitación después de que llegaran sus padres. Menudo golpe a mi hombría.

Temí despertarla y no saber cómo comportarme, así que fui tan sigiloso como un gato, le dejé una nota en la mesilla y me escabullí como una sombra.

Sin embargo, acudí a su ventana la noche siguiente, y la siguiente, y la siguiente, y acepté que se riera de mí. Solo cuando la besaba hasta dejarla jadeante se olvidaba de lo patético que fue que me quedara dormido. Pero de sexo ni hablar. Sus padres estaban en casa, y hacerlo allí sería un riesgo demasiado grande. A pesar de que Margot me robaba el juicio, todavía me quedaba en la recámara un poco de sentido común.

—¿Dónde quieres ir? —le pregunté sin apartar los ojos de sus piernas. Tenía unas piernas preciosas.

—¡No lo sé! Es viernes, la noche es joven. Podríamos ir a bailar.

—No se me da bien bailar.

—Pero yo puedo enseñarte. Tendrás que pegarte mucho a mí y eso sí se te da bien.

Me reí por su provocación y la temperatura de mi cuerpo subió varios grados cuando su mano me recorrió el muslo en una caricia intencionada. Se inclinó hasta que sus pechos se apretaron contra mi brazo y me ofreció los labios para que la besara.

—También podemos ir a Calhoun Mountain a contemplar las vistas —sugirió.

—Calhoun Mountain está lleno de adolescentes que solo van allí con una intención. —Margot levantó una ceja, suspicaz, y solté una carcajada al entender los motivos de su propuesta—. Eres imposible.

Fingió sentirse ofendidaA ella no le pareció tan gracioso. Se apartó y se cruzó de brazos, enfurruñada.

—No te apetece ir al cine con mis amigos, tampoco es que tú hagas muchos planes con los tuyos, mi idea te parece absurda, y yo debo de parecértelo también porque ni me has besado. ¿Esto va a ser así siempre? Porque para estar congelándome en el aparcamiento de la fábrica prefiero que me lleves a mi casa.

Suspiré, agotado. Tenía razón. Había sido un día bastante horrible y no había hecho planes de ningún tipo. El cine habría sido buena idea si no hubiera estado tan cansado. Temí quedarme dormido de nuevo. Los planes con mis amigos consistían en ir al *pub* de la esquina del parque, jugar a los dardos y beber cerveza, pero llevarla a conocer a los chicos… Era demasiado pronto. En cuanto a su idea, era lo mejor

que había escuchado en todo el día, pero meternos mano en Calhoun Mountain solo podía acabar de una forma, y no quería que nuestra primera vez fuera en el asiento de atrás del coche. Ella se merecía mucho más.

Llevarla a casa quedaba descartado, así que tomé algunas decisiones rápidas.

Primero, la besé. La cogí de la nuca y estampé mis labios en los suyos sin darle tiempo a protestar. Y cuando digo que la besé quiero decir que me tomé mi tiempo para hacerlo, para acariciarla con la lengua y mordisquearle el labio inferior hasta que se rindió a mí.

Segundo, me comprometí. Puede que fuera pronto, que me estuviera precipitando y que me arrepintiera después, pero por Margot valía la pena cualquier cosa. Iba a emplearme a fondo para que nuestra historia funcionase, sin miedo, sin dudas.

Y tercero, me arriesgué a dar un paso más.

Un paso de gigante: la iba a llevar a mi terreno. Al centro de mi mundo.

49. Margot

Andrew's Pub era uno de esos lugares que deberían considerarse un tesoro nacional. En aquellas paredes había tantos recuerdos y tanta historia como en el museo más patriótico de los Estados Unidos de América. La música competía en volumen con las conversaciones de sus parroquianos, el ambiente estaba velado por la luz rojiza de los neones y por el humo del tabaco. Olía a madera, a alcohol y a humanidad. Pero, sobre todo, olía a diversión.

—Vamos al fondo, te presentaré a los chicos.

JC saludó a varias personas a su paso y su rostro fue perdiendo rigidez. No estaba convencido de llevarme allí, se notaba. Iba a compartir conmigo una parte importante de su intimidad, iba a abrirme la puerta a sus amigos, y estaba preocupado por si no encajaba. Era enternecedor. Y preocupante. ¿Qué pasaría si no les caía bien?

—¡Eh, ha venido Gallagher! —gritó alguien.

El grupo de hombres que ocupaba el final de la barra miró hacia nosotros y todos sonrieron al unísono. Stephen Nichols, el único al que conocía, lanzó una exclamación de júbilo y erró el lanzamiento de un dardo contra la diana.

—¡La has traído! ¡Ya era hora! —Palmeó la espalda de JC y centró su atención en mí—. Señorita Addams, bienvenida a nuestra humilde morada.

—Es un honor —correspondí con una amplia sonrisa.

Stephen hizo amago de querer besarme la mano, como un caballero de brillante armadura, pero JC lo empujó para que dejara de hacer payasadas. A mí me gustaba que las hiciera, porque me hacía sentir menos nerviosa.

—Ellos son Powell, Blanchard, el teniente Bullesky y nuestro abuelo favorito, Gary Grayson. A Nichols ya lo conoces. Chicos, ella es Margot.

—Si vuelves a llamarme «abuelo», te daré una patada en el culo, chico —protestó Grayson—. Bienvenida, Margot. Puedes llamarme Gigi.

Levanté la mano, un tanto cohibida. Formaban un grupo muy variopinto. Sabía por JC que Stephen y él eran los más jóvenes, pero los demás, salvo el tal Gigi, que rondaría los sesenta, no parecían tan

mayores.

—¿Qué te apetece tomar? —me preguntó JC al oído.

—No lo sé. ¿Cerveza?

—¡Andrew! ¡Trae dos cervezas y una ronda de Jack para todos, invita Gallagher! —gritó Powell.

JC puso los ojos en blanco y asintió con la cabeza al gigante barbudo que había tras la barra.

—¿Tu amiguita tiene edad para beber, Gallagher? —le preguntó el teniente con aire sombrío. Se me borró la sonrisa y bajé la mirada a la punta de mis zapatos—. Me parece que no. Será mejor que le traigas un refresco a la señorita, Andrew.

Fue tan incómodo que ni JC supo qué decir. Pero si algo tenían aquellos hombres era que conformaban una familia y, como tal, cada uno desempeñaba un papel. Sabían cuál era el momento idóneo para intervenir. En aquella ocasión, fueron Powell y Stephen los que hicieron trizas un instante tan embarazoso.

—Me debes los veinte pavos de antes, Nichols. No creas que lo he olvidado.

—¡Que Dios nos asista si Arthur Powell olvida una deuda! —exclamó Stephen con mucha teatralidad—. Vamos, llorón. Te daré otra paliza. ¿Alguien más se apunta? ¿Gallagher? ¿Margot?

—¿Apuntarme a qué? —pregunté.

—A los dardos, nena. —JC frunció el ceño al volver a oír ese apelativo, pero Stephen lo rodeó con el brazo por el cuello y le dio un beso en la cara para que no protestara—. Puntería, precisión, mano firme. Estás hablando con el mejor.

—El mejor ha perdido ya dos partidas —lo increpó Wayne Blanchard—. Si quieres apostar, este es el momento, Margot.

—¿Apostar? ¡No! Quiero jugar. Parece entretenido.

JC se atragantó con su cerveza. No sé qué esperaba de mí aquella noche, pero no iba a quedarme sentada mirando cómo se divertía el mundo a mi alrededor.

—¿Preparada? Tienes tres intentos con cada turno.

Miré a JC, entusiasmada, y me mordí el labio. Iba a jugar mi primera partida de dardos y me faltó poco para ponerme a dar saltitos de felicidad. A él pareció hacerle gracia mi emoción infantil, porque dio un trago a la cerveza y sonrió de medio lado desde la barra.

—Como todos somos caballeros, que comience la señorita —

anunció Powell.

¿Comenzar? Pero ¡si ni siquiera sabía jugar!

—Espera, espera un momento. —Stephen se dio cuenta de mi inexperiencia al verme sujetar el dardo. Se acercó a mí por la espalda, me abrió la mano y me lo colocó correctamente entre los dedos—. No se trata de apuñalar a nadie. Si lanzas con la mano derecha, adelanta el pie derecho y ladéate un poco.

Obedecí sus indicaciones e imité la postura que me mostró. Cuando fue a corregirme la posición de las caderas, oí un carraspeo detrás de nosotros y me encontré con la cara de malas pulgas de JC.

—Si no te importa, Nichols, le enseñaré yo.

JC se pegó a mi espalda, me rodeó la cintura con un brazo y usó el otro para orientar mi mano.

—El dardo a la altura de los ojos. No lo aprietes, tienes que sujetarlo con suavidad. —Su voz me erizó el vello de la nuca, su mano en mi abdomen me quemaba. La respiración se me hizo pesada y fui consciente de todas y cada una de las partes de nuestro cuerpo que estaban en contacto—. No te inclines, quédate quieta. Solo tienes que mover el brazo y hacer el juego de la muñeca. Visualiza el número uno y lanza.

«Visualizar y lanzar», pensé, acalorada.

Lancé y, para mi sorpresa, y creo que la de todos los presentes, di en el uno. Grité como si hubiera ganado el juego y abracé a JC porque él había sido el que había obrado la magia. No pude resistir la tentación de besarlo en los labios y él no pudo rechazar la invitación. Fue un beso profundo, de celebración, que desató los vítores de sus compañeros a nuestro alrededor.

—¡La suerte del principiante! —exclamó Stephen—. Yo también he contribuido, ¿para mí no hay beso?

—Que te jodan, Nichols —le respondió JC, sin acritud.

—Vamos, Margot, tienes que volver a tirar —me avisó Blanchard —. ¡A por el dos!

Me tomé muy en serio las indicaciones que me había dado JC y las repetí paso a paso. Ya no me rodeaba con el brazo, ya no me susurraba al oído, pero lo sentí muy cerca de mí, con sus ojos azules iluminando el camino hacia el siguiente objetivo.

Me preparé, respiré, lancé y acerté. ¡Acerté!

Stephen maldijo, Powell soltó una carcajada, Blanchard se rascó la

nuca, sorprendido, y JC asintió con esa media sonrisa que era capaz de parar los latidos de mi corazón.

No tuve tanta suerte en el resto de turnos, fallé una y otra vez, y quedé la última de la partida, pero me sentí integrada, me aceptaron, incluso me pasaron un chupito de *whisky*, a expensas del teniente, para celebrar que había sido una buena rival.

Disfruté eligiendo música en la gramola de Andrew, una reliquia. Jugué al *pinball* con Gigi, que resultó estar a punto de cumplir los sesenta y un años, y me confesó que ya estaba demasiado mayor para andar de juerga con los chicos. Wayne Blanchard me mostró las fotos de sus hijos y de su mujer, y animó a JC a que me llevara a la próxima barbacoa familiar.

El teniente Bullesky, en cambio, se mantuvo serio durante toda la noche. JC habló con él mientras yo aporreaba la máquina de *pinball*, pero en cuanto me reuní con ellos anunció que se marchaba.

—Caballeros, espero que mañana presenten su mejor aspecto. No quiero tardanzas ni caras de resaca, y eso va por usted, Nichols.

—A la orden, teniente. —Stephen se cuadró e hizo el saludo militar, pero a continuación se desternilló de risa—. Puede dormir tranquilo, mi teniente, si Gallagher no me acompaña no tengo nada que hacer.

—Dormiré igual de tranquilo haga lo que haga. Es usted el que no dormirá si falta al acto. Y plánchese la camisa, por favor.

Me picó mucho la curiosidad y unos minutos después de que se hubiera ido le pregunté a Stephen con disimulo de qué hablaba Bullesky.

—Vaya, ¿tu chico no te lo ha contado? —«No es mi chico», pensé, pero rehusé corregirlo. Stephen era imposible cuando algo se le metía en la cabeza—. Mañana es el homenaje a los bomberos caídos en acto de servicio. Un acontecimiento anual que se celebra el primer sábado del año.

—Vendrá el gobernador —apuntó Blanchard.

—¡Oh, sí! Vendrá el gobernador —se burló Powell, y le soltó un manotazo en el pecho—. Como si eso fuera lo importante.

—Invita a la chica, Gallagher —lo animó Gigi—, le gustará. La asociación de viudas ha preparado un acto precioso este año.

—Y habrá comida después —señaló Blanchard, por lo que se ganó otro manotazo de su compañero.

—Gigi tiene razón, deberías venir, Margot. Llevaremos el uniforme de gala y a algunos nos sienta mejor que a otros. —Stephen rodeó a JC por el cuello, un gesto que era muy habitual entre ellos, y le revolvió el pelo—. Tal vez te replantees tu elección después de verme.

—Lo lamentará cuando te vea desnudo —murmuró Gigi, pero todos lo oímos y rompimos a reír.

—¿Qué dices? ¿Vendrás? —insistió Blanchard—. A mi mujer le iría bien sentarse con alguien joven, para variar. No ha hecho muchas amistades desde que llegamos a Springfield.

La decisión no era mía, desde luego, y JC parecía no querer pronunciarse. No tenía importancia, no éramos pareja, no éramos nada, aunque me doliera reconocerlo.

—Lo siento, chicos, sois muy amables, pero mañana tengo turno en la fábrica y no podré ir. —Intenté sonar convincente—. Y, Wayne, dile a tu mujer que me llame si necesita a alguien con quien salir un rato. Estaré encantada. Podemos ir a patinar o a tomar un chocolate caliente.

Le escribí el número de teléfono de mi casa en una servilleta del *pub* y él lo guardó con una amplia sonrisa.

—Creo que es hora de que nos vayamos —dijo JC.

Me despedí de todos con abrazos, incluso besé la mejilla de Stephen, que hizo un puchero cuando me negué a darle un beso en los labios.

—Son unos chicos estupendos —comenté, ya en el coche.

JC gruñó a modo de respuesta. Estaba enfadado, era evidente, pero no sabía por qué. No había pronunciado palabra desde que salimos del *pub* y había hecho el recorrido hasta el aparcamiento un paso por delante de mí.

—Tu teniente también parece un buen hombre, pero no le he caído bien —continué con tono alegre, aunque por dentro tuviera ganas de gritarle. Él apretó el volante con fuerza y nos pusimos en marcha—. Y Gigi… Ese hombre es puro amor. ¿Sabías que su hijo pequeño estudia Medicina en Harvard? Es maravilloso. ¡Ah! Y Powell me ha dicho…

—¡Me da igual lo que te haya dicho Powell! —exclamó.

Detuvo el Buick en el arcén y recostó la cabeza hacia atrás con los ojos cerrados.

—¿Por qué estás enfadado? ¿Qué he hecho mal?

—¡Nada, Margot! Tú no has hecho nada mal.

—¿Entonces? No entiendo…

—¡No, no lo entiendes! Eso es lo que pasa. Llevo días intentando averiguar hacia dónde vamos, pero parece que los astros se alinean en mi contra, porque es imposible sacar el tema para hablar contigo. Y, de repente, estás ahí, esperando que te invite formalmente delante de mis compañeros, le das tu número de teléfono a Wayne para su mujer, bromeas con Stephen, comparten contigo sus vidas privadas…

—Yo no tengo la culpa de esas cosas.

—¡Yo no tengo tu teléfono!

—¡Pues pídemelo! —le grité.

Me estaba acusando de idioteces, estaba cabreado por tonterías que no tenían razón de ser, y me entraron ganas de llorar de pura frustración.

—¿Por qué me has llevado allí esta noche? ¿Qué esperabas que pasara? A lo mejor pensaste que les caería mal y eso te salvaría de meterme más en tu vida, ¿verdad? Porque es eso lo que pasa, JC, ¿no es cierto? Eres el hombre sin compromisos, no dejas entrar a nadie en tu coto privado y pretendes que yo cargue con las culpas de algo que has provocado tú. Reconócelo y pongamos fin a esto. Tengo diecinueve años, JC, pero no soy estúpida. Puedo detectar el miedo que sientes a millas de distancia.

—Fuiste tú la que dijo que solo íbamos a enrollarnos.

—¡Porque tú dijiste que no estabas hecho para atarte a nadie! —le recordé—. Dijiste que no harías pasar a ninguna mujer por lo que pasó tu madre y me dije: «Bien, Margot, si solo vas a poder tener una parte de él, que sea divertido, que no duela». Pero ¿sabes? ¡Duele igual! Duele enamorarse de un hombre que no va a poder quererte nunca.

Salí del coche antes de echarme a llorar. No quedaba mucho hasta casa, y la noche tampoco era tan fría. Podía caminar, podía correr, incluso. Pero todavía no había llegado a la curva de Faringdon Road cuando oí la puerta del coche y una maldición.

—¡Espera! ¡Margot, espera! —Me alcanzó enseguida y el contacto de su mano en el brazo me arrancó un sollozo más profundo—. Espera, espera, espera… Por favor. No llores, pequeña. No llores. Lo siento.

—¡No! —Me solté—. ¡Lloro si quiero! ¡Y no digas que lo sientes, porque no es verdad! No quiero volver a verte. No debí dejarte entrar en mi vida otra vez. He sido una tonta. ¡Una niña tonta!

—Estás enamorada de mí.

—¡No, ya no! Y ni se te ocurra pensar que voy a consentir que me trates mal porque te quiera. No lo voy a consentir. ¡Todo lo bueno que veía en ti se ha esfumado esta noche! —Hipé y sorbí como una mocosa, pero no me amedrenté—. Ha quedado muy claro a quién se le da mejor jugar con fuego. ¡A mí no, desde luego! Ahora, te agradecería que me dejaras sola. Te libero de tu deber de acompañarme.

—¿Que me liberas de mi deber de…?

Eché a andar con la cabeza alta y los labios temblorosos mientras él se reía, desconcertado. Las lágrimas me corrían por las mejillas y notaba que las fuerzas me abandonaban con cada paso que daba. El frío que no había sentido al bajar del coche me helaba los huesos y, a riesgo de tropezar y caer de bruces, empecé a correr.

De repente, me faltó el suelo bajo los pies y grité. Pataleé al darme cuenta de que era JC el que me había cogido en volandas y me llevaba de regreso al coche.

—¡No quiero ir contigo! ¡Suéltame o gritaré!

—Ya estás gritando, lo cual no es muy conveniente. Nos están mirando.

—¡Me da igual! ¡Bájame! ¡No te quiero, bájame!

Me hizo caso, pero no me soltó. El momento que tanto le había divertido se esfumó al llegar al coche. Mis últimas palabras le habían hecho daño, y a mí también.

«¿No te quiero? Menuda estupidez, Margot».

—Vas a escucharme y, cuando termine, si no quieres volver a verme, te llevaré a casa y no te molestaré más, ¿de acuerdo? Ahora, entra en el coche, por favor. —Obedecí a regañadientes—. Tienes razón en todo lo que has dicho, no me he portado bien contigo. Cuando nos volvimos a encontrar, sentí curiosidad por ver cómo era tu vida, por saber qué había sido de ti en estos dos años. Y me sorprendió que no hubieras hecho realidad tus sueños. Me sentí culpable, en parte.

—Tú no tuviste nada que ver en eso.

—Lo sé, lo sé, pero hay noches en las que todavía tengo pesadillas con aquel día: el incendio, el humo, el dolor, tú… Fui cruel a propósito para que te alejaras de mí y, a partir de ese momento, tu vida dio un giro radical.

—Era una niña de dieciséis años, tú eras un hombre de veinte. Buscábamos cosas diferentes. Lo nuestro era imposible, no tuvo importancia. Tú lo dijiste —le recordé con retintín.

—No te alejé porque fueras una niña, Margot. Te alejé porque estaba muerto de miedo. No sabía cómo amarte. Pensé muchas veces en aquella decisión y, cuando te encontré de nuevo, fue como si Dios me hubiera dado la oportunidad de enmendar mi error.

—No fue un error, tú dijiste que…

—Sé lo que dije y también recuerdo la conversación en tu casa. No soy un hombre de compromisos, no quería ser como mi padre en eso, pero cuando te encontré… ¡No podía apartarme de ti! No sé si lo hacía porque creía que te debía algo o porque me lo debía a mí mismo, pero quería estar a tu lado. Y, tal vez, el error fue no decírtelo con claridad desde el principio. Tal vez el error fue hacerte pensar que seguía siendo el muchacho de veinte años con las cosas claras, pero no lo soy. ¡Mírame! No tengo nada claro.

—No sé adónde quieres llegar, pero se hace tarde y tengo que volver…

—Te quiero, Margot. Creo que te he querido desde el día en que me llevaste el primer plato de lasaña.

—Pero…

—Sí, ya lo sé. Fui un idiota, te mentí hace años, la cagué y tú eres una chica que juega muy bien sus cartas. Esta noche me has llevado al límite.

—Yo no te he llevado al límite. De hecho, no tengo ni idea de cuál es tu límite.

—Sí, lo has hecho. Los chicos te adoran, a Stephen te lo ganaste desde el primer instante en que te vio y a los demás los has conquistado esta noche sin mover ni un dedo. Has hecho feliz a Wayne con un simple número de teléfono, has escuchado las historias de Gigi cuando los demás estamos hartos de oírlas…

—Son historias muy buenas.

JC rio.

—Sí, lo son las primeras cincuenta veces. —Me encogí de hombros. A mí no me importaría escucharlas, me caía bien ese hombre—. Powell hablará durante días de esas tres dianas seguidas que has hecho, aunque no fuera el momento de hacerlas.

—Me ha gustado jugar a los dardos.

—La próxima vez les ganarás, estoy seguro.

—No habrá próxima vez —declaré con tristeza.

—Sí la habrá. Habrá muchas más. Has llegado a mi vida para quedarte. Quiero dejar de sentir que he permitido esfumarse a la mujer de mis sueños, quiero dejar de entrar en tu casa por la ventana, quiero hablar con tu padre y que me dé permiso para salir contigo, quiero hacer las cosas bien.

—Lo de mi padre no será necesario.

—Sí, lo será. Y también tendrás que conocer a mi madre, aunque eso lo solucionaremos mañana mismo.

—¿Mañana? —me extrañé.

—Sí, mañana, en el homenaje. ¿O creías que me había tragado lo del turno en la fábrica?

—Tú no querías que fuera, me lo inventé para que no parecieras un cretino delante de tus amigos.

—Un cretino, ¿eh? Ven aquí, anda. —Me sentó sobre sus piernas, en el escaso espacio que quedaba entre su cuerpo y el volante, y me acarició el rostro con auténtica devoción.

—Aún sigo enfadada contigo.

—Lo sé. Eres una chica muy dura.

—Nos hubiéramos ahorrado mucho tiempo si me hubieras dicho lo que sentías desde el principio —le recriminé mientras mis dedos se entretenían con el pelo de su nuca.

—No se me da bien expresar mis sentimientos, ya te habrás dado cuenta.

—¿De verdad hablarás con mi padre?

—¿Quieres que vayamos ahora mismo? —propuso de broma—. Llamaré a la puerta, le tenderé la mano y le diré: «Señor Addams, quiero a su hija, quiero hacerle todas las cosas sucias y lascivas que un buen padre no permitiría, y también quiero cuidar de ella». Será pan comido.

Se me escapó una risita y me sonrojé.

—Te partiría la cara por despertarlo a estas horas.

—No me importaría correr el riesgo. Valdría la pena.

—Eres un idiota.

—Soy un idiota que está perdido sin ti.

50. JC

Oí el nombre de mi padre y fue como si algo se rompiera en mil pedazos en mi interior. Aunque, en honor a la verdad, ya no dolía tanto, ya no sentía que me ahogaba cada vez que creía que entraría por la puerta de casa. Diecinueve meses después, la rabia se había evaporado, pero el recuerdo aún suscitaba tristeza y la tristeza te calaba hasta los huesos, incluso en aquella mañana despejada del 5 de enero de 1974.

No desvié la mirada hacia donde se encontraba sentada mi madre. Sabía por experiencia que no lo soportaría, porque ella no tenía que demostrar nada a nadie, podía llorar con libertad, podía derrumbarse y habría mil manos dispuestas a sujetarla. Las mías, las primeras. A mí, sin embargo, no me sostendría nadie si me rompía. Yo era John Cameron Gallagher, bombero de la 22 de Springfield, y, además, en un día tan señalado, era el hijo de mi padre, la siguiente generación, y tenía que demostrar que era digno de llevar su apellido.

Menos a Margot. A ella no tenía que demostrarle nada.

Llegó cuando ya nos encontrábamos en formación y me fue imposible escabullirme para saludarla. Iba preciosa, de negro, como la mayoría de las mujeres, pero un atrevido pañuelo amarillo le sobresalía del cuello del abrigo y ponía la nota de color a un día sombrío para mí.

Alguien la acompañó al sitio que había reservado para ella entre los centenares de sillas blancas que poblaban Douglas Park y, de inmediato, entabló conversación con la joven que había a su lado y con los dos pequeños que se le agarraban a la falda. Eran la mujer y los hijos de Wayne Blanchard. Adeline señaló al punto exacto donde se encontraba la 22 y nuestras miradas se cruzaron. Le guiñé un ojo, ella sonrió y el día empezó a mejorar.

—Vaya, vaya, nuestra pequeña lanzadora de dardos se ha escapado del trabajo —murmuró Stephen sin apenas mover los labios y me dio un leve codazo—. Creo que está enamorada de mí, tío. Ha descubierto que soy más hombre que tú.

—Lo hace porque le das pena, Nichols. Lo que ha descubierto es lo mismo que ya sabemos los demás —contraataqué.

—¿Qué?

—Que la tienes muy pequeña, colega.

Se oyó algún que otro bufido de risa a nuestro alrededor, pero ninguno se movió de la formación. Apreté los labios para evitar una carcajada y oí a Stephen mascullar algo sobre lo orgulloso que estaba de su virilidad.

Cuando finalizó el homenaje, tampoco pude ir al encuentro de Margot como me hubiera gustado. John Traveller se empeñó en presentarme a algunos peces gordos que alabaron la profesionalidad de mi padre y me animaron a continuar con su gran labor en el cuerpo de bomberos, como si eso solo dependiera de mí. El jefe de distrito de Rockford, un hombre legendario por su crueldad con los novatos, bromeó con John acerca de un puesto libre de teniente que me iría como anillo al dedo.

«En Rockford. ¿Qué demonios cree que se me ha perdido en Rockford?».

—Si me disculpan, caballeros. Debo ir a ver a mi madre.

Pero no había cruzado aún la zona de recepción de autoridades cuando Penny Olsen se lanzó a mis brazos, deshecha en llanto.

—Sácame de aquí, JC, te lo ruego. No puedo soportarlo.

—Penny, no deberías hacerte esto. No voy a ir contigo a ninguna parte. Yo…

—No volveré a pedirte nada nunca más, te lo prometo. Pero sácame de aquí. Vámonos lejos, tú y yo. Te quiero, JC. Ojalá te hubiera conocido antes que a Ric, ojalá esta pesadilla acabe pronto y tengamos la oportunidad que nos merecemos.

Miré alrededor en busca de alguien que pudiera quitármela de encima. Había mucha desesperación en su voz, su obsesión volvía a ser preocupante y esta vez no tendría tanta paciencia como la anterior. Penny necesitaba ayuda profesional urgente.

Mis ojos se cruzaron con los de Margot y vi en ellos las dudas que suscitaba la escena. Iba a tener que explicárselo cuando tuviéramos un momento a solas, si es que conseguía deshacerme del abrazo de Penny. Por suerte, mi teniente y el capitán Mitchell acudieron en mi auxilio y, sin mediar palabra, se la llevaron a otra parte donde sus gritos y sus sollozos no se convirtieran en un espectáculo.

Saludé a varios compañeros de otras unidades sin detenerme más que unos segundos y me dirigí a grandes pasos hacia Margot. Charlaba tranquilamente con Adeline y con Wayne, que llevaba en brazos a sus dos hijos con orgullo. Se les unieron Powell y su mujer, embarazada

de su tercer vástago, y, poco después, Gigi, con uno de sus nietos. Me detuve para observarla en medio de aquel ambiente en el que acababa de aterrizar y fue como si hubiera estado allí toda la vida, como si llevara años riéndole las gracias a Stephen, como si fuera la mejor amiga de Adeline, como si los niños de mis compañeros la adorasen. Era perfecta para mí.

—¿Por qué me suena tanto la cara de esa chica? —preguntó mi madre, a mi lado.

Me pasé el dedo por el cuello de la camisa para aflojarlo un poco y cogí aire.

—Os conocisteis hace un par de años.

Mi madre entrecerró los ojos para hacer memoria y encontró el instante preciso en sus recuerdos.

—¡Es esa chica! La que te llevaba la comida al parque.

—Se llama Margot.

—Sí, Margot Addams. Yo nunca olvido un nombre ni una cara. Y esa niña… Esa niña era inolvidable. No sabía que tenía familiares en el cuerpo.

—No los tiene. Aún.

—¿Qué quiere decir…? —Solo tuvo que atar un par de cabos para dar con la respuesta a sus dudas—. ¿Es ella? ¿Ella es…?

—Sí, ella es ella.

Mi sonrisa de orgullo habló por mí y a mi madre le bastó. Se aferró a mi brazo con cariño y la sentí suspirar.

—Es muy bonita, hijo. Y parece simpática. A tus compañeros parece caerles bien. ¿Se conocen hace tiempo?

—La conocieron ayer, mamá. ¿No es sorprendente?

Lo era, desde luego que lo era.

—¿Y piensas presentármela oficialmente o tengo que pedirle a Stephen que lo haga?

Solté una carcajada que llamó la atención del grupo. Margot me volvió a mirar con dudas y se refugió tras el vaso de refresco que Wayne había llevado para ella y para Adeline.

Cuando la tuve delante, lo primero que hice fue besarla en los labios. Nada imprudente, pero suficiente para despejar cualquier incertidumbre que rondara su imaginativa cabecita. Luego, enredé mis dedos con los suyos y le guiñé un ojo.

—Margot, quiero presentarte a mi madre, Hanna Gallagher. Mamá,

esta es mi Margot.

Ambas se sonrieron y se sonrojaron, y así, sin más, mi relación con Margot se hizo real. Real de verdad.

La insistencia del jefe Traveller por presentarme a gente influyente me quitó tiempo para estar con los chicos y con Margot. No tenía ninguna intención de ascender en el cuerpo, no por el momento, pero John se había autoproclamado mi mentor y, al final de la mañana, ya presumía de mí como si fuera su propio hijo. De algunas conversaciones a las que presté atención deduje que estaba pensando en el puesto de subcomisionado adjunto y entendí que su afán por estrechar manos respondía a la necesidad de posicionarse como un hombre influyente de cara al comisionado jefe.

—Tu madre me ha dicho hace un momento que ahora tienes novia, ¿es eso cierto?

—Sí, señor.

—¿No eres demasiado joven para atarte a una mujer? ¿No te enseñó nada tu padre? Las mujeres solo generan distracciones, muchacho.

—Con todos mis respetos, señor, mi padre se casó con mi madre y usted con su esposa. A ambos les fue muy bien.

—Eran otros tiempos, JC. Ahora las mujeres quieren igualdad, quieren trabajar y opinar. Ginger, al igual que tu madre, sabían a qué se enfrentaban al casarse con un bombero, sabían que su papel era esperarnos y ser serviciales. Pero ahora… Son rebeldes, hijo. Disfruta de las mujeres, JC. Llévatelas a la cama, sírvete bien de ellas, pero no te ates. Tienes un gran futuro por delante y, créeme, harás bien librándote de cualquier lastre.

—Lo tendré en cuenta. Gracias por el consejo.

Era un bastardo, un misógino. Y lo peor de todo era que metía a mi padre en el mismo saco de mierda en el que había crecido él. Mi padre no era así: mi padre quería a mi madre, la trataba como a una igual, no coartaba sus decisiones ni la relegaba a la cocina. Mi madre tenía voz y sabía cómo manejar las situaciones. El gran Gallagher no era un dechado de amabilidad y cariño, pero era un buen hombre. John Traveller no era más que una rata.

—He hablado de ti con algunos de mis contactos y todos coinciden en que harías bien en presentarte a las pruebas de teniente.

—Gracias, señor. Pero ahora mismo…

—Nada de peros, muchacho. Hay oportunidades que solo se nos dan una vez y hay que aprovecharlas.

«Como cuando traicionaste a mi padre para ascender al puesto que le habían ofrecido a él, ¿no?».

—El cuerpo necesita bomberos como tú, JC. Jóvenes con garra y decisión. Además, tu padre era un hombre muy apreciado y muchos de mis conocidos esperan que sigas su trayectoria.

—Mi padre era mi padre y yo soy yo. Lo que tenga que conseguir será por mis méritos, no por los de mi padre.

—Tú piénsatelo, hijo. Presenta la solicitud, estudia, prepárate para las pruebas y déjame el resto a mí. —Me palmeó la espalda y me apretó el hombro—. Dime que lo pensarás, hazle ese honor a tu padrino.

—Lo pensaré, descuide.

—Bien, bien, muchacho. Y quítate de la cabeza a esa chica. No te conviene una mujer de las de ahora. Solo dan problemas, hijo.

Por suerte, alguien reclamó la atención de John y se alejó, no sin antes hacerme prometer que presentaría mi solicitud para el puesto de teniente. Se podían ir al infierno él y sus contactos, él y sus consejos, él y su sórdida moralidad.

—¿Qué pasa, cariño? —me preguntó mi madre poco después. Me había visto hablando con John y advirtió que estaba molesto—. ¿Todo bien?

—¿Tú te sentiste menospreciada alguna vez por papá? ¿Te hizo sentir inferior por ser una mujer?

—¡No! ¿Por qué me preguntas eso? —Se escandalizó—. Tu padre era cabezota y, a veces, no sabía gestionar bien sus emociones, pero jamás me hizo sentir mal por ser una mujer. ¿De eso estabas hablando con John? Antes te ha visto con Margot y me ha preguntado. Espero que no te importe que le haya dicho que era tu novia.

—No pasa nada, mamá.

—Es una chica estupenda, ¿sabes? Y se ha ofrecido a echar una mano para el baile de primavera de los bomberos. Ella y Adeline han tenido una idea sensacional, y las chicas de la asociación están realmente entusiasmadas con ponerla en marcha.

—Bueno, si algo le sobra a Margot son buenas ideas. Por cierto, ¿dónde se ha metido? Hace un rato que no la veo.

—Está ayudando a recoger las mesas del pícnic. —Me indicó la

dirección con un movimiento de cabeza y me sonrió. Tenía los ojos brillantes de emoción—. Ve, anda. Llévala a dar un paseo. Yo me quedaré un rato más y luego iré a casa de John y Ginger. Van a dar una cena para algunos amigos y he aceptado la invitación.

—¿No prefieres venir con nosotros? Los chicos van a ir al *pub*…

Mi madre soltó una carcajada cantarina y me acarició la mejilla.

—No, cariño. Ya estoy mayor para eso. Te veré en casa. —Me abrazó para despedirse y me retuvo entre los brazos unos segundos de más—. Quiérela bien, hijo. Es fuerte y tiene un espíritu libre, pero cada vez que te mira te entrega su corazón y es muy joven para perderlo.

—Su corazón está en buenas manos, mamá, igual que el mío.

51. Margot

Fue un día repleto de emociones. Se me rompió el corazón al oír el nombre de su padre, sentí alivio al conocer a Adeline, disfruté con la compañía de los chicos y tuve mucho miedo al encontrarme frente a frente con Hanna Gallagher.

Seguía siendo una mujer de una belleza sin igual, aunque las arrugas que le rodeaban los ojos y le definían el gesto triste de los labios hablaban de cuánto le había afectado la pérdida de su marido. A pesar de tener un recuerdo muy vago de ella, su amabilidad sí tenía un lugar en mi memoria, y continuaba intacta. Me encantó conocerla la primera vez; me enamoré de ella la segunda.

—Todavía recuerdo lo que me dijiste del estofado Brunswick: pechuga de pollo y cerdo asado, al estilo de Carolina del Norte —susurró a mi lado frente a la mesa de las ensaladas—. Aún me parece increíble que una chica de dieciséis años supiera hacer ese plato. Te copié la receta, no creas, y debo decir que me gané los aplausos de mi marido y de mi hijo gracias a ti.

—No, yo solo le di la idea, el mérito fue suyo, señora Gallagher. No todo el mundo hubiera sabido combinar bien los ingredientes.

—Y dime, Margot, ¿qué ha sido de tu vida en este tiempo? —Me cogió del brazo y caminamos por la hierba de Douglas Park con nuestro plato de ensalada de col en la mano. Se detuvo en un banco de madera apartado del bullicio y me invitó a compartir con ella unos minutos—. Perdona si te parezco demasiado entrometida, espero que me entiendas, siento curiosidad. Ayer descubrí que mi hijo tenía novia y hoy recibo la sorpresa de que eres tú.

—La entiendo, de verdad. No tiene que disculparse. Para mí también ha sido todo muy rápido.

Bajé la mirada al regazo donde reposaba el plato y, por primera vez en mi vida, me avergoncé de trabajar en la fábrica envasadora. ¿Y si no me consideraba buena para JC?

—¡Oh, vaya! Te he molestado, ¿verdad? —preguntó, preocupada —. No era mi intención, cariño. Yo solo…

—No pasa nada, es simplemente que… Bueno, no sé si lo que hago estará a la altura de lo que usted desea para su hijo.

Abrió mucho los ojos y se llevó la mano al pecho.

—¿Eres una asesina? —Reí y negué, ruborizada—. ¿Tal vez una

espía en medio de una conspiración? ¿Una ladrona? ¿Una… chica de vida alegre?

—¡No! —Volví a reír—. Nada de eso. Soy envasadora en la fábrica cárnica de Williamsville. Eso es todo.

—¡Por el amor de Dios, hija! —exclamó—. Me habías asustado. ¿Qué tiene de malo ser envasadora en una fábrica? ¡Es estupendo!

Ella sí era estupenda, y me hizo sentir como una madre debería hacer sentir siempre a su hija: confiada, fuerte, luchadora, capaz. Aquellos minutos en los que hablamos de mi trabajo y en los que ella me contó a qué dedicaba el tiempo desde que había fallecido el padre de JC significaron tanto que, cuando Stephen y Powell reclamaron mi atención, me apenó interrumpir nuestro intercambio de anécdotas.

Me abrió las puertas de su corazón y yo le entregué el mío.

Después de echar una mano para recoger los restos de comida, los chicos de la 22, animados por el ambiente festivo, propusieron ir al *pub* de Andrew. Los niños de Wayne y Adeline estaban acostumbrados a subirse a los taburetes, la mujer de Powell tenía mucha confianza con Andrew y, una vez más, me vi rodeada de aquellas maravillosas personas que me habían acogido como a una más de la familia.

—Tiene usted cara de cansada, señorita Addams —me dijo JC con tono seductor al oír mi suspiro de alivio. No me sentaba desde hacía horas.

—Y usted está muy guapo con el uniforme de gala, señor Gallagher. —Le seguí el juego y le alisé el nudo de la corbata, pero me quedé prendida de sus ojos sin querer y se me formó un remolino de mariposas en el estómago—. Ha sido un día maravilloso. Me ha gustado formar parte de él.

—¿Aunque el hijo pequeño de Wayne se te haya pegado a la pierna la mitad del almuerzo?

—Aun con eso. —Reí.

—¿Aunque no haya podido estar a tu lado todo el tiempo? —Me besó con suavidad en la frente y luego en la punta de la nariz—. Siento haberte dejado sola.

—No he estado sola. Estaba Adeline, y los niños, y los chicos, y tu madre… Es una mujer increíble, JC. Es maravillosa.

Me besó en los labios y se acercó a mí hasta hacerse un hueco entre mis piernas. Fue una suerte que la falda del vestido fuera vaporosa.

—No sé qué he estado haciendo todo este tiempo sin ti, pequeña. —Otro beso, esta vez en el cuello. Y cosquillas, la punta de su nariz siempre me hacía cosquillas cuando me acariciaba—. Has convertido un día gris en un millón de momentos que no podré olvidar nunca.

—¿Ah, sí? ¿Como cuáles?

Su mano comenzó un sutil viaje por mi cintura y siguió el recorrido de la cremallera trasera hasta la nuca. Me hacía perder el hilo de mis propios pensamientos cuando me acariciaba así.

—Como cuando has llegado a Douglas Park con este pañuelo amarillo al cuello.

—¡Oh, vaya! Lo siento. No estoy acostumbrada a vestirme así, tan elegante —me justifiqué, y él me puso un dedo en los labios—. Estaba fuera de lugar, ¿verdad?

—El amarillo será mi color favorito a partir de ahora, te lo aseguro. —Le sonreí, complacida por el cumplido—. También recordaré el momento en que mi madre te ha visto y te ha reconocido. No sé de qué habéis hablado después, pero te adora. Todos te adoran.

—¿Y tú?

—Yo más que ninguno, Margot.

La temperatura se elevó un par de grados en el *pub* cuando se inclinó y me besó con ganas. Los chicos silbaron y jalearon hasta que el sarcasmo de Stephen se coló entre nosotros.

—¿Queréis que le diga a Andrew que os prepare una de las habitaciones del motel? Os puede hacer un buen precio.

—Cuando mis hijos empiecen a preguntar por qué el tío JC se está comiendo a Margot, dejaré que se lo expliquéis con mucho gusto —gruñó Wayne.

—Besa a tu mujer y cállate, Blanchard —lo alentó JC.

Adeline se sonrojó, pero no rechazó a su marido que, animado por el resto, quiso demostrar su hombría con uno de esos besos al más puro estilo *V-J Day in Times Square*.[3]

—Mi madre va a cenar esta noche fuera. ¿Te gustaría venir a casa conmigo?

A su casa. Solos. La idea me robó el aliento. No era… adecuado. Solo hacía un par de horas que había conocido a su madre, ¿qué pensaría de mí si volviera de la cena y me encontrara en la habitación de su hijo?

«No vivimos en los años 20, Margot».

No, no iba a pasar nada malo por ir con JC, pero a su casa…

—Tu mente funciona a mil por hora ahora mismo, veo cómo te sale el humo por las orejas, lo que no consigo averiguar es si te gusta la idea o si estás a punto de salir corriendo.

—Me gusta la idea, pero no puedo hacerlo. —Vi decepción en sus ojos. No me estaba entendiendo—. Quiero estar contigo, quiero dormir contigo y que me hagas todas esas cosas sucias y lascivas que no debería escuchar ningún padre, pero no en tu casa. Respeto demasiado a tu madre como para tener sexo con su hijo bajo su techo el mismo día que nos hemos conocido. ¿Lo entiendes?

—Lo entiendo. —Sonrió de medio lado, y suspiré aliviada—. Espera aquí un minuto, ¿de acuerdo? No te muevas. Ahora vuelvo.

Fue hasta el final de la barra, donde Andrew secaba vasos sin parar, y mantuvo con él una conversación que terminó con un apretón de manos y una amplia sonrisa por parte de ambos. Cuando JC regresó a mi lado, me tendió la mano y anunció que nos íbamos.

—¿Adónde vamos?

—A hacer realidad todas esas cosas sucias y lascivas que no debería escuchar ningún padre.

[3]. Famosa fotografía de Alfred Eisenstaedt que retrata a un marinero estadounidense besando a una joven mujer vestida de blanco durante las celebraciones del Día de la Victoria sobre Japón en Times Square, el 14 de agosto de 1945. *(N. de la A.)*

52. JC

Por una vez en su vida, las tonterías de Stephen habían servido de algo. Su idea de reservar una de las habitaciones del motel de Andrew me había salvado de pasar otra noche de placer solitario pensando en Margot.

Una breve conversación con el viejo barbudo, unos cuantos dólares bien empleados y veinticuatro horas por delante para disfrutar de ella. No es que fuera una habitación del Ritz, pero estaba limpia, la cama era grande y el cuarto de baño tenía agua caliente y toallas.

—Les he dicho que iba a dormir en casa de Karen. No les ha extrañado —dijo Margot, que se había quedado en el mostrador de la entrada llamando por teléfono a sus padres.

—Bien, así no nos tendremos que preocupar de que me acusen de secuestrar a su hija.

—Eso no iba a pasar, te lo aseguro —susurró con la mirada perdida en algún punto de la ciudad al otro lado de la ventana—. Hubieran pensado que estaba en mi cuarto todo el rato. Como siempre.

No me gustó su tono melancólico ni lo que sugerían sus palabras. No era la primera vez que dejaba entrever la falta de cariño que le profesaban sus padres, y me prometí que hablaríamos de ello. Quería saber qué estaba pasando.

La abracé por la espalda y le retiré el pelo de la nuca para besarla en ese punto. Iba a borrar todas sus preocupaciones a base de caricias, hasta que sus ojos me mirasen con tanto deseo como la miraban los míos.

—Es una suerte que yo esté aquí para ayudarte con la cremallera del vestido. No sé cómo te las hubieras apañado para bajarla. —La deslicé poco a poco y sentí cómo se estremecía con el roce de mis dedos—. Llevo deseando hacer esto todo el día.

Se me secó la boca al verla solo con la ropa interior y los zapatos de tacón. Ni en mis mejores sueños eróticos hubiera imaginado unos ligueros tan *sexies* y perturbadores. Pero era su piel la que me tenía cautivado por completo. Tan suave, tan blanca, tan deliciosa…

Dejó caer la cortina y se recostó contra mi cuerpo. Su cabeza descansó en mi hombro y sus pechos me invitaron a tocarlos. Me ardían las manos por amasar aquellas dos obras de la naturaleza.

—Aún te sobra ropa —le susurré al tiempo que le desabrochaba el

sujetador.

Tiré la prenda al suelo sin ninguna delicadeza y di rienda suelta al placer con mis caricias sobre sus pechos y mis besos en su espalda. Cuando me di cuenta del espectáculo que me estaba ofreciendo a través del reflejo de la ventana, por poco me corro en los pantalones. Tenía la boca abierta y los ojos cerrados, la curva de su garganta era una tentación, pero mis dedos pellizcando sus pezones lo eran más.

Fui dejando pequeños besos a lo largo de su columna hasta llegar a la base de la espalda. Deslicé las braguitas por sus piernas y jugueteé unos instantes con los elásticos de las medias. El aroma de su excitación me tentaba, me hacía la boca agua y no pude resistir el impulso de deslizar un dedo entre sus pliegues y frotarle con mimo el nudo de nervios que escondían.

Dio un respingo al sentir la caricia y apoyó las manos contra el cristal. Sus piernas se abrieron un poco y lo consideré una invitación de lo más apetecible. Pero iba a ser su primera vez, a pesar de los preliminares que habíamos tenido en los últimos días; estaba nerviosa, y no había pronunciado una palabra desde que había empezado a seducirla. No era así como quería que fuera.

—Dime qué deseas, Margot. —La acompañé hasta la cama entre besos y se sentó, cohibida por su desnudez. Era preciosa—. Soy todo tuyo.

Fue como sacarla de un trance. Su piel enrojeció y me obligué a respirar hondo para tranquilizarme. Si ella supiera el poder que tenía con un simple sonrojo…

—Bésame.

—Bien, eso me gusta. —Me incliné sobre ella y le mordí el labio inferior para provocarla—. Aún tengo las dos manos libres, ¿hay alguna tarea que puedan hacer y que te haga feliz?

Sonrió de medio lado, se recostó sobre las almohadas y, cuando quise seguirla, me lo impidió.

—Úsalas para desnudarte, bombero. Llevas demasiada ropa.

«Chica lista». A este juego jugábamos los dos, por fin.

Tuvimos ración extra de caricias y de juegos entre las mantas. Margot se mostraba tan desinhibida y tan dispuesta a experimentar con el sexo que se me hacía raro pensar que aquella fuera su primera vez. La intimidad de una habitación de hotel donde no teníamos que contenernos fue fundamental, aunque mi afán por darle placer, por

asegurarme de que estuviera preparada para el momento cumbre, me puso en una situación comprometida varias veces.

—Puede que te duela un poco al principio.

—Eso he oído.

—¿Eso has oído? ¿Dónde?

—En la fábrica. Las mujeres hablan mucho cuando creen que ya no eres virgen.

—¿Y por qué creían que ya no eras virgen?

—¿Tenemos que hablar de esto ahora?

Le sonreí de medio lado e introduje un dedo en su interior. Se arqueó contra mí y dejó escapar todo el aire que tenía en los pulmones. Moví la mano muy despacio, los músculos de su sexo me apretaban pidiendo más, pero no iba a dárselo hasta que me contara lo que quería saber.

—¿Por qué creían que ya no eras virgen, Margot?

Gimió, desesperada.

—Todas pensaban que me acostaba con Michael Bellow. Por favor, JC…

—Michael Bellow, ¿eh? ¿Y por qué lo pensaban? —Empecé a moverme de nuevo. Estaba muy mojada, casi a punto—. ¿Te enrollabas con Michael Bellow, Margot?

—¡Solo besos! —gritó con los ojos apretados y la boca abierta en busca de aire.

—¿Nada más? —Negó con la cabeza sobre la almohada—. ¿Te tocaba así ese Michael Bellow?

Introduje un segundo dedo un poco más fuerte y le rocé el clítoris con el pulgar. Repitió mi nombre una y otra vez hasta que estuve seguro de que llegaría al orgasmo. Un segundo antes, me detuve.

—¡No! ¡No pares! Serás…

—No me has respondido. —La besé, divertido, y ella me fulminó con la mirada—. ¿Te tocaba así?

—No, así no. Nadie me había tocado así jamás.

Se me hinchó el pecho de orgullo y me lancé a besarla con un fervor incontrolable. Nunca me había excitado tanto una sola frase y dudaba mucho de que pudiera aguantar mucho más tiempo con los juegos. Mi virilidad se deslizaba entre sus pliegues en busca de su lugar; el cuerpo de Margot pedía que la colmara, sus piernas me rodearon en un acto involuntario que buscaba un roce más intenso…

Cogí uno de los preservativos que había dejado en la mesilla y me preparé para ella. Debía ser cuidadoso y no precipitarme.

—Mírame, Margot. Dime si te hago daño, ¿vale? Dime si quieres que pare.

Su mirada se hizo vidriosa, sus pupilas se dilataron, fui con tanto cuidado que tuve que apretar los dientes para que mi propio placer no dominara la situación, y vi el instante en el que su excitación se transformaba en dolor. Fue ella la que buscó mi boca para besarme, y cuando ya creía que me derramaría y lo echaría todo a perder, sus caderas se movieron y me invitaron a continuar.

No fue una primera vez memorable, no fue perfecta. Pero fue un momento nuestro, un principio. Fui su línea de salida y, en la carrera de nuestras vidas, el único premio que deseaba era ser también su meta.

53. Margot

Ya podía acabarse el mundo afuera que no pensaba moverme de esa cama hasta que el sol estuviera en lo alto del cielo. La noche había sido inolvidable, habíamos hecho el amor por fin y, aunque la primera vez no fue todo lo que yo esperaba, la segunda sí lo fue, y la tercera resultó insuperable. JC era un amante delicado y atento, un amante que sabía lo que hacía, que aprendía de las reacciones de mi cuerpo y que preguntaba cuando tenía dudas.

—Te conviertes en un hombre muy comunicativo cuando estás en la cama, ¿lo sabías?

—Eso es porque las conversaciones son más interesantes, y las respuestas más satisfactorias.

Pasó la mano por mi espalda y me pellizcó una nalga.

Estábamos desnudos, enredados en las mantas, saciados y adormilados. Él boca arriba con cara de satisfacción, yo recostada sobre él con su latido marcando el ritmo del mío. Me erizaba la piel con el roce de sus dedos por el costado, se me endurecían los pechos y me dolían los pezones. Era la sensación más excitante que había experimentado y no quería que acabara, no quería salir de la burbuja para volver a mi casa.

—¿En qué piensas? —me preguntó.

—En que quiero quedarme así, contigo, para siempre. —JC rio y me dio un beso perezoso en el pelo—. No quiero ir a casa.

Se acomodó en la cama hasta quedar frente a frente, de costado. Le besé los labios hinchados y calientes, y ronroneé como un gatito con una nueva caricia en la cintura. Me acerqué más a su cuerpo para buscar su calor y para encontrarlo a él, preparado de nuevo para mí. Pero mi chico tímido e introvertido tenía ganas de hurgar en mis pensamientos y sus ojos me decían que no iba a ceder a mis encantos hasta que no hubiera satisfecho su curiosidad.

—¿Qué te pasa con tus padres?

Hice una mueca de fastidio y me tumbé boca arriba.

—¿Es necesario que hablemos de eso ahora?

—Margot… Cuéntamelo.

—¡No pasa nada! Ellos nunca han sido de demostrar su afecto y yo soy demasiado emotiva. Fin de la historia.

—Margot…

—¿Qué? Es verdad, no hay más. Mi madre nunca ha tenido tiempo para mí. Cuando era niña, intentaba que fuera perfecta, la ropa perfecta, la educación perfecta, pero me echaron del colegio y la defraudé. Ella era una alumna ejemplar y yo abrí la caja de Pandora en su maravilloso colegio. La humillé y no me lo ha perdonado.

—Pero en ese colegio os trataban mal.

—Trataban mal a las niñas malas. Y ¿adivina quién era la peor?

—Eh, mírame, Margot. —Me sujetó la mejilla para que no pudiera huir de su mirada. No huiría de su mirada nunca—. Eras una niña maravillosa, te convertiste en una adolescente maravillosa y eres una mujer maravillosa. No hiciste nada malo.

Le sonreí agradecida y me recompensó con un beso cariñoso.

—Para ellos soy un fracaso. Mi madre llegó a decir que había sido mi actitud la que había provocado que echaran a mi padre. Yo nunca iba a las fiestas de los jefes, y cuando iba no podía evitar poner malas caras. Eran una panda de idiotas que apoyaron la decisión de Johnson de meter al país en la guerra de Vietnam y, luego, se postularon a favor de Nixon y hablaban de él como si fuera lo mejor que les había pasado a los Estados Unidos. ¿Es que no leían la prensa? Nixon estaba llevando al país al escándalo.

—¿Y tu padre qué decía de tus opiniones?

—Soy una chica, JC, mi padre jamás escuchó ni uno solo de mis argumentos. Él solo quería ser importante. Si esos hombres hubieran cambiado de bando de la noche a la mañana, él los habría seguido con los ojos cerrados. Es un hipócrita. Y después, cuando esos mismos capullos lo echaron, se sintió tan humillado que se convirtió en un mueble más en casa. Nunca lo ha dicho abiertamente, pero a veces me mira como si estuviera de acuerdo con mi madre, como si yo fuera el problema de todo.

—No seas dura contigo misma, Margot. Olvida lo que crees que piensa y ponte en su lugar. Que te echen del trabajo de un día para otro y que tengas que cambiar de vida para sacar adelante a tu familia no tuvo que ser fácil.

No lo fue, tenía razón. Pero mi padre huyó de nosotras, se refugió en los programas de televisión y en la fábrica para no tener que estar en casa. Mi madre continuaba creyendo que era una gran dama de la sociedad de Illinois y se negó a bajar el ritmo de vida, hasta que la economía empezó a hacer aguas por todas partes y llegó el drama:

cambio de casa, cambio de colegio, adiós a la universidad, adiós a los actos sociales… Y todo por mi culpa.

—¿Has hablado con ellos de esto, de cómo te sientes?

—¿Para qué? ¿Crees que les interesa saber cómo estoy?

—Deberías hacerlo. Es probable que sigan pensando que eres una niña rebelde. —Le fruncí el ceño y él se rio—. A mí me lo pareciste después del incendio. Estabas enfadada con el mundo.

—Estaba enfadada con ellos.

—¿Por qué?

—Porque soy invisible. Si desapareciera, no lo notarían.

—Si desaparecieras, pondrían el mundo del revés. Son tus padres.

—No los conoces, no sabes cómo son —objeté.

—Pero te conozco a ti y no puedo creer que alguien como tú haya salido de dos malas personas.

Me enamoraba más y más de él cuando hacía esos comentarios.

Se apoyó en un codo y nos besamos mucho y muy despacio. Su piel se pegó a la mía, mis piernas se abrieron para él y le quedó el tiempo justo para ponerse el preservativo antes de hundirse en mi interior con una lenta embestida. Estaría haciendo el amor con JC cada segundo de cada minuto, de cada hora… por los siglos de los siglos.

Un nuevo clímax nos sobrecogió y pronuncié su nombre en medio de un gemido ronco y profundo. Mi cuerpo quedó flotando entre sus brazos, su sexo dentro del mío, mi respiración en su oído, sus labios en la piel de mi cuello… La vida no podía ser más perfecta.

—¿Puedo hacerte una pregunta sobre algo de lo que ha pasado hoy en el homenaje?

—Puedes, claro que puedes —respondió, agotado y satisfecho.

—¿Quién era la mujer que te abrazaba? Parecía muy desesperada.

Noté la repentina tensión de su cuerpo. Fue solo unos segundos, pero era imposible no percibirla cuando cada pulgada de mi piel estaba adherida a él. Emitió un leve suspiro y me besó en la cabeza.

—Penny Olsen.

—Penny Olsen —repetí—. ¿Quién es Penny Olsen?

—Su marido era de la 22. Falleció antes de que yo llegara a la unidad. Ella lo echaba de menos y se pasaba los días en el parque. Los chicos se lo permitían. Hicimos amistad, era una buena chica, y pasamos mucho tiempo juntos.

—¿Os acostasteis? —Estaba segura de que era eso, pero quería que

él me lo confirmara—. JC, ¿tuvisteis una relación?

—Durante algunos meses.

Eso me lastimó. No tenía por qué, formaba parte de su pasado, yo no era la primera chica con la que estaba, así que era absurdo sentirse dolida, pero no podía controlar lo que sentía.

—¿Qué pasó?

—Que pensó que yo podría sustituir a su marido. Me gustaba estar con ella, pero cuando empezó a pedirme más compromiso se volvió loca. El capitán Mitchell le buscó ayuda profesional y se calmó. Dejamos de vernos, dejó de venir al parque, pero con la organización del homenaje reapareció. Quería que Ricardo figurara como caído en acto de servicio, que formara parte del memorial, y Mitchell se lo gestionó todo. Se metió en la asociación de viudas, empezó a preguntarle a mi madre por mí. Me dijo que me quería y yo le conté que ya había otra persona.

—¿Yo?

Asintió.

—Quería que se diera cuenta de que no iba a cambiar de opinión. Está obsesionada, y en el homenaje perdió el juicio.

—Es muy triste, es una chica muy joven —susurré—. ¿Tú llegaste a quererla en algún momento? ¿Habrías ocupado el lugar de su marido si las cosas hubieran sido de otra forma?

—No lo creo. Ella amaba a su marido, solo quería un sustituto. Tampoco hubiera podido darle lo que me pedía. Quería un compromiso, y ya sabes lo que opino de eso.

—Hasta que llegué yo. —Le pellizqué el costado y descubrí que tenía cosquillas—. ¿Te arrepientes de haber cambiado de opinión?

—No podría. Quiero estar contigo, Margot.

—Y si algún día vuelves a querer estar solo, ¿me lo dirás?

—Te lo diré. Pero prométeme que impedirás que haga una estupidez como esa.

—¿Como cuál?

—Como dejarte.

—Ahora que he descubierto las cosas que te gustan, dudo mucho que vayas a ir a ningún sitio.

Lo engatusé con mis caricias cerca de su miembro y acabé haciéndole cosquillas hasta que pidió clemencia. Bromear le quitaba intensidad al momento. No quería pensar en la posibilidad de estar

lejos de él ni en que él quisiera estarlo de mí.

Bostecé, agotada, y lo abracé como si fuera mi almohada favorita. Ambos estábamos exhaustos, había sido un día muy largo, y los ojos se nos cerraban sin querer.

JC estiró la mano y apagó la lamparilla. La habitación quedó completamente a oscuras. No ver nada me aceleró el pulso y la respiración se me hizo trabajosa.

—¿Estás bien?

—La luz…

—¿Quieres que la deje encendida?

¿Quería? ¿Sería capaz de dormir por primera vez sin un punto de referencia a mi alrededor? Lo había intentado en varias ocasiones y había sido imposible.

La mano de JC se deslizó arriba y abajo por mi espalda en una caricia lenta y confortable. Sus labios se apoyaron en mi frente y su corazón le dio la mano al mío. Estaba calentita, cómoda, feliz…, y no había de qué tener miedo. Aquello no se parecía en nada a la vieja iglesia y yo ya no tenía siete años.

Era una oscuridad confortable.

Respiré profundamente y negué con la cabeza. No, no quería que encendiera la luz.

No la necesitaba si él estaba a mi lado.

54. JC

La primera vez que Margot vino a casa, trajo con ella una capa de alegría que cubrió hasta el último rincón de cada estancia.

Era un lunes festivo, el tercero del mes de febrero, conmemorábamos el nacimiento de nuestro primer presidente, George Washington, y mi madre la invitó a celebrarlo con nosotros. Me hizo muy feliz que tomara la iniciativa, tanto como verla trajinar por la cocina en medio de cacerolas y platos. Hacía tiempo que no se entusiasmaba de esa forma con una festividad ni con una invitada.

—¿Viene alguien más a comer, mamá? —pregunté al ver el número de servicios dispuestos en la mesa.

—Espero que no te importe, pero Ginger me preguntó si iríamos también este año y cuando le dije que no podía porque venía Margot… —Le fruncí el ceño—. Bueno, no pongas esa cara, John y Ginger son como de la familia, y siempre nos abren las puertas de su casa el Día de los Presidentes.

Bufé con irritación. Tenía razón, siempre nos invitaban, pero era la primera comida de Margot en nuestra casa y ya sabía lo que pasaría. John era muy dado a monopolizar las conversaciones y se le daba muy bien dejar en evidencia a las mujeres con sus comentarios despectivos. Cuando mi padre vivía, se limitaban a hablar entre ellos, pero desde que no estaba me incluía en sus disertaciones, y tenía que morderme la lengua cuando no estaba de acuerdo con él, que era la mayoría de las veces.

—Hay seis cubiertos. ¿Quién más viene? —No me salían las cuentas.

—El capellán Wilcox iba a comer con ellos, así que…

—¡Mamá!

—¿Qué? Es un hombre muy agradable.

«Y también un ferviente defensor del matrimonio».

—No pasa nada —comentó Margot con suavidad cuando mi madre nos dejó a solas—. Me portaré bien. Prometido.

—No eres tú la que debe portarse bien, te lo aseguro.

El reverendo Wilcox fue el primero en llegar y se sintió muy complacido al ver que, por fin, había decidido sentar la cabeza. Le gustó Margot, se acomodó en el sofá para conversar con ella mientras yo avivaba el fuego de la chimenea y mi madre daba los últimos

toques al guiso que había preparado para la ocasión.

—¿Y dices que envasáis un millar de paquetes de carne picada a la hora? —preguntó, admirado—. Imagino que las máquinas serán muy rápidas.

—No, capellán, nuestras manos son muy rápidas. —Rio, y Wilcox la imitó—. La máquina solo pone el montón de carne sobre la bandeja, lo demás es cosa de las chicas de la cadena de envasado.

—Y dime, Margot, ¿tus padres son católicos?

—No respondas a eso si no quieres —me adelanté—. El capellán se pasará el día hablándote de Dios si no dices lo que él desea oír.

—Tienes mucha razón, joven Gallagher. Me dejo llevar por mis creencias y convicciones. Mis disculpas, señorita Addams.

—No pasa nada. —Le guiñé un ojo y ella me devolvió el gesto, pero en cuanto me di la vuelta se inclinó hacia Wilcox y le respondió en un susurro—: Son católicos, capellán. Todo controlado.

John y Ginger Traveller llegaron puntuales a la hora de comer y, tras las presentaciones y los saludos de rigor, nos sentamos a la mesa. El guiso olía de maravilla; el puré, los guisantes y las mazorcas que mi madre había cocinado estaban en su punto, y me apostaba cualquier cosa a que con el hojaldre de manzana y canela que Margot había preparado para el postre se les haría la boca agua.

—Todo está delicioso, Hanna —la alabó Ginger—. Y la carne te ha quedado tan tierna… ¿Qué es ese sabor tan delicioso? No consigo averiguarlo.

—Es el laurel. ¿Verdad que le da un toque muy especial? —respondió mi madre, orgullosa, y le dedicó una mirada cargada de cariño a Margot—. Ha sido idea de esta jovencita tan inteligente. Tendrías que ver cuánto sabe de cocina.

Margot se sonrojó por el cumplido e hizo un ademán para quitarle importancia.

—Sabe mucho más que de cocina, por lo que he podido comprobar en tan poco tiempo —la halagó el capellán—. Es una apasionada de la Historia.

—Y de la música —añadió mi madre.

—Si cocina y sabe satisfacer a un hombre, es suficiente. La mujer de un bombero no necesita saber nada más —comentó John.

Ginger bajó la mirada al plato.

—Disiento, querido amigo —protestó mi madre con una elegancia

digna de una reina—. Tal vez a las mujeres de nuestra época se las pudiera relegar a ser amas de casa, pero las chicas de hoy en día tienen inquietudes e intereses que deben explorar.

—¿Inquietudes e intereses, querida Hanna? —John miró a Margot y dejó los cubiertos sobre el mantel—. ¿Qué inquietudes e intereses tiene usted, señorita Addams? Además de lo obvio, claro está.

Margot parpadeó varias veces sin saber qué responder. El tono de la pregunta era malintencionado, pero ella no era una damisela de las que agachaban la cabeza. Había captado a la primera la forma de ser de John y se hubiera arrancado un brazo antes de quedarse callada.

—Oh, señor Traveller, me alegro de que se interese por mis intereses e inquietudes, porque me estaba preguntando qué opinión le merecería a un hombre de su posición un escándalo como el de la financiación ilegal del partido que ambos tenemos en mente, a costa de recortar las inversiones en los parques de bomberos del estado. —Se limpió los labios con la servilleta y bebió un insignificante trago de agua—. He leído que van a abrir una investigación y que en Springfield hay varios políticos implicados en la trama.

—Sí, yo también he leído algo de eso —señaló el capellán—. Ha salido en *The Journal*, ¿verdad?

Margot asintió.

—En el artículo se mencionaba a varios allegados al gobernador entre los que estaba el…

—JC, creo que deberías explicarle a tu novia de lo que puede y de lo que no puede hablar en la mesa cuando hay invitados —la interrumpió John.

—Mi novia puede hablar de lo que quiera, John.

—¿Por qué no sacamos el postre? —preguntó mi madre para imponer un poco de calma—. Ginger, Margot, ¿me acompañáis, por favor?

Cuando estuvieron lo suficientemente lejos para que no nos oyeran, John se volvió hacia mí y me señaló con un dedo.

—No me gusta que seas un insolente, JC. Creí que tu padre te había enseñado mejor. Y, si quieres un consejo, líbrate de esa mujer cuanto antes: no te conviene.

—Con todos mis respetos, John, mi padre me enseñó muy bien. Quizá seas tú el que deba revisar sus modales.

—¿Mis modales? ¡Esto es el colmo! Esa chica me insulta con su

forma de dirigirse a mí y ¿tú me reprochas mis modales? —Se le había hinchado la vena del cuello y apretaba la servilleta en un puño. Estaba colérico y buscaba apoyo en el capellán, pero Wilcox era un hombre sensato y prefirió mantenerse al margen de la discusión—. Si estabas buscando esposa, bien podrías haber elegido a una que supiera cuál es su lugar en la casa y en la mesa. Tu padre estará retorciéndose en su tumba.

—¡Deja en paz a mi padre, John! —le grité y di un puñetazo contra la mesa—. Y deja de comportarte como si ocuparas su lugar. ¡No eres ni la mitad de bueno que él! ¡No te mereces…!

—¡JC, ya basta! —ordenó mi madre.

Estaba de pie a la entrada del salón con la tarta de manzana en las manos y los ojos muy abiertos. Detrás de ella, Ginger se tapaba la boca, espantada por el tono violento de la conversación, y Margot, con los platos del postre en la mano, me miraba como si me hubiera salido otra cabeza.

—Esta es mi casa, es un día festivo, tenemos una invitada especial y no voy a tolerar que se levante la voz. —Mi madre dejó la tarta sobre la mesa y le tendió el cuchillo al capellán—. ¿Le importaría hacer los honores?

Wilcox aceptó la labor encantado y mi madre y Ginger terminaron de servir el postre. Las alabanzas de ambas por el extraordinario sabor del hojaldre de Margot no tardaron en llegar. El ambiente se suavizó un poco cuando el capellán se arrancó a narrar algunas de sus experiencias culinarias, y todos reímos de buena gana. Todos menos John, que apenas probó el postre.

—Dígame, capellán, ¿ha podido hablar ya con la viuda Olsen?

«Maldito cabrón», pensé. John formuló la pregunta con un tono despreocupado, pero yo sabía que intentaba hacerme saltar. Mi madre negó de forma imperceptible, ella también lo había notado, y me pedía en silencio que mantuviera las formas. No quise mirar a Margot, pero noté su mano sobre mi muslo y la presión de sus dedos fue un poderoso bálsamo.

—Pobre muchacha —contestó Wilnox—. Está tan desorientada, tan perdida. Ella dice que se siente mucho mejor, que lo está asimilando, pero, cuando fui a su casa, comprobé que sigue preparando comida para su marido y habla como si no se hubiera marchado. Me temo que habrá que buscar ayuda médica si las cosas continúan así.

—¿No tiene familia que la ampare? —quiso saber Ginger.

—No, no, es huérfana y no hubo hijos en el matrimonio. Eran muy jóvenes.

—Lo mejor que podría pasarle es que encontrase a otro buen hombre con el que continuar su vida —sugirió John—. Me han dicho que ha tenido una aventura con otro chico del cuerpo. A lo mejor no está tan perdida como usted cree, capellán.

«Hijo de puta, lo sabe».

—Haría bien en encontrar a alguien, sí, pero tal vez sea necesario que primero se encuentre a sí misma —intervino mi madre—. En la asociación de viudas no la tienen en muy alta estima. Actúa de una forma muy extraña.

Al hilo de aquel comentario, Ginger acaparó la atención de las mujeres y del capellán con un suceso que había protagonizado Penny en las dependencias generales de los bomberos, donde John tenía el despacho. Y, mientras, él y yo nos retábamos con la mirada como dos duelistas en una calle desierta. John Traveller no había llegado donde estaba por ser un idiota, era un hombre inteligente, pero no iba a controlar mi vida, aunque estuviera esforzándose mucho por conseguirlo.

—Quiero proponer un brindis —anunció de pronto. Levantó su copa y se aclaró la garganta—. Siempre es un placer venir a esta casa, donde tengo grandes amigos y de la que guardo grandes recuerdos. Sin duda, hoy es un día especial, pero no solo por el nacimiento de nuestro primer presidente, sino también por lo afortunado que soy al considerarme de esta familia.

—Sabes que siempre seréis bien recibidos —declaró mi madre, que le sonrió conmovida. A mí no me causó ningún tipo de emoción.

—Debemos dar gracias a Dios por los amigos —continuó John, y levantó su copa hacia el capellán—, por las mujeres, no sé qué sería de nosotros sin ellas. —Hizo lo propio con su mujer y mi madre—. Y, por supuesto, por la juventud y el futuro.

Creí que por fin iba a aceptar la presencia de Margot, pero estaba equivocado. Ni siquiera la miró, se dirigió a mí, me apretó el hombro y me sonrió de medio lado.

—Por tu futuro, JC. Estoy muy orgulloso de que te vayas a presentar a las pruebas de teniente. —Mi madre ahogó una exclamación y Ginger batió palmas como si la noticia fuera importante

para ella—. Eso te va a mantener ocupado un tiempo, así que espero que elimines todas las distracciones posibles y te centres en el objetivo.

—¡No me habías dicho nada! —exclamó mi madre, aparentemente feliz. Incluso se levantó para abrazarme. Sin embargo, fueron sus palabras en mi oído las que me confirieron la paciencia que me faltaba —. Respira, hijo, no tienes que demostrar nada. Y ella tampoco.

55. Margot

John Traveller era un gilipollas. Había quedado claro. Me había sentido muy humillada en la comida, menospreciada e ignorada, todo por culpa de ese hombre. Pero también tenía motivos para estar enfadada con JC.

—¿Teniente? ¿Cuándo pensabas contármelo?

—No había nada que contar, Margot. John me lo comentó en el homenaje, le dije que lo pensaría, pero ya has visto cómo es: todo tiene que ser a su manera.

—Pero no me lo dijiste. ¿Por qué no me dijiste que te lo ibas a pensar?

—¡Porque no iba a pensarlo! —se exasperó y se pasó las manos por el pelo—. Venga, Margot, soy muy joven para ser teniente. Hay hombres que llevan en el cuerpo años y que se han preparado a conciencia. Apenas tengo horas de servicio en comparación con ellos. Wayne o Powell, por ejemplo. Incluso Stephen merecería ser teniente antes que yo.

—¿Y qué pretende, entonces?

—Pretende controlar mi vida. Cree que se lo debe a mi padre, pero se equivoca. Y no voy a dejar que lo haga, ¿está claro? No tienes de que preocuparte.

—¿Y a qué ha venido lo de Penny Olsen? ¡Solo le ha faltado darte palmaditas en la espalda y felicitarte por la hazaña! Ha sido… ¡repugnante! ¿Qué pretendía? ¿Humillarme?

JC respiró hondo y me abrazó.

—John es…

—… un idiota —dijo su madre por mí. Entró en el salón con la cabeza muy alta y se retocó el peinado frente al espejo de la chimenea —. Puedes decirlo. Tu padre lo decía a menudo; nunca en público, por supuesto. No siempre fue así, pero las personas cambian y, cuando les dan un poco de poder, creen que pueden controlar a todo el mundo.

No pude más que darle la razón y lamentar que alguien tan allegado a la familia de JC se hubiera convertido en un ser tan mezquino. Hanna Gallagher insistió en que no lo tuviéramos en cuenta, en que olvidáramos cada palabra de las que había pronunciado durante la comida, pero mi mente no funcionaba así. Mi mente se convirtió en un torbellino de dudas que ni siquiera me

atrevía a formular en voz alta.

Yo era una de las distracciones de las que hablaba John Traveller. ¿Estaba siendo un lastre para él? No quería compromisos, no estaba acostumbrado a compartir su vida, era reservado y, muchas veces, inalcanzable. Había dicho que me quería, que yo había cambiado su vida, pero ¿y si sus planes hubieran sido otros? ¿Y si nuestra relación le estaba cortando las alas? ¿Y si tenía un futuro mejor, pero lo estaba dejando pasar por mí?

Les di vueltas y vueltas a aquellas preguntas durante días, y un sábado por la noche de principios de marzo, en medio de una fiesta, en medio de una conversación en la cola de un cuarto de baño, encontré las respuestas que tanto temía.

Estaba rodeada de luces, de música, de gente que bailaba, de risas, de diversión como nunca había visto. Era la primera vez que entraba en una sala de fiestas así, en la gran ciudad, y me faltaban ojos para mirarlo todo. El techo estaba cubierto por los destellos que salían disparados de las bolas de espejo, y la pista de baile, atestada de cuerpos, parecía en llamas.

Stephen nos había metido en aquella locura. Tres horas y media de coche hasta Chicago para disfrutar de una noche de desenfreno. Allí daba igual que tuviera diecinueve años, lo primero que hicieron en cuanto llegamos fue ponerme una copa en la mano y ofrecerme un cigarrillo de hierba que acepté con una sonrisa. Wayne y Adeline se habían echado atrás en el último momento. Uno de los niños se puso enfermo y el remordimiento de conciencia pudo con ellos. Powell y Evelyn tampoco se animaron. Con el embarazo de ella en el segundo trimestre, no querían arriesgarse. Algunos chicos del otro turno de la 22 sí se habían apuntado con sus jóvenes esposas, pero no tenía demasiada confianza con ellas como para sentirme a gusto. Sin embargo, después del primer combinado y de hacer rodar el cigarrillo entre nosotras, fue como si las conociera de toda la vida.

—¿Te diviertes, pequeña? —me susurró JC al oído en medio de la pista de baile.

—¡Síííí! —Giré entre sus brazos y me aferré a su cuello para que se moviera conmigo—. Y creo que estoy un poco achispada.

—Ya lo veo. —Hizo un barrido de mi cuerpo con la mirada encendida y sus manos se deslizaron por mi espalda hasta detenerlas en el culo—. Esta noche estás especialmente seductora.

Ya podía estarlo. Me había pasado dos días pensando en lo que me iba a poner para la ocasión. Al final, seguí el consejo de Karen y me puse esos pantalones de talle alto que no me atrevía a vestir porque eran demasiado cortos, casi como unas bragas. Un jersey ajustado, unas botas por la rodilla y el abrigo de piel de mi madre. No lo echaría de menos, hacía tiempo que no tenía ocasión de ponérselo.

James Brown y su *Sex machine* nos sumió en un beso de los que no acaban nunca. Respirar estaba sobrevalorado. Las parejas en la pista se frotaban, las manos desaparecían, los cuerpos se movían al ritmo del *funk* más sensual del momento, y me dejé llevar con los ojos cerrados. Estaba excitada y JC, con sus caricias, me calentaba más y más. Quería sexo y lo quería allí mismo, sin importar quién hubiera alrededor. Era una locura, pero toda la noche lo estaba siendo, y nos merecíamos ser jóvenes por una vez, desfasarnos, rozar lo obsceno…

—Vámonos de aquí —sugirió al ver cómo subía de tono nuestro baile particular.

—¿Y adónde vamos a ir?

—No lo sé, a un motel, a un callejón, al asiento de atrás de mi coche. Vámonos.

Su urgencia me hizo reír, y dije que sí con la cabeza mientras tiraba de mi mano. Pero en el último momento, al ver a las chicas dirigirse al aseo, pensé en adecentarme un poco. No sabía qué me depararía la noche.

—Necesito ir al baño.

—Está bien, pero si tardas iré a buscarte.

Hicimos una cola interminable para entrar en el servicio de señoras, tan larga que tuvimos tiempo de fumarnos media cajetilla de tabaco. Rhona y Mimmi eran de Chicago, pero sus maridos estaban destinados en Springfield desde hacía algún tiempo.

—A mí me costó acostumbrarme, te lo aseguro. Era telefonista, tenía a mis amigas, a mi familia, y, de repente, no tenía nada más que una casa en un barrio apestoso y unos vecinos que se persignaban cada vez que me veían —nos contó Rhona con frustración—. Pero ¿qué iba a hacer? A Terry le iba la vida tranquila, se crio en una granja, y quería ascender en un lugar sin demasiadas complicaciones. Solicitó el traslado y, cuando se lo concedieron, me pidió que me casara con él. Lo demás ya es historia.

—¿Y no buscaste trabajo en Springfield? —pregunté.

—¿Buscar trabajo? ¡Ja! Ahora soy la esposa de un bombero, Margot. De un teniente, ni más ni menos. ¿Quién va a hacerle la comida y la cena? ¿Quién va a limpiar la casa? Si no fuera por mí, ese hombre se moriría de hambre en medio de un montón de basura.

—No puedes quejarte —protestó Mimmi con el cigarrillo entre los labios—. Terry te trata como a una princesa.

—¡Más le vale! Si quiere comida en la mesa y la cama caliente, ya sabe lo que tiene que hacer.

Las tres nos reímos por el comentario, pero la historia no tenía ninguna gracia. Y Mimmi terminó de arreglarlo.

—Spike lleva tres intentos de ascenso y suspendió los tres. Está cabreado con el mundo, y a veces pienso que la culpa es mía.

—¡¿Por qué?! —exclamé.

—Porque él era un bombero de los buenos, de los de cuna, algo así como JC. Y su padre me odia a muerte. Imagínate, soy enfermera y no quería dejar mi trabajo. Cuando nos mudamos a Springfield, me aceptaron en el Memorial y yo no me enfoqué ni en llevar la casa ni en la cocina. Spike sabe cocinar mejor que yo, pero suspendió la primera vez y su padre le dijo que yo no lo apoyaba suficiente. Él me defendió, sabía que no era culpa mía. Pero suspendió la segunda vez y tuvimos una discusión horrible.

—Déjame adivinar —interrumpió Rhona—: ya no estaba tan convencido de que lo estuvieras apoyando como debías, ¿no?

—Exacto.

—¿Y cuando suspendió la tercera vez? —pregunté con temor.

—¿No te lo imaginas? —Chasqueé la lengua e hice una mueca de fastidio—. Sí, dejé de trabajar. Ahora soy la cocinera y la puta de un bombero frustrado con la inteligencia de un jarrón. —Eran palabras muy fuertes para una esposa, pero era lo que tenía el alcohol, que sacaba las verdades con mucha facilidad—. Le hago la comida, le curo las heridas y le doy satisfacción. Tampoco quiere tener hijos aún, porque serían una distracción, pero, claro, a mi suegra le parece aberrante que no tengamos ya dos, por lo menos.

—Terry tampoco quiere hijos, dice que somos muy jóvenes y que no podríamos hacer estas cosas de tenerlos. En parte lleva razón, pero como no me deje embarazada pronto me compraré un perro.

Volvimos a reír a carcajadas y llegamos a la puerta de los servicios. Se me había aplacado el deseo y había quedado sustituido por otro

tipo de emoción, algo indescriptible mezclado con angustia.

—¿Y tú qué? ¿Cuál es tu historia? —quiso saber Mimmi—. Spike dice que no estáis casados, que lleváis poco tiempo juntos. No ha coincidido en muchos turnos con JC, pero su padre era una leyenda en Springfield. Tiene el listón muy alto.

—De momento no quiere ascender. Ya lo hemos hablado.

—¡Eso dicen todos! —exclamó Rhona—. Pero, cariño, son bomberos. Si tienen que arriesgar su vida, al menos que la paga valga la pena.

—Y si ya ha salido el tema, es porque lo está pensando, créeme —aseguró Mimmi—. ¿Tienes trabajo?

—Sí, en una fábrica.

Ambas hicieron el mismo gesto de desidia con la mano y se rieron a la vez.

—Terminarás despidiéndote en cuanto os caséis —auguró Rhona —. Vais a casaros, ¿no?

—¡No! Bueno, no lo sé. Es muy pronto. Solo llevamos juntos tres meses.

«Y enamorada de él casi dos años y medio».

—¿Tres meses? Suficiente —afirmó Mimmi—. Estarás casada antes de que acabe el año.

—No creo que eso vaya a pasar.

—Eres muy joven, Margot, pero ya aprenderás. Tres meses en la vida de un bombero son como tres años. Un día te despiertas y te das cuenta de que has pasado más tiempo esperándolo que con él.

—Pegada a una ventana para ver si llega y contando los minutos.

—Deja que te dé un consejo —dijo Mimmi con solemnidad—: si no quieres perder tu independencia, cuando te haga la pregunta, sal corriendo y no mires atrás.

—Yo solo quiero estar con él.

—Pues, entonces, ya no tienes arreglo, chica. Bienvenida al club.

56. JC

Detestaba verla salir por la ventana como si escapara del asalto a una casa ajena. Pero adoraba la cara de satisfacción que tenía cuando entraba en el coche y se lanzaba a besarme con una risilla transgresora.

—¡Arranca! —gritaba siempre, y yo la obedecía porque su vitalidad era lo que necesitaba cada vez que había tenido un mal día.

Y aquel lo fue de verdad. Uno para olvidar.

A veces no bastaba con seguir los protocolos y ser concienzudo en el trabajo, porque el destino tenía sus propias reglas. No podíamos luchar contra eso, nos lo habían repetido muchísimas veces en los años de servicio, pero ninguno de nosotros podía salir del parque y sacudirse las desgracias como si fueran restos de ceniza.

Aquella tarde perdimos a un niño en un incendio y se llevó con él un trozo de nuestras almas.

Llevé a Margot a comer una hamburguesa y un batido con nata de los que tanto le gustaban. Desde la fiesta en Chicago, en la que terminamos haciendo el amor en el asiento trasero del coche, nos habíamos estado viendo cada día. No importaba la hora ni el lugar, lo único que importaba éramos nosotros. Yo la entendía y ella me curaba.

—Karen y Troy se van a casar. Me lo han dicho hoy —comentó como si no fuera una noticia impactante.

—¿Y por qué parece que no te alegres por ellos? Son tus amigos, deberías estar contenta.

—Karen está embarazada y va a dejar la fábrica, porque es lo que Troy quiere. No me parece justo —protestó.

—A lo mejor también es lo que ella quiere.

—Eso dice, pero es que… no lo entiendo. ¿Por qué tiene que dejar de trabajar? Mi padre le ha dicho que puede continuar hasta que se sienta indispuesta. Los dueños no pondrán reparos. Hay otras chicas embarazadas que lo han hecho.

—Karen es lista, Margot. Si ha decidido dejar de trabajar es porque quiere.

—Sí, supongo.

Removió las patatas en el plato, apenas había probado la hamburguesa. Su energía se había consumido en cuanto había sacado

el tema, y algo me dijo que no me lo estaba contando todo.

—¿Qué es lo que te preocupa de verdad?

—Han hablado de ir a vivir a Delaware. Troy tiene familia allí y le darían un buen empleo. No quiero que se vayan —confesó, por fin—. Es mi única amiga.

—Eso no es verdad. ¿Y Adeline? ¿Y Rhona? ¿Y Mimmi? Ellas también son tus amigas. Es más, últimamente las ves a ellas más que a Karen.

—Porque ya no salgo con Karen, solo salgo contigo y con los chicos. —No fue un reproche, no podía serlo cuando veía lo bien que lo pasaba con mis compañeros y sus parejas, pero sonó como tal—. No quiero perderla, es mi mejor amiga, y si se va será como… como…

En ese instante lo entendí.

—… como Dotty, ¿verdad? Crees que dejarla ir será como perderla para siempre, ¿no?

Se encogió de hombros y bajó la mirada. Le dolía la pérdida y a mí verla así, tan abatida. Cada vez que salía el nombre de Dotty Baker en una conversación, mi conciencia se removía.

Le cogí la mano por encima de la mesa, entrelacé sus dedos con los míos y me incorporé para besarla. Mi mundo la había absorbido y ella no se había quejado jamás. No me había dado cuenta de que la estaba alejando de todo lo que había sido su vida.

—Podemos quedar los cuatro antes de que se vayan, ¿quieres? Ahora se acerca el buen tiempo y los días son más largos. Podemos ir a la bolera o a comer un helado.

—Eso me encantaría. —Se le iluminó el rostro y volví a besarla—. Se lo diré mañana. Le gustará.

Recuperó otros temas de conversación menos tristes y volvió a ser la Margot de siempre, aunque seguía habiendo algo en ella que me apretaba el pecho cada vez que lo percibía. Era una sensación muy sutil, como si se le apagara la luz de los ojos, como si se le curvaran los labios en una mueca triste cuando terminaba de hablar, como si se retorciera los dedos bajo la mesa para controlar un temblor repentino.

Por suerte, llevarla a la feria la activó de nuevo y pude relajarme por fin.

—¿Quieres subir a la noria? —le pregunté con una sonrisa de medio lado.

—¿Vas a seducirme allá arriba?

—Por supuesto, ¿o es que no sabes a qué suben las parejas a la noria?

Margot dejó escapar una carcajada y se puso de puntillas para besarme. Sabía a fresa y a inocencia, aunque bien sabía yo que de inocente tenía poco.

—Está bien, pero antes quiero una manzana de caramelo. Me vuelven loca las manzanas de caramelo.

Nos acercamos al puesto y esperamos nuestro turno sin dejar de hacernos arrumacos. Le gustaba jugar conmigo, le encantaba ofrecerme los labios y apartarse justo cuando iba a besarlos, se divertía enseñándome la punta de la lengua y prometiéndome cosas con la mirada, cosas muy sensuales que me encendían la sangre.

Compramos su manzana y le dimos un bocado a la vez. Ella sonrió triunfal y yo me atraganté al ver quién nos miraba a apenas un par de pasos de distancia.

Penny Olsen se llevó las manos a la boca y ahogó un gemido lastimero.

—Te odio, JC Gallagher. ¡Te odio! —Se acercó demasiado y, antes de que pudiera detenerla, me arañó el cuello con tanta violencia que noté el escozor de cuatro rasguños al instante—. Ojalá estuvieras muerto. Ojalá ardas en el infierno.

Margot profirió un jadeo y me volvió la cara para ver las cuatro rayas sanguinolentas que me había dejado. Su lado más protector, ese que yo aún no conocía, salió a la superficie y, para mi consternación, se puso delante de mí.

—Si vuelves a tocarlo, seré yo la que te deje la cara marcada, te lo advierto.

Penny parpadeó, no se esperaba esa hostilidad, y pareció encogerse ante la crecida de Margot.

—Yo aún te quiero, JC. Te quiero. ¿Por qué me haces esto? —gimoteó.

—No, Penny, tu querías a Ric, y yo no soy tu marido —le expliqué con voz suave, como todas las otras veces en las que había tenido que recordárselo—. Vete a casa, por favor.

Pensé que mis palabras habían hecho efecto. Se dio la vuelta y comenzó a andar, pero no había dado ni media docena de pasos cuando se volvió y señaló a Margot.

—¡Tú crees que va a quererte, pero no lo hará jamás! No puede

amar a nadie más que a sí mismo. ¿No te lo ha dicho? No se casará contigo, no eres nada para él y te romperá el corazón. Todo el mundo lo sabe menos tú.

—Vámonos —susurré, y tiré de Margot, que permanecía inmóvil, pendiente de las palabras de Penny.

—¡Tú no significas nada! ¡Él me quiere a mí! ¡Me quiere a mí!

—¡Ya basta, Penny! —le grité, enfadado—. Vuelve a casa.

—Te convertirás en otra sombra junto a la ventana, como su madre, como yo, como todas —continuó—. ¡Te consumirás!

Tiré de Margot de nuevo. Allí no había nada más que hacer. Algunos curiosos se habían congregado alrededor como si fuéramos una atracción más. Penny se había quedado clavada en el sitio y apretaba los puños con rabia.

Si tenía alguna duda de lo trastornada que estaba, aquello fue la prueba decisiva. Tenía que hablar con mi capitán.

Penny Olsen había perdido el juicio.

57. Margot

Todos vivimos un infierno particular en algún momento de nuestras vidas. A veces lo vemos venir y nos limitamos a esperar a que nos arrolle como un tren. Otras, sin embargo, llega de repente, cuando más desprevenida estás, cuando menos esperas que la vida se ponga del revés.

Mi infierno comenzó aquella noche de finales de marzo.

—Ese vestido que te has puesto es viejo. Por el amor de Dios, Margot, ¿no puedes parecer una chica presentable ni siquiera hoy? ¿Qué pensará ese chico de nosotros si vas vestida así?

—El vestido está bien, mamá. Y JC no pensará nada de vosotros. —«Nada que no piense ya», me dije.

Había llegado el momento que tanto había temido. Fui posponiendo el encuentro con mis padres porque era demasiado feliz como para compartir a JC con ellos, pero Hanna quería conocerlos, me había preguntado por ellos en varias ocasiones y había propuesto celebrar el cumpleaños de JC con una comida familiar a la que quería invitar a mis padres. No podía negarme, pero antes de que llegara ese día tenía que presentárselos a él.

Mis padres sabían que salía con alguien, pero estaban tan ocupados por hacerse un nuevo lugar en la sociedad que bien podría haberles dicho que me había metido en una secta. Les hubiera dado igual.

Hasta que mi madre supo que era bombero. Más concretamente, el bombero guapo y simpático que se había hecho cargo del incendio de la cocina. Eso despertó su curiosidad.

—No es un bombero cualquiera —puntualizó ella mientras corregía la posición de los cubiertos sobre la mesa—. Es el ahijado de John Traveller. Su mujer, Ginger, es una de las clientas más importantes de la *boutique* de Penelope von Beringe, y se dice que el muchacho es como su hijo.

—No deberías creer todo lo que dicen por ahí, madre. Los Traveller son buenos amigos de su familia, pero nada más. JC tenía un padre.

—Que murió.

—Mamá, ten un poco más de tacto, ¿quieres?

—No he dicho nada inconveniente, es de dominio público. —Al parecer, había estado ocupada indagando en su círculo de amistades.

No sabía si sentirme halagada o empezar a preocuparme—. Ginger Traveller no pudo tener hijos y, al morir el padre del chico, su marido lo acogió bajo su ala. La madre sigue muy afectada y, además, debe de ser terriblemente complicado hacerse cargo sola de un hijo bombero. Hace falta la mano firme de un hombre.

—Te aseguro que Hanna Gallagher es muy capaz de ocuparse de su hijo —objeté—. JC tiene veintidós años, madre, no es un niño, no necesita la mano firme de nadie. Será mejor que esta noche evites hablar de los Traveller o de lo afectada que pueda estar la señora Gallagher. No son temas adecuados.

—Tu madre solo pretende ser agradable, Margot —intervino mi padre en tono reprobatorio. No había apartado la vista del televisor desde que había llegado de la fábrica—. Deberías entenderla: está nerviosa.

¿Ella estaba nerviosa? ¿Y cómo creían que me sentía yo?

—No, Stuart, déjalo, no pasa nada —pronunció, ofendida—. Estaré callada y solo hablaré cuando se me pregunte. Está visto que no soy lo bastante buena para entablar una conversación.

«Maravilloso. Ahora es la víctima».

—Yo no he dicho eso, mamá.

—Pero lo piensas.

—No, no lo pienso. —Era única para hacerme sentir culpable—. Es solo que hay determinados temas que incomodan a JC y has ido a sacar dos de ellos. No quiero que se pase la noche respondiendo con monosílabos, ¿entiendes? No lo conocéis, yo sí. Él… es tímido.

—¡No lo conocemos porque no te has dignado a traerlo antes! Es inaudito que una hija haga eso. ¿Qué tipo de educación te hemos dado?

«Me rindo», pensé.

—Está bien, mamá. Iré a cambiarme de vestido.

Terminé de preparar la cena y me senté a esperar junto a la ventana. Mi padre seguía frente al televisor, mi madre no dejaba de mover la decoración del comedor, como si eso fuera a arreglar algo en aquella casa, y yo empezaba a desesperarme.

JC tenía turno ese sábado, pero me había prometido que no llegaría más tarde de las ocho y media. Eran casi las nueve y no había ni rastro de él.

—A veces tienen que solucionar problemas de última hora. Seguro

que no tardará —dije para convencerme a mí misma—. Puedo llamar a su casa para…

—Llegará, Margot —comentó mi padre con hastío.

—Sí, llegará. —Me estaba comportando como una tonta—. Iré a ver cómo está la carne. No me gustaría que quedara seca.

A las nueve y media no pude soportarlo más y llamé por teléfono a casa de los Gallagher, pero nadie respondió.

«Estará de camino», me repetí. Lo de cenar con mis padres había sido idea suya, no podía echarse atrás, ¿no? Di vueltas por la cocina sin apartar la mirada de la ventana.

«Pegada a una ventana para ver si llega y contando los minutos», recordé la voz de Rhona en la cola del cuarto de baño de la discoteca.

«Te convertirás en otra sombra junto a la ventana», resonó Penny Olsen en mi cabeza.

Me retorcí las manos para calmarme, pero cada vez que veía la hora en el reloj de la pared me ponía más y más frenética.

El teléfono empezó a sonar de repente y me llevé las manos al pecho por el sobresalto. A lo mejor estaba precipitándome. Si habían tenido que atender un servicio de última hora, era lógico que no hubiera podido avisarme.

Mi padre respondió a la llamada y me tendió el teléfono un instante después.

—Preguntan por ti. Es una mujer.

¿Una mujer? ¿Qué mujer?

Cerré los ojos antes de contestar y lo sentí por primera vez: la angustia, la incertidumbre, la sospecha de que algo había pasado. El frío del miedo que te envuelve y aprieta hasta estrangularte la garganta, el temblor de la tierra bajo los pies que amenaza con abrirse para tragarse todo tu mundo. El terror…

—¿Margot? Soy Adeline. Wayne me ha pedido que te llame. —Hizo una pausa, la más larga de mi vida, y luego percibí la llegada del tren que iba a arrollarme sin avisar—. Los chicos han tenido problemas. Stephen y Powell…

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

—Un incendio…

—¿Están bien? ¿Y JC? Adeline, ¿JC está bien?

—No, Margot. No… no está bien.

Dejé caer el teléfono y me dejé caer yo. Mi cerebro no era capaz de

procesar una información tan simple y se negaba a dar paso a estímulos externos: el movimiento rápido de mi padre para sostenerme, el jadeo de horror de mi madre, el sonido de la televisión, el dolor…

El mundo se quedó en silencio y solo podía escuchar a mi corazón.

Me sentía la protagonista de una película muda, como si estuviera empujando con todas mis fuerzas una puerta a punto de reventar, como si pudiera detener el tren en plena recta.

—Vamos, hija, yo te llevaré.

«¿Llevarme? ¿Adónde?».

Miré a mi padre, oí sus palabras, su preocupación, y ya no pude contenerme más. Un grito desgarrador me rompió por dentro y todo se me vino encima. No estaba bien. JC no estaba bien. El corazón me hacía daño solo de pensarlo, las manos no me respondían. Me ahogaba, era incapaz de coger aire por culpa de las lágrimas. Pero lo peor era el miedo, el maldito miedo que se me había pegado a los huesos, la sombra oscura que había llegado para quedarse, esa sombra que conocía bien y que solo él había sido capaz de espantar.

De pronto, volví a ser la niña de siete años encerrada tras la puerta de hierro en una vieja iglesia fría y mohosa, volví a sentir la humedad, el hedor, el pánico, volví a creer que moriría…

—Margot, hija, mírame —me pidió mi padre—. Todo va a ir bien.

¿Cuándo habíamos llegado al coche? ¿Quién me había puesto el abrigo? ¿Cuánto tiempo llevábamos en la carretera?

Vislumbré el edificio del Memorial Medical Center y lloré más fuerte, asustada. ¿Y si no llegaba a tiempo? Era el amor de mi vida, era el hombre de mi corazón, era mi presente y mi futuro, mi chico de los ojos del color del cielo en verano, el sol en mi ventana, el resto de mis días. No podía irse, no era su momento. ¡¡No era su momento!!

Wayne y Gigi me recibieron en la puerta de urgencias y me abracé a ellos como si fueran mi última esperanza. Necesitaba saber, necesitaba que alguno de los dos sonriera y dijera que no había sido para tanto, que estaba bien. Pero sus rostros hablaban sin palabras, sus miradas huidizas me arañaron por dentro y, cuando quise hablar, solo me salió un sollozo.

—Todavía no sabemos nada —susurró Wayne. Dio una última calada a su cigarro y lo tiró con rabia—. La espera es lo peor.

—¿Qué ha pasado?

Gigi me hizo un resumen nada preciso del que solo escuché una parte. Un incendio, una casa, un horno de gas, una explosión… ¡Dios mío! Una explosión que había alcanzado a Stephen, a Powell y a JC.

«Por favor, que esté bien. Por favor, que todos lo estén. Por favor, por favor…».

Hanna Gallagher estaba sentada en una silla de la sala de espera junto al teniente Bullesky. Atendía a algo que le decía un enfermero, parecía tranquila, pero cuando advirtió mi presencia me di cuenta de que, tras los muros, estaba sufriendo tanto o más que yo. Me llevaba una vida de ventaja en eso de ocultar las emociones. Y, aun así, los ojos se le llenaron de lágrimas y apenas pudo contener un sollozo al verme. Yo, que de contención no había oído hablar jamás, me lancé a su abrazo y lloré con tal desgarro que hasta el teniente tuvo que apartar la mirada.

—Tranquila, pequeña. Todo va a salir bien. Todo va a salir bien.

¿Y por qué no podía creerlo? ¿Por qué sentía que la vida de JC pendía de un hilo y en cualquier momento podía romperse?

El teniente me cedió su asiento y alguien me puso un vaso de agua en la mano. El silencio era enfermizo, los rostros que veía eran de preocupación, de derrota, de desolación. Evelyn, la mujer de Powell, con su incipiente barriga de seis meses, salió del cuarto de baño y compuso una breve sonrisa al verme.

—Van a salir de esta —me dijo. Me apretó la mano y me apartó el pelo de la frente—. Si se le ocurre dejarme sola con tres niños, juro que lo perseguiré y lo traeré de vuelta, aunque se lo tenga que arrebatar a la mismísima parca.

¿De qué pasta estaban hechas esas mujeres, que eran capaces de hacer una broma en una situación así?

Los cuchicheos en susurros entre algunos bomberos y el teniente Bullesky captaron mi atención. El apellido Olsen me retumbó en los oídos y las suposiciones de los chicos abrieron la puerta a un sinfín de preguntas. Con la llegada del capitán Mitchell las conversaciones subieron de tono y entré en estado de *shock*.

JC estaba en casa de esa mujer. Él llamó al servicio de emergencias. ¿Qué hacía allí? ¿Por qué no estaba con su unidad? ¿Por qué no estaba trabajando?

—No tardamos ni diez minutos en llegar, capitán —le aseguró Bullesky—. Fue todo muy rápido.

—¿Y la señora Olsen?

Wayne y Gigi bajaron la cabeza y Bullesky negó. El capitán se llevó las manos a la nuca y maldijo entre dientes. Penny Olsen había muerto y, a pesar de que me consideraba una persona compasiva, su pérdida no me afectó. Estábamos en aquella situación por su culpa.

Los padres de Stephen protagonizaron otro momento de histeria en la sala. Era un matrimonio mayor, de vida tranquila, según me había contado él. Residían en una pequeña población a las afueras de Springfield y no estaban acostumbrados a trasladarse a la ciudad con frecuencia. Parecían tan perdidos como dos niños y tenían en la mirada el mismo miedo que los demás.

—Margot —me llamó mi padre—, ¿quieres que me quede?

Me había olvidado de él, pero seguía ahí. Fue la primera vez en mi vida que di gracias a Dios por tenerlo, por tenerlos a ambos, porque estaban a millas de ser los padres perfectos, pero sus manos habían estado siempre para sostenerme.

Le pregunté a Hanna si quería conocerlo. No era el mejor momento, pero deseé con todas mis fuerzas que dijera que sí. Y accedió con una sonrisa. Ella siempre sonreía.

—Papá, esta es Hanna Gallagher, la madre de JC —dije, emocionada hasta las lágrimas—. Señora Gallagher, él es mi padre, Stuart Addams.

—Lamento lo que ha pasado. —Mi padre se llevó la mano al corazón y a mí me temblaron los labios. Lo abracé por la cintura, como si fuera un gesto habitual entre nosotros, y él me rodeó con el brazo y me besó en el pelo—. Ojalá solo quede en un susto.

—Ojalá tenga razón. —La voz de Hanna sonó suave y pausada—. Gracias por traer a Margot, señor Addams. Es una bendición para esta familia.

—No hace falta que te quedes, papá.

—La llevaremos a casa en cuanto sepamos algo, señor Addams —intervino Wayne.

No iba a moverme de allí hasta que no consiguiera verlo, pero ya llegaríamos a esa parte.

—Bien, entonces me voy. Tu madre debe de estar muy preocupada. —Me besó en la frente, nunca me había besado en la frente, y me dio un pequeño abrazo que me hizo sollozar de nuevo—. Todo saldrá bien, ya lo verás.

Unos minutos después de que se hubiera marchado, la puerta del pasillo se abrió y un médico se acercó al grupo con una tablilla en la mano. El capitán Mitchell lo conocía, se saludaron con un apretón de manos muy afectuoso y se palmearon el hombro.

—Tendremos que esperar un poco más. Las lesiones son importantes.

—¿Cómo de importantes? —quiso saber Mitchell en nombre de todos.

El médico repasó los papeles y chasqueó la lengua.

—Stephen Nichols tiene un fuerte golpe en la columna. Hasta que no baje la inflamación no podremos saber el alcance de las lesiones, pero es el más estable. Está sedado; en cuanto despierte, mandaré a alguien para que os avise.

—Bien, sus padres están aquí y querrán verlo —sentenció el capitán—. ¿Y los demás?

—Arthur Powell sigue en quirófano. —Evelyn se acercó a Mitchell y al doctor, y, por primera vez, vi lo vulnerable que era—. Estamos haciendo lo posible, se lo aseguro. En cuanto al chico Gallagher… —Hanna me cogió la mano con fuerza mientras el médico leía sus anotaciones. Olvidé respirar, me olvidé de todo y recé—. Está en recuperación. La operación ha ido todo lo bien que cabía esperar, pero es pronto para saber más. Se golpeó la cabeza y no llevaba el casco. No podremos saber de su estado hasta que no despierte.

—¿Y cuándo va a despertar? —pregunté.

—Cuando él decida que está preparado para hacerlo. Pueden ser unas horas, unos días, una semana…

«O nunca».

58. JC

Cinco horas antes

Faltaba menos de una hora para que acabara el turno y ya notaba el cosquilleo de los nervios recorriéndome el estómago. Iba a dar un paso importante, iba a llegar con Margot más lejos de lo que había llegado nunca con ninguna chica. Mi madre, que estaba muy emocionada con el hecho de que fuera a conocer a los Addams, me había comprado una camisa y le había sacado brillo a mis zapatos, como si fuera un niño en la primera comunión. Y, aunque estaba seguro, habría echado a correr en dirección contraria si alguien me lo hubiera propuesto.

—¡Gallagher, tienes una llamada! —gritó la asistente del capitán —. Ya sabes cuál es la política del parque respecto a las llamadas personales. Yo no soy vuestra secretaria.

—Lo sé, lo sé. No estoy esperando llamadas. ¿Quién es?

—La viuda Olsen. Ha llamado varias veces durante la tarde.

«Joder».

Inspiré hondo antes de contestar. Iba a ser la última vez que lo hiciera. Ya había puesto al tanto al capitán y al teniente de lo que pasó en la feria, y era hora de que alguien hiciera algo por esa chica.

—¿Qué ocurre, Penny? Sabes que no puedes llamar al parque.

—Lo sé, no quería molestarte. Solo llamaba para… despedirme.

Su voz sonaba suave y adormilada, no parecía ella.

—¿Despedirte? ¿Adónde te vas? ¿Te encuentras bien? —Se me encendieron las alarmas al oír un leve llanto al otro lado de la línea—. Penny, háblame. Dime qué pasa.

—No puedo más, JC, no puedo más.

—¿Cómo que no puedes más? Sí puedes, Penny, tienes que salir de esta, tienes que luchar. Habla con las mujeres de la asociación, habla con mi madre. Eso te ayudará.

—No puedo… Lo siento.

—¡Penny! ¡Maldita sea!

Colgó el teléfono.

Miré la hora. Solo quedaban veinte minutos para terminar el turno. El apartamento de los Olsen no estaba muy lejos del parque. Si me daba prisa, podría acercarme a comprobar que todo estuviera bien antes de ir a mi casa a cambiarme. Era probable que llegara tarde a la

cena con los padres de Margot, pero no me quedaría tranquilo hasta comprobar que no hacía ninguna locura.

Encontré a Stephen en el vestuario y le conté lo que pasaba. Necesitaba que me cubriera esos veinte minutos. Si el teniente se enteraba de que me había ido antes de tiempom, me abriría un expediente, estaba seguro.

—No me jodas, JC. Envía a una patrulla y que se encarguen ellos. No vayas.

—Solo serán unos minutos —dije mientras me cambiaba lo más rápido que podía—. Ni siquiera voy a llevarme el coche, vendré luego a por él. No se enterará nadie.

—Está loca, tío. Esa mujer necesita que la encierren.

—Esa mujer ha perdido a su marido. No lo está pasando bien.

—Venga, tío, ya sabes a qué me refiero, no me hagas sentir culpable.

—¿Me cubrirás?

—Haré algo mejor: iré contigo —se ofreció, y empezó a quitarse el uniforme.

—No, Stephen. Si tienen que suspender a alguien, que sea solo a uno de nosotros.

No se quedó muy convencido, pero lo aceptó, y cinco minutos después me escabullí por la puerta trasera del parque y corrí hasta el 123 al sur de la Séptima. Subí los escalones de dos en dos y llamé al timbre sin parar.

—¡Penny! ¡Penny, abre la puerta! —Golpeé con los puños y varios vecinos salieron al rellano para ver a qué se debía el alboroto—. ¡Maldita sea, Penny Olsen, abre la puerta!

—¿Sucede algo, joven? —preguntó una mujer de avanzada edad que solo asomó una cabeza llena de rulos.

—Soy del cuerpo de bomberos. Necesito hablar con Penny Olsen, es importante. ¿Sabe si ha salido?

—No, llegó hace unas horas y no la he vuelto a oír.

—¡Penny, abre la puerta! Abre la puerta, por favor —rogué.

—¿La señora Olsen está en peligro? —curioseó la anciana—. Ha estado tan triste desde que enviudó…

—Sí, puede que esté en peligro, por eso necesito entrar. —Y, si ella no me abría, tendría que recurrir a otros medios para asegurarme de que todo estaba bien—. ¿Podría usted llamarla por teléfono? Estoy

muy preocupado.

La mujer pareció pensárselo durante unos segundos y finalmente asintió. Pero la línea estaba ocupada.

«Ha descolgado el teléfono».

—¿Sería tan amable de dejarme hacer una llamada?

Volvió a pensarlo y me señaló con un dedo el aparato colgado en la pared.

Llamé al parque y di la voz de alarma. A la mierda las consecuencias. Si me suspendían habría sido por una buena causa.

La anciana se asustó cuando me oyó hablar con Bullesky, desapareció un instante y regresó con una llave en la mano.

—Yo… no debería, pero… esta es la llave del apartamento. Ella me la dio hace tiempo por si había alguna emergencia.

Se la arrebaté y entré en el apartamento como un vendaval.

—¡Penny!

La encontré en la cama. Parecía dormida, tranquila, pero el bote de pastillas que había junto a ella y el vaso con olor a ginebra barata eran pruebas más que suficientes de lo que había hecho.

—Vamos, Penny, vamos, no me hagas esto. —Respiración leve, pulso débil—. ¡Joder!

Nunca me había sentido tan impotente. Tenía que esperar a que llegaran los servicios de emergencia, ellos se ocuparían de todo, pero si se demoraban sería tarde para Penny.

Comprobé que no tuviera nada en la boca, le palmeé la mejilla, le pedí que abriera los ojos, pero se estaba apagando y la desesperación me consumía.

Oí el camión de bomberos y estuve a punto de ponerme a llorar. No habían pasado ni diez minutos, pero el tiempo era un duro contrincante cuando uno se jugaba la vida.

—¡Gallagher!

—¡En el dormitorio!

Gigi y Wayne acudieron a mi llamada y se apresuraron con la camilla para llevarse a Penny. Empezaron a escocerme los ojos y me sentí mareado por el alivio. Estaba realmente agotado. Oí la voz de Stephen, que entraba en el apartamento, y a Powell discutir con los curiosos que bloqueaban la puerta. Ya no había nada más que hacer allí.

—Tío, esta casa está hecha un asco —gruñó Stephen. La puerta del

salón *office* estaba cerrada y pensó lo mismo que todos: un poco de ventilación no le iría mal. Buscó a tientas el interruptor y añadió—: Huele como a…

«Gas».

—¡Stephen, no!

59. Margot

Una semana después

Me pasaba el día cantándole al oído porque sabía que dentro de aquella mente dormida había un lugar para mi voz. Pero mi repertorio se limitaba a una canción, una única canción que se convirtió en un mantra y que servía para no dejarme caer en la oscuridad.

—*Let the sunshine, let the sunshine in, the sunshine in…* Deja que entre el sol, JC, abre los ojos y deja que entre el sol.

—Es cabezota hasta para despertar, ¿verdad? —oí a mi espalda. Stephen chasqueó la lengua y se acercó con su silla de ruedas—. Despertará, ya lo verás. Solo se está haciendo el remolón porque sabe que le va a caer una buena bronca cuando lo haga.

Llevaba una semana sin más signos de vida que los pitidos de una máquina infernal.

—¿Y tú qué tal estás hoy? —Me sequé las lágrimas con la manga y me aclaré la garganta—. Tienes mejor aspecto.

—Eso dice la enfermera, pero sigo aquí sentado.

No podía mover las piernas. Fue el más cercano a la explosión, sus heridas y contusiones habían sido superficiales, salvo una, un fuerte golpe en la espalda que le provocó un aplastamiento vertebral. Tenía por delante un futuro incierto y muchas horas en silla de ruedas. Los médicos más optimistas hablaban de diez semanas, pero Stephen era paramédico, además de bombero, y sabía que los plazos nunca eran fiables.

—¿No deberías estar en la cama? —lo regañé—. Como te vea la señora Gallagher, te tirará de las orejas, ya lo sabes.

—Está en la cafetería con Evelyn, me lo ha dicho Powell.

—¿Qué tal está hoy? —me interesé—. Ayer cuando fui a verlo no tenía buena cara.

—Bueno, si a mí me hubieran sacado dos trozos de madera del pulmón, tampoco tendría buena cara. —Se quedó callado unos segundos con la mirada fija en el rostro de JC. Aunque intentara mantener el tipo a todas horas, aunque quisiera demostrar que era el mismo chico descarado de siempre, su vida había dado tal giro que hasta yo sentía vértigo al pensarlo—. Powell se pondrá bien antes que nosotros. A no ser que este gilipollas se despierte de una vez y demuestre lo contrario. ¡Despierta, joder, despierta!

Le pegó un puñetazo en el muslo con toda su rabia y luego se llevó el puño a los labios y rompió a llorar. En la última semana había visto todo tipo de demostraciones de afecto de sus compañeros cuando, de forma excepcional, les permitían ver a JC, pero las visitas de Stephen eran siempre las más duras. Lo primero que dijo nada más despertar fue que había sido culpa suya, que debería haber olido el gas en cuanto entró en el apartamento. Pero ninguno se dio cuenta, estaban todos centrados en salvar a Penny Olsen. Ya no tenía importancia. Penny murió unas horas después; los chicos, en cambio, estaban vivos, y saldrían adelante. Debía aferrarme a esa idea.

Dejé que Stephen se desahogara antes de abrazarlo. Ni siquiera había querido hablar con el capellán Wilcox. Se pasaba el día de la habitación de Powell a la de JC, bromeaba, entretenía a Evelyn y a la señora Gallagher, y se ganaba a pulso las regañinas de las enfermeras, aunque las tenía a todas comiendo de su mano. Muy pocas veces se dejaba llevar por lo que sentía en realidad, como en aquella ocasión.

—Hoy es su cumpleaños, ¿lo sabías? Veintitrés años. —Claro que lo sabía, pero estaba demasiado triste como para mencionarlo siquiera —. Deberíamos estar celebrándolo, bebiendo hasta vomitar, bailando, jugando al póquer o viendo béisbol. A él le gusta el béisbol casi tanto como le gustas tú.

—Habrá más cumpleaños y más celebraciones a lo grande. Ya lo verás.

—Sí, ¿verdad? Las habrá. —Asentí entre lágrimas—. Tiene que llevarte a Comiskey Park a ver un partido. ¿Te gusta el béisbol?

—No, no mucho, pero iré con él donde sea.

—No me extraña que se haya enamorado de ti, Margot. Eres todo lo que necesita este capullo. Los hay con suerte.

Me ruboricé y me emocionaron tanto sus palabras que volví a llorar. No creía que JC estuviera enamorado de mí. Me quería, sí, pero enamorarse implicaba mucho más, y no habíamos tenido tiempo de llegar a ese punto. Al menos él. Yo, por el contrario, lo tuve claro desde la primera vez que lo vi.

El teniente Bullesky tocó a la puerta con los nudillos y frunció el ceño, como era habitual.

—Señor Nichols, no creo que esté usted en condiciones de andar de un lugar a otro como si tal cosa. —Stephen se pasó las manos por los ojos para deshacerse de cualquier rastro de debilidad y compuso una

sonrisa burlona. Burlona y falsa—. Haga el favor de volver a la cama si no quiere que le ponga vigilancia las veinticuatro horas.

—Mi cama está muy vacía, teniente. Si me consiguiera el favor de alguna…

—¡Largo! O haré que lo aten.

El teniente Bullesky tenía alrededor de cincuenta años y una de esas miradas inquisitivas que me hacían temblar las piernas. No le caía simpática, pero su autoridad y su amistad con el médico de JC fue lo que permitió que yo estuviera allí. Solo los familiares directos podían visitar a los enfermos en cuidados intensivos, pero él intercedió por mí y me dieron acceso como si fuera otra esposa de bombero más.

—¿Qué tal está hoy nuestro chico? —preguntó después de que se fuera Stephen.

—Sigue igual.

—Bueno, igual no es peor, ¿verdad? Hay que ser positivos, señorita Addams.

—Lo intento, pero no es fácil.

—¿Le ha contado JC alguna vez lo que hizo su padre por mí cuando éramos novatos? —Tomó asiento en el hueco de la ventana y sonrió, perdido en sus recuerdos.

—No, señor. JC no suele hablar mucho de él.

Ni siquiera sabía que Bullesky y su padre se conocían.

—Sí, eso parece. —Guardó silencio un instante, como si le hiciera falta coger fuerzas, y prosiguió—. James era un gran bombero, uno de los mejores, como su padre antes que él. Tenía visión, iniciativa, sabía cómo tratar a los compañeros y conocía bien cuál era su lugar en el cuerpo. Pero cuando éramos novatos era igual que JC: impetuoso, indisciplinado, incapaz de acatar una orden sin dar su punto de vista. Era un maldito loco que no pensaba en las consecuencias.

—No… no tenía ni idea de que JC fuera así.

—No, claro que no. Parece todo lo contrario, ¿verdad? Cuando sale del parque se calma, pero la adrenalina es para él como el combustible para el fuego. Arde y quema.

«Arde y quema, como el sol. Mi sol».

—James fue mi compañero durante el año que fuimos novatos y, en ese tiempo, aprendí más de él que de todos los bomberos que nos rodeaban cada día. Aprendí a reconocer lo bueno y a desechar lo

malo, y aprendí lo más importante en esta vida: que no eres nada sin alguien que esté a tu lado para darte la mano cuando la necesitas.

—Es una lección muy importante.

—Lo es, señorita Addams.

Volvió a abstraerse a un tiempo pasado mientras sus ojos miraban mi mano aferrada a la de JC. Parecía tan triste, tan angustiado…

—Teníamos veinte años y apenas llevábamos unos meses en la unidad que nos habían asignado. Éramos dos niños haciendo un trabajo de titanes, pero a los dos nos gustaba lo que eso implicaba. —Otra pausa, más corta esta vez—. Fuimos a atender un aviso de incendio bastante grave, se congregaron cuatro unidades de bomberos. Había víctimas y era nuestra responsabilidad encontrarlas y sacarlas vivas, a ser posible. El humo era tan espeso que perdí al compañero al que debía seguir. Era un lugar grande, había material inflamable, hacía mucho calor y el tiempo se nos agotaba. El capitán dio la orden de salir de allí, había un riesgo muy alto de que la estructura se viniera abajo y, cuando un capitán ordena, solo hay una opción.

—Obedecer —dije, conmovida por el tono de la historia.

—Sí, obedecer, señorita Addams.

—Pero él no lo hizo, ¿verdad?

—No, no lo hizo. —Sonrió—. Ni yo tampoco. Oímos la misma voz de socorro y pensamos igual: «Solo unos segundos más». Pero no encontramos a nadie. El techo se desplomó sobre mi cabeza y perdí el conocimiento. ¿Y qué hizo él? Se valió de todo cuanto pudo para quitarme de encima el par de vigas en llamas que iban a acabar conmigo. Un solo hombre al límite de sus fuerzas, pero pudo con ello. No se abandona a un compañero, no se le suelta la mano, incluso si esa mano ya no va a moverse nunca más.

—Podrían haber muerto los dos.

—No era nuestro momento.

—Debió de ser una pérdida muy grande para usted, señor. Lo siento.

—Perdí a un compañero, señorita Addams. Pero, por encima de todo, perdí a un miembro de mi familia. —Se puso en pie, dispuesto a poner fin a la visita con la misma seriedad con la que había llegado. Sin embargo, antes de abandonar la habitación, me miró por encima del hombro y dijo—: No suelte usted esa mano nunca, Margot. No la suelte ni cuando crea que debe dejarlo ir.

60. JC

El maldito pitido intermitente me estaba taladrando el cerebro. No sabía cuánto tiempo llevaba oyéndolo, pero lo suficiente como para querer gritar que lo apagaran de una vez. No estaba en mi casa, no estaba en mi cama, olía a desinfectante y a ese nauseabundo tufo a hospital que tanto odiaba. Intenté mover el cuello y el dolor de cabeza por poco me devuelve a la inconsciencia.

«No, nada de cerrar los ojos», me dije.

La habitación estaba en penumbra, pero la silueta de mi madre en el sillón era inconfundible. La última vez que la vi así fue cuando murió mi padre, y no quería que volviera a pasar por lo mismo. No conmigo; no esta vez.

Intenté llamarla, pero no me salió la voz. ¿Cuánto tiempo llevaba allí? No podía ser mucho, recordaba bien lo que había pasado: Penny, las pastillas, la llegada de los chicos, el olor a gas, la explosión… ¡La explosión!

¡Stephen! ¡Powell! ¡Dios mío!

—¿JC? ¡JC! ¡Estás despierto! ¡Enfermera, está despierto!

Los pitidos se hicieron más penetrantes y rápidos, la habitación se llenó de gente, de comentarios, de idas y venidas. Me estaba mareando. Estaba tan cansado…

—Señor Gallagher, ¿puede oírme? —me preguntó un médico. Se inclinó sobre mí y comprobó la reactividad de mis pupilas—. ¿Puede apretarme la mano?

Claro que podía, y lo hice, pero no con la fuerza que pretendía. Apenas pude mover los dedos.

—Buen chico, eso ha estado bien. —Anotó algo en una tablilla y dio un par de indicaciones—. Se ha echado usted una buena siesta. Es un alivio tenerlo de nuevo con nosotros.

¿Una buena siesta? Volví a preguntarme cuánto tiempo llevaba allí.

—Ay, duele —grazné, un leve sonido que me arañó la garganta.

—Dígame dónde le duele. ¿Puede señalarse el punto concreto?

Hice un esfuerzo sobrenatural para llevarme la mano a la frente, pero no llegué a tocarme. Estaba entumecido y desorientado. La luz que brillaba sobre la puerta me deslumbraba, pero si miraba alrededor solo veía sombras en movimiento. Busqué la silueta de mi madre, pero

ya no estaba a mi lado. ¿Dónde se había metido?

—Duerma un poco, señor Gallagher. Es normal que se sienta así —me explicó, como si me hubiera leído el pensamiento—. La enfermera le dará un calmante para el dolor. Vendré a verle por la mañana. Se sentirá mucho mejor.

«Me sentiré mucho mejor cuando pueda salir de esta cama y de este hospital», pensé.

Se me cerraron los ojos, me pesaban los párpados. Quería preguntar por los demás, necesitaba saber que estaban bien, pero no podía. Jamás había estado tan agotado.

Tras unos instantes de calma, noté cómo se hundía el colchón a mi lado. Mi madre estaba allí, como cuando era niño y me ponía enfermo. Había oído su voz, había sentido su presencia, su respiración cerca, su mano en la mía, el peso de su frágil cuerpo dándome calor. Y su olor… Ese olor…

«Margot».

Abrí los ojos con mucho esfuerzo y allí estaba ella, con el rostro bañado en lágrimas, con la piel macilenta y surcos oscuros debajo de esa mirada preciosa. Se estremecía e hipaba como una niña perdida, y se aferraba a mí con la intensidad de quien teme perderse de nuevo.

Odiaba verla así, odiaba ser yo el que le causara tanto sufrimiento y odiaba que estuviera allí, aunque no la quisiera en ninguna otra parte.

Me despertaron unos susurros que reconocí a la primera. Esta vez no fallé. La que pedía silencio en tono autoritario era mi madre; el que insistía en despertarme era Stephen.

—No me puedo librar de ti ni en un maldito hospital, Nichols —pronuncié con dificultad.

Mi madre soltó un jadeo y se abalanzó sobre mí. Me llenó la cara de besos, de lágrimas y de miradas preocupadas. Tenía más arrugas que antes, más canas que antes, más ojeras que antes, pero era un alivio verla sonreír.

—Hola, mi vida…

—Hola, mamá. —Me acarició el rostro y reconocí su tacto—. ¿Cuánto tiempo he…?

—¿Dormido? Trece días, hijo. Trece. ¿Cómo te encuentras?

—Como si el camión de bomberos me hubiera pasado por encima. —Miré más allá del rostro de mi madre y vi a Stephen en una silla de

ruedas, esperando—. ¡Eh, tú, ven aquí! No hagas que me levante, tío, acabo de despertar de un coma. Ten un poco de consideración.

Si no hubiera estado tan dolorido, me habría reído de su expresión. ¡Stephen Nichols avergonzado!

—¿Cómo estás, colega? —No supo si tenderme la mano o palmearme la pierna.

—No tan bien como tú, por lo que veo. Me alegro de verte.

Mi madre se puso tensa y captó toda mi atención. Los miré a uno y a otro con curiosidad, porque había algo que no me estaban contando y nunca había soportado que me dejaran con la verdad a medias.

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo que no debía?

Stephen dio un par de golpes en los brazos de la silla de ruedas y chasqueó la lengua.

—Verás, voy a cambiar de compañero por una temporada. Esta chica y yo vamos a ser inseparables hasta nueva orden.

¿De qué estaba hablando? ¿A qué chica se refería?

Se frotó las rodillas con empeño, mis ojos se fijaron en ese punto concreto. Y, entonces, lo entendí.

—No…

Sentí un pánico que no había experimentado jamás. Aguanté el aire en los pulmones a la espera de que se riera de mí por imaginar cosas absurdas, aguanté porque debía de haber algún error en mis conclusiones. Busqué la respuesta en mi madre y su desolación fue cuanto necesité para hundirme. Se me aceleró el corazón, la sangre me rugió en los oídos y empecé a respirar con dificultad. Se me nubló la vista por las lágrimas y dejé salir un bramido.

—¡Fue por mi culpa! —grité con rabia—. No tenía que haber ido, no tenía que haber cogido el maldito teléfono.

—No, tío, no hagas eso. —Intentó sujetarme la mano, pero la aparté y me la llevé a la cara para que no me viera llorar—. No fue tu culpa, JC. Mírame, hermano. No fue tu culpa, ¿me oyes? Me recuperaré, será lento, pero me recuperaré. No me voy a quedar pegado a esta silla el resto de mi vida, eso te lo aseguro.

—¿Y Powell? —Me acordé de repente, y por poco me colapsa el corazón. Si le había pasado algo a Arthur…

—Si le preguntas a él te dirá que está hasta los huevos de soportar a Evelyn. Esa mujer no para quieta ni embarazada de seis meses —bromeó—. Pero está bien, va mejorando. Tuvieron que cerrarle un par

de agujeros de nada en el pulmón, pero no hay de que preocuparse.

«Gracias a Dios». No hubiera soportado cargar con la muerte de ninguno de ellos.

—¿Y qué hay de Penny?

Stephen bajó la mirada y negó varias veces.

—Hicieron lo que pudieron.

Cerré los ojos y me invadió un sentimiento muy confuso: pena y rencor, a partes iguales. Hubiera hecho cualquier cosa por salvarla, pero la explosión de gas no había sido algo accidental, se había asegurado de que, de un modo u otro, todo terminara para ella, y no le importó a quién se pudiera llevar por delante.

—Suficiente información —decretó mi madre—. Necesitas descansar. Algo me dice que esto se va a convertir en una procesión en cuanto se corra la voz de que estás despierto.

—La sargento Margot los mantendrá a raya, señora Gallagher. No he conocido a una mujer con más leyes que esa chica. Luego vendré a verte, colega. Podemos brindar con gelatina por tu vuelta al mundo de los vivos.

Mi madre tenía razón, estaba exhausto, pero había tantas cosas que quería decirle que no sabía por dónde empezar. Sin embargo, no me hicieron falta las palabras. En cuanto Stephen se marchó, se sentó a mi lado y recostó la cabeza contra mi pecho. La abracé con las pocas fuerzas que tenía y aguanté las ganas de llorar. No quería que sufriera más, ya había tenido buena ración de dolor y desesperación después de perder a mi padre.

—Tranquilo, ¿vale? Tengo la piel muy dura —susurró, como si supiera en qué estaba pensando—. Ha sido un susto importante, pero ya está. Ya ha pasado. Ya estás aquí.

—Lo siento, mamá.

—Tonterías, no tienes nada que sentir. Soy tu madre, mi papel es sufrir por mi hijo. Lo entenderás cuando tengas los tuyos.

«Los míos. Con ella». Era aterrador. Era… maravilloso.

—¿Dónde está Margot?

—La mandé a casa —respondió con un ademán—. Esa chica es muy cabezota. Si la hubieran dejado, se habría instalado en esta habitación.

—Anoche estaba aquí.

—Sí, anoche y anteanoche y cada noche en estos trece días. ¡Me

vuelve loca! Pero es una bendición, hijo. Yo ya no puedo soportar las noches en vela en un sillón. Vendrá luego. He tenido que amenazarla con no dejarla entrar si no se iba a casa a descansar. Y cuando tiene que ir a trabajar se pone de un humor insoportable. Su madre tiene razón: es muy intensa.

—¿Has conocido a su madre?

—¡Y a su padre! Margaret es un tanto excéntrica y Stuart siempre está pendiente de la fábrica. Estaban preocupados por ti, pero me da la sensación de que se olvidan de su hija con facilidad. No son malas personas, al contrario, son amables y educados, y Margaret ha estado trayendo comida a los chicos, aunque el hospital se lo ha prohibido. Pero no abrazan a Margot, no la besan, no sé… Son distantes con ella.

—Sí, tienen sus diferencias, pero estoy seguro de que tú lo harás por ellos.

—Por supuesto. Y tú también, ¿verdad? Ha sido una chica muy fuerte, JC, pero no puede soportar todo el peso del miedo sola. Tienes que ayudarla, tienes que sujetarla fuerte como tu padre hacía conmigo, ¿de acuerdo?

61. Margot

Me acerqué a la puerta y me quedé allí apoyada. Habían trasladado a JC a una habitación fuera de la unidad de cuidados intensivos y me gustó que fuera tan luminosa. Permanecía atento a la conversación con el capellán Wilcox y tenía buen aspecto, mucho mejor que los últimos días. Qué maravilloso era verlo sonreír de nuevo. Estaba recostado contra las almohadas, le habían cambiado la bata y el afeitado tan apurado llevaba la marca de su madre.

—Te he traído algunos libros para que vayas ojeándolos —le comentó John Traveller, de cuya presencia no me había percatado—. Cuando te incorpores haremos el trámite de la solicitud para teniente. Y tú harías bien en pensarlo, Stephen. JC va a necesitar un digno rival, igual que lo fuimos su padre y yo.

—Lo tendría en cuenta si no fuera a pasarme los próximos meses en esta silla, jefe, pero gracias por su consideración. —Su sarcasmo desprendía una profunda antipatía. Había sido un comentario muy desafortunado, como todos los que hacía John Traveller—. Creo que… ¡Eh! Mirad qué nos ha traído la brisa de la tarde.

Todas las miradas se volvieron hacia mí y me sonrojé. No quería convertirme en el centro de atención.

—Disfruten de él los minutos que les quedan, caballeros. El horario de visita termina a las siete y media —les recordé.

JC me observó con la sonrisa más deslumbrante de cuantas hubiera visto y dejó de prestar atención al capellán para centrarse en mí y en mis quehaceres por la habitación. Cualquier cosa con tal de no corresponder a su mirada, porque si lo hacía corría el riesgo de ponerme a llorar delante de todo el mundo, y eso lo disgustaría.

La enfermera del turno de noche entró en la habitación y anunció que era hora de dejar descansar al paciente.

—Y usted, señor Nichols, debería estar durmiendo hace media hora. No sé qué cree que es esto, pero, desde luego, no es un patio de recreo. —Tomó el mando de la silla de ruedas y lo sacó de allí, pese a sus protestas.

—Me apuesto lo que queráis a que esa termina deshaciéndole la cama con gusto —voceó el jefe Traveller. Las risas de algunos bomberos lo animaron a continuar con los comentarios subidos de tono—. No le funcionarán las piernas, pero seguro que lo que hay en

medio funciona a la perfección. ¡Dale duro, muchacho!

Era de muy mal gusto y me incomodó. Cuando vio que perdía audiencia entre los presentes, me repasó de arriba abajo y me guiñó un ojo.

—Tú tampoco puedes quejarte de cuidadora, hijo. Todos comentan que es una fiera.

—Señor Traveller, me halaga —dije con mi mejor cara de seguridad en mí misma—, pero si no quiere que esta fiera saque las garras le recomiendo que ponga fin a sus comentarios y a su visita. Es hora de que JC descanse.

—Sí, John, empiezo a estar un poco cansado. Ha sido un día de muchas emociones y mi cabeza no está al cien por cien.

Le agradecí a JC su intervención con un asentimiento. No perdí la postura orgullosa hasta que John Traveller salió de la habitación. El capellán me palmeó el brazo y me pidió que cuidara de JC, y para él fue mi primera sonrisa del día. Era un hombre de lo más entrañable.

Cuando el último bombero se despidió, el silencio se me hizo insoportable y empecé a dar vueltas por la habitación haciendo las mismas cosas que ya había hecho minutos antes.

—¿Y tu madre? Pensé que estaría aquí.

—Vendrá dentro de un momento. Ha ido a la capilla.

—Ah, vale. —JC se removió en la cama y gruñó al no poder acomodarse por sí mismo—. ¿Quieres que te ayude?

—Sí, por favor…

Le recoloqué las almohadas y lo cubrí bien con la sábana. Su cercanía me ponía nerviosa, no quería que se diera cuenta de lo asustada que estaba. Quería que me viera fuerte y entera, porque JC no soportaba hacer sufrir a los demás y no quería que supiera que, por dentro, mi alma seguía temblando igual que cuando recibí la noticia del accidente. Ya me rompería cuando volviera a casa, no allí.

—Margot…

—¡No! No digas nada, ¿vale?

—Margot, escúchame. —Negué una y otra vez, y me alejé de su lado. Si no lo miraba, no me haría tanto daño—. Estoy bien, mírame. No ha pasado nada. Solo es un poco de cansancio. En unos días estaré como nuevo, ¿de acuerdo? Mírame, por favor.

¿Cómo iba a mirarlo con los ojos llenos de lágrimas? Prefería mirar la noche al otro lado de la ventana y tragarme el miedo, que era lo

único que me alimentaba en las últimas dos semanas.

La señora Gallagher irrumpió en la habitación en el momento justo. Miró a su hijo, me miró a mí y emitió un suspiro de resignación.

—¿Quieres irte a casa, Margot? —me preguntó con su voz suave y melodiosa—. Debes de estar agotada y a mí no me molesta quedarme una noche…

—No pasa nada. Ya sabe que duermo como un lirón sea donde sea —mentí.

—Pero mañana tienes que trabajar y yo puedo…

—¿Por qué no os vais las dos? —sugirió JC, harto de pasear la mirada de un lado a otro de la habitación—. Si necesito algo, se lo pediré a las enfermeras.

—No voy a irme —sentencié—. Si no puedo dormir en el sillón, lo haré en la sala de espera, no me importa.

Hanna Gallagher me dedicó una sonrisa de rendición, pero también de agradecimiento. Su hijo estaba en buenas manos, yo lo cuidaría.

Besó a JC en la frente y le dispensó una caricia en la mejilla como cada vez que se despedía de él.

—Pórtate bien, pequeño, y descansa.

Se me formó un nudo en la garganta al oírla. Qué difícil iba a ser llevar una armadura tan pesada.

—Vendré a primera hora para que puedas irte a casa a descansar, Margot. ¿Vendrá tu padre a por ti?

Vi a Hanna Gallagher acercarse a través del reflejo de la ventana y recé para que no me abrazara, para que no me tocara. Me concentré en el aire de primavera que movía las ramas de los árboles afuera y en la danza de las hojas que habían caído sobre los parterres en dirección a Graham Park.

—¿Margot? ¿Me has oído, hija? Te preguntaba si vendrá tu padre a recogerte mañana. ¿De verdad no quieres que me quede yo esta noche? Pareces agotada, cariño.

—No, no pasa nada. Mi padre…, sí, él vendrá a recogerme. No se preocupe.

No se fue muy convencida. Cada día me costaba más disimular delante de ella. Pero no había lugar para el miedo en aquella habitación, no para mí. Tenía que ser fuerte por él, dura por él, capaz por él… Porque, si me hundía, le daría razones para no quererme.

—Margot, ven aquí —demandó JC.

Me sorprendió su tono autoritario y lo miré por encima del hombro. Fue un error. En cuanto sus ojos encontraron los míos, empezó a temblarme el labio inferior y, por mucho que intenté reprimirlas, las lágrimas me traicionaron.

—¿Por qué fuiste a casa de esa mujer? ¿Por qué estabas allí? ¿Por qué no estabas en el trabajo o de camino a mi casa?

—Tenía que ayudarla.

—¿Por qué tú? ¿Por qué no podía ir otro? ¡Esa mujer ha estado a punto de matarte! ¡Y a Stephen y a Arthur! ¡A Arthur, JC! Arthur, que va a ser padre, que tiene dos hijos. Podría haber matado a Wayne o a Gigi, podría haber muerto mucha gente…

—¿Puedes dejar de pensar en eso y venir aquí un momento, por favor? Sé cómo te sientes y quiero…

—¡No! ¡No tienes ni idea de cómo me siento! —le grité con la voz desgarrada—. ¡No tienes ni idea de cómo me he sentido estos días! No tienes ni idea de lo que es obligarme a estar tranquila cuando no lo estoy, cuando solo tengo ganas de llorar y de gritarle a todo el mundo.

—Pues llora y grita, Margot. ¿Qué te lo impide?

—¡Tú! Tú eres quien me lo impide, JC. Tú y tu estúpida decisión de no querer que la gente sufra por tu culpa —le reproché—. Yo no soy así, no puedo ignorar lo que siento ni sé esconderme. No sé levantar muros, JC, n-no sé protegerme de esto. No puedo hacerlo.

—¿Protegerte de qué?

—Del miedo, del dolor, de la angustia —confesé—. Miro a tu madre o a Evelyn y las admiro. Se comportan como si solo hubiera sido un susto. Y yo intento imitarlas, te juro que lo intento, pero no lo consigo. Yo tengo miedo todo el rato, no puedo dormir porque lo único que quiero es verte respirar, y me aterra que dejes de hacerlo. Yo… yo… me muero si dejas de respirar.

—No voy a dejar de respirar. Ven aquí.

—¡No! —Se me escapó un sollozo—. No puedo ser la persona que esperas. No puedo. Lo siento.

Lloré con la cara enterrada en las manos, sin contención, por fin. Ya lo había dicho todo, mejor o peor, pero me había liberado. Él no quería a una mujer que sufriera cada vez que se retrasaba, no quería a una mujer que contara los minutos ni que lo esperara día y noche junto a la ventana. Su madre desempeñaba ese papel. JC quería a

alguien con quien pasarlo bien, con quien hacer locuras de vez en cuando, alguien que no se preocupara. Eso iba a ser imposible conmigo, pero era libre de seguir buscando. Yo no podía ocupar ese puesto. Me dolía demasiado, me aterraba demasiado como para tragármelo el resto de mi vida.

JC se levantó con dificultad y recorrió los pocos pasos que nos separaban. No dijo nada, tan solo me cogió de la mano y tiró de mí hasta la cama. Dejé que me manejara como a una muñeca porque a mí no me quedaban fuerzas para resistirme, me recostó en su almohada, me tapó con la misma manta con la que lo había arropado yo a él y me abrazó.

—No espero que seas nada que no seas ya, Margot. Llora, grita, rompe cosas, haz lo que quieras cuando estés asustada, pero no te alejes de mí, por favor. Necesito que me cojas la mano y que me cantes cuando sea yo el que tenga miedo.

—¿Me oías? —Di media vuelta, asombrada por semejante revelación, y quedé frente a frente, muy cerca de sus labios.

—Te sentía. —Me recorrió el óvalo de la cara con un dedo y terminó cediendo a la tentación de un beso—. Te sentía aquí.

Se llevó mi mano al corazón y noté los fuertes latidos.

—Creí que te había perdido, que no despertarías nunca, y estaba tan asustada, tenía tanto miedo…

—Lo sé, pero ya está, ya estoy aquí.

—Pero ¿y si…?

—No, no, no pienses. Aprenderás a construir puentes cuando haya que pasar sobre el río, pero esta noche no. Esta noche ya estás en la otra orilla, conmigo.

—Tú no querías esto.

—Yo te quiero a ti. De lo demás ya no me acuerdo.

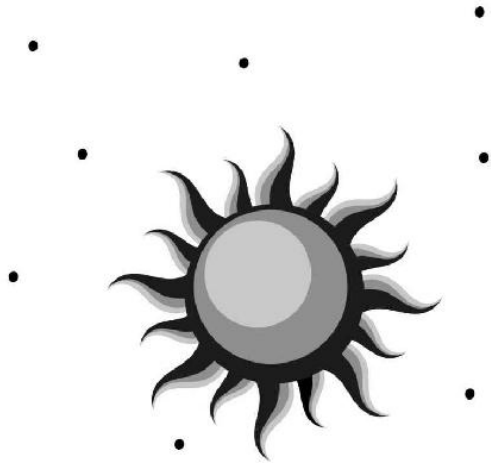
Compartimos una mirada que se alargó durante minutos, y nuestras manos se buscaron para aferrarse la una a la otra. Mis ojos continuaban llenos de lágrimas, pero los suyos también. Fue la primera vez que lo vi llorar.

—¿Qué he hecho para tener tanta suerte?

—Tú solo me guiñaste un ojo, el resto lo hice yo —susurré con voz trémula.

—Sí, has estado muy ocupada, ¿verdad? —Asentí, y volvimos a mirarnos hasta acariciarnos el alma—. Te quiero, niña, y siento mucho

haberte asustado. No voy a dejar que te vayas, es importante que lo sepas. Por una vez en mi vida voy a ser egoísta, quiero tenerte, quiero… ¡Dios, quiero tantas cosas que solo nos incluyen a ti y a mí…! Y no puedo prometerte una vida sin sobresaltos, no puedo asegurarte que todo irá bien siempre, habrá momentos duros, pero te prometo que, allí donde esté tu oscuridad, estaré yo para conseguir que entre el sol.



Tercera parte

«Esta es una historia sencilla, pero no es fácil contarla. Como en una fábula, hay dolor. Y, como una fábula, está llena de maravillas y de felicidad».

La vida es bella, Roberto Benigni, 1997

62. JC

Seis meses después. Octubre de 1974

—Pase y siéntese, Gallagher —ordenó el capitán al entrar en su despacho—. Sé que ha quedado con los chicos en ir a celebrar el regreso de Nichols a la unidad.

—¿Usted no viene, capitán?

—Sí, claro, pasaré a tomar una cerveza luego, pero quería hablar con usted antes de que las cosas se desmadren.

—Usted dirá, entonces.

El capitán Mitchell extrajo un sobre del cajón de su mesa y me lo tendió sin ningún gesto que delatara el contenido.

—Esto ha llegado esta tarde.

El sello del membrete era inconfundible. Se trataba de mis calificaciones del examen de teniente.

Después de recuperarme del incidente en casa de Penny Olsen, les prometí a Powell y a Stephen que me presentaría al puesto. Me sentía culpable por haberlos arrastrado a aquella situación, culpable por haberme recuperado antes que ellos y, sin embargo, mis amigos lo único que querían era que demostrara que había otro Gallagher con la piel curtida y capaz de ponerse a la altura de cualquier bombero de leyenda. John Traveller se alegró de la decisión que había tomado, pero mi advertencia le borró la sonrisa de un plumazo: si mediaba de alguna manera, si su sombra asomaba en mi camino, me retiraría de las pruebas.

—Han llegado antes de lo que esperaba.

—Eso parece. ¿No piensa abrirlo? —se impacientó el capitán.

—Sí, claro, por supuesto.

Rompí la solapa del sobre y saqué el escueto papel donde estaba escrito el esfuerzo de los últimos cinco meses. Me había preguntado en tantas ocasiones cómo cambiaría mi vida si aprobaba que, al tener la respuesta delante, me temblaron las manos. Había hecho planes sin quererlo, y esos planes incluían a Margot, aunque ella aún no lo supiera.

—¿Y bien?

Mitchell no era conocido por su paciencia, y contuve las ganas de reír al ver cómo miraba el papel.

—He aprobado —dije con el mismo tono con que podría haberle

deseado buenas noches después de un turno de doce horas.

—¡Eso es estupendo! —exclamó—. ¡Estupendo, muchacho! Los de la 34 tendrán mucha suerte si decide aceptar la plaza que tienen vacante.

—No voy a irme de la 22, señor. Ya lo he decidido. —En realidad, hacía tiempo que tenía clara cuál sería mi decisión si aprobaba. Mitchell pareció contrariado—. Lo he pensado bien, no crea, pero esta es mi casa, capitán. Mi padre sirvió aquí durante media vida y siento que tengo mucho más que ofrecer a este lugar. Además, sé que el teniente Bullesky se está preparando para capitán. Tal vez dentro de un año o dos pueda ocupar su puesto.

Se le dibujó una amplia sonrisa de dientes blancos en el rostro. Era rara la vez en que Mitchell sonreía así, y me conmovió. Deseé bajar la mirada, como un niño avergonzado, pero no lo hice. Le sostuve la suya con seriedad y, poco a poco, fui cediendo a la felicidad contagiosa que se desprendía de ese hombre al que tanto admiraba.

—Será un buen teniente, Gallagher. Y a Bullesky le vendrá bien que haya alguien de su rango que pueda liberarle de algunas tareas mientras él se prepara. —Salió de detrás de la mesa y me tendió la mano con afecto—. Su padre estaría muy orgulloso de su decisión. ¡Ahora vaya a celebrarlo con sus compañeros! Yo me pasaré luego por el *pub*.

No quise acaparar la atención de la celebración en el bar. Stephen volvía al servicio activo después de meses de dura rehabilitación. La lesión fue grave, pero no había nadie más tozudo que Stephen Nichols y, en cuanto supo que volvería a andar y que solo dependía de él mismo, se entregó en cuerpo y alma a ello. En cuerpo, alma y corazón, porque durante aquellas largas jornadas de gimnasio y rehabilitación conoció a Georgina McCormick, enfermera, hija de un militar de alto rango y con un temperamento capaz de someter al más díscolo. La chica perfecta para él.

—¿Y Margot? —preguntó el homenajeado al verme entrar.

—Hoy no podía venir. Ha llegado nueva maquinaria a la fábrica y tenía que ir a una formación, o algo así. Pero me ha pedido que te dé un beso de tornillo de su parte.

—Seguro que Georgina está encantada de liberarte de esa responsabilidad. Me doy por besado, colega. Pídete una cerveza, hoy corren de mi cuenta.

Brindamos por su regreso y charlé un rato con los chicos. La llegada del capitán levantó vítores, y pronto comenzó a correr el *bourbon* de mano en mano. Correspondí a la mirada interrogante de Mitchell con una negación de cabeza. No, no se lo había contado a los chicos, no era el momento.

De hecho, ni siquiera tenía ganas de estar allí. Solo podía pensar en compartir la noticia con Margot.

Me abuchearon cuando me despedí de ellos, y respiré hondo al pisar de nuevo la calle. El verano había dejado paso a un otoño algo frío, pero aquella noche hacía una temperatura ideal para rondar la ventana de cierta señorita. Se alegraría de verme, siempre lo hacía, pero apenas faltaban unas horas para la medianoche y quería estar a su lado el primer segundo de aquel 4 de octubre. Mi niña preciosa cumplía veinte años.

Su imagen echada en la cama con los auriculares puestos me aceleró el pulso cuando me acerqué al cristal. Era un lujo poder contemplarla así, con aquel pijama horrible, con el pelo desordenado, con los discos desparramados por la cama y la lamparilla cubierta por un pañuelo de color rojo.

Llamé con los nudillos, como siempre, y se le abrieron los ojos, sorprendida. Por poco tira el tocadiscos al suelo al levantarse sin desconectar los cascos, y emití un juramento en voz baja cuando la gasa de la cortina acarició la llama de la vela. Pero, en cuanto sus labios rozaron los míos, se me olvidó el resto del mundo.

—¿Qué haces aquí? Creí que hoy era la fiesta de Stephen.

Me quitó la chaqueta y se apresuró a recoger un poco la cama para que pudiera sentarme.

—He ido un rato, pero te echaba de menos.

—No seas tonto, nos hemos visto esta mañana. —De pronto, se quedó inmóvil y me lanzó una de esas miradas de horror que tanto odiaba provocarle—. ¿Ha pasado algo? ¿Están todos bien?

—Todos bien, tranquila. —Suspiró, aliviada—. Pero sí ha pasado algo. Algo bueno —añadí de inmediato.

Saqué el papel de las calificaciones del bolsillo del pantalón y se lo di con el mismo misterio que había empleado Mitchell conmigo.

Solo que Margot era mucho más avispada que yo y antes de ver el sello de la Jefatura de Bomberos ya sabía de qué se trataba.

—¡Has aprobado! ¡Dios mío, JC! ¡Has aprobado!

—Pero si todavía no lo has mirado.

—¿Y qué más da? Lo sé, sé que has aprobado. ¡Enhorabuena!

Se abalanzó sobre mí y caímos en la cama en medio de risas y besos. Su reacción fue justo la que había deseado desde el instante en que supe que ya era teniente, y me dio igual que estuviéramos en su casa, que sus padres estuvieran viendo la televisión al otro lado de la puerta o que la cortina siguiera jugueteando con la llama de la vela. Era lo que necesitaba y la señal que llevaba esperando desde hacía meses.

—Cásate conmigo.

63. Margot

—¿Qué? —Despegué mis labios de los suyos y lo miré, alucinada —. ¿Qué has dicho?

—Que te cases conmigo.

—Pero…

—Nada de peros. Cásate conmigo.

Y, tras unos segundos de ver mi felicidad reflejada en sus pupilas, sonreí más y más hasta que la respuesta salió sin dudar.

—¡Sí! ¡Sí, sí, sí! —grité—. Sí, me casaré contigo.

Estaría mintiendo si no hubiera pensado en ello en los últimos meses. En la boda de Karen y Troy lloré como una niña al ver a mi amiga tan feliz, y no pude evitar tener un poco de envidia. JC se estaba preparando para teniente, nos veíamos en los momentos que conseguíamos robarle al día y sabía que el matrimonio quedaba muy lejos de sus planes. No quería agobiarlo con mis niñerías ni quería crearme falsas esperanzas. JC me quería, estaba enamorado de mí, algún día íbamos a compartir nuestras vidas, pero el cuándo era un misterio.

Ahora el misterio había llegado a su fin.

Mientras nos besábamos y nos revolcábamos sobre mi colección de vinilos, no dejé de pronunciar mi respuesta. «Sí, sí, sí…». Iba a casarme con él, iba a ser la señora de JC Gallagher.

Nos calentamos demasiado con la felicidad y empezamos a necesitar más. Me sobraba el pijama, me faltaba el aire, me molestaban sus pantalones y a él también. Pero a veces se me olvidaba que mi chico de los ojos del color del cielo en verano no era un chaval de veintitrés años. Cualquiera podía dejarse llevar por el fragor del deseo y mandar a la mierda las restricciones que nos habíamos autoimpuesto nosotros mismos, pero él no. ¡Maldita la hora en la que acordamos que no habría sexo bajo el techo de nuestros padres!

—Tendremos que cambiar algunas normas si vamos a casarnos, ¿no crees?

—Puede ser, pero hoy no —dijo mientras sus manos me acariciaban la cintura por debajo del pijama. Estaba sentada a horcajadas sobre él, solo tenía que balancear las caderas un poco…—. Margot… Si haces eso…

—¿Qué? —Repetí el movimiento con más empuje, y JC siseó—.

Solo un poquito, por favor.

Se movió tan rápido que, antes de darme cuenta, lo tenía sobre mí.

—Tengo que irme. —Me besó la punta de la nariz.

—¿Adónde?

—Tengo que hacer algo importante.

—¿Ahora? Son las once de la noche.

—Sí, ahora. —Volvió a besarme y a sonreírme y a enamorarme. Y también a dejarme temblando de necesidad cuando se apartó de mí—. ¿De verdad quieres casarte conmigo?

—Sí —respondí con mucha determinación. Había llegado el momento de ponerse serios—. ¿Y tú? Si lo has dicho porque te sientes obligado a…

—Margot, yo me casaría contigo ahora mismo.

—Pues hagámoslo. Casémonos esta noche —propuse, animada por su declaración—. Podemos ir a buscar a Stephen y a Georgina, ellos serán nuestros testigos, y podemos…

—Para, para, pequeña. —Me sujetó por las mejillas y me besó en los labios con una ternura que me empañó la mirada—. Te quiero y quiero hacer las cosas como corresponde, ¿de acuerdo? Todo irá bien. Te lo prometo.

Se marchó minutos después sin haber confesado qué era eso tan importante que debía hacer. Me quedé en silencio, en un estado entre la dicha y la decepción, atontada y eufórica, triste pero más feliz que en toda mi vida, hasta que el sonido del timbre interrumpió mis pensamientos. ¿Quién demonios llamaba a la puerta a esas horas?

Mi madre entró en la habitación sin pedir permiso y me provocó tal sobresalto que grité.

—Vístete, vístete, rápido. Tu padre quiere que vayas al salón.

—Pero…

—¡No discutas, Margot, por el amor de Dios! ¡Vístete! —repitió al tiempo que abría el armario y rebuscaba entre los vestidos—. ¿Es que no hay nada decente que puedas ponerte en medio de este enjambre de ropa?

—Pero…

—¡No! ¡A callar! —Salió de la habitación y regresó al segundo con varios vestidos de su armario. Todavía no podía dar crédito a lo que estaba haciendo. Se había vuelto loca—. ¡Ponte este! El rojo siempre te ha sentado de maravilla.

¿Eso era un cumplido?

—Mamá, ¿puedes parar un segundo y explicarme qué pasa? —pregunté cuando ya se disponía a peinarme con el cepillo que había sobre el escritorio.

—Tienes visita.

—Tengo visita —repetí sin dar crédito—. Vale, ¿y vas a decirme quién es o tengo que adivinarlo?

—¡Como si vinieran a visitarte todos los días, hija! Ni que tuvieras un regimiento de pretendientes haciendo cola en la puerta. ¿Quién va a ser? ¡Es John Cameron!

Detestaba que mi madre lo llamara así, pero en aquel momento no me importó. Si hubiera caído un rayo en mi ventana, no me habría importado tampoco. ¿JC estaba en mi casa? ¿Era él quien había llamado?

Ignoré el vestido que me había dado mi madre y todas sus protestas. Me vestí con la primera falda y el primer suéter que encontré en el montón de ropa y corrí por el pasillo hasta el salón. Allí, sentado en el sillón frente a mi padre, estaba él.

—Pero ¿qué…?

—¡Ah, Margot, hija! JC ha venido a hablar con nosotros. ¿Quieres sentarte?

—¿Que ha venido a hablar… con nosotros? Con nosotros…, claro.

Me pareció ver una sonrisa en los labios de JC, pero fue algo fugaz. Mi padre, que continuaba señalando el sillón junto a nuestro visitante, se aclaró la garganta e insistió en su ofrecimiento.

—Lamento las horas que son, señor Addams, pero he recibido muy buenas noticias en el trabajo y quería… quería que ustedes fueran los primeros en enterarse.

—Qué amable —suspiró mi madre, embelesada por la buena educación de JC.

Yo, por el contrario, puse los ojos en blanco.

—¿Y qué noticias son esas que no pueden esperar a mañana, joven? —se interesó mi padre, que incluso apagó la televisión.

—He… he aprobado el examen de teniente —titubeó. Me miró con ojos brillantes y yo le correspondí con una sonrisa de orgullo—. Ya… ya sabe que me estaba preparando y que Margot me ha ayudado mucho en estos meses, así que pensé que les gustaría saberlo antes que nadie.

—Sí son buenas noticias. Mi enhorabuena, JC. ¿Y qué harás ahora? ¿Aceptarás el puesto en la compañía 34? —preguntó mi padre.

Me sorprendió que recordara ese detalle. John Traveller lo había comentado en una cena en casa de Hanna a la que también invitaron a mis padres, pero no se habló más del tema después de que la anfitriona les prohibiera tocar cuestiones de trabajo durante la velada. A JC no le gustaba que se analizaran sus opciones delante del jefe Traveller, y su madre lo sabía.

—No, señor, no voy a aceptar el puesto en la 34. Me quedaré en la 22 hasta que mi teniente ascienda a capitán. Allí sirvió mi padre y allí me gustaría servir a mí también tanto tiempo como sea posible.

—Es una buena decisión. No conocí a tu padre, pero seguro que estaría orgulloso de ver el hombre en el que te has convertido.

—Gracias, señor Addams.

Hubo un intenso minuto de silencio en el que nadie se movió del sitio, nadie respiró, nadie parpadeó. JC se retorció las manos, mi madre sonreía, mi padre parecía esperar algo más y a mí me retumbaba la sangre en los oídos.

«No va a hacerlo, ¿verdad? No va a pedirle…».

—Verán, sé que esto puede parecer un poco precipitado a estas horas y que probablemente hubiera podido esperar a mañana, pero quería… Yo… Me gustaría que… Bueno, quería que supieran que ahora seré teniente y que… yo… Sería un honor para mí…

—Tranquilo, muchacho, no voy a sacar una escopeta de debajo del sofá —bromeó mi padre, pero mi madre ahogó un jadeo y lo fulminó con la mirada—. ¿Qué? Tu padre lo hizo.

—¡Mi padre era un hombre de costumbres antiguas con un sentido del honor intachable!

—Pero me apuntó con una escopeta mientras pedía tu mano, Margaret. Es un hecho. Solo quería que JC supiera que yo no voy a hacer nada parecido.

Se me escapó la risa entre los dedos que me cubrían la boca. JC no sabía dónde meterse para esconder su sonrojo; mi madre refunfuñaba por lo bajo mientras mi padre se encogía de hombros y rodaba los ojos. ¡Dios mío! Yo hacía esos mismos gestos, los había heredado de él, y deseé abrazarlo con todas mis fuerzas.

—Continúa, JC. Disculpa la interrupción. ¿Qué era lo que querías pedirnos?

—Quiero casarme con su hija, señor Addams. Me gustaría contar con su bendición.

—¿Y dónde viviréis? —preguntó mi madre con el ceño fruncido.

—¡Mamá!

—¿Qué? Tendréis que vivir en alguna parte, ¿no?

Cierto, pero aún no habíamos hablado entre nosotros de esos detalles.

—Podemos vivir en casa de mi madre hasta que encontremos una casa que se ajuste a nuestra economía, señora Addams. Ya ha visto cómo es, está en un buen barrio, hay mucho espacio y mi madre agradecerá tener compañía. Serán bien recibidos allí siempre que lo deseen.

«No te pases», quise decirle. No había necesidad de hacer ese ofrecimiento tan a la ligera.

—¿Y tendréis hijos pronto? —continuó mi madre.

—¡Mamá! Eso no es lo importante ahora.

—¿No es importante saber si tendréis hijos pronto o si me moriré esperando ser abuela? Estoy convencida de que la madre de John Cameron opinará igual.

JC se rio y estiró la mano hasta rozarme los dedos. Me aferré a él y al calor de su tacto, me aferré a su sonrisa y a la seguridad que desprendía desde que había dejado claras sus intenciones.

—Mi madre estaría de acuerdo con usted, señora Addams, pero aún es pronto para saber si los hijos vendrán antes o después.

—Sí, tienes razón —le concedió ella—. De todas formas, en cuanto Margot deje la fábrica, no tendrá otra cosa que hacer que criar.

—¡No voy a dejar la fábrica! —me exalté, y miré a JC con decisión para afianzar mi postura acerca de ese tema—. No voy a dejar de trabajar, aunque nos casemos.

—Eso espero.

Lo hubiera besado de haber sido un poco más desvergonzada.

Mis padres empezaron a discutir en susurros, como si no pudiéramos oírlos. Por alguna razón que no entendía, mi padre volvía a estar de mi lado y no veía necesario que dejara la fábrica. ¿Acaso no trabajaban mujeres casadas y con hijos en la cadena de envasado? ¿Acaso no se les daba un montón de facilidades a las chicas embarazadas para que apuraran el tiempo de trabajo a fin de tener más ingresos de cara a la maternidad? ¿Acaso no era eso el progreso y

el camino hacia la igualdad que deseábamos las mujeres?

—¿Y en qué fecha os gustaría celebrar la boda? —preguntó mi padre para poner fin a la trifulca.

—Aún no lo hemos hablado, pero a Margot le gustan el invierno y la nieve, y creo que sería bonito hacerlo antes de que llegue la primavera. Febrero, principios de marzo, ¿qué te parecería? —Me apretó la mano para llamar mi atención—. ¿Qué dices? ¿Cisnes de hielo? ¿Osos polares con patines? ¿Un trineo con mantas de pelo blanco?

«¡¡Se acordaba!!». Fueron mis delirios en una tarde de verano, hacía años. Memorizó mis palabras y esperó el momento exacto para hacer realidad mis sueños.

¿Cómo no iba a quererlo? ¿Cómo no iba a desear pasar con él el resto de mi vida?

64. JC

Dos meses después. Diciembre de 1974

—¿Calhoun Montain? —preguntó Margot al ver dónde detenía el coche.

—Calhoun Montain, sí. Hoy te necesito solo para mí.

Podía haberla llevado a un motel de carretera, pero habíamos decidido ahorrar hasta el último centavo para que nuestras familias no tuvieran que asumir el gasto de la boda. Además, desde que nos habíamos comprometido apenas pasábamos tiempo a solas. Cuando no era su madre la que nos interrumpía era la mía, y empezaba a estar un poco harto.

Me abalancé sobre Margot y la besé en el cuello. Mis manos buscaron con ansiedad sus pechos y mi lengua trazó círculos sobre ese punto bajo la oreja donde le latía el pulso furioso. No iba a vernos nadie, hacía tiempo que habíamos encontrado el lugar perfecto camuflado entre dos árboles, perfecto siempre que ninguno de los dos tuviera que salir del coche. Los troncos nos impedían abrir las puertas. Pero eso no importaba. El plan discurría entre los asientos de delante y el de detrás, donde terminaríamos desnudos bajo la manta que había cogido prestada antes de salir del parque.

Sin embargo, enseguida me di cuenta de que algo no iba bien. Margot, que siempre tenía mucha iniciativa sexual, se mantenía inmóvil y ni siquiera me abrazaba.

—¿Va todo bien? —Levanté la cabeza de su escote para mirarla y no me gustó lo que sentí—. ¿Qué te pasa?

—Estoy embarazada.

—¿Qué? ¿Que estás qué? —Me incorporé tan deprisa que me golpeé la cabeza contra el espejo retrovisor y apreté el claxon con el codo.

—Embarazada, JC.

—Estás de broma, ¿no?

—¡No! ¿Me ves con cara de estar de broma?

—Pero ¿cómo…? —Levantó una ceja con ironía y me pasé las manos por la cara para despejarme—. Vale, sí, ya sé cómo, pero… ¡Hemos usado condones!

—¿Sí? ¿No me digas? ¡Pues tus condones no han funcionado y tu bomberito la ha liado buena!

—Pero ¿cómo no van a funcionar? ¡No digas bobadas! ¡Son condones, funcionan siempre!

—¡A la vista está que no! ¡Y no me grites! —voceó ella.

—¡Eres tú la que grita! —Respiré hondo y traté de calmarme. Sí, le estaba gritando. Ambos estábamos alterados, pero Margot se encontraba al borde de las lágrimas y por nada del mundo deseaba hacerla sentir peor—. Lo siento, lo siento, ¿vale? Me has soltado eso, así, a bocajarro y he perdido los nervios. No te grito, lo siento, pequeña. ¿Estás… estás segura de que estás…?

—Sí, creo que sí. Tengo un retraso de dos semanas y me siento… diferente.

—¿Diferente? ¿Qué hay diferente?

Margot bufó como si fuera algo que tuviera que haber percibido a simple vista, pero es que yo estaba tan conmocionado que podría haberle salido un cuerno de unicornio en la frente y no me hubiera dado cuenta.

—Los pechos, tonto. Me duelen y están… más grandes.

Parpadeé varias veces. Margot se pasó la mano por el escote y a mí se me secó la boca.

—N-no no hagas eso, por favor.

—Y tengo náuseas, odio tener náuseas —lloriqueó—. Todo huele mal: la fábrica, la comida, el coche…

—¿Mi coche huele mal?

—¡Sí! Huele fatal. Es horrible. —Se llevó una mano a la boca y contuvo una arcada. A pesar del frío, no me quedó otra opción que bajar la ventanilla para que entrara un poco de aire—. Y tengo sueño a todas horas, JC. Ayer me quedé dormida en el almuerzo mientras comía.

—Ya, bueno, yo también me quedo dormido.

—Pero ¡tú no estás embarazado! —gritó, histérica.

Apreté los labios para no reírme. La situación no tenía gracia, desde luego, pero Margot se ponía tan dramática cuando se sentía mal…

—¿Qué vamos a hacer?

—¿Quieres que te responda o es una pregunta retórica? —pregunté con cautela. No quería alterarla más.

—Quiero que me digas que todo va a ir bien y que no vas a salir corriendo.

—No voy a salir corriendo, Margot. Nunca saldría corriendo. ¿Es que no te he dicho suficientes veces que te quiero? ¿Adónde iba a ir yo sin ti, pequeña?

—Sí, no llegarías muy lejos —bromeó, por fin.

Escondí una sonrisa en su cuello y la abracé con fuerza. Estaba temblando, pero yo también. Iba a ser padre, iba a tener un hijo, y no sabía si reírme o echarme a llorar. No estábamos en la mejor situación. Éramos muy jóvenes, no hacía ni dos meses que nos habíamos comprometido y, de pronto, íbamos a ser tres.

—Nos casaremos después de Navidad —le propuse con decisión.

—Es muy precipitado, solo faltan unas semanas —se quejó—. A mi madre le dará un síncope.

—Tu madre estará muy feliz. Tal vez se enfade al principio, pero ya viste lo que pasó cuando te propuse matrimonio. Quería que tuviéramos hijos, ¿no?

—Sí, también quería que dejara de trabajar, pero no pienso hacerlo.

—No tendrás que hacerlo hasta que sea necesario. Pero prométeme que no te arriesgarás, que si te encuentras mal o no puedes aguantar el ritmo lo dejarás. —No me miró, se mantuvo en silencio y me vi obligado a sujetarla del mentón y a buscar sus ojos—. ¿Margot? Prométemelo.

Hizo un puchero de lo más conmovedor y se rindió.

—Te lo prometo.

—Bien, buena chica. —La besé para recompensarla y la peiné con los dedos como a la niña que era. Mi niña preciosa acababa de hacerme el hombre más feliz de la Tierra sin yo saberlo—. Hablaremos con mi madre. Le dije que no había prisa en pasar sus cosas a la habitación de abajo, pero ahora sí que la hay.

—No quiero molestar a tu madre.

—No la molestas. Fue ella la que dijo que no tenía las piernas para subir y bajar escaleras cada día. Duerme en el cuarto de abajo desde que murió mi padre, solo que sus cosas siguen arriba. Ahora tiene un buen motivo para moverlas. Le encantará.

—¿Y el bebé?

—Bueno, el bebé dormirá con nosotros una temporada y luego, cuando crezca, podemos arreglar mi habitación y convertirla en la suya.

—¿Siempre lo tienes todo pensado?

—No, mi vida, no. Desde que te conocí no hago más que improvisar sobre la marcha, pero he descubierto que me encanta.

Nos casamos a finales de diciembre, sin cisnes, sin osos, sin trineo, pero con un extra de nieve que bloqueó las carreteras de todo el condado. Estaba nervioso, estaba tan nervioso que a punto estuve de darle un puñetazo a John Traveller por hacer comentarios impropios sobre una boda tan precipitada. Stephen me salvó de ello; Stephen, su humor y una botella del mejor *whisky* que él y los chicos habían traído para la ocasión.

Me miré al espejo y fue como ver a mi padre, tan serio, tan distinguido, con el uniforme impoluto y el ceño fruncido. Tenía veinticuatro años y estaba a punto de contraer matrimonio con la mujer más increíble que había conocido jamás, con la que había sabido ganarme el corazón, con la que iba a ser la madre de mis hijos. Y, entonces, ¿por qué tenía tanto miedo?

—Cuando la veas se te olvidará todo —me susurró mi madre al colocarme el prendido de flores en la solapa. Ella siempre sabía leerme el pensamiento.

Y así fue, porque en el momento en el que vi a Margot acercarse no hubo nada más que deseara contemplar el resto de mi vida. El capellán Wilcox tuvo que aclararse la garganta un par de veces para llamarme la atención, porque no podía dejar de mirarla y tartamudeé al pronunciar mis votos.

—… amarte y respetarte, todos los días de mi vida, hasta que la muerte nos separe —repitió ella con sus manos entre las mías.

Intercambiamos alianzas, escuchamos lejanas las últimas palabras del capellán y nos besamos por primera vez como marido y mujer.

En ese instante, en ese segundo en el que respiramos la misma felicidad, dio comienzo el resto de nuestras vidas.

Fue la llama que dio luz a nuestra verdadera aventura.

65. Margot

Ocho meses después. Agosto de 1975

¡Por fin había conseguido un ratito de paz en casa! JC estaba trabajando, mi suegra había salido a hacer la compra y mi madre estaba en la peluquería. Estaba agradecida por que todos se preocupaban por mí, hasta mi padre se sentaba por las tardes a mi lado y me leía las noticias del periódico —como si yo no pudiera hacerlo por mí misma—, pero me asfixiaban, y bastante calor hacía ya a mediados de aquel infernal mes de agosto como para tener a todo el mundo pululando a mi alrededor.

Lo único que necesitaba para ser feliz en aquel momento era un vaso de limonada, un ventilador y el cubo de agua fría y hielo que Hanna me había preparado en el jardín. El sillón playero era cómodo, el vestido que me había puesto no me hacía parecer una carpa de circo y me dio la impresión de que mis pies se habían deshinchado un poco después de unos minutos en el agua congelada.

Estaba harta del embarazo. Los primeros meses fueron horribles, en la fábrica decían que nunca habían visto vomitar así a una mujer. El segundo trimestre, sin embargo, fue más tranquilo, aunque fue cuando empezó a crecerme la barriga y dejé de entrar en mi ropa habitual. Todo el mundo me acariciaba la tripa como si fuera a dar a luz al duende de la suerte y ya no sonreía cuando me preguntaban si quería un niño o una niña. ¿Qué más daba lo que fuera? Yo solo quería que saliera para verle la cara. Y, mientras tanto, tejía. Tejía, tejía y tejía, y escuchaba los sermones de mi madre, que solo quería que dejara de trabajar y me dedicara a preparar el nido.

Nadie me avisó de que en el tercer trimestre mis pies se convertirían en patas de elefanta, que mis manos se hincharían hasta cortarme la circulación con la alianza y que me haría pis cada cinco minutos. Tampoco me avisaron de las patadas ni de la acidez ni de las ganas de sexo. ¡Oh, Dios, sí! El sexo era lo mejor. A pesar de que todas las vecinas chismosas de Hanna opinaban que JC debía trasladarse a otra habitación, ninguno de los dos contemplamos esa posibilidad. Lo necesitaba. Me daba masajes en los riñones y en las piernas, me abrazaba, le hablaba a nuestro bebé y me procuraba unos orgasmos tan intensos que hasta yo misma me asustaba. Luego me hacía pis mil veces durante la noche y me molestaba que estuviera tan cerca porque

me daba calor. ¡Porras! El calor tampoco ayudaba, desde luego.

—¿Margot? ¡Ya he vuelto! —exclamó Hanna al entrar en casa.

Era la que mejor me entendía, la que se adelantaba a mis necesidades y me permitía hacer cosas como bailar frente al televisor después de comerme una buena copa de helado de chocolate, para contrarrestar. No es que hubiera cogido mucho peso, pero no quería acabar como Karen, que después de dar a luz no había recuperado la figura.

—Aquí estás. ¿Cómo te encuentras? —me preguntó mi suegra con una sonrisa.

—Igual que hace una hora. Necesito hacer algo productivo que no sea tejer —me quejé.

—Pues ve a dar un paseo.

—No tengo ganas de andar. El concejal del distrito tendrá que cambiar las aceras si sigo rompiendo los baldosines a cada paso —exageré—. En la fábrica, al menos, hacía algo útil.

—En la fábrica ya no llegabas a la cinta de envasado, cariño. La barriga te lo impedía —me recordó—. Sabes bien que tu padre te mantuvo allí hasta que fue posible, pero te falta muy poco para alumbrar y debes tomarte las cosas con tranquilidad.

—Tengo tanta tranquilidad que estoy deseando que llegue mi madre para que la altere.

Hanna rio y me enseñó algunos conjuntitos de verano que le había regalado otra de las vecinas.

«Demasiados lazos», pensé.

—¿Habéis decidido ya el nombre?

—No nos ponemos de acuerdo —respondí, triste. JC y yo habíamos tenido una pequeña trifulca por ese motivo, y se había ido a trabajar enfadado esa mañana—. Si es niña será un nombre que comience con M. Es la tradición de mi familia. Nos gusta Mandy, Megan o Madison. Son modernos y tienen personalidad.

—¿Y si es niño?

—Yo quiero que continúe la tradición también, quiero que sea un nuevo JC, pero tu hijo no quiere. Prefiere que sea un nombre sencillo, pero no sé…

—¿Y qué tal Tyler? Era el tercer nombre de mi marido, aunque él no lo ponía en ningún sitio. No es un nombre compuesto, pero el niño tendrá algo de su abuelo.

—Tyler —repetí—. Tyler Gallagher. Me gusta como suena y a JC le gustará también, o dormirá en el sofá.

Aquella noche, cuando JC llegó de trabajar, fingí sentir algunas molestias solo para que él se empleara a fondo con uno de esos masajes que me dejaban tan relajada. También era mi manera de decirle que ya no estaba enfadada con él. Desde que me sentía como un globo aerostático le prohibía que me pusiera las manos encima siempre que discutíamos, aunque era imposible si estábamos en la misma habitación.

—¿Qué has hecho esta tarde para tener tantas molestias? —preguntó mientras pasaba las manos arriba y abajo por mi columna—. ¿No habrás estado limpiando otra vez?

—No —mentí—. He estado tejiendo como una niña buena. Nuestro hijo o nuestra hija va a ser el bebé con más calcetines de todo Springfield.

Soltó una carcajada y presionó un punto estratégico al final de la espalda que me hizo ronronear. Sin embargo, también noté que algo le pasaba a mi barriga un segundo después. Se puso dura como una piedra y sentí un pequeño pinchazo que se hizo más y más molesto conforme se repetía.

—¿Qué pasa? —Se detuvo. Él también lo había notado y, al buscar mi mirada, descubrió que tenía el ceño fruncido—. ¿Te duele? ¿Dónde te duele?

—No es nada —dije pasados unos minutos.

Pero ese «no es nada» se convirtió en todo.

Me fui a la cama incómoda, con pequeños dolores que no había tenido antes. No encontraba la posición correcta, no podía conciliar el sueño, tenía calor, tenía dolor, tenía miedo…

Y, la tercera vez que me levanté al aseo, ocurrió.

Antes de llegar al cuarto de baño noté cómo algo se rompía en mi interior y formé un charco de agua en el pasillo.

—Me he hecho pis —lloriqueé cuando JC acudió a mi llamada.

Estaba en medio de la noche, con las piernas abiertas, con el camisón mojado y muchas más molestias de las que me atrevía a confesar.

Hanna apareció de inmediato al oírnos y le indicó a su hijo que se vistiera.

—Es hora de ir al hospital, Margot.

—¡No!

—Sí, hija. Acabas de romper aguas. El bebé está de camino.

En la medianoche del 12 de agosto de 1975 llegó al mundo nuestro primer hijo, Tyler Gallagher. Era la criatura más extraordinaria que había visto en mi vida, tan rollizo, tan dulce. Tenía unos pulmones fuertes y un hambre voraz, y enamoró a todas las enfermeras del hospital. Mi padre lloró cuando lo vio, mi madre lloró cuando lo cogió en brazos por primera vez, Hanna lloró cuando aquella diminuta manita le rodeó el dedo, y, cuando por fin nos quedamos a solas en la habitación, fuimos nosotros los que lloramos porque habíamos creado algo perfecto.

—Ha hecho usted un bebé muy guapo, señor Gallagher —le susurré al verlo acunar a su hijo.

—Ha sido cosa de dos, señora Gallagher. Has sido muy valiente, pequeña. —Se acercó a la cama y me besó en los labios. Luego, con una delicadeza que no había demostrado nunca, me puso a Tyler en los brazos para que comiera. Mis pechos se habían hinchado y vi cómo le brillaba la mirada al destapar el pezón—. Tendré que acostumbrarme a compartir algunas cosas, ¿no?

—No será para siempre.

Se tumbó a nuestro lado y acarició la leve pelusilla rubia que cubría la cabeza de nuestro bebé mientras mamaba. Nuestra vida volvía a girar en una nueva dirección. No podíamos evitar sentir miedo, como en todas las etapas de nuestro camino juntos, pero la personita que acababa de llegar a la familia venía con una promesa de felicidad como garantía.

Éramos jóvenes, inexpertos y teníamos muchas dificultades que superar, pero JC cogió mi mano con fuerza, entrelazó los dedos y no necesité nada más.

Ya tenía a los dos hombres de mi vida.

66. JC

Siete años después. Septiembre de 1982

—¡Teniente, tiene una llamada! —me avisó uno de los nuevos aspirantes mientras daba indicaciones a los otros dos novatos—. ¡Es su suegra!

Stephen soltó una carcajada desde el sillón en el que tomaba el sol. El muy capullo pasaba su tiempo libre allí, en el parque 22, fuera de su territorio, atormentándome, en lugar de estar en casa con Georgina y los tres demonios que tenían por hijas.

Hacía un par de años que había aprobado el ascenso a teniente y nos había dejado para llevar las riendas de otra unidad. Su relación con Georgina prosperó y, poco después de casarse, ampliaron la familia. No habían perdido el tiempo. La niña de sus ojos llegó un año después de que naciera Tyler y, casi nueve meses más tarde, llegó la segunda.

No fueron buenos tiempos para Margot y para mí, ni para nuestra vida en común.

La llegada de la segunda hija de Stephen y Georgina acentuó la pequeña depresión que arrastraba Margot desde que nació Tyler. Se encerró en sí misma durante una temporada. No sabía por qué, no me dejaba ayudarla, no quería hablar, aunque debía reconocer que yo tampoco sabía qué hacer ni decir para recuperarla. La Margot que vibraba y exprimía la vida con cada sonrisa se consumía delante de mis narices y me desesperaba, me volvía loco, y cuanto más se hundía ella, más lejos deseaba estar yo.

Mi madre, sus padres, todo el mundo pensó que nos hacía falta otro bebé, que esa sería la solución, y nos pusimos a ello. Volvimos a disfrutar del sexo como nunca, desinhibidos, liberados, más intensos que en toda nuestra etapa prematrimonial. Seguíamos siendo jóvenes, teníamos buena salud, nos gustaba sorprendernos y jugar a seducirnos, pero los años pasaron y el propósito de todo aquello no llegó.

Sí llegaron la frustración y los reproches, las discusiones a media voz y las peleas a gritos. Llegaron las culpas y los culpables, los portazos y las lágrimas, los silencios, las miradas, las disculpas que no sabían a nada. Volvía a perderla y, lo que era peor, estaba dispuesto a dejarla ir.

Pero hasta las historias abocadas al fracaso podían volver a brillar

con fuerza. Solo había que saber escoger el instante y aferrarse a él como si nos fuera la vida en ello.

Una tarde de verano de 1979, al salir del parque, vi el cartel del estreno de una nueva película en el cine. Conocía el título, conocía a cierta morena de ojos oscuros que se sabía todas las canciones, pues aquella producción estaba basada en una ópera *beat* sobre la cultura *hippie* de los años 60, un musical que había formado parte de Margot durante media vida. *Hair* fue mi salvación, *Hair* me devolvió a mi mujer, a mi muchacha intensa, a mi torbellino de emociones.

Hacía ya tres años de aquel día en que la engañé para ir al cine, en que la obligué a ver el comienzo, en que lloró con cada segundo de metraje y yo lloré con ella. Le canté bajito *Let the sunshine in* tal y como ella hizo conmigo mientras me debatía entre la luz y la oscuridad, y gané. Ganamos, porque recordamos que, si uno caía, el otro estaría siempre para sostenerlo.

—¡Teniente! ¡Es urgente!

La insistencia del novato me sacó del pasado y me llevó de vuelta al patio de la 22. Stephen dejó de sonreír y se incorporó en el sillón.

¿Urgente? ¿Qué podía querer mi suegra que fuera urgente?

«¡Tyler!».

Corrí hasta el teléfono y me temblaron las manos al sujetar el auricular.

—Margaret, ¿qué pasa? ¿Es Tyler? ¿Está bien?

—Tyler está bien, hijo. Es… es Margot.

Y el mundo se detuvo de repente.

67. Margot

Me desvanecí en la puerta del colegio de Tyler.

Había dormido mal, la jornada en la fábrica había sido insoportable, el verano parecía no querer irse y estaba tan cansada… El inicio del curso escolar estaba siendo agotador, me había comprometido con el comité de madres para encargarme del refrigerio para la reunión de esa misma tarde, contaba con que Hanna recogiera al niño a la salida de clase, pero los astros se habían alineado para que no pudiera ser, y tuve que correr para que mi pequeño no se viera solo en el patio.

Y no sé qué pasó.

Llegué a tiempo, lo vi salir, levanté la mano para que me localizara y empecé a sentirme mal. Me sujeté al tronco del árbol más cercano para no caerme, pero no pude impedirlo. El corazón se me aceleró, el aire era insuficiente y, sin más, dejé de sentir el suelo bajo los pies.

Desperté en la habitación de un hospital y me asusté.

¿Dónde estaba Tyler? ¿Cómo había llegado allí? ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué me sentía tan cansada? Se me pasaron por la cabeza un millón de hipótesis diferentes que daban respuesta a la última pregunta y se me llenaron los ojos de lágrimas. Una chica de la fábrica, que había muerto hacía unos meses, empezó así, con agotamiento, con dolores de cabeza, con mareos…, y le diagnosticaron una enfermedad para la que no había cura. Se consumió sin que nadie pudiera hacer nada. Yo no quería morirme, no podía morirme. Al cabo de un mes cumpliría veintiocho años, me quedaba toda una vida por delante. Quería ver crecer a mi hijo, quería seguir amando a mi marido. Quería vivir.

—¡Ah, señora Gallagher! Veo que está despierta. ¿Cómo se encuentra? —me preguntó una enfermera.

—Mi hijo…

—No se preocupe. Los sanitarios trajeron al pequeño y ha estado a cargo de nuestro personal. Es un niño muy valiente.

Sí lo era, era el niño más especial del mundo entero.

—Pero él… ¿está bien? ¿Qué ha pasado?

—Su hijo está bien, no tiene de que preocuparse. Estaba un poco asustado, pero ya está más tranquilo. —Miró las indicaciones que había en la tablilla al pie de la cama y me sonrió con dulzura—. Sufrió

un desmayo. El doctor pasará a verla en breve. ¿Quiere que haga pasar a su marido?

—¿JC está aquí? —Sollocé fuerte al saber que no estaba sola.

—Sí, su marido y sus padres están en la sala de espera. Luego podrán entrar todos a verla, pero por el momento solo su marido, ¿de acuerdo?

Lo oí correr por el pasillo antes de verlo, sentí su urgencia, su miedo, su ansiedad, y me eché a llorar. No podía controlar mis emociones. Y cuando entró en la habitación… Dios mío, su cara estaba desencajada.

—¡Margot! Mi vida, mi pequeña, mi amor. —Me abrazó mientras yo sollozaba sin parar y me aferré a él como si no lo hubiera visto en una eternidad—. Ya está, ya pasó todo. Tranquila, mi niña preciosa, estoy aquí. Todo va a ir bien.

—M-me des-desmayé —balbucí entre hipidos—, y Tyler se quedó solo. Yo… no sé qué pasó, me desmayé.

—Tyler está bien. Se ha ido a casa con mi madre hace un rato, pero volverá mañana cuando salga del colegio. No te preocupes por él, ¿de acuerdo? Ahora lo importante eres tú.

Me sobrecogió otro ataque de llanto y hundí la cara en su hombro.

—Estoy muy asustada, JC. Tengo mucho miedo.

—No será nada, ¿me oyes? —Me sujetó de las mejillas y me besó despacio en los labios—. Ya verás como no es nada. Has estado muy liada entre la fábrica y todo lo demás, estás cansada y no descansas bien. Tienes que echar el freno, cariño, solo eso.

Un par de doctores entraron en la habitación.

Tras las correspondientes presentaciones y comprobaciones del historial, me hicieron algunas pruebas rutinarias que acompañaron con preguntas sobre mi ritmo de vida y mis hábitos.

—¿Cree que puede estar embarazada?

JC y yo nos miramos y no supimos qué decir. Llevábamos años intentándolo, pero no había conseguido quedarme encinta. Lo habíamos dado ya por perdido porque lo único que estábamos consiguiendo era frustrarnos. Teníamos una maravillosa relación, éramos activos sexualmente, pero ya no pensábamos en ampliar la familia.

—¿Podría estar… embarazada? —preguntó JC.

—Cuando tengamos los resultados de la analítica lo sabremos con

certeza. Le haremos una ecografía para salir de dudas y algunas pruebas más que descarten otras posibles afecciones, pero todo parece dentro de los parámetros normales. Su ritmo cardíaco es bueno, no muestra problemas respiratorios y responde bien a los estímulos. Nada parece indicar enfermedades graves.

Justo en ese momento, una enfermera les entregó los resultados que estábamos esperando. Los estudiaron con detenimiento mientras JC y yo nos cogíamos de la mano con fuerza para infundirnos calma. Unos minutos después, doblaron los informes y sonrieron.

—Justo lo que nos temíamos. Enhorabuena, van a ser padres.

No hubo forma de describir lo que ambos sentimos al oír aquellas palabras. El alivio y la liberación que noté en el pecho al saber que no era nada malo se mezcló con la felicidad pura que te invade cuando llega algo bueno que no esperas, algo tan deseado. Ni que decir tiene que lloré y que JC también lloró, y cuando los dos doctores se marcharon seguimos llorando tan abrazados que podríamos haber formado una sola persona.

Fue la primera sorpresa de aquel día que había empezado tan mal, pero que mejoraba por momentos. Mis padres se emocionaron mucho y JC se lo contó a su madre desde la cabina del hospital. Íbamos a ser padres de nuevo, íbamos a tener otro bebé casi ocho años después del nacimiento de Tyler.

—Son dos —anunció el doctor al día siguiente, mientras paseaba el ecógrafo por mi vientre aún plano.

—¿Dos qué? —quiso saber JC.

—Dos fetos, señor Gallagher. —Señaló dos puntos en la pantalla en blanco y negro, y vimos por primera vez a nuestros pequeños renacuajos—. Gemelos.

—¿Gemelos? —repitió JC, en estado de *shock*.

Le apreté la mano, que no me había soltado desde la noche anterior, y le sonreí. Mi felicidad lo hizo reaccionar y me dio un beso fugaz que acompañó con una exclamación de júbilo.

—¡Verás cuando se lo diga a Stephen! ¡Dos!

Aquella fue la segunda sorpresa.

La tercera llegó ocho meses después.

Fue un embarazo opuesto al de Tyler, tuve que guardar reposo durante bastante tiempo y me vi obligada a dejar definitivamente la fábrica. Me hinché como un globo, noté a los bebés mucho antes de lo

esperado, no dejaban de moverse y lo que al principio fue interesante con los meses se convirtió en una tortura. Parecían pelearse a todas horas dentro de mi barriga, lo que llevó a las chismosas a hacer sus propias cábalas acerca del sexo. Todas apostaron a que serían dos niños.

Pero se equivocaron.

El 29 de abril de 1983, en medio de un mar de dolor y desesperación, nacieron Austin y Megan Courtney Gallagher, niño y niña, los mellizos de mi corazón.

68. JC

Siete años después. Febrero de 1990

—¡Mellizos del demonio! —gritó Tyler desde la escalera.

MC y Austin salieron corriendo por la puerta de atrás y por poco se llevan a Margot por delante. Los cogió de la mano al vuelo y los sentó en la mesa de la cocina en el mismo movimiento.

—¿Qué le habéis hecho esta vez? —les preguntó con los brazos en jarras. Los mellizos se miraron y se encogieron de hombros—. Está bien, no habrá béisbol para ninguno de los dos este fin de semana.

—¡No, mamá! —gritaron al unísono.

—¿Entonces?

Bajé el periódico un poco para observarlos por encima y no pude evitar una sonrisa. Mi madre, atareada con la comida, me reprendió con la mirada. «Debes ser un poco más estricto con ellos, JC. Margot está agotada», me había dicho hacía solo un par de días. Eran dos canijos flacos que no inventaban nada bueno. En verano apenas se les veía el pelo por casa, iban de diablura en diablura y se habían ganado a pulso el apelativo que les habían puesto los vecinos: «mellizos del demonio».

Pero en los días duros de invierno la casa se nos quedaba pequeña. Hacían sus tareas a regañadientes y no se separaban el uno de la otra ni cuando MC quería jugar con las muñecas —algo bastante inusual en ella—. Siempre acababan desmembrando a alguna como si hubiera sido víctima de uno de los accidentes que protagonizaba yo en la vida real. Incluso llegaron a prenderle fuego a varios juguetes. Se justificaron diciendo que querían imitarme, pero no se libraron del castigo.

«No habrá béisbol» se había convertido en mi frase favorita y en la de Margot. Les gustaba el béisbol más que nada en el mundo, yo era el culpable de ello, y nada los hacía portarse bien tanto como amenazarles con no poder ir al partido del domingo.

Sin embargo, si había algo que los divirtiera, hasta el punto de arriesgar su deporte favorito, era sacar de quicio a Tyler.

Con casi quince años, ya no soportaba que sus hermanos pequeños irrumpieran en su habitación y tocaran sus cosas. Era un chico muy responsable que nunca se había metido en líos. No era un gran estudiante, pero sus calificaciones eran buenas y eso era suficiente

para que Margot y yo estuviéramos orgullosos. Había heredado mi manera de ser, era introvertido, observador y comprometido, pero estaba en una edad complicada.

—¡Han metido una rana en el cajón del escritorio! —gritó Tyler, enfurecido—. ¡Una rana! ¡Los voy a matar!

—Tyler… —le advertí sin desviar la mirada del artículo que tenía delante. John Traveller volvía a ser noticia. Su entrada en política estaba levantando ampollas en determinados sectores del cuerpo de bomberos.

—¿De dónde habéis sacado una rana? —preguntó Margot con repugnancia.

Los dos mocosos de seis años se volvieron a mirar y repitieron el gesto: se encogieron de hombros.

—¡La han cogido de la charca junto al colegio! —los acusó Tyler—. Un día os caeréis dentro y moriréis congelados, idiotas.

—¡Tyler! —lo amonestó Margot—. Cuidado con lo que dices. No querrás llevarte tu parte también.

—¡Me da igual! No quiero que entren en mi cuarto, no quiero que toquen mis cosas y no quiero que escondan animales en mis cajones.

—Tiene revistas con tetas —le dijo Austin a MC como si ella no lo supiera.

—Y globos pegajosos. —MC se volvió hacia Margot y le preguntó —: ¿Por qué tiene Tyler globos pegajosos? Yo quiero también.

La cara de estupefacción de mi hijo mayor fue terrorífica. Casi tanto como el ceño de Margot.

«Lo que yo decía —pensé—. Una edad complicada».

—Tyler Gallagher, saca todas esas… porquerías de tu habitación antes de que suba a hacer limpieza —le advirtió Margot—. ¡Tienes catorce años, por el amor de Dios!

—¡Casi quince! Soy un hombre, mamá, joder.

Los mellizos contuvieron el aliento al oír el taco. Yo doblé el periódico muy despacio y Margot abrió la boca, consternada por semejante falta de respeto.

—Ha dicho una palabrota —susurró MC a su hermano.

—Se la va a cargar.

Decir palabrotas en casa estaba prohibido, pero MC y Austin se habían pasado de la raya y el foco de atención debía volver a ellos.

—Tyler, vete a tu cuarto —decreté—. Y vosotros dos, castigados

sin béisbol.

No replicaron, hicieron sendos pucheros y bajaron la vista a las manos, sucias, como siempre.

Miré a Margot y nos entendimos enseguida. Me agradeció con un guiño que hubiera mediado en aquel conflicto porque siempre era ella la que asumía la labor cuando yo no estaba en casa. Necesitaba un respiro, mi madre tenía razón, estaba tan cansada que ni siquiera les soltó el habitual sermón a los niños. Los clavó a la silla con un gruñido y continuó ayudando con la comida.

Tyler estaba en su habitación destripando los muñecos de trapo preferidos de los mellizos cuando subí a hablar con él.

—No hagas eso o provocarás una guerra. Si tu madre o la abuela no pueden arreglarlos, estarás en un lío, chico.

—¡Es que no es justo, papá! ¡No es justo! Se meten aquí y son como pirañas, lo destrozan todo, lo tocan todo.

Abrí el cajón del escritorio, rebusqué entre los cuadernos y el montón de papeles, y encontré la revista y algunos preservativos. ¿Cuándo se había hecho tan mayor?

—¿Tengo que preocuparme por estas cosas? ¿Necesitas que hablemos de algo en concreto?

—¡No! La revista n-no es mía —balbució—. Y los condones… nos los dieron en clase de Biología.

—Está bien, pero deshazte de todo antes de que tu madre ponga la habitación patas arriba, ¿de acuerdo? —Asintió—. En cuanto a tus hermanos…

—Tengo casi quince años, papá. Necesito intimidad. ¡Necesito un cerrojo antidemonios! La semana pasada me pusieron cola en las zapatillas nuevas y tuve que dejar los calcetines pegados. Tengo dibujos y manchas de pintura en todos los libros, metieron una caca de perro bajo mi cama. ¡Una caca de perro que olía a mierda!

—Hubiera sido curioso que oliera a flores, ¿no crees?

—¡Papá! Te estoy hablando en serio. —Se tiró de malas formas en la cama y escondió la cara en la almohada. Yo aguanté la risa—. No me dejan concentrarme, no voy a aprobar el curso, no saldré del instituto, no podré ser bombero…

Obvié el drama y me centré en el mensaje. Mi hijo quería ser bombero. Bombero, como yo. Dios mío… A Margot le daría un síncope cuando lo supiera, pero a mí me hizo sentir el padre más

orgulloso de la faz de la Tierra. También sentí miedo, pero era mejor no pensar en ello.

—Tendrás tu cerrojo, pero habrá normas.

—¿Qué normas?

—Normas que no te gustarán y que tendrás que cumplir. De momento, llévale los muñecos a la abuela Hanna para que los remiende antes de que los vean tus hermanos. —Se puso en pie con fastidio y recogió todos los trozos que había tirado por el suelo. Era un buen chico—. Aprobarás, saldrás del instituto y serás un gran bombero.

Me miró avergonzado.

—¿Crees que seré tan bueno como el abuelo o como tú? El tío John dice que a los Gallagher se nos exige más porque formamos parte de una estirpe de héroes, pero yo no sé si podré…

—¿El tío John sabe que quieres ser bombero?

Se encogió de hombros y, finalmente, asintió.

—Lo hablamos en Navidad. Como la tía Ginger no le dio hijos, dice que tiene sus esperanzas puestas en mí.

«Maldito viejo entrometido».

—No tienes que hacer caso de lo que te diga el tío John, ¿de acuerdo? Si tienes dudas habla conmigo.

—No, si no tengo dudas. Quiero ser bombero, pero quiero ser bueno, como tú y como el abuelo James. No quiero deshonrar el apellido.

—¡No vas a deshonrar el apellido, Tyler! —Iba a tener que hablar muy seriamente con el maldito John Traveller. Esa idea de la deshonra no podía haber salido de la cabeza de mi hijo—. ¿Tú quieres ser bombero por el abuelo y por mí o por ti?

—Por mí.

—¿Y dónde lo sientes, Tyler? ¿Aquí? —Le señalé la frente y, luego, el corazón—. ¿O aquí?

Se llevó la mano al corazón con tanta solemnidad como lo hice yo cuando mi padre me formuló la misma pregunta, y lo abracé. Lo atraje al pecho y lo envolví con fuerza. Ojalá mi padre lo hubiera hecho así también.

—Pues entonces deja que el corazón te guíe siempre, Tyler, y olvida todo lo que te diga el tío John, ¿entendido?

—A mamá no le gustará, ¿verdad?

Suspiré.
—Eso déjamelo a mí.

69. Margot

Esa noche, después de los baños, los cuentos y unos minutos de conversación con Hanna mientras zurcíamos calcetines, JC me esperaba en la cama con esa mirada intensa que me dedicaba cuando estaba excitado. Pensé en dejarme llevar y ponerme en sus manos, estuve tentada de apagar la luz y que fuera él quien se convirtiera en mi sol, como cada noche y cada madrugada que nos encontraba despiertos. Intenté rendirme a sus besos y dejar a un lado mis preocupaciones, pero no lo conseguí, y después de algunas caricias, me aparté y emití un gemido lastimero.

—Tengo que decirte algo y no sé si te va a gustar.

Me miró un segundo y se rindió a la evidencia: no habría sexo aquella noche.

No obstante, cuando se recostó a mi lado, él también dejó que las preocupaciones le ganaran terreno al deseo.

—Sí, yo también tengo que decirte algo y no sé si te va a gustar.

Me alarmé. Lo mío podía esperar, lo suyo sonó a dificultades.

—¿Qué pasa?

—Es Tyler. Quiere ser bombero.

Mi corazón se detuvo una milésima de segundo y volvió a latir furioso. La noticia no me cogió desprevenida. Lo sospechaba, de alguna manera que no podía explicar lo veía venir desde hacía un tiempo. Miraba a su padre con adoración cuando se iba a trabajar, hacía lo posible para que los mellizos no armaran escándalo cuando volvía cansado y lo buscaba para hacerle preguntas a hurtadillas para que yo no lo viera: «¿Habéis rescatado a alguien hoy?», «¿Has participado en tal o cual incendio?», «¿Ha habido víctimas?». Si mi hijo hubiera sido de otra forma, habría pensado que era simple curiosidad, pero Tyler era igual que JC, y sabía que el día llegaría.

Era mi pequeño, mi vida entera, hubiera preferido que fuera cualquier otra cosa antes que bombero, pero había quedado claro que yo no podía luchar contra sus decisiones, no podía luchar contra el fuego. Eso era un privilegio que solo ostentaban algunos Gallagher.

—Primero tiene que acabar los estudios, luego ya veremos —susurré.

—He pensado que le iría bien apuntarse al programa de voluntarios este verano. Ya tendrá quince años y le sentará bien estar

fuera de casa, lejos de los mellizos —lo justificó con razón—. Y a ti te descargaría un poco también.

—Es muy joven, JC. No quiero que vaya de un lado a otro jugando a apagar fuegos.

—Tiene la edad perfecta y solo es un programa juvenil, no hay peligro, pero le ayudará a familiarizarse con la jerga y a conocer el ambiente. Será bueno para él si quiere ser bombero de verdad. Y si resulta que después se echa atrás, al menos habrá pasado un verano entretenido.

Me acomodé contra el costado de JC sin decir nada. No había que tomar la decisión en ese momento. En realidad, no había ninguna decisión que tomar. Estaba escrito desde que nació.

—Será un gran bombero, como tú.

Se le hinchó el pecho de orgullo; a mí se me llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Y tú? ¿Qué querías decirme? —preguntó cuando ya estábamos medio adormilados.

—¿Yo? Nada, que estoy embarazada.

El verano de 1990 fue infernal.

Perdí a mi madre una mañana de primeros de junio y un mes después nos dejó mi padre también. Lo de mamá fue repentino, un problema con la tensión. Lo de mi padre venía de lejos, pero nunca me lo dijeron, nunca me hablaron de ese cáncer que se lo estaba comiendo por dentro.

Me enfadé mucho con ellos, me enfadé más que en toda mi vida, porque, a pesar de haber sido unos padres terribles, eran unos abuelos maravillosos. Y porque me habían excluido una vez más.

Hanna decía que a veces el arrepentimiento no se podía revelar con palabras, que había personas que no sabían cómo demostrar afecto hasta que un día encontraban la forma de resarcirse de sus errores. Mis padres eran así, habían demostrado su amor hacia mí en escasas ocasiones, pero le habían abierto el corazón a mis hijos desde el primer segundo de vida.

Quizá por eso me enfadé tanto, porque yo era feliz viendo a mi madre peinar a MC como si fuera una princesa y era más feliz aún al verla sonreír cuando la niña se tiraba de las coletas y sacudía la cabeza. Era inmensamente dichosa cuando Tyler se sentaba junto a mi padre y escuchaba sus aburridas batallitas en la fábrica, o cuando

permitía que Austin se le subiera en la pierna para balancearse como en un columpio. Jamás les riñeron, jamás les reprocharon sus travesuras y jamás me las reprocharon a mí.

Con eso ya tenían mi perdón.

Además de las pérdidas, la ola de calor hacía imposible respirar en la calle, los niños estaban más irritables y Hanna había acusado la muerte de mis padres con profunda pena. Parecía un poco más anciana cada día. JC tuvo un par de accidentes de trabajo que me provocaron más ansiedad de la habitual y, en mi estado, los médicos me obligaron a guardar reposo. Decían que, a mi edad, un embarazo podría complicarse y era mejor reservar las energías. Lo que no sabían era que «a mi edad», a mis treinta y cuatro años, casi treinta y cinco, tenía tanta energía como para mover el puente de Brooklyn con un solo dedo.

Quedarme embarazada siete años después de que nacieran los mellizos y con un adolescente cascarrabias en plena efervescencia nunca fue una decisión, vino sin esperarlo. Hacía tiempo que me había puesto uno de esos dispositivos intrauterinos y habíamos disfrutado del sexo sin sorpresas durante el último lustro, pero tenía que descansar de él por indicación médica, y en ese período pasó lo que no debía.

JC se lo tomó bien. Uno más en la familia no empeoraría nuestro problema de espacio, al menos mientras fuera un bebé. Sin embargo, ya habíamos empezado a contemplar la posibilidad de buscar una casa más grande a la que mudarnos. Mis padres me habían dejado en herencia todos sus ahorros, no éramos derrochadores, no necesitábamos grandes comodidades y la venta de la casa de Hanna podría ayudar bastante a conseguir lo que nos hacía falta.

Pero ella no quería irse. Los recuerdos de toda una vida estaban en aquella casa en la que se había detenido el tiempo. Los muebles eran antiguos, la distribución era horrenda, las tuberías hacían ruido y ni siquiera tenía uno de esos sistemas de refrigeración general. Hacía demasiado frío en invierno y demasiado calor en verano, las paredes eran de papel y habíamos tenido que cambiar el cableado de toda la casa después de que un enchufe viejo casi prendiera fuego al salón. Y, aun así, si Hanna no venía con nosotros, no nos iríamos a ninguna parte.

Aquel verano para olvidar dejó paso a un otoño tranquilo y

apacible. Los niños volvieron al colegio y los adultos a la rutina. Me aficioné a hacer postres y a leer todas esas novelas de amor que Hanna guardaba en el mueble de la sala de estar. Daba paseos entre las hojas que cubrían las aceras y preparaba el nido para la llegada del nuevo miembro de la familia: otro niño. Thomas Gallagher.

Fue un 14 de noviembre en plena madrugada. No nos asustamos ni un poquito, o eso decía JC. Pero yo sabía que estaba muerto de miedo por dentro, porque mi chico maravilloso odiaba tener que pisar un hospital, incluso si era para ver nacer a su pequeño. Yo, por el contrario, me lo tomé con calma. Después de parir tres veces, no iba a descubrir nada nuevo. Y sin embargo…

—El bebé no está en una buena posición, Margot. Tiene el cordón umbilical enrollado alrededor del cuello y no podemos esperar a que las contracciones sean más seguidas. Hay que hacer una cesárea.

JC se llevó las manos a la cara y dio un par de vueltas por la sala donde me estaban examinando. Sabía en lo que estaba pensando, era como si estuviera metida en su cabeza. Georgina, la mujer de Stephen, había estado a punto de morir unos años atrás por culpa de una cesárea. No llegaron a tiempo de salvar al niño. Y por poco tampoco la salvan a ella.

—¿No hay más opciones? Estamos en el maldito siglo XX, ¿no hay nada que se pueda hacer para evitar la cesárea? —se exasperó JC.

—No, señor Gallagher, no lo hay.

Empecé a encontrarme muy mal después de que el ginecólogo se fuera a preparar mi entrada en el quirófano. Tenía contracciones que dolían como no recordaba, pero era el miedo lo que no me dejaba respirar: miedo a perder al bebé, miedo a perderme yo.

Miedo a perderlo todo.

—Eh, Margot, mírame. —Negué con la cabeza en medio de una contracción. Estaba cubierta de lágrimas, de sudor y de desesperación —. Va a ir bien.

—¡No lo sabes! Esto no tendría que estar pasando, ya tenemos tres hijos, no necesitábamos uno más.

Apretó los labios para no reírse y me cogió la mano para besarla.

—Necesitamos a este bebé tanto como a los demás.

—No habrá más embarazos, te lo advierto.

—De acuerdo. No más embarazos. —Rio.

—Lo digo en serio: no dejaré que me pongas una mano encima

nunca más.

—Eso ya lo veremos.

—Llama a tu madre, pero no le cuentes lo que pasa, ¿vale? No quiero que los niños se asusten. Austin siempre sabe cuándo algo no va bien.

—No te preocupes. No diré nada.

—Y no bebas café de la máquina de la entrada. Ya sabes lo que les pasa a tus tripas.

—Margot…

—No quiero despertarme y que me digan que estás en fase de descomposición. Sería muy bochornoso.

—Margot… Estaré bien. Y tú también.

Las enfermeras entraron en la habitación y desbloquearon la cama para llevarme a quirófano. Había llegado el momento.

—JC, si me pasa algo…

—¡No! No hagas eso —me acalló. Besó mis labios con ternura y caminó a mi lado hasta las puertas dobles del final del pasillo—. Nos queda mucho por hacer.

—Pero…

—No, nada de peros. Te veo dentro de un ratito, niña.

—Tengo miedo.

—Lo sé, pero no pasará nada —me consoló—. Deja que se apaguen las luces; yo te encenderé las estrellas.

70. JC

Podría decir que pasé las horas más amargas de mi vida en la sala de espera de ese hospital, pero sería quedarme corto. Sin embargo, a pesar de que sentía una angustia difícil de digerir, se me olvidó todo cuando el ginecólogo salió a buscarme y me tendió la mano para felicitarme por mi nuevo hijo.

El niño estaba bien.

Margot estaba bien.

Ya podía volver a respirar.

—Le he dicho a mi madre que traiga a los niños un rato mañana por la mañana. Pensé que querrías verlos.

—Claro que quiero verlos, más que a nada.

Para los mellizos era la primera vez que Margot dormía fuera de casa y me jugaba el ascenso a capitán a que estarían asustados. Y Tyler, a pesar de sus quince años, también estaría preocupado. Todavía recordaba la cara que puso cuando vio a su madre al día siguiente de dar a luz a Austin y a MC, le brillaban los ojos y se abrazó tan fuerte a ella que fue imposible quitárselo de encima durante horas.

Ellos eran nuestra vida, y era importante que fueran los primeros en conocer a su nuevo hermano. Tenían la responsabilidad de cuidarlo, de protegerlo y de amarlo.

Me tumbé al lado de Margot mientras daba de comer a Thomas. Me gustaba hacerlo, había contemplado a mis hijos aferrados a su pecho cada una de las veces, y me había enamorado de mi mujer un poco más en cada ocasión. Era una valiente, una luchadora y tan preciosa como la primera vez que la vi.

—Mira hasta dónde hemos llegado, pequeña. Mira todo lo que hemos hecho juntos.

—Yo sabía que lo nuestro acabaría así, eras tú el que no quería quererme —me recordó.

—Yo te quise siempre, solo me resistí un poco para que tuviera emoción.

—¡Ja! ¿Un poco? Por Dios, pero si pasaron dos años.

—Y entonces quemaste la cocina y yo fui a rescatarte.

—¡No quemé la cocina! Solo se incendió una sartén —se indignó.

—Pero te salvé, ¿no? Y luego fui a verte casi cada día.

—Y me dejabas notas. ¡Y un atrapasueños! ¿Dónde estará?

—Está con el resto de cosas mías que has ido guardando con el paso de los años. —Margot fingió sorprenderse, pero ambos sabíamos que había una caja de hojalata en el armario que encerraba una vida en común desde antes de saber que teníamos una vida en común—. Eres una romántica.

—También he llorado mucho, no todo ha sido fácil.

—Cierto, pero esa parte nos la podemos ahorrar si algún día les contamos la historia a nuestros hijos. Lo dejaremos en que quemaste la cocina y luego te besé.

—Pero ¡si tardaste meses en darme un beso!

—Tienes muy mala memoria, pequeña. —Le di un golpecito en la nariz y aspiré el olor de su cuello. Thomas se había quedado dormido —. Te besé la noche de Navidad en medio de la nieve, hace ya diecisiete años, y no olvidaré ese momento mientras me quede vida.

Y ella tampoco lo olvidaría, allí comenzó una historia de amor que llevaba años fraguándose a fuego lento en la distancia.

La niña que cocinaba para mí cada día se fue haciendo un hueco en mi pecho y consiguió que su presencia fuera como una manada de gacelas de estampida por mis venas. La niña que me descubrió que se podía amar, a pesar de no saber amar, dejó una huella imborrable que me había quemado hasta volverme loco. Sin embargo, fue la mujer la que me conquistó por completo, fue su idea de sobrevivir sin mí la que me hizo ver que yo no podría hacerlo sin ella. El destino me puso en bandeja una segunda oportunidad y me di cuenta de que ya había perdido demasiado tiempo. Tenía miedo de hacerla sufrir, aún lo tenía, cada día, pero era peor llegar a una casa vacía, a un dormitorio frío y a un final oscuro.

No había nada como abrir el corazón y dejar que entrase el sol.

Epílogo: Margot

Una Navidad cualquiera, muchos años después

Nunca dejé de tener miedo.

Cuando la persona que más amas en la vida se enfrenta al peligro cada día, nunca dejas de temer lo peor. Quieres esquivar la preocupación, deseas con todas tus fuerzas que no se te note, deseas parecer normal, pero es imposible normalizar un golpe cuando no sabes por dónde va a llegar.

Con el paso de los años y los sobresaltos del destino, me di cuenta de que la oscuridad que tanto temía de niña se había transformado en miedo a la soledad. Ya no me importaba estar a oscuras en un lugar cerrado si alguno de ellos estaba conmigo, porque cuando JC, Tyler, MC, Austin o Thomas me cogían de la mano era capaz de enfrentarme a lo que fuera.

Aunque no siempre estuviera preparada.

Dejamos la ciudad de Springfield a principios de 1993. Mientras los Clinton se instalaban en la Casa Blanca y asumían las riendas del país, nosotros nos trasladamos a un nuevo hogar, en Rockford. A JC le propusieron ser teniente de una brigada, un puesto de mayor responsabilidad que implicaba un aumento de sueldo bastante considerable y, con cuatro bocas insaciables que alimentar, nos pareció una buena opción.

Me habría parecido una buena opción incluso si lo hubieran enviado a la Luna. Lo habría seguido al fin del mundo sin pestañear.

Pasamos algún tiempo estudiando los pros y contras, y, por una vez en nuestra vida, elegimos con la razón y dejamos a un lado el corazón. También influyó que la mayoría de los chicos de la 22 habían volado a nidos más importantes, que Rockford estaba más cerca de Chicago, donde Tyler iba a cursar sus estudios universitarios, y que la casa donde íbamos a vivir ofrecía muchas posibilidades. Estaba en un bonito vecindario, tenía un precioso jardín y contaba con habitaciones suficientes para todos, incluso para Hanna.

Pero ella no vino con nosotros. No quiso abandonar el lugar al que pertenecía. La visitábamos en cuanto teníamos la menor oportunidad, nos encantaba pasar los veranos allí, pero los niños fueron creciendo, los viajes a Springfield se fueron espaciando y Hanna se fue apagando.

Se durmió junto a la ventana, en su viejo sillón orejero, con un

libro sobre el regazo y una sonrisa en los labios. Era su lugar favorito, eso decía ella, pero a mí no podía engañarme. Solo era el lugar más cómodo para esperar lo inesperado.

Me dejó sola, sin nadie con quien compartir esos momentos de ansiedad que solo ella conocía porque los había vivido. Un marido bombero, un hijo bombero… ¿Uno?

No, para mí no fue solo uno.

Una noche de invierno, justo después de cenar, una MC de diecisiete años con el rostro serio y miedo en los ojos se plantó delante de nosotros y sus palabras chocaron contra mí con la violencia de un tornado:

—Quiero ser bombera.

Tyler se rio de ella, pensó que era otra de sus bromas, otra forma de iniciar una bronca con él. Eran como el perro y el gato. Pero Austin no le siguió el juego a su hermano y Thomas desvió la mirada. Ellos ya lo sabían y estaban allí para ofrecer su apoyo.

Me puse a llorar. Negué muchas veces con la cabeza y lloré con más amargura de la que recordaba. Ella no, mi niña no.

—Tendrás que trabajar duro, MC —pronunció su padre. Abrí la boca para protestar, para decir que no sería bombera, pero él levantó una mano para que guardara silencio y no apartó la vista de su hija—. No va a ser fácil.

—Lo sé, pero lo conseguiré.

—¡Papá, no! —gritó Tyler—. Solo es… Solo es… ¡una niña!

«Solo es una niña», coincidí con él, pero en el ceño fruncido de MC y en la forma de apretar los puños me vi reflejada a mí misma muchas décadas atrás. Nadie podría impedirle alcanzar sus propósitos.

Ni siquiera mis miedos.

Y la vida siguió su curso.

Guardo cada instante como un tesoro dentro de una caja de galletas imaginaria. Está llena de momentos felices, de recuerdos graciosos, de esas imágenes que el tiempo jamás podrá borrarme de la memoria, como la primera vez que vi a Tyler de uniforme junto a JC, como aquella Navidad en la que los mellizos metieron un gato callejero en una caja bajo el árbol porque querían una mascota.

El primer diente de Thomas, la primera novia de Austin, el viaje a esquiar a Bolton Valley, el primer partido que los chicos fueron a ver al estadio de los Sox, la graduación de Tyler, nuestros aniversarios de

boda… Cada día almacenaba nuevas ilusiones y grandes esperanzas, pero a veces teníamos que vivir acontecimientos que hacían girar nuestra vida y sacudían la preciosa caja de galletas hasta dejarla vacía.

Eso fue lo que pasó aquel día, aquel fatídico día. El mundo se paró a las 8:46 a.m., mientras JC y yo desayunábamos como cualquier otra mañana. Y ni siquiera nos dio tiempo a tomar aire y asimilar lo que estaba ocurriendo cuando, diecisiete minutos después, otro golpe de efecto nos terminó de machacar. Los teléfonos empezaron a sonar, la gente salió a las calles incrédula, aturdida, las noticias eran aterradoras y, cuanto más miedo, más golpes: treinta y cuatro minutos después, veintinueve minutos más.

¡Bum, bum, bum!

El 11 de septiembre de 2001 fue uno de los peores días de mi vida. Y el 12 y el 13 y el 14, y cada uno de los malditos treinta días que JC estuvo en Nueva York buscando vida donde solo había desolación. Su brigada de rescate se dejó la piel allí, sus compañeros de otras unidades, de otras ciudades, se dejaron la vida, y con cada noticia, con cada recuento de víctimas, se me rompía un poco más el alma.

Cayeron las Torres Gemelas y con ellas se hundió la dignidad de un pueblo.

Si algo nos enseñó aquel terrible suceso fue a apreciar la vida con más fuerza y a exprimir los momentos felices, a valorar la amistad, a luchar por los sueños, a amar con todo el corazón. Sin barreras.

—Un dólar por tus pensamientos —dijo JC al entrar en la habitación y rodearme con sus brazos.

—No valen tanto, te lo aseguro.

Agradecí que estuviera allí. Me había vuelto a quedar atascada en el pasado y él me devolvía al presente con su fuerza, con sus manos, que seguían despertándome sensaciones extraordinarias.

En los últimos años, desde que los niños se habían hecho mayores y se habían marchado de casa para continuar con sus vidas, me abstraía demasiado y volaba a los instantes más felices, pero también a los más duros. Era mi particular forma de recordar el camino que habíamos recorrido, el esfuerzo que habíamos hecho y el gran logro que habíamos alcanzado: teníamos cuatro hijos maravillosos y seguíamos juntos, él y yo, tan unidos que, a veces, parecíamos unos tontos recién casados.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Los chicos ya han llegado y a

MC le pasa algo raro.

—Está cabreada con Grant, he hablado con ella esta mañana —comenté con la voz tomada por la emoción—. Se le pasará en cuanto empiece a comer.

Me limpié los ojos con el puño del jersey y cedí a la insistencia de JC por mirarme de frente. Si empezaba a preguntarme qué me pasaba, me echaría a llorar de nuevo.

Pero no hubo preguntas ni frases manidas, no hubo dudas ni ceños fruncidos en su expresión. Los años nos habían regalado el don de conocernos, y JC sabía lo que necesitaba sin intercambiar más que un suspiro. Me besó con la intensidad que guardábamos para los grandes momentos, con ese ímpetu que solo demostrábamos en el dormitorio, con el ardor de quien ama pese a las dificultades y con la seguridad de que todo iba a ir bien. Y después de ese beso, capaz de borrar todas mis preocupaciones, se sentó en la cama y me pidió que lo acompañara.

—¿Qué pasa? —Me asusté. Tenía una mirada muy extraña—. ¿Te encuentras bien?

—Me encontraría mejor si te tuviera para mí solo esta noche, te lo aseguro.

Puse los ojos en blanco y bufé ante tanta fanfarronería. Ya no éramos unos jovenzuelos.

—Nada de sexo mientras los chicos estén en casa —le advertí—. La última vez tuve que aguantar la cara de asco de MC durante días. ¡Como si ella no tuviera vida sexual con el hijo de los Hogan! Y Thomas me miraba como si fuera una extraña. Pero ¿qué se han creído estos niños? Lo mismo piensan que los trajo la cigüeña. —Me fui alterando por segundos hasta que JC me calló con un beso—. ¿Y a ti qué te pasa esta noche? Estás muy besucón.

—Y tú estás preciosa.

Me miré el delantal de renos navideños que llevaba manchado de salsa de arándanos y entrecerré los ojos. Ni siquiera me había peinado.

—¿Qué ha pasado? ¿Por qué me piropeas? ¿Es por John? ¿El viejo cascarrabias ha vuelto a dar problemas? Tiene 98 años y una legión de enfermeras que se ocupan de él, por el amor de Dios. ¿Es que no puede dejarnos tranquilos una Navidad?

—Margot…

—¿Qué? No voy a traerlo a esta casa, ¿me oyes? Tyler fue a verlo a

la residencia la semana pasada, le llevó nuestros regalos y lo único que le preguntó fue si ya era teniente. ¡Le dijo que la responsabilidad de ser un Gallagher debería ser lo primero! ¡Ese hombre está enfermo!

—Margot…

—La pobre Ginger hizo bien en perder la memoria y morirse antes de que lo jubilaran porque, si ya era insoportable, ahora lo es más. —JC rehusó hablar mientras yo refunfuñaba contra John Traveller y, cuando vi que empezaba a desesperarse, me detuve—. No vas a hablarme de John, ¿verdad?

—No, voy a hablarte de tu regalo de Navidad.

—¿De mi regalo de Navidad? —dudé—. ¿No puedes esperar a mañana?

—No, quiero dártelo ahora.

Extrajo un sobre del bolsillo trasero del pantalón y me lo tendió con una de esas sonrisas de medio lado que seguían encandilándome como la primera vez.

—Es de la Jefatura de Bomberos —observé, después de darle un par de vueltas al sobre.

—Muy aguda. Ábrelo.

—¿Es un ascenso? —intenté adivinar.

En realidad, estaba muerta de miedo por lo que pudiera encontrar en el interior. JC había cumplido 64 años, ya era jefe de distrito y no tenía intención de seguir ascendiendo. Pero las jerarquías en los bomberos eran muy golosas y, en ocasiones, solo hacía falta una mano amiga para subir un escalón más en la pirámide. John Traveller lo había intentado, quería que JC llegara a lo más alto, pero mi chico prudente tenía otro ritmo para hacer las cosas. Si John lo había convencido…

—¿Puedes dejar de mirar el sobre y abrirlo antes de que los chicos se coman la cena de Nochebuena sin nosotros?

Asentí, asustada, y por cada pulgada de papel que cedió bajo la presión de mis dedos me salió una cana nueva.

Las letras de aquella simple comunicación me bailaron y necesité dos intentos hasta descubrir lo que decía.

«Estimado Sr. Gallagher,

Por la presente le comunicamos que queda aceptada su solicitud de jubilación, tal y como establece el artículo…».

Nunca pensé que llegaría aquel momento. Las manos me

temblaron y los ojos se me llenaron de lágrimas. Dejé salir los primeros sollozos junto a la carga que había soportado durante más de cuarenta años. A mi corazón le salieron alas y a mis labios una sonrisa que duró lo que JC tardó en besarme.

—¿No vas a decir nada? —preguntó abrazado a mí, tan fuerte que podía notar su latido contra el mío.

¿Qué podía decirle? Ese sobre contenía vida y paz; me había traído tiempo para nosotros, calma y la posibilidad de muchos más años de luz, sin temer a la oscuridad. Me había entregado noches de sueño tranquilo y días de sonrisas sin miedo. Me había regalado el sol en la ventana y la nieve en un paseo. ¿Qué podía decir a eso?

—Te amo, JC Gallagher.

—Y yo a ti, mi niña preciosa.

Tenía en la memoria todas y cada una de las Navidades que habíamos celebrado en familia, todas especiales por algún motivo, pero aquella fue diferente. Cuando nos sentamos a la mesa y levanté la mirada hacia JC, me di cuenta, más que nunca, de lo afortunada que había sido.

Lo tenía a él, a mi chico de los ojos del color del cielo en verano, pero también tenía todo lo que habíamos construido juntos, pequeños trocitos de nosotros que habían transformado nuestro mundo con su llegada.

—Me metí por el agujero como si fuera un ratón y ¡pam!, ahí estaba la niña con el perro. ¡Fue brutal! —les contaba MC con la boca llena de puré—. A eso se le llama instinto.

—A eso lo llamo yo irresponsabilidad —la reprendió Tyler con el ceño fruncido—. Un cambio en la dirección del viento y ¡pam!, adiós, MC y hola, funeral.

—Tyler… —lo amonestó JC sin levantar la mirada del plato.

—¿Un cambio en la dirección del viento? Pero ¿tú te crees que me gradué ayer? ¡Lo tenía controlado!

—Y solo se dislocó un hombro, se hizo un corte de cuatro puntos en el muslo y le salió un chichón como una casa en el cogote. Casi nada. ¡Supéralo, hermano! —bromeó Austin, que chocó la mano con Thomas para fastidio de MC.

Observé a mis hijos como si los viera por primera vez, como el día en que llegaron al mundo y nos completaron con sus propias personalidades.

Tyler se había convertido en su padre, la misma mirada, la misma forma de ser, tan reservado, tan prudente, pero de respuesta irónica, como yo, y con el alma atormentada por algo que no deseaba mostrar. Le corría el fuego por las venas, lo llevaba en la sangre, y, a pesar de que a veces era explosivo, me sentía segura de él, tan segura como lo estuve de JC en los años de servicio.

—Hay que reconocerle el mérito, Tyler —prosiguió Austin con sus buenos modales y su defensa a ultranza de MC—. De algo tenía que servirle ser tan canija. Se puede meter en los agujeros más pequeños. Tú no hubieras podido entrar con tanto músculo y con esa cabeza nuclear que tienes sobre los hombros, ¿es o no?

—Eres idiota —gruñó Tyler.

—Síííí, yo también te quiero, hermano. —Le guiñó un ojo y le lanzó un beso por encima de la mesa—. Por cierto, mamá, la casa ha quedado muy… luminosa este año.

—Sí, se nos ve desde la estación espacial —coincidió Thomas.

—¿Te imaginas? «Houston, Houston, tenemos un problema. Algo ahí abajo nos está dejando ciegos. Apáguenlo. Repito: apáguenlo». —Después de las carcajadas y de alguna tontería más a costa de mis excesos con la decoración navideña, me cogió de la mano y me sonrió solo a mí—. En serio, mamá, la casa está preciosa.

Austin era mi alegría diaria, no podía contener la sonrisa cuando estaba a su lado. Era un pícaro indomable, pero también un hombre responsable que había sabido encontrar su camino en la abogacía y que iba directo a convertirse en un ciudadano ejemplar. Sin embargo, en lo personal, era como una veleta expuesta al viento, daba vueltas por la vida, exprimiendo cada instante, hasta que llegara el momento de encontrar su norte.

La conversación volvió de nuevo al arriesgado rescate que había llevado a cabo MC y la rivalidad entre Tyler y ella se hizo patente una vez más.

—Tyler no me reconocería un buen trabajo aunque le diera con él en la cabeza —dijo MC a nadie en particular—, pero ¿sabéis qué? ¡Me da igual! Tampoco espero halagos por su parte, está claro que la niña canija ha llegado a la altura del gran Tyler Gallagher, la gran promesa de la familia.

—En esta familia no hay grandes promesas, todos sois iguales, MC. Ya lo sabes —le recordó JC—. Hiciste un trabajo impecable, leí el

informe, pero tu hermano tiene razón: había mucho viento y podía haber cambiado. Te habrías quedado atrapada antes de hacer el rescate. Tenlo en cuenta la próxima vez.

MC bajó la mirada al regazo y asintió. La palabra de su padre siempre había sido determinante para ella, por encima de cualquier otra opinión. La vi apretar los labios y parpadear varias veces para ahuyentar la emoción que le empañaba los ojos y sentí una profunda lástima por mi pequeña. No estaba bien. La relación que mantenía con su capitán no iba por buen camino y se encontraba más susceptible de lo normal. En cuanto tuviéramos un momento a solas, me lo contaría. Ella era así: no podía retener sus penas mucho tiempo. Se ahogaba.

MC era demoledora, era un tsunami de emociones que se colaba por cada rincón hasta inundarme por completo. Si ella sufría, yo sufría; si estaba feliz, yo lo era más. Entendía su frustración y sus miedos antes de que me los contara y, a veces, me mostraba más dura con ella porque era lo que MC necesitaba para arrancar y demostrar su valía. En mi niña dejé impresa toda mi determinación de juventud, toda mi fuerza por lo justo, todo mi empeño por poder, por llegar, por alcanzar los sueños y vivir. Era maravillosa y llegaría tan lejos y tan alto como ella quisiera.

—Familia, tengo algo que deciros —anunció Thomas con unos golpecitos en la copa.

A pesar de su sonrisa, se me erizó el vello de la nuca y JC y yo nos miramos asustados.

—Mucho cuidado, Thomas —dijo Austin después de fijarse en mi expresión de horror—. Si le dices a mamá que quieres ser bombero, te encerrará en el sótano de por vida.

Se ganó un codazo de MC y una dura mirada de Tyler, pero consiguió distender el ambiente.

—¡No voy a ser bombero! Ya hay suficientes en la familia —se explicó mi pequeño—. Hace tiempo que la Facultad de Periodismo va buscando gente para hacer reportajes de investigación y presenté mi solicitud. Teniendo en cuenta que aún me quedan algunas asignaturas para terminar la carrera, no pensé que me llamarían, pero lo han hecho.

—¡Thomas! ¡Eso es genial! —exclamó MC.

—¡Vaya, vaya, hermano! ¡Serás el próximo *Pulitzer*! ¡Enhorabuena! —lo felicitó Austin.

Tyler chocó el puño con Thomas y JC le palmeó el hombro con una amplia sonrisa. Yo, sin embargo, me mantuve en silencio. Esos ojos, tan azules como los de su padre, me esquivaban con cautela y eso solo podía significar una cosa: lo que aún quedaba por decir no me iba a gustar.

—¿Y ya te han asignado tu primer reportaje? —preguntó MC, tan impaciente como siempre—. ¿De qué será? ¿Política? ¿Deporte?

—Economía y desarrollo sostenible.

—Superdivertido —ironizó Austin.

—Lo es, de verdad. Voy a trabajar para un programa de la universidad que va a invertir en aumentar el bienestar social de diferentes regiones promoviendo un consumo responsable. Son lugares muy especiales donde ya se ha puesto en marcha un sistema financiero basado en la sostenibilidad y el respeto al medio ambiente.

—¿Hay lugares así en Chicago? —se interesó Tyler con cierta suspicacia.

—Ni en Chicago ni en este país —declaró Austin—. Obama ha estado trabajando mucho por el calentamiento global, pero concienciar a la población no es suficiente y sus medidas llegan tarde. A ver, no lo critico, ha tenido tareas más importantes, pero ahora, con las elecciones encima, es absurdo presentar un plan de transformación con un horizonte temporal de décadas.

A todos nos sorprendió lo puesto que estaba Austin en esos temas.

—¿Y tú cómo sabes tanto de esto, listillo? —se extrañó MC.

Austin se encogió de hombros y me vi a mí misma en ese gesto.

—Trabajo con empresas, ¿recordáis? A algunas de ellas les preocupa el medio ambiente y se vuelcan en hacer más habitable el planeta. Pero, insisto, Thomas: no sé dónde van a enviarte a hacer tu reportaje, pero en este país lo vas a tener difícil.

—Es que no es aquí. —Y ahí venía la bomba que estaba esperando —. Es en el Amazonas. En Colombia.

Tuve que retorcerme los dedos por debajo del mantel para no mostrarme en desacuerdo. Sus hermanos se alegraron por él, pero JC y yo nos mantuvimos callados y serios durante la algarabía. Colombia era un destino complicado, estaba muy lejos y él era muy joven aún.

Puede que fuera por las condiciones en que nació o por la diferencia de edad que había entre ellos, pero Thomas siempre fue el más especial. Era mi bebé, el más vulnerable, el saco de risas de sus

hermanos, inocente, cariñoso, servicial y con una curiosidad increíble. Se pasaba el verano excavando en la tierra del jardín para encontrar todo tipo de bichos y preguntaba a todas horas, siempre preguntaba. No nos sorprendió que quisiera estudiar Periodismo. Cuando los demás decidieron irse a vivir a Chicago, lo lamenté mucho, pero era lo que tenía que ser. En Rockford no había suficiente ciudad para ellos. Sin embargo, que Thomas se fuera a Colombia fue un duro golpe que me costó encajar.

—Mamá, di algo.

Se hizo el silencio y cinco pares de ojos me miraron a la espera de que me pronunciara.

«No vas a ir a Colombia. No vas a salir de esta casa jamás», quise decirle, aunque hasta en mi mente sonó absurda aquella prohibición.

Mi niño ya era un hombre y era el momento de dejarlo salir del nido, me gustase o no. A Thomas se le había presentado la ocasión de ver el mundo al que yo renuncié para formar una familia, tenía la oportunidad de vivir tantas experiencias como segundos había en una vida, y no sería yo la que coartara su libertad.

—Tendrás que llevarte calzoncillos por docenas y no te quedará más remedio que tirarlos cuando te los quites. Dudo mucho que sirvan para una segunda vez —dije con ese aire distinguido que había heredado de mi madre—. Y más vale que bebas agua embotellada. Dios sabe que las tripas de los Gallagher no son demasiado resistentes a los cambios.

No exterioricé mis dudas, no le pregunté dónde iba a dormir, qué iba a comer, si podría llamar con frecuencia o de cuánto tiempo estábamos hablando. No le advertí sobre los peligros de un lugar como aquel ni sobre las vacunas que tendría que ponerse ni sobre lo solo que se sentiría sin su familia. No le dije nada de mis miedos porque su sonrisa, esa que se le dibujaba en la cara al explicarles a sus hermanos en qué consistiría el trabajo, era todo lo que yo necesitaba de él.

Si ellos eran felices, yo era feliz.

Casi siempre.

Unas horas más tarde, cuando la casa quedó en calma y hasta el último detalle de la comida de Navidad estuvo dispuesto para el día siguiente, dejé los regalos de los chicos bajo el árbol y me senté junto a JC frente a la chimenea.

—¿Les has comprado calcetines otro año más? —preguntó

mientras me rodeaba con el brazo y me atraía hacia él.

—Por supuesto. Pies calientes, corazón caliente.

JC sonrió y me besó en la frente. Ambos nos quedamos mirando las llamas del hogar, hipnotizados por su danza melancólica.

—Te preocupa Thomas, ¿no es cierto? —Asentí, al borde del llanto —. Le irá bien, estoy seguro.

—Pero está muy lejos y es tan peligroso… ¿Es que no tengo suficientes preocupaciones ya? ¿Qué hará si se siente solo? ¡Le dan pánico las agujas, por el amor de Dios! ¿Y si se hace daño? ¿Y si tienen que llevarlo a un hospital? ¿Y qué pasará con la comida?

—Margot… Estará bien. No es un niño.

—¡Sí lo es! —protesté sin mucho ímpetu—. Para mí todos lo son. Siempre lo serán. No puedo evitar preocuparme. ¿A ti no te afecta?

—Claro que me afecta, pequeña, pero son ellos los que deben construir sus vidas. Nosotros solo estamos aquí para apoyarlos y quererlos.

—Quererlos se nos da muy bien, ¿verdad? —dije con orgullo, más sosegada—. Son nuestros cuatro elementos: fuego, agua, aire y tierra, ¿te has dado cuenta?

JC sonrió.

—Y supongo que tú eres la Madre Naturaleza, ¿no? —Asentí—. Entonces, ¿quién soy yo?

—Tú siempre serás el sol. Mi sol.

Nos besamos muy despacio, con el amor calentando nuestros labios. La pasión que sentíamos el uno por el otro había madurado, pero seguía ahí, intacta, como la primera vez que fuimos conscientes de cuánto nos necesitábamos. Ya no éramos dos jovenzuelos en el asiento de atrás de un Buick amarillo, no transgredíamos las normas ni desafiábamos a la vida. Los tiempos habían cambiado, nosotros habíamos cambiado, pero aún estallaban fuegos de artificio en el dormitorio cuando nos abrazábamos. Aún me encendía las estrellas cuando se apagaban las luces.

Fuimos muy afortunados de encontrarnos y dichosos por amarnos con tanta intensidad. JC me hacía feliz cada día, incluso cuando no hubo nada por lo que sonreír.

—¿Crees que nuestros hijos tendrán tanta suerte como tuvimos nosotros? —musité medio adormilada.

—¿A qué te refieres?

—Al amor. ¿Crees que encontrarán a esa persona que se convierta en su sol?

—¿Por qué te preocupa eso ahora?

—Porque MC está tan dolida, Tyler no deja que nadie se acerque, Austin no se compromete con nadie y Thomas es tan inocente…

—Ay, pequeña. —Suspiró—. ¿Recuerdas lo que te dije en una ocasión? Aprenderás a construir puentes cuando haya que pasar sobre el río, pero esta noche no. Esta noche ya estás en la otra orilla, conmigo.

Y tenía razón, como siempre. El futuro de nuestros hijos era una incógnita, y preocuparse por lo que sucedería en sus vidas era desperdiciar el presente. Y el presente éramos él, yo, el calor de la chimenea y aquella Navidad tan especial.

Lo demás, al fin y al cabo, formaba parte de otras cuatro historias que estaban por llegar.

Agradecimientos

La historia de Margot y JC Gallagher solo iba a ser un relato breve, una pequeña pincelada de humor y amor que diera color a unos personajes tan especiales en la serie de los hermanos Gallagher. Pero ya lo he dicho muchas veces: yo no sé escribir corto, y cuatro líneas se convirtieron en cuatro páginas, luego en cuatro capítulos, y me di cuenta de que iba a necesitar un poco más de espacio para plasmar todo lo que quería que supierais de esta pareja.

Lectoras, lectores, vuestras opiniones sobre mis libros, vuestros ánimos y vuestro apoyo incondicional hicieron el resto, y esta idea, que surgió como algo indefinido, hoy es una realidad. A todas las personas que creísteis en Margot, que os hicieron reír sus locuras, que la mirasteis como a una madre ejemplar y pensasteis cómo sería su historia con ese padre de familia tan callado y prudente… GRACIAS. Y a todas las que acabáis de llegar a esta familia tan peculiar, gracias también. Espero que os animéis a seguir con los retoños Gallagher.

En esta ocasión, me han acompañado unas lectoras beta de lujo, tres lectoras ávidas con un ojo muy crítico y una forma de entender la romántica muy pasional. Su opinión es el bolígrafo rojo de los errores que yo no alcanzo a ver, pero también la cura para mis dudas, porque si ellas dicen «así no» poca discusión cabe; porque si ellas dicen «así sí» sé que voy por el buen camino. Una andaluza, una gallega y una valenciana…, imaginad el plan. María, Tatiana, gracias por el tiempo y la dedicación, gracias por la sinceridad y por seguir formando parte de la familia Gallagher en una nueva entrega de la serie. Y a ti, Tessa, mi Tessa, escribimos solas, pero sentimos juntas, y yo te siento a mi lado con cada palabra que escribo.

Si hay alguien que creyó en la historia de Margot y JC antes incluso de estar escrita fueron Eva Olaya y Esther Herranz, mis editoras de Versátil Ediciones. Donde Eva pone el ojo sale una cubierta capaz de hacerme llorar. Donde Esther pone su atención sale un texto impecable. No tengo forma de agradeceros todo lo que hacéis por mis libros y todo lo que hacéis por mí. Formáis un equipazo maravilloso y ahora, con la mano correctora de Xavier Beltrán, sois imparables. Gracias por un trabajo perfecto.

Esta historia me ha hecho ver, más aún, lo importante que es mi familia y cuánto los necesito. A mis padres, a mi hermano, a mis

cuñados y cuñadas, a mis sobrinos, a mis amigos más cercanos…, los adoro y no se lo digo suficiente. Y a mis J's, jamás habría imaginado mejores compañeros para cada uno de los momentos de mi vida; no saben lo indispensables que son ni la fuerza que me dan día a día. Son mi motor, mi energía, mi sol. Os quiero muchísimo.